# La lectura común

Luis Alberto Crespo

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial el perro y la rana

COLECCIÓN heterodoxia
serie aforemas

# *La lectura común*

© Luis Alberto Crespo
© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2017 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

**Correos electrónicos**
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

**Páginas web**
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

**Redes sociales**
Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

**Edición al cuidado de:**
Jhonn Aranguren
Yesenia Galindo
Jenaro Rueda
Alejandro Silva
Damaris Tovar
Arlette Valenotti

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2017000930
ISBN 978-980-14-3747-5

# *La lectura común*

Luis Alberto Crespo

*Serie Clásicos*

Obras claves de la tradición del pensamiento humano, abarcando la filosofía occidental, oriental y nuestramericana.

*Serie* Crítica emergente

Textos y ejercicios reflexivos que se gestan en nuestra contemporaneidad. Abarca todos aquellos ensayos teóricos del pensamiento actual.

*Serie Géneros*

Una tribuna abierta para el debate, la reflexión, la historia y la expresión de la cuestión femenina, el feminismo y la diversidad sexual.

*Serie* ***Aforemas***

Entre el aforismo filosófico y lo poético, el objeto literario y el objeto reflexivo son construidos desde un espacio alterno. La crítica literaria, el ensayo poético y los discursos híbridos encuentran un lugar para su expresión.

*Serie Teorema*

La reflexión sobre el universo, el mundo, lo material, lo inanimado, estará dispuesta ante la mirada del público lector. El discurso matemático, el físico, el biológico, el químico y demás visiones de las ciencias materiales, concurrirán en esta serie para mostrar sus tendencias.

## Aviso al desocupado lector

La escritura que sigue —la más de ella— ha sido menos escrita que hablada. Fue dicha —lo es aún— cada martes, durante el programa radial *La lectura de Venezuela*, de la Fundación Casa Nacional de las Letras Andrés Bello en la Radio Nacional de Venezuela, gracias al desvelo y cuidado del profesor y escritor Edgar Colmenares del Valle, amigo y cómplice del amor que sentimos por el imaginario sensible del país, su literatura, su música, su cultura toda.

Hállanse en estas páginas, entonces, la confesión sentimental que despierta entre nosotros la lectura del libro y la música de nuestros invencioneros, en una palabra "las voces del silencio", que así llamara André Malraux al arte, entendido como delicia del ojo y el oído.

La crónica, en desmedro de la crítica, ha sido privilegiada en esta escritura. Trátase de ofrendas y a ratos de meditaciones: quiere ser eso, sentimiento de fervor por la asaz variada riqueza estética que aviva el espíritu de nuestros escritores y artistas. Trátase, además, de ruta verbal por el vasto libro verde y rumoroso del país al que leyéndolo nos lee y al que recreándolo nos imagina.

Que sea una lectura común anima nuestra voluntad de ofrecerlo a todos los venezolanos.

El autor

# Por el ojo de la letra

# Saber y ser en Antonio Trujillo



Escasos son los poetas que han encontrado desde sus inicios una escritura definitiva e inalterable. Antonio Trujillo goza de ese privilegio. Así lo prueba el orden que ha dispuesto para su antología, la cual comienza con su obra primigenia, *De cuando vivían los pájaros* y concluye con *Ballestía*, su título más reciente y de la cual ha cedido algunos poemas. Pocos como él han sabido ver y escuchar al ser de la niebla en el árbol y en el pájaro, en la llama del árnica y en el agua. Entendió que el alma es blanca y es nómada, que tras su paso por nuestra mirada oculta devuelve la apariencia habitual de lo visible —o lo que así nos engaña— en nuestra breve tardanza terrestre. Para lograrlo, el poeta elige un decir callado y exacto, preciso en su elocuente brevedad, a modo de murmullo y casi inadvertido entre pausas y silencios, a la espera de hablarle a un dios antiguo, panteísta, a ras de la espiga y en lo alto del trino. En su comportamiento de contemplativo cuida de no interferir

en esa labor de la niebla cada vez que transcurre y espiritualiza el ventalle, su flor y su silbo, la vida toda. En voz baja nombra lo que ve y escucha convertido en memoria, en devenir, y transcribe lo que de humano acaece en el aire abrumado, como si la tachadura blanca que anula las formas confirmara que hay un trasmundo que nos espera, otro lugar, otro verdor, otro canto.

## *La tarea del testigo,* la tarea de Rubi Guerra



"Yo quisiera estar entre vacías tinieblas", exclamaba un hombre alcanzado por los relámpagos del insomnio; un hombre en blanco y negro, como todos los seres cabizbajos, que tuvo por país una biblioteca escrita en latín y griego, entre el olor a azahar de Arabia y a sahumerio marino que la ventana tapiada sustraía de la resolana de Cariaco. Yo fui a su osario, puesto sobre una colina. Allí leí casi su nombre, borrado por el moho y el escarapelado quicio que pisa lo que alguna vez fue su cuerpo.

Antes de decidirse por la muerte afanándose con el *veronal*, estuvo cierto que sería nombrado mucho después del gomecismo, mucho más tarde, más allá de 1945. Y no mintió: hoy, José Antonio Ramos Sucre transita por la loa de los críticos, frecuenta ediciones y traducciones y es inevitable cotejarlo con Borges o con lo borgeano.

De pronto, hace unos meses cuando más, Rubi Guerra, uno de los escritores con mayor relieve en nuestra narrativa, concluyó

una breve novela en la que el gran cumanés es personaje mal disfrazado. Titúlase *La tarea del testigo*, editado por El Perro y la Rana, del Ministerio del Poder Popular para la Cultura y ganadora del Concurso de Novela Corta "Rufino Blanco Fombona". Trata de "un falso Ramos Sucre", me advierte en la cariñosa rúbrica que ha estampado en la dedicatoria. Sólo que su desdicha lo denuncia, su calvario y las cartas apócrifas que dirige, mientras cae nieve sobre Europa, al "querido Alberto" de su alta estima desde los sanatorios de Hamburgo, Merano y Génova, como aquella donde se duele y se culpa del abandono de Cruz Salmerón Acosta, devorado por la lepra en la tierra crispada de Araya y apenas escondido tras el nombre de "Alejandro".

Es de noche siempre en esta novela, aún si amanece, como la mirada sin sueño del poeta de *Torre de timón*, *Las formas del fuego* y *Cielo de esmalte*, a quien Rubi Guerra le atribuye dones de narrador sin distraerse en demostrarlo, ni en consignar pruebas, como tampoco en advertirnos cuándo ocurre la intrusión del desvarío y la alucinación o menos si la vida retoma su certidumbre. La estructura novelística no hace caso de la tramoya de los planos narrativos: a la prosa epistolar del desesperado, Guerra acerca la suya propia, la de la ficción, por lo que ambas, en cierto modo, se confunden y se atribuyen una misma semejanza en la irrealidad: la alterada biografía del personaje le sirve de pretexto para librarse de verificaciones y holgar así de los recursos del género, mas sin descuidar la entonación testimonial, la acción de gracias admirativa hacia el prisionero de la noche interminable.

Un Ramos Sucre novelado nos propone esta novela (a la que acompañan algunas narraciones como prueba de destreza y de versatilidad temática), cuyo habitante del semisueño y la pesadilla es partícipe cierto y fingido de una aventura propia de la literatura gótica, pero siempre igual a sí mismo, trajeado de Cónsul y de hospital, la mirada sin párpados de quien nunca duerme y espera lograrlo en el suicidio. Hasta su casa —una casa real y metafórica— nos conduce Rubi Guerra en las páginas finales:

"Me sorprendo de cómo se ha encogido tu cuerpo, desaparece en las sábanas en un gesto de infinita discreción (…) Tú abres una vez más los ojos y me miras con serenidad, con extrañeza, tal vez con afecto, como desde el otro extremo de un puente muy largo". Años antes, Ramos Sucre había vivido ese preludio. Su *Preludio*: "Yo quisiera estar entre vacías tinieblas, porque el mundo lastima cruelmente mis sentidos y la vida me aflige, impertinente amada que me cuenta amarguras".

La nieve, los lobos y la muerte del brazo de la belleza blanca de la amada dantesca entre el paisaje simbólico y la colina ardida del antiguo cumanés cubren la escritura del poema, esa tarea del poeta, del testigo.

## *Al otro lado de la ventana* y dentro de nosotros [ 17 ]

"Hálame callecita, no me dejes morir", leía a un lado de la reja, en no importa qué celda del Retén de Catia, horas antes de que el promiscuo antro sucumbiera a la dinamita y en donde sufrieran castigo los culpables del disparo y el puñal, o morían de la misma muerte de la que fueran sus cómplices. Ignoraba quién había habitado la estrecha y maloliente zanja de cemento y hierro. Observé que al otro lado de los barrotes, allá, a lo lejos, se perdía una calle, entre árboles, automóviles, motos y alguno que otro viandante. El prisionero acaso quiso imaginar una fuga insensata: la evasión por causa de ensueño o de experiencia del enterrado vivo. Si la pena de muerte no ha sido nunca aprobada por nuestras leyes, otra, usada y abusada con holgura, goza de cotidiana aprobación en esos depósitos humanos a los que una insoportable ironía judicial y una eufemística hipocresía motejan con el apelativo de retén.

Todavía repito el clamor anónimo que leyera en letra de araña aquella mañana de mi visita a los círculos del Dante. Hasta entonces, la semblanza de un condenado no soportaba más apariencia que la de su ocultamiento bajo la franela o el antifaz de la sangre sobre el suelo de la calle ni otra biografía que no fuera la de su desafuero con la bala y la punza.

Del otro, del hombre enjaulado en sí mismo, cadalso y verdugo a la vez, la apurada crónica de papel e imagen de pantalla sólo concedía la noticia de su procedencia de barriada o de subsuelo urbano. ¿A qué distraer al lector y al telespectador, ávidos de asistir a una lectura de folletón y de mirar una serie policial, con la tarjeta de bautismo de sus ratos de animal manso, camino a la escuela entre las espinas del hambre o en procura de un oficio con paga de forzado y de nuevo la vuelta al rancho, al presidio de la pobrecía, a la ventana, ese mirador al abismo social?



Lejos me hallaba de suponer que la Fundación Casa Nacional de las Letras Andrés Bello me regresaría a aquella celda y aquel clamor de la mano de Victoria Ardito, de Raquel Molina y de su admirable equipo de talleristas quienes me convidaron a emprender la redención del sentimiento que encarcela al condenado judicial en las jaulas de nuestros penales por ganas de liberarlo del crudo castigo que lo confina a medrar en la rutina de ser nadie, sin derecho a mirar cara a cara a su error en la confesión escrita, a descubrirse sensible al pensamiento y a la fantasía, a leer el poema y el relato como alimento interior o como tabla de salvación.

Testigo presencial de tal diligencia reivindicadora son los talleres del programa Literatura en Espacios no Convencionales y prueba visible del Sistema Nacional de Talleres sobre el que se sustenta toda la programación de la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello y da nombre a cada uno de sus retos.

De esos espacios sin duda poco convencionales es la lectura de *Al otro lado de la ventana,* editado por el sello Anauco de la casa bellista. En cada una de sus páginas oímos las voces de los tapiados de esas cárceles morales en cuyo encierro no hay jamás

promesa de reja abierta. El castigo que los tiene bajo llave es menos insoportable que aquel del que son sus carceleros, ellos mismos al echarle cerrojo a su ya de por sí amordazada dignidad.

No más leyera la suma de estos suspiros, estas quejas y estos gritos, Elio Gómez Grillo, refractario a nuestra bárbara política carcelaria y a quien Venezuela débele su empeñada lucha por humanizarla, expresó su contentamiento en varios artículos cedidos a la prensa a propósito de la edición de marras y al desvelo que mueve a Victoria Ardito, Raquel Molina y su tenaz equipo de facilitadores en su tarea de incorporar a los castigados por la ley a la vida literaria, a la llamada literatura carcelaria. El sentimiento del sabio jurista y hombre de letras no puede menos que avivar nuestro agradecimiento y robustecer nuestra determinación de leer a Venezuela enteramente, animando la escritura y la lectura en la que nos miremos, no sólo a través de su habitual esplendor, sino asimismo a través de la penumbra, donde esplende, sin que a menudo lo advirtamos, el oro de los lastimados.

## *Amazonía,* toda hoja como el infinito [ 21 ]

Del sur, del gran rumor y de todo el silencio; de la tierra antigua; de la primera vez del Orinoco y del venezolano originario es la lectura de esta publicación del Parlamento Amazónico Venezolano. Eddy Gómez Abreu, diputado a la Asamblea Nacional y presidente del Parlamento, la hace posible. Acaba de nacer su cuarta entrega con las primeras lluvias de mayo. Acompañan a su director el poeta Luis Ernesto Gómez, Fanny Arjona, Thairo Sosa, a más de los asambleístas Julio García Jarpa, Noelí Pocaterra, voz y alma de los pueblos wayúu; Jesús Ernesto Graterol, Adel El Zabayar, Héctor Agüero, Los Troconis, Ricardo Capella, Edgildo Palau y Henry José Hernández. Destacan entre sus colaboradores el poeta Gustavo Pereira, el antropólogo y humanista Esteban Emilio Mosonyi y el académico y cineasta Tarek Suki Farías.

La nota editorial explica la vida de *Amazonía.* "El Amazonas, no sólo es el río más largo del mundo —advierte—, sino que es el único que tiene un Parlamento Internacional y un Tratado de Cooperación entre los países que conforman su cuenca hidrográfica". He aquí pues lo que la justifica y la hace necesaria y de urgente lectura. Lo reafirma Gustavo Pereira a vuelta de página cuando observa que es tiempo de probar que no debería ser letra hueca: la legitimación que nuestra Constitución acuerda a los pueblos indígenas de Venezuela al reconocerles sus derechos civiles y culturales arrebatados desde hace cinco siglos. "Preciso es —observa el poeta Pereira— restituir las antiguas dignidades" de esos pueblos; y piensa en unos versos de Vicente Arreaza, Katkusé, el malhadado poeta pemón cuya muerte enluta a su gente de la Gran Sabana y a Venezuela entera. Dicen así:

Que permanezcan mis dioses en el misterio
antes de caer en el verbo de los engañadores
líderes políticos: "¡Ah políticos que habéis
perdido la discreción del sabio!

Que continúen mis dioses en el frescor
de antiguas aguas atomizadas
Que permanezcan amparados por las burbujas
de los torrentes del Kukenán

Que continúen libres mis dioses,
atrapados en los laberintos insondables
más allá de los fundamentalismos

Que permanezcan mis dioses en las oquedades del Roraima,
antes que las religiones los conviertan
en fuego, acero y muerte.

Fernando Báez denuncia el asesinato de la memoria de América Latina. Báez sabe por qué lo hace. Él ha testificado en libros que circulan por el mundo sobre la destrucción de la memoria escrita de Babilonia bajo el fuego de los misiles norteamericanos. Con igual patetismo acusa a los saqueadores de tumbas incas y los ladrones de códices y de estelas mayas.

De despojos está llena la Amazonía, agrega Fanny Arjona, pero nunca como la del Orinoco, cuyos saqueos fueron permitidos por nuestros pasados gobiernos, culpables de comisión y de omisión del desierto en que mueren incontables hectáreas arrasadas por la minería, con la misma saña con que fueron asoladas las culturas de sus habitantes bajo la acción etnocida de las misiones internacionales como la New Tribus del Instituto de Verano y del Departamento de Estado.

Tarek Suki lee *Las venas abiertas de América Latina* del escritor y periodista uruguayo Eduardo Galeano para glosar un texto de bachillerato norteamericano, dado a conocer en la revista *Question*, en el que se identifica a nuestra Amazonía como territorio internacional y asegura que ha sido tomado en custodia por los EE.UU.

El antropólogo Ronny Velásquez prosigue su denuncia sobre el saco de que ha sido víctima la Amazonía e invita a fortalecer su defensa, y Carlos Ramos García denuncia el bajo promedio de vida de nuestros pueblos indígenas, el azote que reciben de los paramilitares colombianos y el despojo de sus tierras ancestrales cuya mano alevosa asuela El Manapiare.

El *dossier* cede la palabra a Liborio Guarulla, gobernador del estado Amazonas, a Germán Zambrano, director estatal ambiental de la región, a Edson Acero, director general del Gabinete Regional del Ministerio del Poder Popular para la Cultura y a Nirma Guarulla, presidenta del Consejo Legislativo. Sus voces se oyeron durante el Parlamento Amazónico Venezolano realizado en el estado Amazonas en el mes de agosto de 2008.

Remarca el gobernador la importancia que reviste para la región la entrada de Venezuela al Mercosur; a su vez Zambrano alerta sobre la necesidad de reforzar la vigilancia y la cooperación entre las naciones amazónicas; Acero resalta la diversidad cultural de Amazonas y Nirma Guarulla anuncia que han sido aprobadas cinco leyes primordiales para el estado, entre ellas la de Patrimonio Cultural de los Pueblos y Comunidades Indígenas y la de Becas y Ayuda Estudiantil.

Los sindicatos aducen que el transporte público por los ríos y los caminos de Amazonas, "es un problema heredado de la Cuarta República", pero Pedro Rondón anuncia que ha sido inaugurada la red de transporte fluvial "Amazonas Adentro".

Edgildo Palau es vicepresidente de la Comisión de Pueblos Indígenas de la Asamblea Nacional y miembro del Parlamento Amazónico. La revista le pregunta y se pregunta cómo afrontar el desarrollo de la región que es la cuna del río de los ríos. Palau responde que "es un desafío", pues la solución no ha de ser la minería, menos la tala de los bosques, ni la agroindustria. "Debemos tener una gran inventiva —señala— y aprovechar todo el conocimiento de los pueblos indígenas". El desafío se torna tenaz frente al abuso de los mineros, los hachadores de florestas y los contrabandistas de combustible que hacen ilusorio el transporte fluvial masivo y casi imposible el aéreo. El diputado refiere que hay quien ha pensado en la construcción de un ferrocarril entre San Fernando de Atabapo y Maroa y de emprender luego la navegación hasta Río Negro, allá, en lo más lejos que más nunca galleguiano.

Cuando ya casi concluye su lectura, *Amazonía* se convierte en un viaje por dentro de su selvático corazón en el que participan su director Eddy Gómez Abreu, el coronel Osmer Martínez de la Guardia Nacional y el general Ascanio Tovar, coordinador del plan estratégico para la defensa, desarrollo y consolidación del sur; Richard Camico, alcalde del municipio Río Negro, Jesús Manosalva, alcalde del municipio Alto Orinoco y Juan Level, shamán de los yekuana de Watamo.

El periodismo indígena es analizado por Diana Cariboni.

Esteban Emilio Mosonyi disiente respecto al proyecto Katugua. "No es —señala— patrimonial ni representa la resistencia indígena", el proyecto de Fundapatrimonio y de la Alcaldía Libertador caraqueña de crear un parque urbano con dicho nombre en homenaje a la resistencia indígena. En página vecina, el periodista Humberto Márquez inquiere entonces por su destino.

Juan Carlos Díaz Guerrero narra el Primer Encuentro por la Amazonía Venezolana y desde Brasil Gilberto Márquez, miembro del partido socialista de los trabajadores, sostiene que en "Amazonas el imperialismo cuestiona la soberanía brasileña" y lo prueba.

Dos o tres páginas finales bastaron a Adel El Zabayar, diputado a la Asamblea Nacional por el estado Bolívar y miembro de la Comisión de Energía y Minas del Parlamento Amazónico, para convencer a los incrédulos que "el golpe más duro que puede dársele a la anarquía minera —son sus palabras— es dejar el control absoluto de la industria en manos del estado".

Para mejor conocer la cultura de nuestros pueblos indígenas, *Amazonía* ofrece la separata "Floresta Amazónica" en la que la antropóloga Marie Claude Mattei-Müller da noticia sobre la situación de las lenguas indígenas de tan vasta y olvidada región. Creámosle a la Unesco cuando informa que los países amazónicos cuentan con más de 400 lenguas aborígenes. De ellas sobreviven en Venezuela 36, algunas en peligro de silenciarse para siempre.

Una de las angustias que recorren las páginas de la revista es esa amenaza que pesa sobre nuestra diversidad lingüística y cultural, la misma que se cierne sobre la fauna, la flora y la de sus abiertas entrañas.

*Amazonía* no es una revista, es un clamor por salvar a Venezuela y la tierra que ella pisa y transfigura.

# La poesía y su república



Un vasto y nerudiano poema que Alí Lameda escribiera para divulgar su pasión venezolana ha prestado su título homónimo —y el mismo propósito amoroso— a esta antología editada recientemente por Pdvsa. Ha sido diligencia de Luis Alberto Angulo y de Luis Ernesto Gómez, poetas ambos de continuo nombramiento. *Patria y poesía* es su segundo título. El sentimiento por el lugar donde se nace y el vínculo moral que a él se enraíza han sido conducta humana desde antiguo. Patria es metáfora de casa, de hogar personal y colectivo, no sólo geografía, concepto, abstracción política, más bien numen, vientre, ombligo, necesidad ontológica de regionalizar nuestra pertenencia a la tierra. Es enseñanza griega convertir en provincia la vastedad que nos circunda, hincar sobre el mundo el aquí y el nosotros. Darle una lengua a esa geografía y una apariencia física, un orden, una frontera física y civil. La vida y la muerte precisan de un punto en el infinito para

humanizarlo, cederle el alma y la añoranza, porque toda patria es recuerdo, ansia de volver a ella, como la casa originaria que dejamos para fundar otra, la de nuestro devenir, que en cierto modo es la misma, porque es casa del ser y toda casa del ser es refugio contra la soledad, o soledad compartida, mía y común.

Exige amor y muerte, paz y guerra. Y dioses lares, héroes, mártires. Patria es dicha y sufrimiento. Ninguna palabra es más humana, fatalmente humana, ninguna es más sinónimo de utopía, la utopía que desveló a Bolívar y fue su tumba y su resurrección. Es fama entre los hombres que otra patria nos espera, la del trasmundo, la celestial o infernal. Es la patria oscura, la patria esotérica de los iluminados y los perseguidores del absoluto.

Los poetas, criaturas de la entresombra, cosechadores de abismos, se aferran a su borde. La añoranza, el exilio y el nomadismo avivan en ellos ese sentimiento por la patria como honda pertenencia. Diciéndole adiós a ella regresan; separándose de su cercanía la habitan. Bolívar la imaginó como un país del tamaño de un continente. Andrés Bello como la región universal de una lengua. En ambos, la añoranza fue más casa de hijo pródigo que casa inmóvil. Fue regreso a una nueva errancia en Pérez Bonalde e invitación a un retorno a lo inalcanzable en Lazo Martí. Con ellos, la patria explica la lastimadura de vivirla y es el ensueño sorprendido por la lágrima. Patria moral es la de Vicente Salias y Landaeta; la de Juan Liscano es la del nuevo mundo Orinoco; la de Rafael José Muñoz es "esa chicharra que canta hacia adentro"; la de Gerbasi es Canoabo, su aldea de infancia; la de Antonio Arráiz es la mujer que se llama Venezuela, y a la que ama para vivir junto a ella, sobre ella, pese aún a ella misma; la de Alí Lameda es la de "las prístinas regiones arcillosas"; la de Alberto Arvelo Torrealba, es la del coplero Florentino, allá va por el ancho terraplén y "macolla de tierra errante/ le nace bajo el corcel"; la de Ramón Palomares es la de "ese pueblo donde la gente vive preguntando por los de lejos"; la de Víctor Valera Mora es la del país "humillado al extremo"; la de Gustavo Pereira es la de Venezuela que dice, como

los waraos majokaraisa, por querer decir "mi otro corazón"; la de Orlando Araujo es su testamento poético. Patria, llama Armando Rojas Guardia a su libro de poesía más reciente.

No los voy a nombrar a todos. Cada poeta aquí convocado tiene su propia patria en el lenguaje y en la motivación. Los más jóvenes nacieron ayer, en 1988. He contado ciento noventa y cuatro y como en toda antología no pocos silencios esperan para una nueva edición. Recuerdo por ejemplo la ausencia de Eugenio Montejo y de Juan Sánchez Peláez. Su patria es un hotel donde "no se enciende nunca una lámpara" y donde sólo se escucha un "loro menudito", y otro donde viaja "a París en velocípedo" y "en la cola de un papagayo". Son muchos, como los poetas del otro corazón de Venezuela, aquellos que escriben la poesía de los pasajes, los golpes de joropo, las baladas, las décimas y los suspiros de los pueblos tristes de Otilio Galíndez. "Han de ser muchas las voces a incorporar junto a estos autores", advierte el poeta y antólogo Luis Alberto Angulo en su prefacio.

He aquí, pues, a lo largo de trescientos treinta y siete páginas, la patria de los poetas. "Hemos llegado a desconfiar de ella, llegamos casi a decepcionarnos —observa Stefania Mosca en un momento de su liminar— y, sin embargo, ha renacido entre nosotros, los venezolanos del siglo XXI, la palabra patria hecha solidaridad y sentido. Liberada del acartonamiento de lo solemne, irradia nuevamente su luz, ese absoluto al cual se pertenece y que encierra nuestra identidad".

# *Ámbito disipado,* **leer es corregir** [ 31 ]

¿Por qué Pedro Cuartín ha elegido un título tan enigmático para ofrecernos la lectura de su más reciente libro? La razón es sin duda su propósito: señalarse a sí mismo en el otro, reescribirse glosando una frase, una imagen, tomada de un poema de su afecto o mediante la cita de un verso o el nombre de su autor, como causa de entusiasmo poético y de pensamiento crítico. Transcribir y transponer han entretenido la creación de su lúdico libro, editado por el "Fondo Arturo Cardozo" de la Gobernación Bolivariana del estado Trujillo. Explícita o implícitamente ordena la prosa y la poesía que motivan esta escritura propia y ajena malocultando su decir personal por necesidad de acompañarse, de andar creando para sí los asuntos que sustentan los poemas con la voz de aquellos escritores privilegiados por su agudeza de crítico y docente de nuestra literatura y por sus dones de poeta, tan poco atento a la lisonja, más

bien dedicado a celebrar a quienes admira y estudia en sus trabajos ensayísticos y en sus lecciones de aula universitaria.

Lo que da particular relieve a *Ámbito disipado* es precisamente ese juego verbal expreso y tácito de títulos, poemas, frases, tomados aquí y allá de sus lecturas y su decir personal. Libro, pues, de múltiple glosa. Se cita y cita, crea y se recrea, siempre oyéndose y oyéndonos, de tal suerte que leemos uno y muchos libros. No pocas veces regala dedicatorias, como si al hacerlo actuara en su goce de celebrante. Alfredo Silva Estrada creó en *Dedicación y ofrendas* una poética del elogio con la que Cuartín guarda cierta cercanía, bien que la suya participe de la teorización y la ilustración para orientar el fin que persigue: el de imaginar a través del espejo, no desde fuera, el de inventar siguiendo de cerca una escritura, un estilo y una motivación, con las cuales se identifica mostrándolos y ocultándolos en un juego de mediasombras.

Nos contenta sabernos entre los suyos, cediéndole algún título y no pocas imágenes. Palomares, Sánchez Peláez, Barroeta, Lydda Franco Farías, Ana Enriqueta Terán, Eduardo Zambrano Colmenares y tantos otros, íntimos en el cariño y en la regionalidad, como el sabio Ibrahín López García, y lejanos en el tiempo y en la lengua, como Rimbaud, escriben con Cuartín su libro individual y colectivo. Los epígrafes de Góngora, Quevedo, Gracián abren senderos a una segunda o tercera lectura, la del presente del futuro, la del presente del pasado y la del presente del presente, que conforman su estructura visual.

Una cita de Juan Sánchez Peláez explica con creces su organicidad y su sustancia: "…mi oficio es como la lluvia, acariciar, penetrar, hundirme". Entonces, el enigmático título que escondía el nombre del libro se disipa. Significa ser uno mismo siendo el otro, porque, no lo olvidemos, "yo es otro".

# *Anubizajes,* oficio de nobleza [ 33 ]

Carlos César Rodríguez es su mirada melancólica, después es su modestia y casi enseguida su voz baja, que es murmullo, como su andar. Todas esas virtudes forman su presencia y el recuerdo que nos deja apenas se aleja de nosotros. Profesor de la Venezuela de adentro (en los Andes fundó hogar y aula y fue decano fundador de la Facultad de Humanidades de la ULA), poeta, cronista, biógrafo, escritor de revistas y periódicos, vive como su sombra, asido al mundo, acaso para no distanciarse demasiado de los seres y los espacios por los que tanta estima siente su poesía, atenta al verso y a la rima, a la imagen y a la estrofa libre. Tales seres y tales espacios se hallan tocados por ese modo suyo de asumir la vida desde la añoranza de lo que ama y cuanto le es y ha sido, sabe remoto: la tierra humana, la tierra sola, el amigo, el hijo, la mujer, el lugar y

cuanto es y ha sido íntimo antes de volverse materia de evocación y alabanza. El tránsito de su poesía por la existencia cotidiana se detiene a menudo en regiones que definen a su patria afectiva. La aflicción y el desgarro que en ella ha conocido no logran ensombrecer su voz. Ella resiste a lo que intenta mortificarla. De allí que sobreviva a toda tristura, conviviendo con ella, aceptándola como necesaria para su entendimiento con la terredad. De allí el aire de sosiego que respiran sus motivos poéticos con los que evoca al próximo de su amor y de su afecto, al que dura aún en nuestra mirada y en las palabras y al que dejó de tardarse en ellas. Si el mundo en nuestros sentidos es efímero, si el frío y la desnudez del fin nos aguardan, todavía hay tiempo, parece decirnos la poesía de Carlos César Rodríguez, para contemplar la última hoja verdecida, el renovado canto final del pájaro, la intensa luminosidad del ocaso. Desde antiguo, esa ha sido la prioridad de la palabra poética: su poder de conjuro frente a aquello que nos derriba y nos olvida en el polvo. Es improbable que hallemos en su obra motivación alguna que ceda al pesimismo, al desaliento. Siempre habrá en ella el hálito de lo renaciente, lo restablecedor. La muerte suele visitarla, la voluntaria y la ineludible, también la pérdida del deleite, la mácula de la ilusión, el acoso del desconcierto y la pena, pero más pueden el mar, las nubes, los senderos, la luz y el espacio nunca vacío porque lo ocupa la vida, la vida propia y la común que en Venezuela, el país que tiene nombre de montaña y colina, costa y llanura, horizontes de agua y suelo largos. Hay una hoja amarilla en unos de los poemas que reúne toda esta poesía titulada *Anubizajes*, editada no ha mucho por el sello Mucuglifo de Mérida, una hoja amarilla, digo, que guardo conmigo y quiero compartirla con mis amigos en esta mañana. Es esta:



De todo el sol de otoño
sólo queda
en la más alta rama
una hoja amarilla,

y tiene miedo
de ondular en el aire
y extinguirse
en la hojarasca silenciosa.

El tiempo es el nombre casi secreto de este poema. La hoja que ha perdido su verdor y quiere aferrarse aún a su precariedad. Sabe que al menos se estremece, que palpita. Teme la definitiva mudez, la nada de allá abajo.

Alguna misiva de Vicente Gerbasi refería en 1944 las virtudes del entonces joven poeta de Guanta. "Él viene saliendo de su propio misterio, entrando en su propio misterio, como un viajero enigmático, entre las señales de la eternidad", observa el gran poeta de *Mi padre el inmigrante* y *Los espacios cálidos.* Más luego, a comienzos del año sesenta, Mariano Picón Salas recibe como obsequio de Carlos César Rodríguez el poema "El Girasol". Después de tenerlo consigo y expresar su agradecimiento, el alto ensayista merideño festeja lo que oculta esa flor que vive pendiente del sol. "Usted ha hecho mucho más que redimir el follaje. ¡Qué falta nos hacen en Venezuela los redentores del follaje! Ud. está logrando la clara y pequeña perfección de la flor".

Hoy, en la alta edad de su vida, el poeta de *Anubizaje* nos invita a entender el mundo con su espina y con su rosa. Ambas se aman. Una y otra son la misma rosa.

## *Diario de la gentepájaro,* la selva de cada quien [ 37 ]

Quien ha mirado al águila arpía cautiva desde hace años en su ergástula del Parque Francisco de Miranda o la ha divisado en las cumbres de los árboles de nuestras selvas del sur, entiende lo ajustado de su nombre: esa apariencia de criatura terrible de la mitología griega, menos ave que creación antropomórfica en la que se juntan el depredador volátil con el monstruo imaginario que describe largamente el viejo Ovidio, la mirada del cancerbero, las garras del felino, el penacho y los picotazos de la Quimera de Arezzo. Acaso el embustero Walter Raleigh, quien jurara ante su Reina filibustera que se había topado en la manigua de Las Indias Occidentales con seres humanos de cabeza en el pecho y viandantes de un solo pie, quedó deslumbrado frente al gran pajarraco de nuestras selvas, uno de los más grandes del mundo y sirvióse de su hermosa monstruosidad para remendar a sus seres y

sus bichos en apretado embrollo de dragones, hipogrifos y unicornios tropicales.

Pienso en nuestra arpía criolla después de transitar la selva escrita de Wilfredo Machado en la novela o conjunto de relatos monotemáticos que él ha titulado *Diario de la gentepájaro*, ofrecido en atractivo diseño por el sello de El Perro y la Rana del Ministerio del Poder Popular para la Cultura, casi en el crepúsculo del año 2008. Selva, dije, porque tan pronto nos internamos en su anécdota nos rodea un follaje continuo, la noche diurna de su desmesurada fronda, el vacío verde, el quejido y la ronquera de los saltos, y el calor y la humedad y la algarabía pajarera. No, aclaro, selva geográfica, no la de la cartografía realista. La de Wilfredo Machado es selva alterada por la fantasía o, mejor sería, por lo mistérico, saldo, supongo, de la biblioteca y la imaginería gráfica que consultara mientras apuntalaba la estructura narrativa del libro, en la que han intervenido las desaforadas ilustraciones de De Vrie, el dibujante del *Discovery* de Raleigh, y las alucinadas crónicas de los biógrafos de la anaconda, la araña mona, el mico caparro, la hormiga león y los indígenas acusados de almorzar carne cristiana, con algo de Hitchcock y sus pájaros apocalípticos, y con mucho del talante poético a que nos tiene habituado Machado las veces que elige la prosa para encantarnos con sus inventos prosódicos.



Uno columbra que nuestro amigo se ha adentrado un buen rato en la espesura amazoniense, que ha bogado por el Orinoco de más arriba, porque de allá trae harto alijo de nombres, comarcas, soledades y bochorno, pero en descuidada mezcolanza, poniendo cataratas donde transcurren ríos soñolientos o ubicando caseríos y poblados que distan leguas del istmo de Pimichín, el río Guainía, el Fuerte Solano en el Casiquiare, manglares sin mares que no hallan con qué vivir en medio de caños y cursos de aguas insípidas, porque lo que persigue Machado es la pérdida de orientación y la sensación de *no man´s land* que se apodera de quien se aventura en el magma selvático, suspendido entre agua y cielo por

el espejismo de la corriente inmóvil, la mirada cruzada de pájaros de innúmera apariencia e inexplicable plumaje y canto, cuyo abundamiento suscita, junto con la memoria del ojo lector y el ojo gráfico, la presencia de personajes-pájaros en quienes conviven lo humano y lo animal como sortilegio de una pluma de colibrí y una garra de águila arpía, entre la varia industria transmutadora que tanto nos entretiene.

La excusa de la anécdota o asunto es la lectura de un diario de travesía ocurrida en el siglo de Humboldt y de sus seguidores reales o reconstruidos, con ratos de digresiones, desechos de camino real, veredas, vivaques, intrusiones de historias vidas y otra vez la maleza, el agua atormentada por los chubascos, las centellas y los saltos, y además el presentimiento de bestiarios y la irrupción de la gente-pájaro, con nombre y sin nombre, Marcela, Irk, el narrador, de pronto los *Ewaipanomas* de Raleigh, los centauros de Grecia y súbito El Dorado, el lago argénteo de Manoa, la ciudad que se llama que no se llama Caracas o alguna otra bajo la nieve y alguien es Charles, el viejo Charles, científico y dios rana surgiendo del agua y todo es selva, la selva en el sueño como fascinación y pesadilla de pluma, augurio de la transmutación de la apariencia humana en gente-pájaro, en pueblo emplumado con hábitos y apariencias nuestras. En las postrimerías del libro, Wilfredo Machado o su personaje nos lee su confesión, testimonio que transcurre entre dos realidades, la fantástica y la convencional, sin que ni una ni la otra logren entorpecerse. Un pájaro de hierro se desbarata sobre la cima de un árbol, el vientre roto ahíto de alijo de droga. Se escucha el canto agorero del yacabó, una pluma de colibrí tiembla en el aire selvático y la realidad lineal se fractura. Irk, el hombre-pájaro mutilado, reaparece, recupera su garra de arpía, la garra de los sortilegios sanguinarios. "Entonces —observa el narrador— dio dos o tres saltos entre la fronda de los grandes árboles, perdiéndose en el cielo nocturno, lanzando gritos amenazadores en la oscuridad que atemorizaba a todos. Su canto ronco y lujurioso era casi humano".

La estructura abierta de *Diario de la gentepájaro* explica su parecido con el poema narrativo y el texto sin género de los que forman parte los *Cantos de Maldoror* o no pocas fantasmagorías de Ramos Sucre. Es así, desdeñando la horma de la novelística tradicional, como ha de admirarse esta obra. Rara, en verdad rara, entre nosotros. Salvaje, modernamente salvaje, selvática, entre el terror y la sátira, literariamente selvática.

## *Santa Palabra,* el credo de los silenciosos [ *41* ]

Fui a las colinas de Terepaima, el abra del parque brumoso del estribo andino barquisimetano. Quería conocer la muerte de Arnaldo Acosta Bello aquella mañana de 1996, a la orilla de unos matorrales, cuando fuera a alentar a unos campesinos que habían determinado fundar unas casas y unos labrantíos. Murió inclinándose sobre la tierra; eso supe. Recordé sus ojos vegetales, "fértiles", dijera Paul Éluard, y su delgada voz pidiendo no sé qué antes de precipitarse sobre sí mismo. Nos habíamos encontrado en Barinas poco antes, una tarde que como toda añoranza fortalecida por el afecto cobra consistencia de muro oponiéndose a todo olvido, resistiéndose a su ruina. Conservo un libro suyo, *Historia de un soldado de Troya*, publicado en español, inglés y alemán por la Alcaldía del municipio Iribarren de Barquisimeto. "Así nos veamos cada mil años, estamos cerca", reza su dedicatoria. Lo compruebo esta mañana del 2009 en

que descubro que reencontrarse no tiene rostro conocido, que la confesión de la amistad es voz muda, porque es sonora su callada entonación en la memoria. Y el tiempo de esa cita es otra, no atiende a los mandatos del viejo Cronos sino al instante, que carece de dioses y de gobernantes del tiempo.

¿Por qué evoco hoy al poeta de Camaguán, a aquellas pupilas verdes que contradecían la gravedad de su talante y aquella voz que no se avenía con su estatura física? La razón de ello es *Santa Palabra*, su libro póstumo, editado no ha mucho por el sello de El Perro y la Rana del Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Antes, debo recorrer las páginas de *Poda*, la revista cultural de Oriente, donde pensé algunas frases para homenajear al admirable amigo en las que exaltaba sus dones líricos, su manera de labrar una lengua preciosa y ruda, hecha con la materia del saber literario y el saber existencial, entre la dificultad y la facilidad de comprenderla, ora en prosa, ora en imágenes, narrada y en estrofas, siempre elocuente, poco obediente a la brevedad, a la introversión.



Su lírica —lo confirma este libro— es personalísima, sin deuda conocida, como señala su mejor lector, Julio Miranda, en un indispensable ensayo. Figura de proa del grupo Tabla Redonda, compartió con Sanoja Hernández el fervor por cierto barroquismo, cierta obediencia a la mediasombra del mensaje poético. "Severa y difícil", como fuera calificada la poesía de Eugenio Montale, es asimismo la de Acosta Bello, pero sin la grisura pesimista del grande de *Hueso de Jibia*, pues insistió en su descrédito privilegiando, por el contrario, la desconfianza en la fatalidad a la que diera un sentido otro, contradiciendo su significado, atribuyéndole virtudes de sobrevivencia, un aspecto de monte seco a punto de verdecer, tan próximo al sentimiento de Tadeusz Rózewicz cuando observa que "la poesía contemporánea significa lucha por respirar".

Acabo de decir que encuentro en la poética de Acosta Bello rudeza y preciosidad en su obra. Sensualista, sensible a un sibaritismo de los sabores y de los tejidos, y dado a un nomadismo geográfico y literario,

helénico y eurocéntrico, su estética nunca abjura de la canícula ni del ruido de los trópicos, a los que incorpora en su poética con la misma intensidad que concede al refinamiento de las frases y de sus motivaciones. Hállanse en *Santa Palabra* condensadas aquellas obras de la poética acostabellista donde reconocemos la vida en su crudeza y su inhumanidad, de carne abierta y de peladura estival, transcrita, las más de las veces, en confidencia y teoría de una ética sin credo ni capilla, sola, sin orden, ni señores del poder, solitariamente sola, como el país inencontrable al que pertenece o del que es voz y sentido del transterrado, el enfermo, el condenado, el de la infancia de la quinina, la tisis, la masturbación, el del amor en "tus labios esa orilla roja/donde mi leche caía". Es el mundo y la aldea, el héroe y el antihéroe, el afecto y la rabia, el perfume deleitoso y el olor insoportable, en resumen, el cuerpo y su mentira, su alma. El poema se dice a sí mismo o entabla un diálogo sordo con su confidente, lo señala, le advierte, lo acusa. ¿Por qué no atreverme a sostener que en esta poesía, en todo caso, en buena parte de ella, sobreviven valores nihilistas si no al estoicismo, tan caro al poeta contemporáneo?



Leemos que "nada tiene el hueso/ nada la carne,/ nada se pudre o se esconde en la podredumbre" y que la poesía es brasa, "tan pequeña, aventada/ por suspiros, mojada por lágrimas,/ entra en la alcoba secreta, quema, devora todo,/ vuelve a salir sin que las personas se den cuenta,/ como una abeja se lanza al monte de cabeza,/ al bosque donde perduran la pequeña flor y el extravío".

La insistencia en hacer de ella una propuesta moral para hombre moderno parece ser la evidente calidad y cualidad de *Santa Palabra*. Antes de acallar estas líneas, aspiro para Acosta Bello lo que con sus ojos cerrados fue ansia de su vivir y morir: "Quiero que cada poema derrote al poema anterior,/ o mejor,/ que combata con él hasta salvarse". Él lo sabe, siempre lo supo y en alguna parte, no sé dónde, donde se abisma, está cierto "que nos es permitido oler su perfume,/ probar su carne, esperar la resurrección con los ojos cerrados".

## *Poesía en vilo,* la cosecha en el abismo [ 45 ]

Pido permiso a René Char para nombrar así el decir de Edgar Méndez, quien no tenía nombre cuando fui a Cabimas, la casa donde vive el calor, la tierra de su origen y su devenir. No era todavía el poeta que luego habría de sorprenderme, a lo sumo sólo un rostro que me observaba detrás de la hendija de sus ojos, casi oculto en su timidez y su cuidadosa manera de pasar inadvertido. Antonio Trujillo, para quien Cabimas fuera su paraíso ardiente y su primera aula de poesía y de cronista, no cesaba de biografiar los dones y virtudes de su amigo, delgado como la sombra en una ciudad tan próxima al fuego del mediodía, cuya brasa sigue viva hasta las últimas chispas de la tarde. No; no estaba en mí el gran señor de la modestia, confundido entre los maestros y los niños que formaban el taller "Jugando con la poesía" de la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, dirigido a los niños de las escuelas, en su

versión cabimense. Acaso antes, acaso tiempo atrás, Edgar Méndez estuvo como una presencia fugaz durante cierto viaje creado por el poeta Trujillo para que fuera a conocer los poetas y escritores de su afecto que sesionaban a las puertas de una tienda de telas y zapatos cuyo aire acondicionado raleaba por la acera vecina. La duda me trabaja. Tal vez la presencia física del poeta estuvo cerca de mí en ese entonces, pero su nombre pudo no haber resistido a la insolación que sufría mi memoria.

Un momento, apenas concluido el taller que digo, los poetas, curiosos de tener noticias de ese juego infantil de escritura e imaginación, fueron invitados a leer sus borradores y algún poema que el libro había hecho público. Casi a mi lado, alguien pronunció el nombre de Edgar Méndez. Recuerdo que fue su voz la que formó su hirsuta presencia, le dio esos rasgos con que quise dibujarlo unas líneas más atrás. Primero como hablando para sí, luego para algún confidente íntimo de su parquedad, el poeta leyó una escritura sostenida por los hilos de tres líneas sobre el vacío de la página, como remedando lo que afuera el gran blanco del sol hacía con la realidad y escuché su decir escueto, su modo de entender la creación poética. Dos de esas escrituras lograron perdurar en mi recuerdo, aquella que decía: "Hay en las cosas/ un oscuro temblor/ de soledad" y esta otra: "mañana será igual/ amaneceré del lado oscuro/ de tu sien".



Hace poco, Antonio Trujillo, recién llegado de Cabimas adonde fuera a animar los talleres de oralidad de la Casa bellista, dejó en mis manos un regalo de Edgar Méndez: su libro *Poesía en vilo*, editado por la Universidad Experimental Rafael María Baralt en la colección *Amanecí de bala*, con la cual la institución rinde tributo a Víctor Valera Mora, el autor del libro proverbial de la nueva poesía venezolana.

César Seco, el poeta de Coro y del cariño de Edgar Méndez, ha expresado en términos precisos y definidores lo que pudiera yo pergeñar en estos momentos sobre la honda valía de *Poesía en vilo*, por lo que me permito pedirle en préstamo lo que ha

rubricado en la contraportada. "Aunque breve como relámpago —señala Seco— la poesía de Edgar Méndez no pertenece a esa brevedad recurrente que poco o nada dice. No se corresponde o guarda filiación con cierta poesía oriental, específicamente el *hai ku* japonés, vía Basho, que ha influenciado sobremanera a algunos de nuestros poetas. Su brevedad es otra, responde más a un súbito videncial que a una brevedad discursiva".

A estas horas de mi admiración por el poeta de Cabimas su nombre y su figura se aúnan en el mismo ser humano que ha concluido este libro de la elocuencia silenciosa y ya no habrá enceguecimiento solar que los disipe de mi memoria.

## *Asómate a la ventana,* tu canción soy yo [ 49 ]

La canción de las noches larenses cede la reja de su verso a los caroreños quienes han revivido una muy añosa tradición que remonta a los albores del siglo XX, a fin de que las bellas de la ciudad y de sus barrios y sus alrededores atiendan de nuevo al hechizo de las guitarras y de las voces de los cantores ofreciendo sus rostros recién nacidos del ensueño en la alta madrugada. "Despierta niña despierta,/ no seas ingrata,/ no le dejes al viento mi serenata,/ mi serenata", se oye aún desde el más allá el añorado dueto de los Hermanos Gómez.

Laura Herrera, la hacendosa e inventiva coordinadora del Centro de la Diversidad Cultural del estado Lara, la institución del Ministerio del Poder Popular para la Cultura, determinó devolverle a su ciudad natal y a su municipio ese ritual nocturno que cierta desestima redujo a reunión musical puertas adentro,

a solitaria confesión de amor sin noche colectiva, sin luna en la calle, sin vecindario. Con voluntad y emoción convidó a los serenateros de leyenda y a los de reciente nombradía a despertar con melodías y versos al día que duerme en la causante de nuestro desvelo.

El primer invitado de excepción fue el maestro Alirio Díaz, quien se confesara guitarrista de serenatas, allá en su juventud de la Candelaria, el villorrio del yermo de la Otra Banda, el vecino vallado caroreño, donde naciera y probara sus dones y sensibilidad en el arte órfico.

Para realzar esa fiesta de cuerdas y poemas, cumplió alianza con el 5to. Festival Mundial de Poesía y apenas concluida esta quiso que Gustavo Pereira, el poeta homenajeado en ese encuentro de los poetas de Venezuela y el mundo, y Ramón Palomares, la figura señera de la poesía de habla hispánica, holgaran de esa compañía de baladistas en su viaje por las ventanas en busca de unos ojos y una sonrisa, causa y razón del ritual cantado.



A Carora acudieron nuestros altos poetas, a ellos siguieron otros de distintas distancias, no pocos entre ellos empuñando sus guitarras o probando sus gargantas.

La canción y la poesía habitaron la Casa del Centro de Diversidad Cultural y las calles y casas de Carora. Y no sólo se escucharon las guitarras y los cantores, como lo hiciera el dúo de los trovadores caroreños Ismael Querales o Guillermo Jiménez Leal, entre tantos otros; con igual frecuencia se oyó la palabra de los homenajeados. Hubo entonces, sentimiento y pensamiento; y fue posible aunar espíritus por lo común distanciados o enfrentados por el disenso más vario. En esas horas el país posible fue real, fue uno e indistinto. El abrazo, el contentamiento, la admiración y hasta el amor lograron lo que parecía ilusión, lo que se creía nostalgia remota.

Una tarde, el gran Alirio Díaz nos condujo a su aldea desértica. Abrió las puertas de su casa de barro y techo de jacho, esa fibra del cardón que resiste a todas las intemperies. Vimos la pobreza de su

infancia y visitamos el cielo que mora en el altar de la breve iglesia cercana, sus imágenes de la colonia, su inocencia. Se escuchaba la salmodia de la chuchuba, la alondra salvaje de esas soledades y el pesar de la tórtola, el alma del mundo.

Habrá de revivir por siempre esta tradición caroreña. Así lo confirma la resolución del alcalde del municipio Torres, Julio Chávez, quien avisa que la serenata será elevada a patrimonio cultural de la región donde a la belleza de la mujer se le despierta cantando "Asómate a la reja/ quiero mirarte,/ como el cielo a la estrella quiero adorarte", mientras en la noche llora de amor la estrella del maestro Carrillo y de todos nosotros.

## *Campesinos,* **hablando como tierra** [ 53 ]

Pedro Ruiz tiene un rostro de sombrero de labriego, de rudeza de arado, arándole por dentro, es duro de huesos y carne, tan frágil es la raíz del dulce eneldo que por dentro de sí se ahínca. Proviene de Trujillo. Proviene no: es tierra de esa, de campo subido, de ladera bordada de legumbres por su padre.

Nos vimos por primera vez en Maracay. Bebimos con fruición un licor de oro porque la chatura de lo cotidiano asordaba y había que esplender eufóricos por la amistad que nacía. Lo vi, luego, más de cerca, lo vi de verdad cuando leí sus crónicas de viandante por el suelo fragoso de Aragua, de la Aragua de los cultivadores de perfumes, los artesanos de la basura, los habladores de añoranzas, los fabricantes de piedra viva y madera cantadora, los dueños de sus manos para regalar lo que por uno sienten. Supe que había caminado largo por senderos y rastros, hablándole a las casas y

labrantíos como si les hablara a sus moradores y labriegos y se amistó con los matorrales como si fueran bosques. Registró en los papeles públicos las actas de bautismo de corredores y solares, esquinas y sillas. Nadie en las colinas y valles de Aragua, fuera en el jardín colgante de Pittier, fuera en la playa color de mediodía de Choroní y en el mar vegetal de Chuao, lo creía otro que no fuera uno más de ellos. Mostraba sus mismas facciones, su andar como por huerta roturada, su franqueza callada, su efusividad contemplativa, su parla de escritura oral. Tales vividuras por la geografía humana aragüeña las juntó en las páginas de varios volúmenes. Si Aragua muriera, no podría: su alma habría de pervivir en las páginas de las crónicas de Pedro Ruiz.

Yo lo sabía poeta, menos por sus libros que por sus maneras y por su estilo de pensar y sentir el país que frecuentaba su prosa. No recuerdo que me haya siquiera cedido algún manuscrito suyo, siquiera un volumen de su autoría. Su poesía más conocida era la lectura que profesaba por los poetas que admiraba. Diría que prefería ocultar la propia. O callarla frente a nosotros.



Ese resguardo duró hasta hace poco con la aparición de *Campesinos*, el volumen que recién ofrece el sello Monte Ávila con ocasión del 6to. Festival Mundial de Poesía que tiene lugar en estos días en toda Venezuela. Reúnense en sus páginas varios títulos. Son ellos: *Voces*, *Con el río a la espalda*, *Cambural y eco*, *Estación posible* y *Fervor y páramo*, este último hasta hoy desconocido.

Para saludar la antología, Ramón Palomares abre sus puertas para anunciarnos que "las voces de este libro recitan con amable parsimonia el ensueño", no sin antes loar "el encanto de su poder encantatorio". A su vez, José (Pepe) Barroeta, desde su eternidad, refiere las bondades de *Con el río a la espalda*, el libro primigenio de Pedro Ruiz. "La fantasía del libro —oigamos al poeta Barroeta— nos advierte del peligro de volver atrás si aún no hemos consumado en nosotros el inocente acto del regreso".

De regreso es, en punto, la motivación de esta poesía. Le oí escribir a Humberto Eco que todo vuelve antológicamente a

un lugar. Ese sentimiento del regreso frecuenta las páginas de *Campesinos*. El espacio circunda siempre un paisaje, el físico de una región con sus límites, el explícito (ríos, verdores, casas, caminos, seres, criaturas, intemperies) e implícito (añoranzas, testimonios, soliloquios, diálogos, voces, silencios), ambos visibles, figurativos, casi intocados por el recurso literario de la trasfiguración metafórica o el retoque imaginístico, mostrados desde y dentro de la mirada evocadora, esa inteligencia del corazón que observara Marcel Proust en su demorada "búsqueda del tiempo perdido" y recuperado por los sentidos y la memoria.

En Pedro Ruiz la poesía es, así, labor exhumadora de un mundo afectivo de la infancia lírica o de las últimas vivencias de su inocencia. Mundo rural al que la escritura, organizada siguiendo una estructura apenas deliberada (las pausas, los dícticos, la interrupción y fragmentación de las estrofas y oraciones, la borradura de las puntuaciones), fiel, sin duda, a la entonación oral, cuyo uso ha sido más que frecuente en quien ha dado en escuchar y transcribir con cuidado celo la literalidad de la confidencia. Extraigamos, aquí y allá, por ganas de contagiar con nuestro entusiasmo a quien nos escucha y nos lee, ciertas frases de *Campesinos* que ilustran esa áspera y suave belleza de sus motivaciones, como "esa hora de la tarde en que los pasos tiemblan"; "dar de beber a mi corazón/ fue idea tuya"; "tal vez una hoja cruce la tarde saludándome"; "hay música en las hojas/ cuerpos volviéndose colinas"; "tú que vives el olor a tarde/ de la pitahaya/ debes partir"; "emprenderemos el viaje temprano/ en busca del monte/ donde el movimiento duerme"; "y suene un árbol que me espera/ lejos de todo lejano resplandor"; "y descubrir dolores en las cosas nombradas". O bien como este poema que nos provoca transcribir por entero antes de levantar la mano para saludar al que lo ha escrito como quien se aleja de su memoria para volver:

Nadie tocó la flor del alba mía
yo fui haciéndome noche
por esa canción extraviada
en mi propia sombra
Estoy amaneciendo y debo dar razón del día
Vengo conmigo y sea la inocencia jamás perdida
De mí quedaron
la mano con que la madre tejía capelladas
y su mirada que cubría toda la casa

—Hijo
de tanto mirar somos lo que pasa
Así se fue llenando esta casa de presencias mudas
y de este patio hice mi retrato
cuando andabas de la luna al río
Nunca triste la quietud de la casa
a veces parecías un borbollón
era como si tuvieras el río adentro, y el volcán,
aquel volcán que cuando respiraba asfixiaba el maíz

Así crecimos
apagando y encendiendo los fuegos
hasta decirnos adiós
sin que nos encontremos en los patios
por donde ahora amanece,
y yo te escucho y somos paisaje adentro
que es esta mirada del que ya no está.

# *Cantares del reino,* voces en busca del tesoro [ 57 ]

¿Cómo puede un poeta sin historia propia, sin señas de identidad, escribir tan delgado, a lo sumo dieciocho veces un poema, el mismo y el siguiente, en procura de una mujer de Tebas, homérica, viajera por el río del trasmundo, preciosa de la Corte, con perfume de Brasil y arena del Sahara en el deseo, dueña de un jardín, tendida sobre un lecho donde repta un escorpión de oro? ¿Por qué José Quiaragua es así? Nos conocimos cierto mediodía en la Fundación Casa de las Letras Andrés Bello, junto a un plato de legumbres. Nunca me dijo quién era, salvo lo que contaba su apellido precolombino de oriente. Que escribía, le oí murmurar como quien se dolía al hacerlo. Que había una vez un libro suyo que aguardaba —¿aguarda aún?— la promesa de ser cierto. Lucía una gorra roja, una franela que soportaba mal su corpulencia y una sonrisa que no se atrevía a expresar contentamiento. A cada

encuentro nuestro en lo alto del "mediodía el justo", en el que creía Paul Valéry, yo insistía en preguntarle por su libro y su destino de sala de espera. Más que responderme, asomaba su imprecisa sonrisa, a modo de indiferencia o de sabiduría.

Que es periodista, que coordina la Unidad de Medios del Centro Universitario Francisco de Miranda, que ha dirigido periódicos y programas radiales lo sabría al leer la rápida noticia escrita sobre la pared de atrás de los dieciocho breves y escasos poemas a los que su autor titulara *Cantares del reino*, impresos bajo el sello de la Espada Rota y del Cenal, el Instituto Autónomo Centro Nacional del Libro del Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Colijo que mi amigo determinó reunir su escueto testimonio para entretener su paciencia ante la ya inclemente postergación del otro poemario. He olvidado referir que en las no pocas ocasiones de nuestros ocasionales encuentros distraje mi curiosidad por saber sobre la región de su proveniencia. Suponía su apellido oriundo de los yernos de Guanipa, mas una confidencia de la contraportada de sus *Cantares* me corrigió que había nacido más allá, en el Pao de Guayana, esas colinas ventosas que ocultan entre el cerrado follaje y el agua blanca de su río unos cerros de hierro que por años escarbara largamente la *Iron Mining Company* y que hoy muestran semblanza de pirámide de Keops y de cráter cenizoso.



Escribe Quiaragua que el talle de su amada es de infancia, que en la máscara dorada que la oculta "está la herida, límites de asombro", que ha sido lector de Anacreonte, que llora bajo la sombra, que es "La gloria de diez mil jinetes", que ha besado sus senos "bajo las Rosas de Francia" y es, como Lydia o Beatriz, "sueño del sueño". Al borde de una altafuente la observa y entona para ella esta canción.

Si mañana tienes los mismos ojos
te diré piedra roja caída del cielo
Agua y rosa encantada de septiembre

Si mañana tu cuerpo es el vértigo
allí sembraré perfumes de Brasil de
Ananda

Si mañana no estás
siempre te soñaré
como el sol de la noche
Hoja de Brasil

¿Por qué no está aquí conmigo Ramón Palomares para que la escuche? Hubiera querido conocer como nosotros qué movió a José Quiaragua a interrumpir de pronto el delicado tono y el purísimo motivo de estas evocaciones a la mujer y al absoluto. ¿A qué tanta escasez de confidencia justo cuando nos deleitaba el oído y el sentido? Pasa que en ciertos poetas, la poesía es menos lo que se escribe que lo que se calla. Acaso el poeta de *Cantares del reino* cumpla con dicha obediencia. Tengo para mí que está cierto que durar en la escritura poética conlleva el riesgo de exponerse al enemigo rumor, del que nos disuade Lezama Lima. Con todo, yo invito al callado poeta del Pao a desobedecer los rigores de la escritura del instante, ese oficio de la hoja caída y del rocío que enmudece a la parlera fronda y desdeña la mañana ardorosa y locuaz.

# *Cantos de aves,* la música y su plumaje



David Ascanio anda con la cabeza llena de selvas y montañas. Las veces —las escasas veces— que lo encuentro en la ciudad pareciera que camina entre hojarascas, que asciende paredes de musgo, que se sacude la ropa del agua de algún río. Yo me fijo en su mirada y presiento un pájaro, alguna criatura salvaje. En sus pupilas aún se adivina el destello de los relámpagos, la espesa oscuridad del Sipapo y del Caura. Mi amigo ha decidido emprender la vida de los bosques. Sus amigos son los pájaros del trópico. Su compañía los naturalistas, los observadores del avifauna. Meses, tal vez un año se aleja de Caracas. No sé cómo hace para soportar su estruendo y los apuros de la angustia urbana.

Ayer mismo supe que había vuelto. Ayer, esto es, hace unas semanas, que es lo mismo para quien ha cultivado la paciente espera de alguna maravilla alada, tan poco atenta a la puntualidad. Casi

invisible, es su voz por el teléfono la que da noticias de sus retardados regresos. Cierto día me envió las fotos de un águila harpía y de otros seres de las cumbres arbóreas. Esta vez vino con sus dos pequeños hijos, Luis David y Carlos David, a dejarme una edición de la Sociedad Conservacionista Audubon de Venezuela y la Fundación Polar donde cantan y claman los pájaros de nuestros paisajes. Ellos tres han hecho posible este regalo decembrino y se hicieron cómplices del ilustrador, el artista Fernando Zavala.

*Cantos de aves: los más impresionantes cantos de las aves de Venezuela*, titúlase este folleto-álbum, ofrecido a los niños —y al niño que llevamos por dentro como se añade en su presentación— a manera de taller audiovisual. Su contenido didáctico no desperdicia ni una página. Nos enseña a observar las aves, de qué instrumentos valerse, a más de los binoculares, la libreta de apuntes. Casi de inmediato leemos la onomatopeya y la vocalización de esos músicos emplumados, observamos sus fascinantes apariencias, el colorido de sus plumajes, sus ojos de gota de negro amianto, de fulgor de esmeralda, de lágrima de rocío. He aquí el oscuro aruco de murmurante voz. Su extraña pluma a modo de unicornio; a su lado avanza la gallina cuero, siempre tan remisa, pero tan efusiva cuando clama.



En las páginas que siguen leemos el sonido monótono y comunal de los flamencos, el del pausado pero vocinglero tautaco, el grito estridente del águila harpía, "el ave más poderosa del mundo", adviértese en un párrafo de su biografía.

El chupacacao ventriblanco no cesa de escandalizar los hondos bosques donde habita. El coro de las guacharacas (tan frecuentes en las mañanas del Ávila) parecen repetir "con arepa, con arepa, con perico". El decir del carrao es desgarrador, muy distinto al de la grulla, de acento luctuoso, sombrío, que súbito, se torna en chillidos risueños. La grita de la guacamaya bandera se asemeja al ardimiento de los trópicos, a nuestros mediodías de verano y a su flamígero plumaje.

Los loros compiten con ella en gritería, como el perico cabecinegro, el loro guaro, que parece exclamar "come-cuick, come-cuick" o como el jía-jía, también llamado loro cacique, de sorprendente vestido. Para admirarlo hay que viajar muy lejos hasta su casa guayanesa. Apenas deja de llover no para de reírse. La chenchena, que usa un penacho parecido al peinado de los irokeses, canta como si estuviera tosiendo, se señala en su hoja de vida. El habitante de la Cueva del Guácharo, el ave que le presta su nombre, vive en la tiniebla de la noche cavernaria y de la noche del mundo, emite un sonido que le sirve para guiarse entre los riscos. Hace algo así como "jaaarrooo", seguido de un corto chillido obsesivo.

El martín pescador suena una matraca con su pico de puñal y se acompaña con sonidos que transcritos se parecen a la música de una punzante flauta.

Triste, melancólico es lo que expresa el piapoco gargantiblanco. Toca su tambora sobre los troncos huecos el ajetreado carpintero pescuecirrojo. Admirables músicos son el nictibio, a quien acusan de remedar al silbón, el fantasma de los llanos; el violinero, el silbador pájaro minero, el conoto negro, el moriche de los tepuyes, el turpial y el arrendajo. Pareciera que se valieran de instrumentos y objetos metálicos el campanero y el campanero herrero. Pero pocos tienen voz tan inefable como el gallito de las rocas, el gran pájaro ratón, la urraca negricollareja, la paraulata de agua y tan sorprendente como el del pájaro capuchino.

Para asistir a estos conciertos, los editores nos ofrecen un CD donde actúan los treinta y tres artistas de la música de nuestros paraísos, del verde corazón de Venezuela, como tiene dicho Alberto Arvelo Torrealba, su compañero en poesía.

Yo no sé si David Ascanio y sus hijos escuchan las palabras de mi emoción. No es improbable que los tres se encuentren ahora escuchando en lo más profundo de nuestras florestas a algún violinero en las frondas de Imataca. Si así fuera, pueden estar ciertos que su ausencia es menos envidiable gracias al regalo que han ofrecido a los niños del país, es decir, a todos nosotros.

## *Con la letra de imprenta,* **papeles tallados** [ 65 ]

El poeta Guillermo de León Calles conoce y practica las profundidades de la sencillez. El término es suyo y bien que lo emplee para referirse a quienes forman las familias de sus sentimientos en su hirsuta tierra falconiana, en su Pedregal nativo, nadie como él concibe la vivencia y la escritura de su poesía y su prosa de otra manera que no sea la del arte, el tan difícil arte de lo sencillo. Conmover en poesía se está haciendo escaso en nuestra poesía, por no decir en buena parte de la poesía contemporánea. Nunca como ahora duda tanto de sí misma, no se atreve a confiar en la emoción, ni menos en la inocencia, ese decir tan antiguo que hizo posible el entendimiento de la inteligencia con la intuición, él habla de las cosas y las criaturas con el pensamiento. La teoría poética insiste en que la poesía es menos emoción que reflexión, que es oficio formal, virtuosismo del lenguaje, construcción. El poeta busca

someter los sentidos a la constatación de lo viviente y lo que es, no lo que significa ni lo que se entraña en nosotros.

Lo que vengo diciendo me permite situar a Guillermo de León Calles entre los raros de la poesía del sentimiento junto con Ramón Palomares, el de *Paisano* y el de *Adiós a Escuque.* La ternura, la vieja ternura, halla en ellos voz y escritura, conducta y labor. El falconiano, de lastimados ojos, observa por dentro lo que afuera canta y se calla, perfuma y alienta con la misma nitidez que le presta a la distancia de lo vivido convirtiéndolo en crónica, en testimonio, en evocación. Si creemos con Umberto Eco que "todo regresa antológicamente a su lugar", la obra de Guillermo de León Calles no hace sino confirmar dicha sentencia. Las muchas voces que lo visitan y conviven con la suya constituyen la materia de su poesía. Quien habla y dice y cede a la escritura (una escritura de los sentidos que es casi respiración y pálpito) la sustancia más depurada de su núcleo vital, lo hace como dejándose guiar por el encanto que su ardimiento desata. Las palabras que a través del poema exteriorizan todo cuanto alimenta y nutre al espíritu nos llegan como una suerte de sortilegio en el que reencontramos instantes de un tiempo de vivencias que creíamos para siempre soterrado o ya yermo. El poeta nos anima a recuperar un paraíso, el paraíso de los asombros primordiales, aquellos en que se criaron nuestros mitos de infancia, los dioses de blusa y sombrero, las abuelas pitonisas, los muertos sin sepulturas, las muchachas con alas y los animales parlantes que eran menos ellos que metáforas de la fantasía y una naturaleza del primer día de la creación.

Pero del mismo modo como la poesía de este gran falconiano nos conmueve por lo que antes anotara, con pareja intensidad nos subyuga la prosa periodística de su libro, *Con letra de imprenta*, editado no ha mucho en Punto Fijo por su autor. En sus páginas conviven gente y lugares que guardan hartas semejanzas con la visión del mundo de Guillermo de León Calles quien nos invita a transitar por pueblos y caminos de su región natal y más allá. A veces, sus identidades y sus confidencias conviértense en

reescritura, mas nunca para deformar sus facciones y sus oficios sino para que cobren mayor relieve. Se diría que el entrevistador ahondara en sus secretos, en el trasfondo de sus destinos. He aquí a Inés Montiel, la indígena wayúu, que no sabe a qué edad conoció la lluvia. "La lluvia es para otras partes en donde no haya tanto azul", afirma. Y está Jota Jota Mustiola, el artista pintor, quien se califica como "el mejor pintor de la bolita del mundo". En uno de sus últimos cuadros *Los santos conspiran contra la gloria*, José Rafael olvidó su apellido. "Tiene años —leemos— esperando un paisaje nuevo frente al volante de su autobús". Luis Mariano Rivera es un recuerdo en su jardín de Cachunchú florido, pero parece que estuviese de vuelta de la eternidad porque alguien canturrea "buenos días cerecita". A ratos no sabemos por dónde andamos. Alguien tiene nombre de Florinda o de Jesusa, según las conveniencias del amor. "¿Cómo se llamaba antes este pueblo?" Y ella responde: "Nadie lo ha contado con lujos de detalles" "¿Y no amanece nunca?" "No, porque tampoco nunca atardece". El albañil de Barrio Obrero maracucho es Bernardo Bracho, animador de las francachelas de San Benito. "Los ferris —dijo (después de hablar de frascos de misterios, de temblores de amanecidos)— rodaban desde Palmarejo como tocadiscos ambulantes por el Lago". Más lejos, más a ras de tierra, se asoma delante del horizonte apureño la maestra Eglé Montero. Nos acompaña Carmelo Aracas entre los demás pasajeros del libro y el santo nazareno de Achaguas en el fervor del pecho. Un isleño se asoma de pronto en otra crónica. Está aquí en Venezuela —nos avisa— desde que "el siglo veinte se partía por la mitad mientras nosotros nos desmoronábamos". Trata de organizar un diario. "Perdone usted —acepta que lo interrumpan—, pero, ¿qué escribió en la última página?". "Hasta luego", contestó el isleño de La Palma. Clorinda, ella, es de Margarita, del Valle del Espíritu Santo. "Usted espere —advierte— a que sean las seis de la tarde, que es cuando el yeso de la Virgen del Valle se hace verbo". Del petróleo es José de Jesús, del petróleo de la Shell. Cuando el hueco de la perforación escupió óleo negro, "la

tierra, esa vez —recuerda— sí merecía llamarse tierra, porque el viento la desenterraba". Ahora caminamos por el calor del Callao al encuentro de la diosa del carnaval, la Negra Isidora. Se presenta con un *bumbac* en la mano y un *rayo* en la otra y al punto deletrea su fama: "Yo soy la única heredera de las lenguas que se confundieron con La Biblia en la Torre de Babel". Josefa María, una cantadora del *Olelolai* del Sincelejo colombiano, confiesa, unas páginas y unos pueblos después, que "antes de ser mujer quería ser un pájaro canario", mientras Zobeida Jiménez, del Píritu portugueseño, "donde —asegura— el llano no tiene compromiso con las alturas", jura que sus muñecas de trapo no son invento suyo, "porque —adelanta— ellas existen". En los ventisqueros de Chachopo y Apartaderos, creemos entrever, rediviva, a la Loca Luz Caraballo. Antes de que concluyamos este amoroso y poético viaje, enrumbamos hacia tierra afuera, a España, al encuentro de Iñiko, un euzqueda y de Marcia, ambos mortificados por Agustín, prisionero en Andalucía por culpa de la ETA y de un cochebomba. A la pregunta de por qué habla español, Marcia responde sin fruncir la ceja. "Porque necesito escupirlo". Y para saber con qué llenó el plato que le lleva al hijo, confiesa en las postrimerías de la página 77: "Con champiñones. Son frescos, son merideños, venezolanos".

Yo no sé si la lectura de *Con letra de imprenta* circula en nuestras librerías. El libro fue mío gracias a la larga generosidad de su autor. Quisiera que los amigos que me escuchan fueran en su búsqueda. Lo imprimieron en Villa de Cura. De no ser posible obtenerlo en esa puerta del llano, pregunten por Guillermo de León Calles en cualquier calle de Punto Fijo o de Coro. Y si por milagro encontraran a un hombre encandilado por la luz de su corazón y que sonríe como si no hubiera maldad en el mundo, no lo duden: es él. Y nunca más conocerán el desamparo y estarán ciertos que la poesía es enemiga de todas las sombras.

# *El contraescritor,* escritura para leer en un espejo



Gabriel Jiménez Emán realiza con excelencia el arte de la narrativa breve, de la que es maestro, título con que lo distinguiera Salvador Garmendia desde que firmara uno de sus libros iniciales, *La historia de Raquel.* A sus dones en la ficción hemos de agregar los que distinguen su profusa obra ensayística, sus perspicaces reflexiones sobre la literatura y la cultura y los inventos de una obra poética versátil, difícil de herrar con el hierro de esta o cualquier semejanza. Pensador, estudioso, narrador y poeta, pertenece a los intelectuales que han hecho vida en el país de más allá, el país que con sorna se le endilga ciudadanía de provinciano, siendo como es su cultura región universal del aire y aldea rural de lo ilímite.

Intelectual de acendrada formación, escritor de lo palpable y lo impalpable, visual y visionario, educado en bibliotecas y en

las lenguas del arte y el humanismo, Jiménez Emán no limita sus dones a pensar e imaginar para sí. El fruto de su saber y su sentir lo ha cedido a los prójimos de su oficio, quienes comparten con él el diálogo de las culturas y abrevan en la fuente nutricia de sus virtudes pedagógicas en busca de disciplina estética. Yo lo he visto abandonar su soledad creadora para trabajar en la forja de un país sensitivo y de conciencia social y política, animar talleres, representar a la Red de Escritores de Venezuela, hacer oír su voz de pensador y de poeta en congresos y festivales dentro y fuera del país, fundar revistas y agrupaciones literarias y velar por la obra de su padre y maestro mágico, Elisio Jiménez Sierra, cuya eternidad evocáramos hace apenas unos días.

Autor de numerosos títulos, por los que obtuviera merecidas distinciones, ha cedido recientemente al sello El Perro y la Rana, del Ministerio del Poder Popular para la Cultura, su libro *El contraescritor*. En brevísimo prólogo (a lo sumo dura cinco líneas) advierte y sorprende al lector acerca de su contenido: "Este libro no es un libro. Es un conjunto de palabras con frío acurrucadas en páginas al azar. No quieren decir nada. Sólo están ahí, aleteando siempre en la marea blanca".



Pero se equivoca: sí dicen y mucho y bastante. Tratan esas palabras de aforismos, de anatemas, de anotaciones a pie de página o en las orillas de los carnets, los diarios, los flancos de las lecturas. El título mismo no es en nada caprichoso. Contiene pensamientos, reflexiones orientadas a disuadir a los incautos, a aquellos que suponen el oficio de escribir como un don de los dioses, un asunto de predestinados o de ungidos. Es pues "un manual", así, entre comillas, de desacreditaciones y desencantos.

El autor quiso organizarlo en distintos asuntos: a más del que da nombre al libro, los llama "Erosiones amorosas", "Aleteos de la ficción", "Arte y Cultura: precisiones y ambigüedades", "Luces del fracaso", "La vida al revés" y "Vida en familia".

El humor y la ironía hacen alianza con la docta disertación y la confidencia da paso a la añoranza. Páginas hay, como las de "Aleteos de la ficción", que bien podrían servir para una metodología

de talleres y seminarios, dedicados al oficio de narrar. Lector de Cioran, el incómodo filósofo de la contracultura y la antimetafísica, Jiménez Emán busca abrirnos los ojos —y despertar nuestra conciencia— a un nuevo entendimiento con la escritura y la cultura, proponiéndonos otro modo —acaso el verdadero, según su ideario de pensador y trabajador de la letra escrita— de pensar y sentir la vida transformada en signo, en memoria, en conducta humana. Libro de advertencias, en el decurso de su lectura hallamos una que suscribimos sin enmienda: "No hay culturas —nos dice— universales, sólo culturas regionales arraigadas a un piso, a un paisaje (…) A ello puede llamársele universalidad de lo específico".

Así ha sido y así es desde Homero hasta nosotros. Hasta Jiménez Emán.

## *Cuentos del monte,* el follaje como escritura [ 73 ]

Son de Tucupido, su llano natal, los bancos, los bajíos, los coñales y sabanas que desvelan la memoria de Salvador Lara. Pero su escritura es de San Juan de los Morros, donde ha detenido su vida literaria y su labor en los Consejos Comunales. Poco sabía yo acerca de su oficio de prosista y menos de poeta. Nos conocimos hace unas semanas, allá en la capital del Guárico, mientras concluíamos compromisos para fortalecer en los llanos la promoción de la lectura y la escritura de la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello y mudábamos al interior del país las reuniones semanales de la Plataforma del libro y la lectura del Ministerio del Poder Popular para la Cultura. En algún momento, cuando la agenda daba muestras de cansancio, dejó en mis manos un delgado volumen. No más lo hojeé y comprobé que mi mejor enemigo es la distracción. No sé cuándo, ni en qué lugar, ya había transitado por sus

páginas y detenido en una de ellas, aquella titulada *Tierra sin sol* en donde en sólo quince líneas el ajetreado oficio del llanero y la vastedad de su tierra quedan sintetizados en una escritura que los contiene sin reclamar desmesura verbal alguna, como que el desprecio por la sobreabundancia narrativa constituye la idea fija de *Tierra sin sol*. Confieso que había dejado para otra ocasión la lectura de los textos restantes que integran el libro *Cuentos del monte*, editado por el Cenal, el Centro Nacional del Libro y la Asociación Civil AEG guariqueña. El azar de mi encuentro con Salvador Lara vino en mi ayuda. Volví así a sus sabanas tucupiteñas, me entré en sus recuerdos de suelo fragoso, sus hombres de cuero y cuchillo, con olor a potro cerrero y a sudor de vaquería, regresé a sus pájaros, a sus lagunas y escuché la porfía de la tempestad, vi alborotarse el monte con los ventarrones de marzo, la candela quemaba el aire, como en el pecho el deseo de mujer, alguien casaba un gallo con pico de puñal y navaja en las espuelas, la lluvia pasaba meses ahogando la sombra de los jinetes y el mundo, había alguien que cantaba como los pájaros, un samán bastaba para que la inmensidad del recuerdo cupiera en su sombra y vino la muerte que "le puso la cara afilada a un hombre llanero llamado Bigote", y "de cerca —vuelvo a leer— parecía que hablaba con las ánimas", sin haber tenido tiempo para afeitarse en su viaje al más allá, porque —me dice Salvador Lara— "en el llano los hombres que mueren no se afeitan" y la luna alumbraba como si fuera mediodía, la tiniebla oscurecía como si todo fuera el fin, volaban las mariposas desde la infancia y la escritura las atrapaba "lamiendo —¿verdad Salvador?— el corazón de las cayenas"; entretanto el tiempo se echaba más para atrás, una calle andaba de noche bajo los bombillos lagañosos y sin esquinas porque la soledad vivía sola por más que la ebriedad y el amor intercambiaran gritos y susurros, y cundía la loción del limonero y una casa se paraba a mirar la llanura sobre una tierra blanca, el viento frío —está escrito en la página veintiséis— venía de la lejura y "un cielo (era) cenizoso como un sombrero grande" y la lluvia se enflaquecía, era delgadita, "mojaba

—está escrito de nuevo— la cara del monte, el paisaje verde, debajo de las viejas cuencas", hasta que llego a la página última, allí donde dice *El hachador* y no puedo dejar de leerlo en alta voz como ahora, como en este instante:

> La piedra de amolar se fue hundiendo por donde pasaba la cara del hacha que Marejo afincaba con fuerza todas las mañanas. La mano grande tanteaba el filo de la herramienta que como arista de luna nueva quedaba lista para la brega. El hombre con el pecho ancho se llevaba las casas de las telarañas que guindaban por el camino bordado de arestines. Se sabía cuándo Merejo llegaba al corte por el eco lejano del hacha que chocaba contra la montaña de Jobo Dulce. El diente muerde hasta llegar al corazón del cedro que a poco se desploma ante la mirada mansa. De esto hace unos cuantos años cuando el hombre no podía con la montaña, porque si talaba el árbol nacían dos, y las piedras de amolar quedaban en los patios con una zanja en el centro como huella imborrable del tiempo.

Entonces, no más termino de leer, como acabo de hacerlo, este texto admirable, le pregunto a Salvador Lara si acaso conoce *A dos palmos apenas*, de Efraín Hurtado, y me dice que no, que nunca, y ambos nos juramos devolverlo del olvido junto con el suyo porque ambos libros son el mismo llano, la misma inmensidad en una escritura de apenas ocho o doce líneas, desde aquí, desde la página ocho de sus cuentos hasta el infinito.

## *Eclipse*, la encendida oscuridad [ 77 ]

¡Qué libro más solo! Su título mismo le ha reservado la sombra, la oscuridad. Francisco Pérez Perdomo, su autor, hizo todo lo posible por mantenerlo oculto. Determinó ofrecerlo al lector justo cuando el mes de diciembre moría, a pocos días de editarlo por su propia cuenta y riesgo. Desdeñó la ayuda de una impresora de renombre, el hombro del publicista, el balcón de la prensa. Oscuro como su título es también la carátula, su diseño gráfico, creación de Daniel González, el amigo y el cómplice en la aventura literaria de los años sesenta.

¿Por qué esta sorpresiva esquivez en un poeta de tanto renombre, creador de una obra vasta y de prestigio, como el del Premio Nacional de Literatura? Sospechamos que ha enderezado su poesía hacia la puesta en práctica de la experiencia de la literatura gótica, la literatura fantástica, de la que ha sido y es maestro de

punta, próximo a Ramos Sucre, con quien comparte el gusto por el fantasma, la nocturnidad, la casa tapiada, el gemido del búho, el zumbido del viento, el insomnio, el trasmundo. ¿Habrá querido llevar vida apartada para darse a la lectura y a la escritura en su escondite de Maripérez? No lo sé, nadie lo sabe.

Hace ya un rato que se nos escapa de la ciudad, la ciudad visible que solía frecuentar, por lo que el nombre de esta, su más reciente obra, podría significar más bien la contradicción de lo que propone: el ocultamiento de lo visible. Sin embargo, para quien ha transitado su poética, *Eclipse* reitera y prolonga un destino creador que no ha torcido nunca su rastro desde los libros iniciales, *Fantasmas y enfermedades* y *Los venenos fieles* o los de la madurez, *La depravación de los astros* y *Los huéspedes nocturnos*.

Consultor de tratados de alquimia y grimorios de esoterismo, asiduo de la literatura del misterio y de lo insólito, Pérez Perdomo orientó de pronto su interés por los fantasmas rurales de los pueblos brumosos de Trujillo, su tierra natal. La estructura narrativa de sus poemas probó así nuevas motivaciones. Las otroras presencias de la tiniebla que provenían de las lecturas de su biblioteca se nos tornaron más familiares, copiaron nuestra apariencia y una geografía reconocible. La niebla de los páramos de Boconó y de San Miguel suplió a las brumas medievales de los castillos y las encinas; el picudo gorro de los brujos de Transilvania cedió su fieltro de pluma de cuervo al sombrero campesino trujillano de hilo de paja. Un libro, *El límite infinito*, los reúne en esas aldeas que parecieran desaparecer al menor paso de la neblina sin más huella de realidad que la del murmullo humano, el silbo del pájaro toche y el soplido del mochuelo. La luz es la de la luna plena y su fulgor el curso del río Burate.

La hora es siempre nocturna. No otra es la atmósfera que cruza la lectura de *Eclipse*, sólo que esta vez Pérez Perdomo alterna el testimonio con la crónica, el dibujo de los personajes y la descripción de paisajes con la citas de los libros y de las figuras históricas y míticas, a veces a manera de diario, de carnet de anotaciones.

El propio poeta asoma su vida entre las páginas, fantasma él mismo entre fantasmas. Atento y culto lector muéstrase aquí en todo su relieve. Dioses helenos, inventos de la picaresca, evocaciones proustianas, glosas de Beckett, alusiones a Rómulo Gallegos, a Salvador Garmendia, los socráticos y los platónicos, los pesimistas y los descreídos conviven sin estorbarse durante muchos poemas. Pero son el hechicero, el alquimista, la medusa, los abismos avernarios, las moscas, la tormenta, la tiniebla y la sombra los que en ellos predominan. Los campos, los espacios, tienen el tamaño de la eternidad. Lectura y vivencia se confunden. Negra es la única luz que los ilumina y súbito como los eclipses que enfantasman el día, esa evidencia, esa falsa evidencia que creemos el mundo. Pérez Perdomo la ha sufrido, ha sido su iniciado. Oigámoslo: "Mi alma se ha forjado/en las grandes vigilias/y los días oscuros" (…) "Combato ahora y día a día con mi sombra".

Es el eclipse, el eclipse en el cielo y en nosotros.

## *El azogue ubicuo,* **la semblanza como sombra** [ 81 ]

Huyendo de sí, pendiente sólo del otro que escribe, profesor por luengos años en la Universidad del Zulia, asiduo de todo simposio donde se converse y se medite sobre nuestra literatura, así conozco y admiro a Enrique Arenas. Antes de transitar por sus ensayos y sus crónicas, leí —no sé cuándo— algunos poemas suyos a los que él mismo se ha esmerado en desestimar con reincidente insensatez.

Su origen es falconiano, lo que explicaría el deleite que acusa en glosar la temática poética donde el lenguaje hirsuto, la frase delgada y la pausa blanca le recuerdan su relieve ocre, su perfil espinoso, su viento y su luz borradores de toda apariencia. Pero si esta añoranza define los mejores momentos de sus lecturas, también otras, las de otras regiones de las letras, atraen su placer por expresar afinidades y aproximaciones valorativas.

No sé cuántos jóvenes escritores le deben su celo de maestro, su condición de vigía de talentos. La misma dedicación profesa por los excluidos de la memoria literaria, a los que exhuma de la sombra en detenidos ensayos críticos a modo de retaliación ante la injusticia de que son objeto.

Una lectura de su libro *El azogue ubicuo, esbozos y ejercicios críticos* ofrece la Universidad del Zulia en sus ediciones del Vicerrectorado. Ella revela esa impronta justiciera. Lo prueban sus insistentes análisis a la obra poética de Lydda Franco Farías con quien tanto quiso y por quien tanto hizo para que fuera reconocida en el Zulia y en Venezuela. "Tenemos a Enrique Arenas por escrito, después de tantas décadas en conversas y sorprendentes interpretaciones orales suyas en aulas o en cualquier otro espacio", observa Carlos Ildemar Pérez en el prefacio del volumen.

De lecturas de poeta y de poemas versa su discurso de orden que le oyéramos y aplaudiéramos en la III Bienal Nacional de Literatura Ramón Palomares de Trujillo, y a modo de *adenda* propone una lectura temática de la poesía venezolana contemporánea, aquella que estima iniciadora y prolongadora de no pocas corrientes poéticas de la poesía actual.



Bello y la conciencia del lenguaje llama a su elogio del gramático y de su invitación a privilegiar la región como universalización de la naturaleza y de la historia suramericana. El camino de las "silvas" le promete la lectura de Gerbasi y de Canoabo, la aldea carabobeña que queda en el cosmos. La poesía "como indagación", la que "reta lo fugaz, la realidad que se carcome y huye", reclama a Ida Gramcko. He aquí su propuesta en aquellos años cincuenta donde la poesía se apegaba en demasía a la figuración, a la emoción simple: "Desde el uno que somos se presiente/ el cero anónimo que aguarda/ como un oscuro huésped/ sin instancia".

Arenas se niega a privilegiar sólo a los poetas venezolanos de nombradía. Con pareja distinción presta su atención a aquellos que han sido relegados por la retórica del entrecomillado de lo novedoso. José Antonio Castro es uno de ellos, al que consagra

dos lecturas, el de su libro *Mapire* y el de su muy reciente *Álbum para delincuentes*. Con igual justicia presenta al lector el nombre y la obra de Eduardo Zambrano Colmenares. "Logro difícil y admirable", llama a su fidelidad, a su "motivo de lenguaje y de elegancia".

Acaso el solo desvío geográfico —que no temático— ocurra en sus lecturas de los mexicanos José Gorostiza y Javier Villaurrutia. Aquel despierta su interés por "la contemplación obstinada de una palabra ósea y racional" y este por causa de la *Nostalgia de la muerte*, al que aprecia como su libro más alto.

Pero pronto vuelve a los libros de su biblioteca de poetas venezolanos y abre lo que llama "el itinerario sombrío" del ecuatoriano-venezolano César Dávila Andrade a propósito de su *Catedral salvaje*. Muy cerca espera la obra de uno de sus poetas indispensables: Elías David Curiel, como Lydda Franco Farías, emoción y razón de su obediencia a la poesía iniciática y confesional. En la lectura de Curiel se tarda no pocas páginas en las que da prueba de su entendimiento con el viajero de los cielos corianos, del suspirante del *haschisch* y de la respiración del éter.

La motivación como vivencia traducida en reflexión lo aproximan unos párrafos después a Liscano y a Cadenas.

Las últimas páginas las reserva a Lydda Franco Farías. Leyéndolas estamos ciertos que Arenas es hoy por hoy el analista más autorizado de la poesía de la poetisa de la sierra de San Luis y de este mundo.

Finalmente, el conocimiento de la poesía le sirve de resumen, de adiós y regreso, de fuego central, a su inteligencia emotiva y reflexiva.

Sus lectores quedamos a la espera de un nuevo libro de lecturas sobre la poesía y de la publicación de la suya propia, que mantiene por tanto tiempo oculta y a la que recordamos como la praxis de la vivencia poética en tanto que lugar, que aldea cósmica, al modo de Lezama Lima, el de la adoración prosódica y ontológica del rumor, en el ser y en el lenguaje.

## *La aldea sumergida*, domicilio bajo el cuerpo [ 85 ]

La casa real y memoriosa de Elisio Jiménez Sierra, aquel villorrio que hoy yace sepultado bajo las aguas de una represa en la tierra yerma de Lara, fue más biblioteca que almohada y menos refugio contra la fragosa intemperie de lectura y de escritura. Si en ella sufrió la pobreza del cabrero y de la espina, gozó la riqueza de la pasmosa cultura que hoy, a tantos años de su muerte, difunden sus libros inéditos que entretuvieron y cultivaron luego su exilio de San Felipe, entre ratos de bandolina y noches de "puertos de última bohemia". Su vida, su lectora y creativa vida, lo retuvo en su asidua frecuentación a los clásicos, los latinos y los modernos, a los que solía traducir con una escritura y un oído purísimos, sin desmedro, en tan puntual labor de ingenio y genio, de sus propias invenciones poéticas, obedientes como son a la rima y a la métrica, acaso por sentirse próximo de Baudelaire, a quien

tanto quería y de François Villon, en quien tanto creía, contemporáneos de motivación, novísimos de lenguaje.

La Cultura, subrayada con mayúsculas, puesto que nunca la entendió de otro modo que no fuera planetaria, totalizadora, como cosecha del saber y de la vivencia, colman las páginas de sus manuscritos difundidos por la Fundación que lleva su nombre a fin de cederle un lugar de excepción en la nombradía literaria.

Hace no pocos martes glosaba yo la lectura de una de sus obras más señeras, la de sus *Estudios grecolatinos y otros ensayos literarios*. Hoy, a escasos días de su aparición, termino de transitar por su poética, cuyo título, *La aldea sumergida*, evoca la muerte por agua de su casa natal. De nuevo, como lo hiciera con ocasión del ofrecimiento de los *Estudios grecolatinos y otros los ensayos literarios,* suscribe el prefacio Gabriel Jiménez Emán, hijo de su sangre y de sus dones. En él nos avisa que el libro habla de pájaros, de animales y cabras (entiéndase criaturas del desierto), y de árboles y sobremanera del cují y el dividive (fronda de las arideces espinosas), la aldea y sus almas vivas y enterradas, el fuego fatuo de la noche y el fuego fausto del mediodía, la infancia y la tristeza, la de los buenos días y el adiós.



Inclúyense en el volumen las memorables traducciones de Jiménez Sierra de Prudhomme, Ronsard, Verlaine (sin duda su predilecto), Mistral (tan campesino como todo poeta, afirmaría Wallance Stevens), Horacio (sobre todo el de las "odas al campo"), Pierre Louys (tan afín a su sensualidad), Cristodoro de Coptos (por estatuario en la épica), Coppé (por crístico), Victor Hugo (por abarcar lo eterno en *La leyenda de los siglos*) y José María Heredia, el cubano de Francia. Octavio Paz rindió tributo a la traducción que realizara el gran larense de *Los trofeos* heredianos en una misiva dirigida a Gimferrer que de seguidas leo:

> Hace años recibí una traducción de cincuenta y pico de sonetos de *Los trofeos*, hecha por Elisio Jiménez Sierra. No lo conozco pero después de leer su traducción lo estimo. Es una traducción

> excelente, rimada en rotundos alejandrinos que revelan a un aventajado discípulo de Darío. Un modernista en la segunda mitad del siglo, ¿no es extraño? Nada sé de Jiménez Sierra excepto que el prólogo a su traducción está fechado en 1957. Él me la envió en 1980…

En las páginas de despedida de *La aldea sumergida*, quiso Gabriel Jiménez Emán dejar oír a quienes le fueron próximos en la vida y en la amistad, como el maestro de la guitarra Alirio Díaz, su coterráneo, y como sus hijos y a quienes elogiaron su obra, su saber y su postura humana, como Tito Núñez Silva, David Figueroa Figueroa, Jesús Enrique Barrios, el añorado escritor salteño-venezolano Baica Dávalos, Franz Ortiz Castañeda, Eloy Yagüe Jarque, Gabriel Mantilla Chaparro, Lubio Cardozo, Laura Antillano, Julián Márquez y Lázaro Álvarez, reunidos todos con motivo del Primer Coloquio Regional de Literatura "Elisio Jiménez Sierra", que tuvo lugar en San Felipe en octubre de 2005.

Que no será único, de ello estamos ciertos. Nuevos homenajes debemos a Elisio Jiménez Sierra, otros conjuros habrá, como el de leerlo y admirarlo, para abolir su muerte.

## *El dardo y la palabra*, la lastimadura fascinante [ 89 ]

Un gran *jefe seattle* respondió a cierto presidente de los Estados Unidos al conocer su voluntad de comprarle las tierras de su pueblo: "El murmullo de estas aguas es la voz de mi padre". Pero nada pudo, recordaría la historia. Lejos de allí, donde comienza México y se extrema Chile, la tierra que habitaban y aún insisten en defenderla y reclamarla los aborígenes de este continente, sufren lo que afirmaba el jefe piel roja. Cuando dicen tierra, parece repetirnos Gustavo Pereira en su libro *Costado indio*, los warao del Delta nombran a un ser sensible, el cuerpo expandido de ellos mismos. La confidencia es larga y dolorosa. No vamos a memorizar ese historial de despojos y extinciones. Hablemos entonces de sus sobrevivientes a la manera como siente Alberto Rodríguez Carucci:

> Durante mucho tiempo las formas de manifestación de la sensibilidad y de las creencias de los aborígenes americanos fueron descartadas en los balances de nuestra historia cultural, pues se les consideraba como expresiones de primitivismo y de barbarie, siempre desde las perspectivas diseñadas por los poderes de la conquista que veían en las comunidades indígenas unos colectivos amorfos, sin raíces ni huellas que merecieran conservación.

Nuestro amigo, profesor, ensayista y estudioso de las culturas indígenas quiso pormenorizar el lento y dramático ascenso de esos pueblos al respeto y reconocimiento de sus culturas en el concierto de las llamadas "sociedades industrializadas". Detiénese Rodríguez Carucci, en el umbral del prólogo que escribiera en su más reciente libro *El dardo y la palabra*: "Poesía indígena de nuestra América" (Fundación Editorial El Perro y la Rana, del Ministerio del Poder Popular para la Cultura), en la valoración literaria de sus lenguas, cuya oralidad ha sido transcrita a sus propias gramáticas y conservadas sus voces gracias a la tecnología. "No sería justo —y menos en esta era audiovisual y casi *postalfabética* en que empezamos a vivir— que olvidemos las fuentes no escritas", observa el historiador español Céspedes del Castillo, citado por el prologuista.



A fin de ilustrar nuestra muy varia y muy rica poesía indígena, el libro a que hacemos referencia reúne testimonios poéticos de los nahuatls, los mayeneses, los quechuas, guaraníes, los wayuú, los piaroa y los pemones de Venezuela, vertidos al español por los mismos indígenas y por los estudiosos de su lingüística, no pocos de ellos enraizados por la sangre y la palabra a sus culturas, como Ángel María Garibay, Guamán Poma de Ayala, Edmundo Bendezú Aibar. Destaca la versión que Augusto Roa Bastos (quien dominara con amplitud el guaraní), el canto a Ñanderovusú, el Gran Padre Brillante: "Todo esperaba el nacimiento del principio/ en una concentración de fuerzas atropellándose/ desde atrás hacia delante,/ en un remolino obscuro/ bajo las alas membranosas/ de

los murciélagos eternos". Igual sobresalen la versión que propone Demetrio Sodi del canto de la flor mayense, la de J. M. Farfán del treno o canto luctuoso "Al señor Inca Atahualpa", cuyos "dientes crujidores ya están mordiendo/ la bárbara tristeza", y la de Ernesto Cardenal en este poema de amor de los nahualts: "Yo no sé si tú/ has estado ausente./ Yo me acuesto contigo,/ y me levanto contigo./ En mis sueños tú estás junto a mí./ Si tiemblan los pendientes de mis orejas/ yo sé que eres tú,/ moviéndote en mi corazón". Nahualt de cuna y de orgullo, el poeta guatemalteco Humberto Ak'abal, quien participara en el 3er Festival Mundial de Poesía y un libro suyo, "El rostro del viento" fuera editado por Monte Ávila, cede en español sus breves y conclusivos poemas: "El único día en la vida/ donde no se oculta el sol/ se llama/ esperanza".

Wayúu de Colombia es Miguel Ángel López Hernández, premio Casa de las Américas. "He aquí —nos dice— en mi canto y en mis manos el sueño diverso, la voz intensa de las antigüedades". Wayúus de Venezuela son José Ángel Fernández en su poema "La tierra de los sueños" y Atala Uliana "entre el rumor de tiernos cujíes/hijos del amanecer". Por último óyese la poesía pemón de Vicente Arreaza Kaitkusé, a quien la muerte perdió por los caminos de La Gran Sabana "en este lecho de arenisca/ agua dulce/ en mis sueños". Lo acompaña la voz anónima de un poeta piaroa o wothuja: "Para el hombre que espera". "Como los árboles/ como el viento/ como el agua/ como la piedra que cae de la montaña", parece agregar don Tulio Febres Cordero en su invención del "Canto guerrero de los Timotes".

No ha pretendido Rodríguez Carucci ser exhaustivo en esta selección de nuestra poesía indígena de América. Su muestrario poético busca sustentar lo que él denomina "la emergencia de una intelectualidad indígena creadora y crítica". En una palabra, una literatura de resistencia. Como la poesía.

# *El retorno de Ulises,* el regreso de decir adiós



Faisal Zeidan fue a dejarme su libro editado por la Fundación Editorial el Perro y la Rana. No nos vimos. No pudimos conocernos. Y se marchó, siguió en su errancia. Ignoraba que días antes, Ángel Eduardo Acevedo, el poeta del llano guariqueño de Garcitas y como Zeidán hombre de suelas de viento rimbaldianas, me lo había obsequiado sin antes encomendarme su urgente lectura. "Este es uno de esos libros que nos cambian la vida", me aseguró. No bien le birlé al tiempo algunas horas de libertad, de desocupado lector, como tiene dicho la ironía de Baudelaire, holgué en aquella noble compañía, dijera Lisandro Alvarado, de haberla tenido conmigo.

Avecedo no había exagerado. *El retorno de Ulises* es "el viaje de un hombre de regreso a sí mismo", nos anuncia su autor, esto

es, el regreso de todos nosotros a nuestra patria emblemática que es Ítaca. *La odisea* homérica significa, si se quiere, el pretexto para emprender una relectura de nuestro destino enfrentándonos a un mar de conflictos y asedios que si bien conservan los lugares y los personajes que pueblan el poema, entendemos, a medida que avanzamos en la lectura de este libro rico en interpretaciones y análisis simbólicos, que trata sobre el hombre histórico, el hombre que venimos siendo. Basta con cambiar los nombres de la geografía mediterránea y de los dioses, magos y monstruos que la habitan para situar la epopeya en nuestra contemporaneidad y en especial en nuestra psiquis o nuestros adentros.

Y es allí donde radica la excelencia de la obra de Zeidan. Al explicar, con probada erudición, el camino marino de Ulises en términos lineales, nuestro huidizo —y, por ende, odiséico amigo— pone de relieve el carácter iniciático de la travesía, identificando los sufrimientos del marino y guerrero griego con los trabajos de los aedos antiguos, tan cercanos al chamán, a los viajeros del trasmundo, los caminantes del éxtasis.



Zeidan reescribe, como el alejandrino Cavafy, la saga homérica y la traduce a la vida de cada día, pero desdeña seguir la senda de la psicología analítica o la transcripción de la mitología griega, al lenguaje psicoterapéutico, pues no es esa la ruta que ha elegido para probarnos qué de Ulises-Odiseo pervive en nuestro ser profundo, cuántas veces afrontamos el piélago y a las fuerzas que se oponen a nuestro regreso a lo más hondo de nuestra patria anímica, al *anima mundi* interior.

Helenista universitario y solitario, Zeidan nutre esa reveladora lectura del poema homérico glosando la estructura de los hexámetros para sustentar la importancia de su estructura formal en la estructura sonora del canto, ambos intrínsecamente unidos para producir en el oyente-lector el embrujo que intuimos, a juzgar por el que produce en nosotros su versión al español.

"Me pregunto si conocerá a Briceño Guerrero", me dice el poeta Acevedo. Él sabe la causa, que no es otra que la erudición

de Faisal Zeidan, tan próxima a nuestro filósofo y humanista. Ambos son asiduos habitantes de las cátedras académicas y lectores de lenguas antiguas. Pero el tránsito por las aulas universitarias de Zeidan roza la estupefacción. A más de viajero y estudioso, obtuvo el grado de ingeniero, recibió el doctorado en Aeronáutica en la entonces Unión Soviética y en Francia. Estudió filosofía en la Universidad de París y cursos de posdoctorales en ingeniería aeroespacial en Kyoto. Ha realizado traducciones del *haikú* y ha escrito no pocos artículos de filosofía e ingeniería y aeronáutica en revistas internacionales.

Apenas nació en 1953. Las aulas de las universidades nacionales han beneficiado de sus múltiples conocimientos y dones literarios. Uno de ellos, el que más nos conmueve y festejamos, es el de haber releído para nosotros la otra, acaso, la verdadera travesía de Ulises, nuestro contemporáneo, nuestro semejante, siempre de regreso, siempre despidiéndose.

# *Encanto de Guanipa*, un desierto en el ansia



Un año tardó este libro de José Pérez en mirarme. Ahora lo hace, ahora cuando empieza enero a tostar la gran planicie que circunda a El Tigre, ese encuentro de tráfago comercial e infinitud de paja dura y suelo púrpura. Lo encuadernó y lo ofrece al escaso lector de poesía la Alcaldía del Municipio Freites del estado Anzoátegui y Unicornio Fundación Cultural de Cantaura.

*Encanto de Guanipa* mereció el Premio Regional de Literatura "Mercedes de Pérez Freites", mención poesía, en memoria de la gran dama culta del pueblo que se asoma al repecho del vasto bajío anzoatiguense. Su autor proviene de San Diego de Cabrutica, vale decir de unas sabanas que nunca parecen apartarse de los mediodías.

Hace mucho camino de tierra y de destino desde que José Pérez enrumbara para los Andes a recibirse licenciado en Letras y luego para Margarita a fundar casa de amor y aula universitaria.

Escritor, ensayista, narrador y poeta, lo conocemos sus amigos y sus alumnos mucho antes de que su nombre se oyera en los dictámenes de los concursos literarios que han reconocido sus dones reflexivos y estéticos.

Si su patria originaria lo reclama con premura (allá moran sus ancestros sobre o bajo tierra y lo aguarda el abrazo de gente suya, que es larga y varia), la isla lo retiene con el regalo de su cariño y su agradecimiento. En ella escribe y enseña con el mismo deleite de que es pródigo en la amistad. Tal vez sean sus virtudes narrativas y ensayísticas las que le han dado mayor nombradía. Este libro confirma, sin embargo, que su escritura poética no ha hecho sino enriquecer su prosa de invención y de meditación, prestándole su savia y su forma verbal.

En *Encanto de Guanipa*, en efecto, se juntan esa sustancia y esa fisonomía literarias. La imagen y las pausas someten a la concreción la emotividad y el pensamiento que las animan. El espacio es reconocible no sólo por su geografía (las sabanas y llanos quebrados, su hirsuto confín, su ardiente esplendor), sino por sus nombres (los pueblos, la vegetación, el animal, el hombre) e igual resulta familiar su vínculo temático —y hasta estilístico— con Carlos San Diego, el poeta tan cercano a su poesía y a su afecto. Ambos proponen, junto a Canache La Rosa y Santos López, una poética de la desfiguración paisajística en la escritura del poema, como si la deformación de lo visual configurara una materia amorfa en la que se mezclan fragmentos del mundo circundante y de la memoria nómada. En el libro de José Pérez es frecuente, constante sería mejor, la mención de la persona que motiva el asunto del poema. Son ellos, habitantes o vecinos del paisaje de Guanipa, quienes suscitan la elección de los nombres y los lugares convertidos en objeto poético. Y cubriéndolo todo, a modo de sobremundo, de heredad moral, la presencia indígena kariña deja oír sus voces, las extintas y las que aún sobreviven en los animales, la vegetación, los campos y los cantos. Lo ilustra el poema que sirve de umbral al libro, titulado con evidente propósito, *ars poética*,

que es glosa del grito de los caribe precolombinos, *na´na kariña rootema*, "somos gente de verdad o verdadera".

La llanura (llevada por las aguas (es)/un irse de la tierra", "sacar los arcos de los bordes del moriche es la condena" y "el sudor es espina clavada al vacío", leo entre los poemas, de una a otra página, hasta hallarme en medio de la gran luminosidad que desdibuja las vivencias del decir, una suerte de ensalmo, de propiciación ritualista al final del poema titulado "Sostenido", donde escuchamos este clamor : "he arado sobre tu paja pelúa para bañarte de cal/ enterrando tus anillos/tierra de serpiente abajo/hondo el fuego". Pero es en el poema que sigue donde encuentro visibles, logrados, la estructura y el aliento que desvela a José Pérez cuando escribe**:**

El ojo afina el horizonte donde antes la casa

Choza en pedazos
ya sin puertas
el barro

este sentimiento es de venado

da por pisar tanto infinito
llevándose estas espinas

Y sostengo que en este poema, al que José Pérez ha llamado "Señal de clavijas", se expresa todo el libro porque únense en una sola forma el lenguaje y su contenido y se muestra mucho más evidente la deformación de la confidencia, como si quien habla viviera la experiencia del encandilado por la luz y por su memoria.

San Diego, Canache La Rosa, Santos López, poetas de la vastedad de Guanipa, reciben hoy a uno de los suyos en la labor de la poética de lo áspero y en la conducta de lo solo, lo siempre último de todo confín.

## *Guama*, la residencia de los perfumes



El pueblo dista de San Felipe, su vecino de bosque y valle, lo que tarda el verde yaracuyano en elevarse y tenderse entre los pastos de la caña y del rumiante y las cumbres que la memoria de sus moradores llaman Cantalicio Mapanare, el espíritu masculino de María Lionza.

Guama es, así, uno de sus jardines undosos, como lo es su geografía entera. Guarda esta colina continua, este suelo ondulado que hiende el río, la calle sin quebrantos de la desfiguración moderna, la casa entejada con ventanales de señorío, la fisonomía solariega. Su ancianidad ha resistido no pocas veces los embates de la desestima y el abandono, la razia del buldózer, el desierto del baldío donde antes moraba el corredor y la sala de alto techo.

Es por eso que frecuentar Guama despierta en el visitante el contentamiento de saberlo lugar de resistencia. Allá, en su alma,

sombrea el samán antiguo, se alargan las mansiones de los señores de la tierra y del hombre histórico. Aún abre sus portones de esquina la pulpería, se guarece al fondo de la casa el patio del helecho y la cala blanca. El tiempo todavía es memoria de calicanto, de empedrado y de paso de uña de caballo a pesar del automóvil.

El sosiego no cede a la bocina de las ventas de CD, al micrófono ambulante. Sobrevive entonces una noble fisonomía en el pueblo por su modo de mostrar su ayer de imagen en blanco y negro en medio del variopinto semblante de la llamada modernidad.

De allá es su memoria escrita. Se llama José Manuel López Pinto. La Fundación Editorial el Perro y la Rana del Ministerio del Poder Popular para la Cultura nos ofrece su más reciente libro de recuerdos, *Guama, espíritu telúrico de una escritura*. Años atrás, su autor había cedido a la imprenta las páginas de similares añoranzas a la que nombrara *Guama, donde todo comenzó*, de cuyas bondades literarias expresáramos nuestra emoción en esos días.



De nuevo, el espíritu que desvela a López Pinto anima la presente obra. Al saludar su aparición, el inolvidable José León Tapia expresa emotiva satisfacción porque la encuentra oportuna, "sobre todo —señala— en una Venezuela que se nos escapa en la pérdida de su manera de ser, pensar, actuar y consumir, ante la ola avasallante de transculturación imperial que amenaza con borrar las vivencias de donde ha nacido la patria".

Todo Guama transcurre en el recuerdo de López Pinto, su comarca y aledaños, sus calles y sus casas, la gente que vive bajo su tierra y sobre ella. No escapa al cronista detalle alguno: el paso de las recuas de algún día, los nombres de sus arrieros, los de sus pulperos y comerciantes, los de sus labriegos y pastores. Familias de la pobrecía y de la opulencia conforman indistinto nombramiento. Los flancos de las casas se asemejan a los rostros de sus habitantes, muéstranse en las fotos que ilustran el libro como elegías visuales. Álzase sobre sus techos en una de las cuencas de sus calles onduladas el panteón vegetal del samán de su historia. Guameros vistiendo la ropa blanca del país agrícola que fuimos

asoman a la puerta de sus hogares, en las esquinas. Se tienen perplejos o sonrientes ante el misterio del colodiom los fundadores de apellidos y los que responden como el paisaje y trabajan por sus manos. La caricia del cariño remozó moradas de holgada vida; embalconadas persisten las de la familia Saturno Canelón y las desmesuradas de los Millares, Camacho Barrios, Sosa Guillén o la muy anchurosa y bien acicalada donde habitara el general Páez. De Guama era oriundo el pintor de la Colonia Carmelo Fernández, "criado —subraya López Pinto— por su abuela paterna, María Violante Herrera, esposa en segundas nupcias de Juan Vicente Páez y padre de José Antonio Páez".

Señor de flux blanco, corbata negra, zapatos lustrosos y reloj de leontina fue don Tiburcio Garrido, médico sensible al menesteroso. Como él, no pocos paisanos de profesión y de extendidas propiedades se distinguieron por sus larguezas hacia el prójimo, como aquel Jorge Humberto Saturno, "el Mecenas de Guama". Lugar de relieve ocupan los maestros, numerosos hombres y las mujeres que impartieron la enseñanza escolar, como Rafael Mujica, Francisco López Bravo, José Antonio Sosa Guillén. Luchadora social era Mercedes Gordido Wonhiedler, "una mujer del coraje y la valentía de Luisa Cáceres de Arismendi", asegura López Pinto.

El legendario periodista Arístides Bastidas pervive en el pensamiento de los guaneros que se resisten a olvidar el gentilicio del pueblo y de sus vecindarios.

Por montes y senderos desanda el mito de Faustino Parra, el justiciero, suerte de "Robin Hood" yaracuyano, cuya fantástica historia enriquece aún la fabulación oral.

La historia del país y del mundo era una lectura colectiva. Las reyertas políticas lastimaron los espíritus pero pronto sanarían sus heridas. La Segunda Guerra Mundial tuvo en don Jacinto Goitía a un ingenuo defensor de Alemania. Los nombres de Churchill, Roosevelt, De Gaulle, Montgomery se hicieron tan familiares como el de los viandantes y tertuliantes de la calle Comercio.

Guerreros federales hubo como don Juan Domínguez, que obedeció a las órdenes del general Gabaldón, Pedro Pérez Delgado "Maisanta" y "El tigre de Guaitó". Sus aventuras con la muerte despertaron la fascinación de los granujas. Pero su prestigio no duró mucho.

"El solitario guerrero deambulaba por las calles: desempleado, triste, con hambre, con una cara surcada por arrugas que semejaban quebradas cuando llueve". López Pinto lo describe con la misma prosa que hubiera elegido ese cantor de los vencidos que fue José León Tapia.

Señalábamos unas páginas más arriba que todo Guama transcurre en este libro. Hemos querido detenernos en algunas de ellas con ánimo de contagiar a aquellos venezolanos en los que anida el fervor por la memoria de nuestras regiones. *Guama, espíritu telúrico de una escritura*, es esa Venezuela amenazada por el olvido. Es Guama, somos cada uno de nosotros.

# *Antología poética de Cecilia Ortiz,* **mirar con el corazón**



"Un poema sin germen, sin tuétano de vida, no es poema", sostiene Alfredo Silva Estrada, pero el poeta y pensador de la poesía contemporánea advierte que la vivencia misma no basta para crear el poema, pues el poeta debe engendrar "la super-vivencia de la estructura poemática".

El dicho de Silva Estrada orienta sin duda el camino que ha trazado Cecilia Ortiz para su poesía apenas dio a conocer su primer poemario, *El trébol de la memoria*, con el que sorprendiera a lectores y críticos en 1978 por su modo de testificar el deseo como hedonismo existencial mediante la formulación de un lenguaje directo y elusivo, objetivo y lírico, sometido a la parquedad de la frase. Lo amado en ella es ella misma, no la poseída sino la poseedora, alguien mirándose en el espejo de carne de su propio cuerpo

como reflejo del otro, como ausencia materializada en esa ilusión de la propia contemplación en el azogue de la piel.

Pocas veces el hedonismo femenino había hablado así en la poesía escrita por mujer entre nosotros. No sé si mi amiga ha leído a Louise Labbé, o escuchado su exclamación preciosa: "oh laúd, compañero de mi calamidad", no porque se asemeje a su poética de la saciedad insaciable que es el motivo inalterable de su confesión y del núcleo o del "tuétano de vida", sino por el tono de sensualidad que se escucha en la confesión de la huérfana de amante. Encuentro no poca proximidad entre la poesía de la poeta lionesa de la locura de amor del siglo XVI y el aliento que se respira en el citado libro primigenio de Cecilia Ortiz, a más de los que ratifican su memoria creadora y su destreza formal: *La pasión errante* (1986), *Autorretrato* (1993), *Naturaleza inventada* (2004), *Invernadero* (2006) y el inédito que aún espera título, reunidos todos bajo el título de *Trébol*, muestra antológica que no ha mucho ofreciera a los lectores Monte Ávila Editores Latinoamericana.



"Uno a veces escribe con su parte masculina, otras con su parte femenina, y a veces está en el centro, donde debe", le oyó decir alguna vez Edda Armas, prologuista del volumen. Ella sabe leer a Cecilia Ortiz. Elige aquellas imágenes y frases que ocultan y muestran al mismo tiempo la intralectura de los poemas en los cuales la poeta evidencia el riesgo de ser ella misma, hablándose, observándose, diciéndose, "Cecilia mía", no por gana de autoadoración sino por saberse cuerpo sobre el quicio de sí misma, filo en "un abismo tenido entre los dos", entre él o lo amado o entre ella y la que se ama. Porque asistimos a una doble figura del ser deseado y deseoso que testifica siempre en primera persona para vaciarse en la confesión, para quedar como pasión errante, esto es, antes y después del goce, antes y después de la ansiedad o durante el hambre de amar(se).

No tiene tiempo la poeta para contemplar el mundo, el afuera: ella es su paisaje, su país como cuerpo, ocultándose "Estoy escondida/ perdida de mí misma/ Es grave descubrirse/ escondida/ y no poder encontrarse", o mostrándose "amo ese día radiante que

tiembla por mi día", con "ese brillo fulgurante/que se acerca a lo que está lejos", porque se diría que el ser que esquiva y muestra su presencia de animal del amor, es materia, cosa, vacío de lo que se ama o amara al que abraza "con mucha fuerza como a una toalla" o "como carne líquida llegando a tu cuerpo".

Dije que hallaba en esta poesía una lírica, una orfebrería verbal en la que toda mención de abandono, de viudez o adiós del cuerpo amante cobra la misma sensualidad que aquella que regala la plenitud de su posesión. Creo además que Cecilia Ortiz luce una virtud, esa escasa virtud que sólo es frecuente en los poetas que cumplen con la exigencia de Silva Estrada: "el de poetizar, pues, nunca alejado de lo vivido", mas sin conformarse con "instalarse pasivamente en ese acopio". En otras palabras, ella se muestra atenta a la formulación del motivo, proponiéndolo como "lugar sorprendente del poema".

Algo así, entre la elección del motivo y su materia, está presente en un poema de *Trébol de la memoria* con el que queremos celebrar la muestra antológica de una obra de escritura y contenido totalizadores, nunca sorda, siempre sonora, jamás estropeada por facilismos ni apuradas conclusiones.

Es este, escuchémoslo.

Y buscar esa alondra dorada que tienes
por pecho.
El peso aglutina mi poco de historia
define y opaca esta existencia
desvanecida en la profundidad
¿quién te quiere?
afuera ya es demasiado tarde
para buscarte.
Corazón peciolado
ama, solo
y busca esa alondra dorada
que no existe.

## *La muerte de los glaciares en Venezuela,* había una vez la blancura [ *109* ]

Debo a Andrés Ortega, el incansable exhumador de la vida y la obra de los exploradores y naturalistas foráneos del siglo XIX venezolano, la copia de una escritura que avisa de la próxima muerte de los últimos glaciares de nuestros Andes. Su autor es el Dr. Ernesto Boede, quien advierte, en el número 126 de la Fundación La Salle, que el Pico Bolívar "perderá la capa de hielo dentro de pocos años" y que parejo destino le espera un poco más tarde al Humboldt. La noticia no es nueva. Huelga contemplar en los días de agosto las cumbres andinas para estar ciertos que tres de aquellas cinco águilas blancas del canto de los Timotes, difundido por don Tulio Fébres Cordero, han perdido su plumaje níveo. Medio siglo tardó la leyenda en macular esa metáfora. Cualquiera que haya remontado los helados precipicios merideños ha sufrido el desconsuelo de mirar la cumbre del pico Espejo salpicada apenas de una nieve menesterosa.

*Testimonios históricos y gráficos del deshielo de los glaciares de la Sierra Nevada de Mérida, Venezuela* ha titulado el doctor Boede a su dramática crónica, nutrida de reveladoras referencias históricas y científicas, respaldadas por no pocas pruebas fotográficas que ilustran el acelerado desmantelamiento blanco de nuestras más altas cimas terrestres. Los exploradores y naturalistas alemanes que frecuentaron esas soledades dejaron referencias de sus nevados riscos de otrora, hoy reducidos a rocalla sombría. El siglo XIX los vio venir. Eran humboltianos. El más lejano de ellos fue Fernando Bellermann, el pintor de la Venezuela verde y genésica que recorriera el sabio del *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*. He aquí, en las primeras páginas de la revista lasallista, sus pinturas del altiplano de Mérida. Casi rozando el infinito de arriba asoman las paredes dentadas de la Sierra con su gloria nevosa. Es 1842.

Unos años después aguija su mula camino a los páramos y los ventisqueros otro tudesco, el también pintor y también naturalista Anton Goering. Se ha atrevido a alcanzar el Pico La Concha y el picacho del Pico Bolívar, que por entonces se llamaba La Columna. Una acuarela suya reproduce su cumbre de frondosa blancura. De ese atrevimiento escribirá en su diario: "Nos encontrábamos ahora a unos cientos de metros sobre la línea de las nieves perpetuas y contemplábamos a nuestros pies un campo de nieve en este momento particularmente crecido, pues fuertes nevadas habían tenido lugar en los últimos tiempos".

No pudo Goering coronar la punta dentada e invernal del Bolívar: era hosca la ventisca nevosa que sobre él se abatía por lo que hubo de declinar en su afán de mirar y mirarse en el balcón de la inmensidad. Wilhelm Sievers, un geólogo y geógrafo de Hamburgo, retomaría sus pasos repetidas veces: en 1884, 1885, 1892 y 1892 y diez años contaba el siglo XX cuando el ingeniero venezolano Alfredo Jhan dio a dibujar por primera vez las ubicaciones de los glaciares. Lo mismo hará el geofísico y el geoquímico Carlos Schubert.

A más de las confidencias científicas que nutren la escritura que digo, cabe reseñar la ilustración de la muerte cumplida y la prometida agonía de nuestros glaciares andinos. Fue ayer, en 1970, cuando el célebre y nunca olvidado fotógrafo naturista Kart Weidmann sorprendiera al Pico Bolívar agobiado de fulgor blanco y no pasaría mucho tiempo sin que el propio Boede presenciara el Pico Espejo y el Timoncito despojados de su fulgor en unas fotografías de 1983 y 2002. "En diciembre de 2004 apreciamos el deshielo significativo del glaciar "El Encierro" y la desaparición del "Espejo", subraya Boede y agrega que desde principios del pasado siglo, el glaciar "Nuestra Señora", vecino del Bonpland, dejó de existir.

Como se ve, nuestras nieves perpetuas no escapan al desvestimiento de los polos terrestres. En su crónica, Boede informa sobre las desgracias que se ciernen sobre las vastedades nevadas del Kilimanjaro africano. "Se han derretido en más de un 80%", advierte el cronista. Más adelante acota que "el hielo marino del Ártico se ha adelgazado significativamente en el último medio siglo"; que su temperatura "subirá entre cuatro y siete grados centígrados, una cifra hasta tres veces mayor que en las restantes regiones de la Tierra y sus hielos podrán fundirse totalmente durante los veranos hacia finales de este siglo XXI", y que la Nasa ha comprobado con altímetros de láser "el encogimiento de los bordes de la capa de hielo de Groenlandia". Los esquimales han emprendido el camino del destierro y el oso polar presiente su extinción, interviene Andrés Ortega en su nota de envío.

Las cumbres nevadas de Suiza y de Alaska se funden. Aquí, en nuestro continente, el casquete glaciar del Cotopaxi ecuatoriano "podría desaparecer completamente —prosigue Boede— antes de 12 años" y augura que las nieves de la Sierra Nevada de Santa Marta se volverán roca magmática a finales de siglo trayendo consigo la sed de los acueductos. Acaso el protocolo de Kyoto —al que se han negado a firmar cínicamente los Estados Unidos— nada o poco pueda hacer para detener la muerte de la nieve y del hielo de nuestros

polos y de nuestros abismos alzados, padres de incontables ríos y de la vida.

De estas y otras desolaciones trata *Testimonios históricos y gráficos del deshielo de los glaciares de la Sierra Nevada de Mérida*. Malas nuevas para los venezolanos que se aprestan a gozar del ocio de Semana Santa en los paisajes andinos. De sus cumbres hace ya tiempo que desertó la blancura blanca de los glaciares. Apenas un mendrugo de hielo cubre una cara del Pico Bolívar. Lo que resta de su altiva apariencia es devorada por el color negro de los cuervos del recalentamiento que sufre nuestro aciago planeta. El tiempo del desierto universal está cerca.

## *La música del joropo central,* el clavicémbalo de los conuqueros [ *113* ]

Pedro Sanabria asoma su rostro de muchacho entre las cuerdas del arpa de su padre, el maestro Juan Sanabria, quien a su vez remedaría a su hijo haciendo lo mismo entre las de sus ancestros y estos a su vez entre las de sus antepasados. La imagen fotográfica sorprendió al heredero de la dinastía mientras el grande de Pie de Cedro aragüeño se aprestaba a inventar una de sus legendarias revueltas que lo eternizan en la memoria colectiva de Aragua y en el alma venezolana.

Un día el hijo tomará el instrumento, que es raíz de su esencia misma, savia que nutre un viejo árbol genealógico de gentilicio canario. Pero hará más: querrá atesorar las creaciones paternas para sustraerlas de las tantas apropiaciones de que son víctimas los compositores de nuestra música popular, cuya sola prueba de autoría es su memoria y la insistente ejecución. Para hacerlo

posible, Pedro Sanabria seguiría las clases de teoría y solfeo. Gracias a ese viaje a la escuela hoy resguarda y difunde la escritura musical del maestro Sanabria en dos folletos, *La música del joropo central (de lo tradicional a la partitura)* y *La revuelta de Sanabria (música del joropo central aragüeño de Venezuela)*, ambos editados por el sello El Aragüeño, de Maracay.

No se contenta el joven arpista y transcriptor con rendir tributo a su afamado padre: al tiempo que lo evoca y va al encuentro de su arpa por los pueblos y comarcas de Aragua y de las muchas regiones que lo oyeron, escribe la biografía de los otros arpistas, como Salvador Rodríguez, José María Gutiérrez, Fulgencio Aquino, Lorencito Verenzuela, Alberto Bejarano.

Urica, el ciego Saturno Linero, maestro de todos ellos, traza la crónica de sus cantadores, como El Chirulí de Arauca, Pancho Prin, Quintín Duarte, Laureano Mogollón, Margarito Aristiguieta, El Canario de Aragua y cuántos más, gente de amaneceres y pisos de tierra, de ropa blanca y sombrero siempre, la mujer bailadora y el río hablador, la fronda del cafeto y su perfume, por los lados de La Victoria, Manuelito, El Pao de Zárate, Tácata, Villa de Cura, mientras suena el joropo central del *Pasaje*, *El Yaguaso*, *La Guabina*, *La Marisela*, la muy pícara *Refalosa* y el golpe de *Las Flores* o de *El pájaro*, que es el adiós de la fiesta.

Detiénese Pedro Sanabria en explicar el ser sonoro y poético del joropo central, su vida desde la Colonia, en las haciendas de los caudillos gomeros, los senderos a uña de bestia, el conuco aragüeño, la risa y el amor bajo las grandes hojas y el techo enramado y de nuevo el río, la lluvia y el polvo hasta la irrupción de la Venezuela industrial y petrolera que pronto dará la espalda a la azada y a la chícura en busca del balancín y del olvido del arpa y la poesía de la décima, la copla y la glosa de esa fecunda zona centronorte costera, como se la llama con frecuencia en la escritura de su invocación.

A más de ofrecer la transcripción musical de la obra del maestro Sanabria y la de otros grandes del arpa que en Aragua

y Miranda son y han sido, los folletos traducen la preocupación del autor por la acelerada pérdida de la cultura del joropo central, no sólo es su instrumento y su canto sino la identidad regional y nuestra definición como pueblo. De allí que explique con minucia y espíritu de pedagogo sus formas rítmicas, narre la vida de sus creadores y defensores y nos muestre su paisaje histórico, geográfico y social, en cuya comarca naciera y persiste, a pesar de los embates del desprecio y de la deformación con que lo lastima el venezolano del mal país.

## *La palabra poesía adentro,* **noticia sólo para soñadores** [ *117* ]

Un nuevo recuerdo de Barinas nos regala el poeta y humanista Arnulfo Quintero López. Es nostalgia barinesa pura esta doble entrega de su revista *La palabra poesía adentro*. Al tenerla entre las manos reemprendemos el viaje memorioso a esos altozanos y esos estribos de los Andes al encuentro de su llanura verde y del afecto de los amigos que conjuran con su presencia la orfandad en que nos dejan aquellos que la muerte nos mezquina.

Sí; es recuerdo y nostalgia juntas, la emoción con que hojeamos los dos números de la revista en los que difunden algunos momentos del testamento poético de Orlando Araujo, la escritura del poeta Isaías Medina López y la del socialismo de Omar Garcés, la crónica valenciana de Ramón Elías Pérez, un texto de María Luisa Lázaro, los poemas que Eugenio Montejo le hurtó a la dama sombría y los de Eduardo Alí Rangel, el alto gentilicio

de la poesía barinesa y nacional, también los de Ramón Lameda, siempre escritor y siempre esquivo a toda loa o los de Guillermo Jiménez Leal, fiel al soneto y a la copla; los de Juan Pintó, Héctor López, José Manuel Bueno, Celia Hart, Francisco Quintero Dávila, Joaquín Efraín Castillo, Avilmark Franco, Yorman Tovar, Luis José Oropeza, Jesús Pérez Soto, Benito Mieses, asoleado como Coro y como el cocuy de sus tunas y, por último, los versos de amor en la cárcel y en la vida carcelaria de José Vicente Abreu. A ellos se suman poetas y escritores invitados de este y de otros horizontes, como Jaime Sabines y García Márquez, el de "La verdadera muerte de Salvador Allende".

Piensan distintas lecturas el propio Quintero López, Manuel Darío Gruber y Jorge Gómez Jiménez y de nuevo la poesía hace acto de presencia, de una a otra página, como la de Alberto Jiménez Ure, silencioso y conmovedor; la de Pedro Ruiz, tan de tierra y niebla o la de Blas Perozo Naveda, hablada en lengua de hombre vulnerado como el Chino Valera Mora y como los soles de Maracaibo.



Añoranzas hay y muchas en la revista, la de Hernando Track y la de los mártires, el Che y Roque Dalton.

No vamos a leer por entero estas dos entregas de *La palabra*, página tras página. No hay tiempo para ello. Nos hemos detenido en algunos de los asuntos que mejor la definen. Es en verdad "poesía adentro", vale decir, poesía de casa sin puertas ni ventanas, como la llanura barinesa que tanto se asemeja a la virtud de los suyos y sobremanera a sus poetas y escritores que viven soñando, como en el verso de Alberto Arvelo Torrealba, "con la sabana en la sien".

## *Leer llano,* cuando el horizonte escribe [ *119* ]

Leonardo Ruiz no es sólo barinés de Barinas por haber gritado su nacimiento en la tierra de su padre, Ruiz Guevara, nostalgia nuestra y de los suyos, como lo es José León Tapia, su paisano de región y de escritura. De allá es oriundo y en esas sabanas de piedemonte andino ahincó honda raíz de pertenencia y fervor. Lo prueba su emoción poética (cuya motivación casi única es el río Santo Domingo como río heraclitano), su meditación ensayística y el juramento que hiciera de prestarle pasión y angustia a la confrontación de las ideas en la Venezuela de estos días.

Da consistencia y eficacia con tales dones a la Red de Escritores de Venezuela y poco se distrae en otra labor que no sea la de concluir ese tejido humano que busca unir a nuestros creadores literarios en un cuerpo único y diverso para fortalecer el ideario que desde largo tiempo inquieta al escritor venezolano en su aspiración

de reconocimiento y de defensa y resguardo de sus derechos, a más de ser útil en la propagación de la lectura y la escritura entre nosotros y en la búsqueda del creador desconocido o en ciernes.

Ensayista, dije, es el poeta Leonardo Ruiz. No ha mucho, cedió a la Editorial El Perro y la Rana, sello del Ministerio del Poder Popular para la Cultura, su más reciente obra, *Leer llano*, en la colección "Heterodoxia" de la serie "Aforemas". Quiso orientar su escritura a un público menos consustanciado con el tema y el lugar, por lo que en sus páginas hace hincapié en conjurar la falsa postura, tan común, ay, en Venezuela, de acusar lo regional de poquedad cultural, mezquinando, hasta por ignorancia, lo que de universal convive en él y es fundamento de todo entendimiento del hombre con lo nativo, lo lárico. ¿No tiene dicho René Char —para citar a un poeta de voz cósmica— que "la tierra natal y la privilegiada relación que el escritor mantiene con ella constituyen el zócalo, el fermento de su escritura y su toma de posición en el mundo?".



Es esta la savia que circula en las páginas de *Leer llano*. Trátase, como reza el subtítulo inicial, de "leernos con ojos nuevos", esto es, y —son palabras de quien así lo suscribe— de "una lectura transdiciplinaria, un abordaje más vivaz, más abierto y participativo", en la cual la poesía de Alberto Arvelo Torrealba y Enriqueta Arvelo Larriva terminan confundiendo sus lenguajes en el común lenguaje de un estado de alma, de una postura interiorizada, o transfigurada, frente a la lectura del llano, de lo que con justeza reproduce Leonardo Ruiz y que es proveniencia borgeana: "el vértigo vertical" de la tierra tendida desde aquí hasta los tembladerales de Corrientes, como dijera, Francisco Mariaga, ese gran poeta de las pampas del norte argentino para quien nuestros llanos terminan en el sur de nuestro continente y se devuelven, formando un círculo en el que se crían una conducta, un pensamiento y un sentir similares, como que vivimos el mismo horizonte, un solo confín.

La memoria histórica y la memoria literaria (narrativa, poética, la ensayística, la de la crónica y el testimonio) marchan aquí de concierto. Ello permite al lector hallar alianzas muchas para la

comprensión de una diversidad regional que termina por ser única, afianzada en un pasado y un mismo destino: el del sentimiento libertario como acción de insurgencia durante nuestra gesta independentista, cuya brasa está muy lejos de extinguirse, porque aviva aún en la sangre de sus descendientes, y el sentimiento fabulador como impulso de la copla y el habla. Decir y leer el llano son, en cierto sentido, consustanciales, porque la sabana educa a quien en ella nace o en ella es. Se habla y se escribe en llanero, y el llano, a más de paisaje, casa de vida y de eternidad, es llaneridad, oficio, comportamiento y sobremanera, nostalgia, porque nada es más nostálgico que el horizonte.

Libro a libro, el del género más disímil, hasta el más emblemático y, diríase, definidor de una región, el de la poesía, leemos el llano con Leonardo Ruiz. Entendemos, al detenernos en cada párrafo, cada subtítulo, que la lectura del llano, que leer llano, sobrepasa no pocas veces la propia procedencia regional. Hay poetas y escritores que han hecho de la sabana su hábitat literario, tanto o más que aquellos que en ella han nacido y que por ella, como el pasaje, suspiran. Se hace, pues, recuento en el libro que comento de esa escritura y esa fidelidad regional. Desde el cronista misionero, el historiador antiguo y el moderno, el memorialista de otrora, el académico y el intuitivo, o quien, como José León Tapia, vence los límites de lo histórico y lo ficcional, hasta la poesía, la de nombre propio y la que carece de hierro de propiedad, el ensayo de Leonardo Ruiz habrá de servirnos de guía, gracias a su baquía en el tema que ha asumido para redactarlo, en cualquier acercamiento que hagamos al horizonte, ese círculo de tierra y cielo que tiene por casa una tierra sin límites, que es menos la que nos circunda que la que en nosotros se adentra.

# *Lengua y escritura yanomamis,* la cultura de los hombres sin sombra



Yo supe de una joven francesa que le había dicho adiós a las ciudades donde había detenido su historia y sus sentimientos para avivarlos en Venezuela. Alguna vez enrumbó hacia el sur profundo donde la observaba un joven panare. Le oyó hablar una lengua hasta entonces desconocida para ella. Lo siguió hasta su morada. Jamás pudo avizorar Marie-Claude Mattei Müller que aquel encuentro habría de cambiar el rumbo de su existencia.

Esta apurada síntesis existencial de nuestra admirable amiga etnolingüista podría pecar de mezquina porque su vida reclama una muy vasta confidencia. Desde las aulas universitarias de París hasta la espesura de nuestras selvas, su otra, y tal vez verdadera universidad, han transcurrido no pocas décadas y el tiempo de su permanencia entre los pueblos indígenas de Caicara del Orinoco y de los hondones selváticos de Malaca y Planatal, Amazonas arriba, no siguen

la obediencia de la línea morosa de la cronología, pues se adentra por senderos y corrientes que sólo pueden ser referidos en términos morales: para enrumbar hasta ellos hemos de atender al norte siempre fijo que nos lleve a la geografía ontológica en la que Marie-Claude Mattei Müller ha determinado convertir en su patria verdadera. En ella y desde ella vive la pacientísima y fascinante experiencia de estudiar y difundir las culturas de nuestros pueblos indígenas, sus hábitos, sus culturas, sus lenguas, como los panares, con quienes ha convivido largamente y cuyo minucioso conociendo le ha permitido difundir su historia, su vida social y espiritual, el acabado arte de su cestería sus vínculos con el mundo que los rodea, con sus dioses y con el trasmundo.

Ignoro cuántos libros ha escrito en su casi mística entrega al fortalecimiento y salvaguarda de estos pueblos originarios que moran en las sabanas y montes avencidados a la costa orinoquense. Tal entrega sobrepasa incluso la escritura. No se nos ocurra buscar sus huellas en los congresos, simposios y discursos adonde su pasión y virtudes de etnolingüista la reclaman. Con la misma asiduidad dirige sus pasos a la casa de los chamanes y poetas del trueno y la sombra, los biógrafos del murmullo y del silencio, los frecuentadores del arcano, los tejedores de los hilos del mito y la leyenda. Prosiguió más al sur, un derrotero que había frecuentado en su mocedad, hacia el país yanomami, donde laborara al lado de Jacques Lizot, el célebre antropólogo, a quien el mundo le debe una obra admirable, la del *El círculo de los fuegos* y *El diccionario enciclopédico de la lengua yanomami*, entre tantas otras.

Fruto de sus largos años de convivencia con ese pueblo del alto Orinoco de riquísima cultura, es su más reciente título, *Lengua y cultura yanomami*, diccionario ilustrado yanomami-español, español-yanomami, escrito en colaboración con Jacinto Serowë, perteneciente a esa etnia y financiado por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura a través del Conac, la Unesco, la Cooperación Cultural Exterior de España, la Embajada de España en Venezuela y la banca española.

Portentoso trabajo en verdad es este libro de Marie-Claude Mattei Müller y sobremanera útil tanto para los pueblos yanomami, para el afianzamiento de los programas oficiales de las escuelas intercultural-bilingües y el uso más vario que a sus páginas pueda darles el hombre de cultura, pues a más de trascribir la lengua yanomami, su fonética y su vastísima sinonimia, difunde sus contenidos míticos y rituales y da larga noticia sobre la flora y la fauna del territorio que pueblan, del lado venezolano, alrededor de 15.000 habitantes, demográficamente el más importante —señala en su introducción la autora— del estado Amazonas.

La bella edición, ilustrada con fotografías y dibujos, frondosa de 703 páginas, es saludada por Noelí Pocaterra, la admirada presidenta de la Comisión de los Pueblos Indígenas de la Asamblea Nacional. "María Claudia nos aporta —subraya— una herramienta para hacer de nuestro país un espacio intercultural. El fortalecimiento y la preservación de un idioma indígena es un paso que anda a la par con el respeto a los hábitat y tierras indígenas, y el derecho a un nombre propio, que no es sino el derecho a la identidad personal". Ella, Noelí, sabe por qué lo dice. Conocemos su diaria batalla en la defensa de los pueblos indígenas de Venezuela y el mundo. "Yo no puedo pensar en los yanomami sin recordar la aterradora matanza de Haximu, cuando por el afán del oro y la minería le quitaron la vida a una comunidad yanomami incluyendo mujeres y niños".

Katerina Stenou, directora de la División de Políticas Culturales y del Diálogo Intercultural de la Unesco rinde igualmente tributo a este libro e igual sentimiento mueve al embajador de España, Raúl Morodo, fruto —suscribe— de largos años de trabajo de la infatigable etnolingüista franco-venezolana". "Se trata —agrega— del primer diccionario que contempla las dos vertientes yanomami-español, español-yanomami".

La propia autora no olvida agradecer a quienes prestaron su ayuda en la selva amazónica para la realización del diccionario, en especial a los yanomami del Malaca, el Ocamo, a las comunidades de Sheroana, Hapokashitha, Mahekoto, Koshikapiwei y a su amigo

y asesor Jacinto Serowë, por lo que el libro ha sido dedicado, leemos en sus umbrales: "al pueblo yanomami, pero también a todos los pueblos indígenas de Venezuela".

Celebramos la realización de este libro, en cuya elaboración Marie-Claude Mattei Müller trabajara durante veinte años. Estamos ciertos que a estas horas ha de estar inclinando nuevamente su cuerpo y su corazón en esta labor encomiable y digna del más alto merecimiento como es la del rescate y fortalecimiento de las lenguas indígenas del país que hoy conocen, después de muchas décadas de preterición, una dignidad largamente robada y asolada.

# *Los llanos: enigma y explicación de Venezuela* [ 127 ]

La frase que da título a esta nueva obra de Adolfo Rodríguez, por antonomasia el historiador de nuestros llanos, es préstamo de un sentimiento de Antonio Arráiz, ese escritor tan amoroso de Venezuela. Alguna vez la subrayamos en un breve pero intenso ensayo suyo, *Geografía física de Venezuela,* editado por el Ministerio de Relaciones Interiores en 1988.

La tierra tendida, esa ilusión de la mirada cambiada en reclamo ético de libertad o de esperanza galleguiana, bastaría para entender al venezolano y a su historia. Y por eso —como bien reza la expresión del poeta de *Áspero* y el novelista de *El mar es como un potro*— encarna su enigma, su escondida explicación a la hora de ahondar en el alma común del llanero, su habitante, ese ser refractario a los límites que se atrevan a achicar su destino y a cuanto asedia su ética de la desmesura y cuya nítida huella entre cielo y tierra son el grito del

pajarillo y el sendero de mil sendas, como escribe el zaraceño poeta universal Rodolfo Moleiro.

Sobre esa tierra tendida dase el país de los horizontes. Definirlo de tal modo contenta nuestra ansia de definir el comportamiento de quien no entiende la vida sino como ahondamiento emotivo dentro del abismo horizontal del pasto y del polvo que hiende su caballo, sola criatura capaz de devolverlo de la añoranza de la chipola en que se convierte su apuro atropellando ese resplandor que poetiza Gallegos en *Doña Bárbara* y *Cantaclaro,* porque nadie es más íngrimo que el que aguija su cabalgadura aun si lo acompaña la canta, el pensamiento y por más que lo acompañe su compañero de errancia, la res que azuza su voz y su mandador, el avecilla, el canto pesaroso o la sabana en la sien con que sueña el coplero en los octosílabos inmortales de Arvelo Torrealba.

Alguna vez, leyendo la novela *Humus* de la joven escritora martiniqueña de expresión francesa Fabienne Kanor sobre la ignominia que castigara a un grupo de esclavas suicidas, me topé con la lumbre de una frase que no por somera me resulta menos esplendente: "Hay que ser libre para merecer el horizonte". La he querido citar de memoria porque entiendo interpretarla como la glosa de lo que voy escribiendo mientras recuerdo el libro de Adolfo Rodríguez que nos ofrece el sello de El Perro y la Rana del Ministerio del Poder Popular para la Cultura.



Debemos a su autor el minucioso compendio de una inmensidad de 300.000 kilómetros cuadrados de aniegos y sequías asomados a 500 metros de una tierra que inventara el terciario y poblara con gente de reclamos de justicia y ofensa, refugio colectivo para la ilusión libertaria y geografía esteparia para la redención social que fuera verdad bárbara con nombre de Boves y mentira civilizadora con nombre de Páez.

Mirar ese enfrente, ese círculo cuyo centro —dijera El Centauro de los Llanos en su autobiografía— es el hombre, incita a imaginarlo y a transitarlo y convida a sentirlo. Ninguna región terrestre es tan próxima a la obligación de ser libre, de decirle no a lo inmóvil, sea

éste la cima o el precipicio, la espesura o el muro. "Guárdate de las cumbres", le había advertido Lazo Martí al bardo amigo a quien ofreciera su *Silva criolla*.

Tal parece ser el *desiderátum* en que se afinca el contenido de *Los llanos: enigma y explicación de Venezuela*. Adolfo Rodríguez no se limita a dar noticia de la historia política, social y económica de los llanos. Es el hombre llanero el que retarda su atención, el hacedor de senderos, el poblador de desiertos, el jinete de sí mismo sobre la cabalgadura que es su otro yo, el anarquista de todo credo, el de la obediencia ancestral a la sabana libre y sin cercas, es decir, el soñador de un país sin amos ni latifundios.

El civilizador Gallegos, el Santos Luzardo tras el cual se ocultara su feligresía positivista de alfabetización y de alambre de púas, distrae un momento su ideario cuando consiente que "fue la rebelión de la llanura, la obra del indómito viento, de la tierra ilímite contra la innovación civilizadora". Y bien que en toda su obra de ficción persista el afrontamiento de la civilización y la barbarie, se ve forzado a asentir que "la barbarie tiene sus encantos, es algo hermoso que vale la pena vivirlo, es la plenitud del hombre rebelde a toda limitación"; y acaso halla en el llanero a caballo la figura emblemática del rebelde, de la llanura humanizada, cuando confiesa: "de mí sé decir que si le echara pierna a un caballo salvaje y acertara a enlazar un toro, me quedaría para siempre en el llano".

Citas de esta guisa abundan en el libro, ora para que sirvan de umbral a los temas, ora para apuntalar no pocas referencias geográficas e históricas. El llano guía al lector, lo enrumba tras sus indios llaneros, sus mestizos zambos y mulatos, sus blancos quemados, piratas de la sabana, pobladores de rochelas y cumbes con la punza de la lanza en el puño para lastimar la vida, la soga en la verija de la silla para ahorcar el ganado ajeno, a los que Bolívar llamaría invencibles. Adolfo Rodríguez prepara la aparición de esos hombres a quienes no movía otra fe que no fuera el círculo universal de suelo y cielo, donde se criaran entre el desierto del polvo y el desierto del agua y esperaban ver personificado en uno de los suyos o de quien se pretendía tal.

El Libertador —y hay que creerle a Rafael María Baralt— "aprovechó esa indisciplina de los llaneros, ese instinto del desorden y el pillaje". Gramkel, a su vez, le hace decir que "los llaneros han pasado mucho tiempo combatiendo y creían que se les estaba privando de las ganancias de la guerra". En algún momento de *Cantaclaro,* Gallegos oye hablar a Juan Crisóstomo Payara a la sombra de la vasta inclemencia sobre el espíritu anarquista que habitaba (¿qué habita?) en los llaneros que a voluntad suya bregan con su dura vida: "ese rebaño, el mismo que siguió al General Páez llamándose patriota, después de haber seguido a Boves llamándose realista otra vez hubiera seguido a éste si hubiera resucitado", asegura el Diablo del Cunaviche.

Hemos querido copiar estas y muchas otras citas del libro de Rodríguez en las que hallamos el núcleo mismo de su motivo último, el cual que no es otro que el del fin del llano. La ética llanera —como tiene dicho Rodríguez—, el informador de Gallegos, Antonio José Torrealba y él mismo, escritor de valía, teme que el llano muera con el alcoholismo, pero habrá de redimirlo —son sus palabras— "la vergüenza propia, que es el orgullo del ser regional, a manera de coraza contra toda dependencia y humillación". O el horizonte y los rumbos, como siente Julio César Sánchez Olivo. El cronista de San Fernando y creador de la elegía "Cajón de Arauca Apureño", se lo avisa a José Natalio Estrada, poeta y llanero de un llano hoy inencontrable: "Cuando se acaben los rumbos/ y el horizonte allá lejos/ entonces José Natalio,/ si es verdad que estamos muertos".

Lo dijo en octosílabos, que es fabla de sabana. Y cantado a punta de arpa, que es voz y música del país de tierra lisa. ¿Por qué, entonces, no jurar que el llano y su dramática desfiguración permanecerá siempre mientras nos mire el horizonte y mientras lo reclamen sus poetas y sus músicos? Ya lo dijo Jorge Luis Borges, tan ajeno a la rienda y a la espuela, que había un momento de la tarde en que la llanura parecía decirnos algo. Es el llano, el llano, que nos mira y quiere hablarnos. El llano, a pesar de nosotros.

## *Pie de página*, el Delta novelista [ 131 ]

¿Por qué pienso en *Las palmeras salvajes* de William Faulkner cuando leo la entonces joven y breve novela de Humberto Mata, cuya lejana aparición cumple ya no pocos años y ahora se ofrece al lector por diligencia de la editorial El Perro y la Rana, del Ministerio del Poder Popular para la Cultura? Sé que es borgeana, como bien lo asienta Sael Ibáñez en su prefacio donde prueba, particularizando sus logros formales y sustanciales, cuánto hay en ella de lúdico y de lúcido en su propósito de convertir su aparente hilo conductor en un luego incesante de llamadas en el subsuelo de las páginas, mientras, arriba, el cuerpo de la narración ocurre, entre digresiones, citas, reescrituras, apariciones y desapariciones, una historia que avanza y otra que retrocede en un constante juego de verdad y mentira, la cual tiene por escenario (o por pretexto) el espacio deltaico, como si su sistema de caños le

prestara la deformante geografía en que muere y nace a un tiempo el Orinoco. La deuda que le atribuye Sael Ibáñez se adivina, ciertamente, en el planteamiento de lo ambiguo, lo supuesto y lo conjetural sobre los que descansa la novela, pero, con todo, creo más en la doble y hasta varia materialidad de la historia de amor escrita por Faulkner en *Las palmeras salvajes*, desarticulada por el tiempo narrativo y memorioso, esto es, por su inconsistencia como apariencia. Unas hojas más tarde, a medida que transcurría mi lectura de la fluvial anécdota de *Pie de página* (fluvial, como el juntamiento y alejamiento de los caños del estuario orinoquense), aquella vecindad que casi por capricho creí suponer aproximaba *Las palmeras salvajes* al libro de Mata, se distanciaba cuando esta torció hacia un espacio verbal laberíntico de aguas, boscajes y existencias del que nunca salimos porque se extravía lo que en algún momento de la lectura (o de nuestra escritura y reescritura de lector-coautor) confiábamos fuera su fingido hilo de Ariadna.



Atrapados dentro de sus pasadizos terminamos por rendirnos a su fascinante sistema de rutas y oquedades cambiantes, suerte de fortificaciones reales e ilusorias hechas y deshechas por el ingenio del constructor que se place en hacer y deshacer su forma de castillo de arena, implicándonos en el levantamiento y desplome de su apariencia. Hablo de una escritura que procede de esa guisa, que pareciera dudar de lo que narra, desnarra y recomienza a cada instante su labor creadora y destructora, cerrando y abriendo posibles subterfugios por ganas de atraparnos en el engaño de lo que creíamos cierto o posible y en cuya estratagema nos sorprendió su controvertida naturaleza, a la que contribuimos, con el autor o el supuesto inventor de su apariencia, a darle posible consistencia juntos o solos, uno y muchos, todos o ninguno, porque lo que en ella se dice carece de dueño conocido: ha sido obra de un lenguaje impersonal, sin autoría propia, desautorizada por la duda, el descreimiento, agobiada por el "talvez", el "quiensabe", el "puedeser" y la enmienda del comentario, la advertencia, la rectificación, la pregunta con o sin respuesta. Lo que se

narra exteriormente (la presencia, al punto fija y cambiante, de Tido Freites y de Cancia Köhler o Cancia Bartolomé) deriva hacia una irrefrenable oblicuidad de existencias y situaciones las cuales hallan su justificación en las llamadas que se inmiscuyen en sus destinos, ora como notas al margen de distinta anécdota, ora como mera información de lo que creemos cierto o inefable. De pronto, tropezamos con el inicio de otros libros o con sus posibles finales. Entonces hemos de retroceder o cambiar de dirección. Acaso los rasgos verdaderos del escenario (el Delta, Tucupita, sus pueblos y sus red de caños) resulten tan próximo o lejanos tal el entrabamiento amoroso y sexual de aquellos personajes que se dicen principales y todo acaece como tiene dicho el autor o los autores o cualquier lector en un momento del libro: "El Delta es así: borra lo que ha formado". ¿Por qué no atrevernos a atribuirle a Cavafy la posible autoría o complicidad con el sentimiento del adiós que atraviesa la novela? ¿Por qué no hallar su trasunto social en la cita de Marx y Engels leída en páginas postreras por Tido Freites sobre lo que es pertenencia y es expoliación, esa otra cara de la pasión corporal y nostálgica de la pareja de que hablamos unas líneas más arriba? ¿Quién y dónde concluye —si es que concluye— la escritura? ¿El olor a mango de Clavellina en la balada de Eudes Balza? ¿La muerte y sus caños de otredad o aquella pregunta de uno de sus autores (el de la novela o tú y yo) al intentar, en un momento de su inseguridad y sus disculpas, el anuncio de una narración que ya, desde las primeras páginas, comienza a deshojarse, a trastrocar su orden primario, insistiendo, una y otra vez con desesperante e insistente duda: "¿Cuándo, dónde comienza algo?"

No es posible reducir la creación de Humberto Mata a una única lectura, me explico, a su lectura aparente. *Pie de página* es antes que novela y no sólo ella, tan atenta al *ostinato rigore*: trata de un viaje deltaico a los derroteros fluviales del lenguaje y su enredijo vegetal y humano. Sólo así lograríamos captar su embrujante materia, hecha de carne y sueño, de delicia y lastimadura,

de deslumbramiento y oscuridades. Es Tucupita, la Tucupita pueblo y geografía, la real y la ficticia, a la que vemos e imaginamos, recreándola y desapareciéndola a través de las mil y una bocas de la literatura.

Después de concluir su lectura entiendo por qué Sael Ibáñez se arriesga a calificarla de "pequeña obra maestra".

## *Muerte al amanecer,* el país interrumpido por un disparo



"Pueblo bovero, como Guayabal", motejaba José León Tapia al viejo villorrio del aledaño calaboceño, que vive protegido por su patrona Santa Bárbara, las aguas del Tiznado y la advocación de la sentencia que Dámaso Figueredo, su héroe civil, coplero de voz y memoria, pronunciara en un pasaje que es biografía y proverbio de la llaneridad: "la soga que se revienta, corriendo mismo se empata" y cuya verdad tremola sobre la frente de sus primeras casas.

Don Juan Vicente Bolívar fundó hacienda en sus bancales y el Libertador levantó vivac en una de sus casas en el zafarrancho de la malhadada campaña del centro. Pero el poblano de espuela y rejo sintió más. La fama del hombre fiero y duro que era Boves no más metió bulla con sus jinetes de lanza y bandera negra y cruzados huesos de muerto y cumplió venganza contra los blancos a los que colgara de los árboles de la plaza. Alguien, un muchacho salvaje,

observó su cara y su maldad. El taita lo fijó con su pálida pupila y le mostró un caballo ensillado. Y eso bastó: Domingo López Matute se puso sobre sus lomos y alguno de la "Legión infernal" le cedió una lanza lengua 'e vaca. Acabada la degollina y el ahorcamiento, los siete mil jinetes —más uno— dejaron el llano guariqueño hecho polvo, o un escombro, como dice la canta.

Olvidado por cierta historia convencional, a lo sumo citado con apuro, maltratado por el baldón de desertor, Domingo López Matute hubo de esperar un tiempo del tamaño de la enormidad donde había nacido y educado su catadura de libertario para engrosar la nómina de los héroes vencidos de José León Tapia en su libro póstumo, *Muerte al amanecer, Domingo López Matute, de Boves a Facundo Quiroga,* editado por la Fundación Cultural Barinas, hace apenas unas semanas, como tributo al gran barinés de corazón detenido y nostalgia viva.

Novela histórica esta, tan del gusto y el ingenio del autor, escrita en la acostumbrada prosa emotiva a que nos tenía habituados para contentamiento de sus numerosos lectores, la vida trágica del lancero guardatinajeño le presta a Tapia el pormenor del derrotero propio de los jinetes de nuestra Guerra de Independencia, perseguidores de una ilusión emancipadora en la que se juntaban la expoliación social y la pobrecía, cuya rabia Boves sabría envalentonar con su grito de "Muera todo blanco y todo aquel que sepa leer y escribir", agudo como su cuchillo y rojo como su filo.

El destino de López Matute se asemeja al de los llaneros que movieron el horizonte con sus caballos y su iracundia hacia los confines del hórrido año 14. Como ellos, se cebó en la matanza ominosa; como ellos hincó la uña de su castaño jobero sobre la desolación. Urica torcería el rumbo a su rienda de desalmado. Muerto Boves, la enderezó hacia los llanos de abajo donde guerreaba Páez y se rindió a la nueva promesa que este le jurara: tierra y libertad republicana.

Bajo esa enseña hizo desastres en Mucurita. Con Bolívar, su machura y su caballo desguazaron los bajumbales de Arauca, la piedra y el hielo de Pisba, el pantano de Vargas, Boyacá, Junín,

Ayacucho, siempre con la mujer en la sien, a quien le dejara su amor en el vientre, lejos, en su inmensidad natal. La errancia, ya se sabe, es la patria móvil del llanero, pero López Matute nunca supuso que la prolongaran los riscos, el hielo, los ventisqueros. Su pecho y la puya de su lanza habían conocido la Batalla de Carabobo y casi sin cambiar de montura se fue detrás de la Campaña del Sur. En Chuquisaca quiso devolverse a su pueblo guariqueño con ciento setenta de los suyos, menos por cobrar la ofensa castrense que le negara las charreteras de Capitán que por añoranza al perenne mediodía de las sabanas y del cuerpo de su amada.

A estas alturas del libro, el lector descubre la escritura oculta de Tapia, su ética: el lancero refractario se enfrenta al llamado de la libertad sin frenos, la libertad pura, la de adentro, sin bandera, sin consigna. La puya de su espuela le sangra en el corazón. Se sabe desertor y ha de abatir a los perseguidores de su traición con quienes envalentonara su caballo en las batallas y en las escaramuzas del ternejal, el "¡vuelvan caras!" de las Queseras del Medio. Sucre ha ordenado la captura y fusilamiento de los insurrectos. Pero nadie les da alcance. Persiguen el rastro que les prometiera los valles de Salta, en Argentina y más allá el mar y Guardatinajas. De pronto, López Matute se topa con la pampa, el llano argentino, su mismo jinete, parejo infinito, igual conducta de arreador y tasajeador de carne, el pasaje mudado en vidalita, el contrapunteo en payada. Páez usa la barba negra y el ojo violento de Facundo Quiroga, el caudillo de la nueva rebelión social, la rabia contra el godo unionista, para quien el gaucho llanero era escoria, animal de cacería. Como gaucho llanero se prueba López Matute, viste chambergo, chiripá, chupa mate, usa las boleadoras con la misma pericia con que abre el lazo gotero, huesea su caballo para caerle a los cuernos de la res en la carrera ("nos hacíamos la ilusión de que estábamos en Venezuela", oigo que dice) y enfila hacia Salta en busca de la nada en que se había convertido la huella de su postergado regreso.

En Salta halla mujer y con ella la muerte, que fue atroz como su pasado bovero y sentimental como su desencanto por la libertad

libre. El 27 de agosto de 1827, mutilado y huecudo, lo abandonan sus fusileros y la historia. José León Tapia recogió sus cenizas, se dio a averiguar en documentos y testimonios acerca de su larga travesía por la guerra americana, desde Guardatinajas hasta Salta, se encontró con su leyenda y su sensibilidad de escritor y de redentor de vencidos que lo transfiguraron en el emblema del hombre víctima de la libertad, esa soga rota de Dámaso Figueredo que enlazándose a sí misma hace posible lo imposible.

# *Memorias de Venezuela,* antes y después de nada



Olvidar es casi un deber de los venezolanos. Ayer —remedamos a Quevedo— nunca ha sido, pareciéramos repetirnos por dentro. Sólo el presente, acaso sólo el presente, nos aviva la memoria, a la que alimentamos con lo perecedero o lo que promete su ruina. Ilustra esa triste costumbre el derrumbe físico del país, el desprecio por el tiempo que perdura en los espacios urbanos. Nada o muy poco tiene nombre de pasado. La casa, por ejemplo, se enceniza con su último habitante. Y así la fronda, el jardín, la intimidad interior. No; no busquemos su historia en el recuerdo del mármol, la escritura que avisa el nacimiento, la permanencia o la muerte de quien dio su sangre o su lustre al país: en su lugar deletreamos una hendija o el último adiós de sus muros. Tampoco busquemos el robledar vecino, el día amarillo del araguaney, la mirada del agua blanca que regalaba

la calma de la sed, la pureza del cuerpo y donde uno contemplaba su hermandad con el zodíaco.

A ese desolado fervor por la desmemoria visible de Venezuela se alía el de su historia. Desde hace no pocos años, la escuela nos enseña con penoso apuro y referencia crematística quiénes fuimos, cómo se inventó el país después del drama de las guerras de emancipación y de insurgencia social, quiénes lo pensaron y lo soñaron, quiénes le dieron forma de república y articularon sus leyes y cuántos desbarataron ese intento con el sable de los caudillos del siglo XIX y los que aherrojaron sus derechos hasta más allá de 1935. ¿Podría deletrearme un estudiante de básica dos, aunque más no fuera al desgaire, quién fue Venezuela y cuánto dura el conocimiento de su presente? La historia, ya lo sabemos, no es sólo o es apenas conocer y recordar; consiste en ejercer una acción de vida y convertirla en cultura, en actitud.

Es verdad que no pocas publicaciones didácticas han salido a la defensa del país ignorado o mal conocido. Con todo, su intención no basta. Las hay que adolecen de escasa difusión e igualmente pobre es su reproducción colectiva.



Para paliar tal conducta, el Ministerio del Poder Popular para la Cultura propuso al Centro Nacional de Historia la creación de la revista *Memorias de Venezuela,* la cual recién nace hace apenas una semana. Son sus responsables Arístides Medina Rubio, Pedro Calzadilla, Carmen Bohórquez, Lionel Muñoz, Luis Enrique Pellicer, Enrique Lóbrega, Juan Antonio Calzadilla Arreaza, Diana Pérez y un no menos numeroso equipo de redacción y de investigación.

El número primigenio que corresponde a los meses de enero y febrero luce un estupendo diseño gráfico y es profuso en ilustraciones. “Hacer memoria —adviértese en su nota editorial— es hacer historia. La historia la hacemos dos veces, cuando la ejecutamos con nuestros actos presentes y cuando la recordamos para guiar nuestros siguientes actos. Sin memoria, el hombre sería incompleto, porque no sabría qué sigue siendo ni qué puede ser seguidamente”.

Lo prueba el muy vario contenido del número de marras: El territorio marítimo de los caribes; El día que Colón creyó descubrir el Paraíso Terrenal; La terrible emigración a Oriente; ¿Quién mató a Ezequiel Zamora?; Fabricio Ojeda: el enigma de su vida y de su muerte; La diplomacia del garrote; Guillermo García Ponce: el 23 de enero fue traicionado; Cincuenta años después: el 23 de enero; San Mateo, más que una batalla. Es decir, nuestra memoria antigua, nuestra memoria próxima y nuestra memoria actual. Las noticias, la historia en libros y el lugar de memoria prolongan esta lectura informativa y formativa suscrita por profesionales de la ciencia histórica y por intelectuales y periodista de renombre.

Para rubricar su pertinencia se obsequia al lector un mapa histórico y geopolítico de Venezuela.

No podemos menos que expresar al Ministerio del Poder Popular para la Cultura y a la diligencia de los creadores de *Memorias de Venezuela* nuestro contentamiento por su oportuna y útil existencia y nuestro deseo de que conozca fructífera consecuencia en su voluntad de despertar a los venezolanos de la distracción y desestima de su historia, en una palabra, de la lectura social, política y cultural de sí mismos.

## *Los mapoyos de El Palomo,* nosotros también somos el destino [ *143* ]

Antes que municipio indígena, El Palomo es una orilla de asfalto, esa línea negra que se aleja de Puerto Ayacucho y se adentra en el estado Bolívar. Allí, sobre un suelo de arcilla y de ripiales ralean algunos techos de moriche. Más al fondo, se dibujan las jibas de unos cerros que simulan dos mamas femeninas. En tan menguada geografía resiste un poblado mapoyo de trescientas personas (entre adultos y niños). Digo resiste porque dentro de poco daré cuenta del achaque que sufre para mantenerse así, viendo pasar el continuo, el ruidoso adiós de los automóviles, expuesto a la sequía de los veranos, al ahogo de los aguaceros y al descuido del funcionario y de sus parientes de etnia, allá en el sur guayanés.

¿Quién sabe de los mapoyos, que no sean ellos mismos y cuidado si tampoco, a más de los antropólogos y sociólogos? En el exhaustivo *Manual de lenguas indígenas de Venezuela* que Esteban y Jorge

Mosonyi cedieran al sello de la Fundación Bigott, una pequeña franja, trazada sobre el mapa lingüístico, señala, casi inadvertida, la soberanía territorial que ocupa esta familia caribe. "El grupo étnico mapoyo —nos avisan los autores del *Manual*— constituye una población en proceso de regresión lingüística y cultural" y que "cuenta con menos de doscientos integrantes de los cuales la mayor parte ya no domina bien la lengua materna".

Hasta El Palomo se allegaría Esteban Emilio Mosonyi a emprender, en nombre de la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, el rescate de esa lengua y esa cultura que desmayan en los confines de Venezuela. No fue solo. Tuvo por compañía a la socióloga Esperanza Gualdrón, a quien confiara la ardua industria de reanimar el decir y el sentir mapoyo.

No ha mucho, la socióloga consignó en la Casa de Bello el trabajo de campo que realizara en el delgado y disperso poblado. Lo que sigue más parece un memorial de agravios que noticia alentadora. La Escuela Básica Nacional Bolivariana que allí tiene su sede dispone de pupitres, ventilación y cuatro docentes que imparten enseñanza a ciento seis niños, pero carece de biblioteca y de material didáctico, no conoce el agua potable, ni las llamadas aguas servidas y la luz eléctrica, de la que gozó, es cierto, hasta que la planta se redujera a estropicio.

El valle, mejor sabana, no sólo se ofrece a la quemadura del secano: en tiempos de lluvia —y ya sabemos cómo son y cuánto duran los diluvios en esa lejana Venezuela—, las centellas visitan el lugar con desaforada frecuencia. Para afrentarlas, la vida disponía de un pararrayos, sólo que cierta canalla de la malandanza se hizo del cableado, por lo que durante las últimas tempestades el fuego celeste abrasó de muerte a no pocas personas y chamuscó casas y cobertizos.

Desamparados ante la furia del cielo ha quedado sumida la gente de El Palomo, mas otro desamparo asuela sus espíritus: apenas dos de sus abuelos hablan, piensan y recuerdan en la lengua materna: Luis Reyes y José Segundino Reyes. El reto que se ha impuesto

Esperanza Gualdrón contrasta con su sosegado talante: ella sabe que cuenta con José Segundino Reyes para difundir el mapoyo entre los niños con los programas de talleres de la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello.

La socióloga nos pide que dirijamos una rogativa al Ministerio de Ciencia y Tecnología para que restaure con premura el desmantelado pararrayos (las nubes amenazan con oscurecer los cielos del municipio), y otra a la Red de Bibliotecas Públicas para que nutra de lectura la Escuela con nuevos títulos, sobre todo con libros útiles, y los dote de anaqueles que los libren del viento y la inclemencia del sol y del aguacero. No se oye música en El Palomo. "No se ve ningún instrumento en la escuela, siquiera una flauta de viento, un cuatro", nos dice Esperanza Gualdrón. Y ¿cómo hacer —agrega— para que Bauxilum restablezca los límites de sus tierras ancestrales?

Los miembros del Consejo Comunal han solicitado en una carta a la Coordinación de la Sala de Cine Comunitario el beneficio de una proyección cinematográfica itinerante que contente al caserío y a las otras comunidades indígenas vecinas.

Este conmovedor testimonio sobre los mapoyos prueba cuánta Venezuela queda aún por hacer para que su lectura y su escritura no terminen siendo como aquel poema de Ramón Palomares "donde la gente vive preguntando por los de lejos (…) con la tristeza de sentirse andando sin saber qué, dónde, qué fines y qué purgas son".

# Nuestra sombra iluminada

# Lucía Salerno, esa muchacha como un río



Yaro, su amado, abrió la ventana para que Apure entrara a la casa. Al fondo, sobre la línea interminable y quieta de la llanura, Lucía Salerno trabajaba con los sabores. Su perfil hendía la enormidad de tierra y aire del otro lado de la ventana y la claridad que vivía en los corredores. Libros, papeles, cosas, se confundían con las presencias remotas del paisaje: formas de árboles, borraduras de matorrales, uno que otro bando de pájaros. El río Apure se presentía cerca, detrás del cemento y los cachivaches del zinc y del cemento. El sosiego interior era el único triunfo de Lucía en medio del estruendo de los caravaneros de ganado apresados por las rejas de las gandolas y los nómadas en sus animales de lata y gritos de cornetas.

Allí conocí ese rostro de muchacha mediterránea, hecha con la sangre de los pueblos italianos del sur y con la clara arena

de los médanos al amanecer. Yo había conocido su ancestro más próximo, aquella leyenda con sombrero de pelo oscuro y el atuendo blanco de los asoleados que el hombre apureño llama y nunca deja de llamarlo Juan Salerno, vaquero y coleador, gallegiano y piloto de los senderos de arriba a los que recorría desatendiendo los instrumentos de vuelo.

Ella, su sobrina, miraba el río, lo tenía consigo en su mirada. El río y los inviernos. Nada en sus gestos, en sus palabras, avisaban de los veranos desolados que esperaban en lo más hondo para adelgazar la sombra y reducirla a hueso de lo que antes vivía y esplendía. Ella, Lucía Salerno, se entendía con los brotes, el primer bando de las aves del agua y el perfume de las mojaduras de las lluvias. Todo ese fulgor entraba a su casa, a su casa breve y modesta, regada de adornos y de libros. Yo la había conocido antes que su rostro y que sus ojos. La había oído hablar con su voz escrita en un libro que optara al Premio "Lazo Martí" de Calabozo. En esas páginas transcurría el paisaje de su casa y de su estima por todo lo que se convertía en espacio viviente de primeras lloviznas, del ascenso del río, de las criaturas cantadoras y clamorosas y de la sorpresiva mudez entre la algarabía de los motores y el hombre múltiple de la calle y los bebederos y venderos de chatarras y trapos.



Era como si su oído y su pensamiento abolieran lo sordo y la desesperación ruidosa. Parecía el temario de esa primigenia poesía una labor de alguien aislado, habitante de una casa en el centro mismo de lo solo. Una calma transitaba cada página y en su lenta duración leíamos el monólogo de quien acercaba su atención al temblor de la rama, al goteo del agua y al silencio que se lleva el Apure. El alma, esa vieja invención del hombre, cobraba física presencia en ese decir.

Todo siguió como el río apureño, todo siguió al fondo, en lo último donde gira sin girar el confín con el recuerdo de aquel encuentro en medio del fragor de mayo. No vi más a Wilfredo Rivero, a Yaro, ni a su amada, siempre asomada a la ventana, siempre dentro de sí.

Hace unas semanas, tuve en mis manos un nuevo libro suyo cuyo nombre confirma esa conducta suya de memorialista del aroma y de la hoja, de la lluvia y del canto volandero. Lo ha llamado *Hábitat***,** editado por el sello de la revista ICAM de Barinas.

De nuevo Lucía Salerno, Lucía nomás, pues de este modo adivino con nitidez su semblante y su contemplativa quietud, retoma la escritura de cuanto la sostiene en la llanura urbana de su casa como sobre un campo en el espejismo del verdor. Pero esta vez ya no habla la muchacha de entonces. Ahora es la mujer que naciera en 1953, mientras noviembre amainaba el diluvio de agosto y septiembre. Oigo su voz, aun siendo invariable e igualmente el motivo del afuera y del ser, más honda, más englobante: las mismas motivaciones perviven, pero decantadas, sin equívocos, precisa en su idea fija, quiero decir sin esbozos, concluyente, dejando que la emoción gobierne la escritura, diga, diga hasta el fin, convertida en paisaje y recuerdo, en mirada, en oído, en respiración, como cuando anota: "El fulgor/ se expande en la piedra/. Me adentro hacia ella"; cuando señala que "un brillo intenso está a mi lado" o cuando confiesa que "ha comenzado la penumbra/ a desear la rajadura".

*Hábitat* es una breve antología. Reúne los poemarios *Las cosas íntimas del cielo* (1990); *Herbívoro* (1997) y *El silencio de las piedras* (2000). En uno de ellos evoca a Lucian Blaga. Como el gran poeta rumano, entiende que el hombre frente a la vastedad sólo logra integrarse a ella nombrando las cosas y los seres más cercanos, los que rodean nuestra precaria permanencia en el tiempo. Y por eso es ella poeta: porque espera esa inteligencia y porque sabe cuándo ocurre ese diálogo con la soledad sonora.

# Macario Colombo, entre la desesperación y el éxtasis



Nunca he ido al barrio San Vicente de Barquisimeto, donde se abre y se cierra una puerta azul en la vereda Nº 53, pero lo he leído en la biografía que Luis Velásquez escribiera sobre su morador, el artista Macario Colombo, no ha mucha editada por Iartes, el Instituto de las Artes de la Imagen y el Espacio del Ministerio del Poder Popular para la Cultura.

Apenas entreabro su lectura, asoma un rostro entre la maleza de su barba y su enmatorrada cabellera. "Entre paredes desnudas se desarrolla su retiro desde hace treinta y ocho años", observa Velásquez.

En ese encierro ha persistido, teniendo por sola compañía sus invenciones —o visiones— de la realidad, a los que plasma en cuadros y tallas habitados por criaturas y objetos oriundos de la vida cotidiana y de las alucinaciones: paisajes, miradas, cosas, cuyas

formas transforman un tinte azul y púrpura de pesadilla y un amarillo de apocalipsis sobre un espacio abisal de tenebra. Tales regiones conforman una geografía de sacudidas psíquicas, un territorio de traumas. La oscuridad que envuelve esos paisajes se acrecienta con el ocaso, un ocaso donde algo o el final de todo se aproxima. Lo anuncian esos árboles entumecidos, esas ramas resecas que parecen clamar frente al desastre crepuscular. En otras pinturas asistimos al espectáculo que presentíamos: en esos cielos de desesperación y gritos cruzan figuras como pajarracos y espíritus quemados por un fuego rojo o como crucificados, mientras abajo la tierra (o lo que imaginamos suelo) exhuma volcanes y hornallas de fuego líquido que acentúan la desolación de unas planicies erosionadas sobre las que se tienden apariencias humanas que ignoramos si existen o se deshacen y navegan embarcaciones sobre un mar de arcilla. En este caos terrestre y cósmico, el artista llama al santoral católico y regional a presidir lo que en su alucinante imaginario acaece.



Retratista, Colombo reproduce las facciones de sus modelos prohibiéndoles sonreír. Todos permanecen rodeados —asediados sería mejor— por ese color de miedo nocturno, quemado por la centella o por el incendio. Las tallas no miran o entornan los ojos. Pocos son los que logran librarse de la madera bruta. Cada quien sufre o expresa melancolía.

El *luthier* que en él habita lo sosiega a juzgar por esos violines, esos cuatros y bandolinas, creados en la paz que no encontramos en su patria de sonámbulo y de convulsiones.

Psiquiatras, escritores y artistas han ido a tocar a las puertas de este ermitaño que medra entre las crisis mentales y la pobrecía. Cada uno pide la palabra para consignar diagnósticos y conjeturas o para jurar por el afecto que le profesan, como Félix Nazareno Pifano, cuyo diario prolonga las páginas del libro y en el cual refiere su visita con Orlando Araujo. El escritor quería saber por qué en sus cuadros insisten tanto el negro, el rojo y el amarillo. Nazareno Pifano reproduce con realismo la respuesta del artista: “Me asusta la oscuridad… me hace sentir muy solo, me asusta la muerte, la sangre. Al pintar

con esos colores siento como si corriera a la muerte y a la sangre. Me alivia el amarillo que es la luz…"

Otro día se hizo acompañar por Susana Aray, una periodista y productora de Venezolana de Televisión y más tarde por Margot Benacerraf. Unas páginas más allá se escuchan las voces de Rosalía Sequera, de Martín Díaz Peraza y de los poetas Jesús Enrique Barrios y de Bayardo Ramírez elogiando los fantasmas y apariciones de este paisajista de los abismos del ser.

Al igual que la imagen del insecto atravesado por la aguja en las vitrinas de los museos de ciencia, el análisis clínico fue prosaico: he aquí a un enfermo mental, un esquizofrénico; se cita a Ernest Kris, a Meissmer, a los congresos de psiquiatría y se nombra a Moisés Feldman (el último en visitarlo) o a Van Gogh. Con todo, el diario conmueve por el minucioso pormenor con que revela la angustiosa vida de Colombo. Apenas granuja abandonó los cerros de su nacimiento en los aledaños de Baragua, ese pueblo de casas grandes y no menos solariega soledad y vivió por última vez su infancia en Carora. En la ciudad de los valles deprimidos tuvo tiempo para transitar por las aulas de la escuela primaria sin que supiera nunca cómo mezclar los colores ni cómo manejar el pincel o el lápiz del dibujo, pero cierto día logró exhibir sus primeras pesadillas y que lo nombraran en las bocas de las gentes y de la prensa escrita. Hoy es este libro y unas cuantas fotografías de su apariencia real a modo de camino tortuoso hacia la demencia, sus pinturas entre Dalí y Chagal, sus tallas de ojos vencidos y de párpados tapiados y las ciento dieciséis páginas restantes para que lo imaginemos asomado tras la puerta de su casa en la vereda Nº 53 del barrio barquisimetano de San Vicente. Es decir, en ninguna parte, como el olvido.

## Morela del Valle Maneiro Poyo, los kariña y su lengua de pájaros [ 157 ]

Su prolongado nombre ha de ocultar el otro, el verdadero, el de la lengua caribe, con el que la llama su pueblo kariña, los habitantes de las estepas ardientes de Guanipa, los espinosos suelos de Cantaura y las costas del Orinoco. De esas sabanas duras y onduladas proviene. Ellas educaron su comportamiento y su sentir, sus maneras de criatura de las vastas intemperies donde se cultiva el maní, se teje el moriche y se observa el akaatompo, la fiesta de los muertos. No es imposible suponer que los ancianos sabios hayan guiado su porvenir y que de ellos haya aprendido el modo de hablarle a los seres y las cosas, a soñar, pensar y vaticinar. Su infancia pudo ser la flauta de pan y su goce la danza del maremare. Los areemi, las invocaciones mágicas, acaso la despertaron temprano para que oyera las voces secretas del sortilegio y para que aprendiera a dialogar con los montes y las criaturas de las ingrimitudes, en cuyas vidas y apariencias

se ocultan los espíritus. ¿Sería su abuelo o su padre un püddai, un chamán? Tal vez en su niñez y juventud anduvo por los farallones de Chimire, sobre los que se cierne el gavilán tejé y gime en el bajo monte la coítora de ala de ceniza. ¿Aprendería a mirar el alma que viaja lejos, delante de nosotros, como segura el viejo poeta persa Rumi? ¿Tendría amistad con Mavaare, el dueño de los cerros? No lo sé, nunca se lo he preguntado. Allá, entre los suyos, durante las celebraciones rituales, habrá de vestir un vestido pintado de flores, abrazada a las muchachas y las mujeres sobre un círculo blanco e inencontrable.

Tierra mansa de algodonales y sembradíos que mortifican la cascabel y la mapanare; tierra sagrada y sola que ennegrece el pantano del petróleo; tierra de la hierba más áspera y del chaparro de hoja de lija, avasallada desde hace muchas desdichas por el latifundista y el empresario de los emporios comerciales; tierra de los kariñas que se asoman a las carreteras a ofrecer su cestería y los granos del merey.



De allá es oriunda mi amiga de cuerpo breve y mirada quieta, de allá me llega el murmullo de sus palabras las veces que visita la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello a hablarme de su pueblo. Es maestra de escuela y propagadora de sus necesidades y dolencias. Yo amo su fervor por salvaguardar y promover su cultura. La imagino curvada sobre los niños de su aldea y de los vecindarios impartiendo la educación bilingüe y enrumbando hacia las lejanías en busca de las leyendas, los mitos y la épica de los descendientes de aquellos hombres guerreros que cierta historia ligera y hasta xenófoba tilda de caníbales y vendedores de seres humanos.

Poeta, dejó en mis manos unos papeles escritos. Me di a leerlos y escuché su voz, sencilla, una voz verdadera, con la que invocaba a su paisaje y a su ser múltiple, real y oculto. Eran los tiempos del Festival Mundial de Poesía y la invité a que dijera en su lengua sus poemas, que después serían reunidos en un libro publicado por el sello editorial El Perro y la Rana del Ministerio del Poder Popular para la Cultura.

Luego, no la vi más. No ha mucho, las páginas de un periódico me devolvieron su nombre y su recuerdo. Al principio, ella no estaba allí, no se veía en los titulares, pero a medida que leía, viví la emoción de enterarme que había obtenido el XXIII Premio Internacional de Poesía Nósside 2007 de Italia con su nuevo libro *Abaana´ imie*, traducido del kariña como *Pájaro cantor en la madrugada*.

Ignoro si Morella ha ido a recibir el galardón ante el Ayuntamiento de Calabria, la sede del Premio. La noticia señala, además, que aprovecharía la ocasión para presentar en un seminario un proyecto que lleva el nombre del libro, El Proyecto Nósside, "en defensa —leemos— de las entidades culturales y lingüísticas de los pueblos originarios y minoritarios del mundo".

No se es sólo poeta porque escribamos poesía: se es poeta como actitud, como postura moral, humanística. En el caso de la poetisa kariña, es una voz que habla por una cultura asediada y proscrita. La poesía, ya lo sabemos, es la más alta voz humana, aún si clama en el desierto.

# Rafael Bolívar Coronado, yo es muchos 

Ningún rostro se escondió tantas veces detrás de tantos antifaces como este aragüeño de Villa de Cura, quien gritara su primer respiro cuando un junio de chubascos enchumbaba el año de 1884 a la Venezuela de generales de alpargatas y viandantes tocados con sombrero y vestidos de dril y lino blanco. La muerte, en Barcelona, la de España, le prestaría su acarnavalada apariencia un día de 1924, mientras Gómez, del que fuera a un punto su apologético y detractor, nos aherrojaba minuciosa y largamente.

No se nos ocurra enumerar la caterva de nombres de que habría de servirse para esquivar libelos y trifulcas. Asevérase que sobrepasan los seiscientos (abusó del de Rubén Darío, el de José María Baralt, el de Agustín Codazzi y hasta de una mujer, el de Sor Juana Inés de la Cruz), sin contar aquellos que medraron en los baúles de

su ropa y sus manuscritos, los cuales terminarían para gozo de la polilla y basura del desinterés.

Venezolanísimo, la tez y el talante del mestizo, usaba la mancha bien acicalada del bigote y observaba la vida —esa vida que apuró en escribir sin cejar y sin detenerse a releer ni menos a corregir— con ojos puyados de trifulca y coraje de malevo de esquinazos y bebederos. Sufrió el bachillerato, de cuya pasantía se desconocen las notas de su dudosa aplicación, pero sí de su prestigio de letrado, como testifican las páginas de *El Cojo Ilustrado*, del que fuera asiduo fablistán, es decir, él mismo, o sus fingidas autorías. Innúmeras publicaciones de entonces privilegiaban sus crónicas con nombre prestado o usurpado.

Conoció, y cómo, a nuestro humanista y poeta camorrero, Rufino Blanco Fombona, compitiendo con este en tenaz liza en la mascarada de los seudónimos y el ser y la nada de los heterónimos. Con el condotiero caraqueño fue correligionario de su Editorial América y suscribió al alimón biografías y selecciones antológicas de los bardos del modernismo.



"Yo soy Don Nada", solía argüir justamente, acaso para asordinar su vanidad literaria, tal vez para postularse como sarcástico o como testigo de cargo de sus personajes llevados al banquillo por su frecuente verba de ludibrio.

Cuando en Caracas se estrenó la zarzuela *Alma Llanera*, obra de cuyos versos se confesó culpable, no sé quién aguardó que pasaran los dos años de su bullicioso aplauso para que hablara acerca de las bondades de su estro. "De todos mis adefesios —respondió detrás de su bigote de pájaro tordo y armado con sus ojos de noche oscura— es la letra de *Alma Llanera* del que más me arrepiento". La historia —que se sepa— no registra el precio que habría de costarle tal desaguisado, mas sí de su viaje a morir en España hacia 1916. Frisaba los cuarenta años. Antes de precipitarse tan prontamente en el pudridero pudo escribir no pocos títulos, piezas teatrales o de zarzuela, como *Alma Llanera*, libros como *Los caciques heroicos*, *La Gran Florida*, *Los Chiapas*, *Los desiertos de Achaguas* y, claro está, *El*

*llanero*, a lo mejor, junto con la letra de "yo nací en esta ribera", etc., las creaciones que condenan a perpetuarse como escritor ineludible a quien se esmeró en huir de sí mismo y empeñarse en ser nadie o en volar entre las letras venezolanas como un pájaro sin cabeza.

José Balza, de quien copiamos no pocas de sus confidencias biográficas, se tarda en elogiar la prosa (esta vez sin ninguna de las muchas máscaras de los usurpados patronímicos) de su autobiografía *Memorias de un semibárbaro*, reeditado no ha mucho por el hacendoso Fondo Editorial del Caribe, de la Gobernación del estado Anzoátegui.

En ella habla de sí, a punto de marcharse a la guerra, en su caballo moro ajumao, en cuyos lomos atravesó medio país para irse a malestudiar a Caracas. "Lo que más lamento —diría— es que se haya muerto mi caballo". Antes de partir, siendo aún un mocoso, puesto ya sobre su cabalgadura, "al pasar cerca de uno de los rosales que poblaban el patio, un rizo de sus cabellos se enredó en las espinas, y ella, al sacudirlo, provocó una lluvia de pétalos". La cita es de Balza; la escritura del autobiografiado.

Espetó hartas injurias al venezolano, "esa horda de negrillos", "ese negraje hediondo", sus semejantes en proveniencia, apariencia y maneras. No se sabe quién de sus muchos yos lo dijo. No hay manera de acusarlo. Ni siquiera si enseñara su verdadero rostro. Si así fuera, si se tratase del mismo que ha suscrito esta autobiografía, podríamos equivocarnos. Su mismo nombre de aragüeño podría ser incierto e incluso su lápida, que nadie visita, no vaya a ser que nos topemos con el de uno de los que le arrebataron su verdadera máscara de carne y espíritu.

# *Rómulo Gallegos, obra y destino,* antes y después de su nombre



Es atrevimiento y hasta insensatez insistir sobre la presencia en la historia literaria, cultural y política de Venezuela del inventor de *Doña Bárbara*, *Cantaclaro* y *Canaima*, sobre el maestro y sobre el presidente humillado y ofendido. Mucha y bastante es la noticia que versa acerca de su ayer de joven de flacos bolsillos y pródiga imaginación y de su deserción de las aulas para jurar por la escritura, como la poesía, el más inocente y peligroso de los menesteres. Nada parecía reservarle un camino cierto. Estuvo siempre solo, a lado de la muerte temprana o inoportuna de los que formaron su mirada lejana, ese ceño de cernícalo, esa voz oculta de misántropo que solía cambiar en sonora claridad.

Sí, resulta peligroso remedar la biografía de Rómulo Gallegos. No pocos autores, los más sus coetáneos, ya han referido con creces sus dones creadores, sus achaques de joven de mil oficios, su

casi sentimiento romántico —de que lo privara su adscripción al positivismo— por la función pública y su calvario último, traicionado por quienes creía inalcanzados por la infamia, como Román Chalbaud, aquel día de 1948, a pocos meses de personificar a Santos Luzardo, el educador de Marisela y del alambre de púas y al Marcos Vargas de "se es o no se es".

El muy austero, el de sonrisa tapiada, el de traje blanco y de aparato, la corbata nunca dejó de anudarse siquiera para espantar la canícula apureña de aquellas horas que viviera apurado en La Candelaria de Arauca donde probó por qué su principal personaje era el paisaje de afuera en el que hallara las facciones y talantes de sus imborrables criaturas humanas que desde hoy y para siempre conforman un museo de estereotipos que no resisten su identidad regional e ingresan en la caracteriología de lo humano universal que tanto reclama toda obra clásica como en Dostoievski, en Conrad o en Faulkner.



Juan Liscano, Orlando Araujo, Isaac Pardo, para limitarnos sólo a la más conspicua trilogía de lectores galleguianos, abundaron en la averiguación personal y literaria de este ineludible venezolano y sobremanera en su eternidad, a la que —Orlando Araujo *dixit*— ninguna abjuración generacional de la ficción narrativa ha logrado suplantar o cuando menos relegar al mausoleo de los preteridos.

Es que nadie, como Gallegos, ha podido tallar con tanto estilo y fulgor literarios esos personajes con maneras y comportamientos de país de mediodía y de sombra, vástagos de la violencia solar y tempestuosa, enfrentados a la fatalidad de un destino que tiene por oráculo la llanura y la selva, los dioses terribles de la resolana y el sudor, la sed y el pantano, la bala y el veneno en los que se cría una raza de irredentos o de vencidos. Tales criaturas galleguianas, humanizaciones —diríase— de sus desiertos y sus bajíos, sus infiernos y vorágines vegetales terminan por hacer olvidar el discurso positivista y rendentor que con frecuencia los acosa, por lo que persiste el arte descriptivo, la poetización de la intemperie, el dibujo y la pintura de los grandes espacios, siempre llenos de *anima mundi*,

siempre como metáforas de lo que nos ocurre y de lo que es sobre la tierra de los hombres víctimas del coraje y de la redención.

Lo demás es deleznable, es confidencia a flor de anécdota o cita-ción de tragalibros, porque de nada o poco vale endilgarle al gran escritor torpezas formales, digresiones sociológicas, estrecheces de criollismo, la preferencia del "había una vez" y la desestima por las incursiones subterráneas joyceanas y la inteligencia del corazón proustiano. Lector a ratos, lo suponemos aficionado a Pérez Galdós, Gallegos fue y es sobre todo la mirada de un cineasta y un dramaturgo (no pocas veces se encaminó hacia el cine y el teatro), su pasión fue el inclinarse sobre su cuaderna-vía de apuntes y su máquina de escribir. En verdad que eligió la reflexión, pero ¿qué valen sus indiscutibles bondades de pensador ante esa imaginación literaria que hizo posible a la trilogía de *Doña Bárbara*, *Cantaclaro* y *Canaima*, la cual persiste sobre las docenas de novelas de irregular valía que escribiera hasta la víspera de sucumbir, cuando abril de 1969 recién nacía?

Rostros y almas como el puñal, el veneno, la traición, la venganza y como la nobleza, la inocencia y la franqueza pueblan la llanura de *Doña Bárbara*; la soledad y el mediodía, la canta y el caballo, la porfía y el horizonte andan en *Cantaclaro*; la pequeñez humana, la miseria moral y el dominio de lo salvaje sobre el espíritu, conviven en *Canaima*. Una atmósfera elegíaca recorre las tres obras maestras, una elegía —dije— por querer calificar así el poder poetizador de sus descripciones, sus viajes de soledad por el paisaje venezolano, esto es por el espíritu intemporal que lo habita, indestructible como su matorral y su espinito, irrefrenable como el potro de sus horizontes, intratable como su selva cuando la agreden, cuando la humillan.

Sobre el escritor y el servidor público, sobre el novelista, el maestro y el traicionado presidente de Venezuela, ha escrito Maritza Jiménez un ensayo con acento de reportaje periodístico por encomienda de Sacven, la Sociedad de Autores y Compositores de Venezuela.

La periodista y poeta sabía que abrazaba un reto: reemprender un camino galleguiano asaz trillado. Su determinación fue la de elegir el estilo periodístico informativo y privilegiar el género reporteril, el más cercano al lenguaje literario, en el que conviven la noticia y la opinión, la narrativa y la poesía.

Pero no se limita Maritza Jiménez a cumplir con las exigencias metodológicas de su profesión: asidua lectora de nuestra literatura y de nuestra memoria, encuentra que en la obra galleguiana el personaje omnímodo es el paisaje, acaso el que explica en defintiva a sus seres y sus espíritus perpetuándolos como escritura, como lenguaje, como estética narrativa.

Monografía útil para el estudiante y el distraído es, entonces, *Rómulo Gallegos, obra y destino*, la cual cobra actualidad en la víspera de los ochenta años de la publicación de *Doña Bárbara,* de la entrega del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, de la muestra fotográfica de los llanos del maestro Rodrígo Benavides y del diálogo colectivo a que convida este miércoles el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. El libro de referencias es nuestro mejor anfitrión y nuestro cómplice.

## Stefania Mosca, te irás y volverás [ *169* ]

No; no ocurrió el milagro. Durante dos años estuvimos a la espera. Ayer, hace tres días, hará desde ahora toda una vida, ella, la bella vulnerable y vulnerada, oscureció su pupila ("no te veo, no te puedo ver, le dijo a Lucía, su hija, su mejor creación"), antes de que la asfixia le mordiera el pecho. La tarde siguiente ("eran las cinco en sombra de la tarde") deshojamos tierra y pistilos a aquella sensibilidad, aquella lucidez que luciera la semejanza de una de las muchachas de Boticelli por los pasillos de la Escuela de Letras, rubia, los ojos color de miel, la boca finísima de tanto saborear los nombres y las cosas de la literatura y el ensueño.

La muerte vino —ya lo advertía Pavese— y tuvo sus ojos. Vivió un rato entre nosotros, pero mucho y bastante para que la pala y el cemento que la desaparecieron no logren olvidarla ni siquiera el tiempo que tarda la hierba de La Guairita en volverla adorno

de abandono, escritura de piedra y la susodicha flor marchita de siempre.

¡Y cómo batalló para retardar ese lecho de palo y esa residencia en la tiniebla! Día tras día emprendía sus pasos al cadalso de la quimioterapia. Después del tormento lograba de nuevo iluminarse con la prosodia de sus narraciones literarias, su escritura periodística, sus lecturas que amanecían con ella bajo la lámpara y frente al balcón que miraba al Parque del Este desde donde la adivinábamos soportando su vida de condenada a la asfixia, una vida de condenada a la que se esmeraba en vestir con atuendos de contradictoria mundanidad.

Todo esto, lo sé, roza el lloriqueo, contamina el sentimentalismo, pero ¿cómo evitarlo? Nadie que no haya sido privilegiado por su afecto y más aún por haberla tenido en sus sentidos podría refrenar el estilo de los desconsolados, el acento del *treno* y de la *tristia* que los griegos y latinos nunca más han cesado de entonar acompañando el enlutamiento que sentimos sus compañeros de debates y aplausos en aquellas mañanas de junta directiva en la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello a la que diera lustre.



Después, y después es su huella, que en su caso es el libro, aquel, primerizo, que juntos convinimos en titular *La memoria y el olvido* y estos otros, los de su nombradía como narradora, los que se llaman *Mi pequeño mundo, El circo de Ferdinand, Mediáticos* (cito al desgaire, movido por el goce que me produjera su frecuentación) o aquellos que tituló *Banales* por mera ironía, los cuales me avivan el sentimiento de que en ellos persiste el tratamiento del expresionismo, la desfiguración de una sociedad que se me antoja trasunto de ciertos cuadros del pintor alemán Georges Grosz, sus ciudades convertidas en un caos de expresiones humanas y de promiscuidad física y moral.

Por último, y mientras nos alejamos de su cuerpo allá en lo oscuro de la tierra y del adiós de la añoranza no nos queda sino asirnos a la promesa de René Char: "la muerte destroza y talla". Los que creemos —nos empeñamos en creer— en la pervivencia

del espíritu, avivamos la ilusión de imaginarla restituida al molde definitivo que ha de perpetuar su presencia entre nosotros, inalcanzada por la nada, ese "secreto pavor —dijera Mallarmé— de la carne".

# *Vela de armas,* para navegar en el viento



Nadie que haya leído la poesía de Juan Calzadilla (más de treinta títulos lo confirman, entre obras nuevas y antologías) observa el mundo de igual manera. Quiero decir que tras abrevar en ella, la realidad y la apariencia con que pretendemos aprehender nuestra idea del ser y de las cosas, nunca serán en adelante las mismas. Pareciera que el poeta más urbano del género entre nosotros quisiera disuadirnos de cierta creencia sobre la captación sensorial o mental que tenemos de nuestra visualización y transfiguración de nuestros vínculos con la tierra. Desde sus orígenes, dicha obra se ha orientado hacia esa determinación: convencernos de que somos unos ilusos en nuestro afán por atribuirle a las formas y a sus sombras, a lo visible y lo impalpable, a la vida misma y su traspatio metafísico, una propiedad personal que no nos merecemos y que, lo que es peor, usurpamos. He aquí, entonces, todo un *ars* poético, una praxis de la escritura

obsesivamente orientada a comprobar tal confusión y semejante engaño. Para evidenciarlo, Calzadilla se vale de la ironía y del humor, sus dos armas más recurrentes. No hay libro suyo que lo distraiga de su propósito. Hoy, después de una existencia consagrada a su muy particular e inimitable labor, admiramos su coherencia.

Maestro de la poesía así entendida y así asumida, compórtase como un artesano de la palabra, a la que trabaja rehaciéndola siempre, retomando bocetos y acabados para reconstruirlos de nuevo, sin por ello desbaratar la horma que los hace posibles.

Quienes solemos frecuentar su imaginario vivimos atentos a la aparición de una nueva producción suya porque sabemos que una sorpresiva confidencia nos ha de deparar su lectura, ora en prosa, ora en imágenes, o bien mediante la reflexión o mediante aforismos.

Así ocurre con su libro *Vela de armas*, publicado en el año 2005 y recientemente relanzado por la colección "Alfabeto del mundo", del sello El Árbol Editores, de la Dirección de Cultura del estado Táchira.



No más abrimos al azar sus páginas, la voz de Calzadilla nos amista con su ya conocida motivación escéptica. Un poema en prosa nos advierte una vez más que debemos desconfiar con lo que ocurre allá afuera o en nosotros. Mantengamos ojo avizor respecto a cierta lógica de la engañosa vividura moral. La escritura llámase "Paradojas". Escuchémosla:

> Deberías haber salido antes de partir. Esto te hubiera evitado hacer el trayecto. Y te habría permitido llegar sin moverte del sitio de partida, justo en el momento en que partías y sin pérdida de tiempo.
> No diré pues que yo estaba en mi lugar porque a lo mejor era el lugar el que estaba en mí. Tampoco diré que yo estaba fuera de lugar porque a lo mejor era el lugar el que estaba fuera de mí.

Lector y seguidor de Michaux, asiduo frecuentador de la poesía moderna, de la que es figura descollante, Calzadilla ha sabido

apartarse de las influencias logrando la originalidad de un lenguaje que es consustancial con su comportamiento existencial e intelectual.

*Vela de armas* acaso ilustre mejor que no pocos de los muchos títulos que conforman su obra poética ese lenguaje y esa ética que ha hecho tan propia y, como ya se ha dicho, tan irrepetible. Poesía del descreído, poesía del desconfiado, suerte de antilírica, a la que la lírica debe, paradójicamente, su savia nutricia y su materia, a la cual descarna y reordena con la punza y el escoplo de la desmitificación. De desacralizador lo acusarían los cultores de lo primoroso y el encantamiento. Es esa su autenticidad y es esa su ética. Yo diría que es un lírico por defecto, si por lírico entendemos la representación de lo real mediante su transformación en belleza pura, en orfebrería —en este caso— de la imagen como representación de la realidad real, o la que consideramos tal.

Versátil, o la misma y distinta, en todo caso siempre inventiva, la escritura poética de Calzadilla es por ello impostergable. *Vela de armas* confirma esa cualidad. A vuelta de página nos reserva un poema inesperado que se aparta de su habitual rumbo al espacio urbano y elige una dirección más bien telúrica, o con rasgos de rusticidad, aunque sin alejarse de la huella que constituye su norte franco. Dice así y es glosa de una frase prestada a Fernando Pessoa.

Como hierba crecí y no me arrancaron y no era monte.
—¿Cómo confirmar la nada
si no es entregándosele?
Así he ardido en mi país.
—¿Como lirio?
—No. Como monte.

La editorial tachirense, de la que es vigía y timón el poeta Ernesto Román, tuvo buen tino en ofrecernos esta nueva lectura de uno de los libros más emblemáticos de Juan Calzadilla. En él hallamos la síntesis de sus motivaciones y su estilo, sus apostasías

poéticas. Nunca nos fue tan necesaria, nunca ha sido tan próxima a estos tiempos.

# William Osuna, el poeta universal de la esquina



Cuando Víctor Valera Mora difundió su *Amanecí de bala* en los embrollados años del 60-70, el jurado de los críticos literarios y la vocería letrada determinaron que nadie más habría de cometer la poesía de la calle levantada como un puño; loaba a los insurgentes de las montañas y acusaba a una sociedad de amos de la gerencia y el reparto banderizo. No; no era posible; ya era bastante con que Caupolicán Ovalles hubiera hecho mofa sangrienta del gobernante de entonces en su poema *Duerme usted, señor Presidente* y conocido el destierro colombiano. El verbo vengador y la mofa epigramática del Chino Valera Mora probaron que la ciudad era menos lugar de bulliciosa rutina de humo que campo de batalla poético, en el que la amada hacía o bien de Beatrice y de valquiria o bien de celebrada belleza inútil. Caupolicán cedería su gobierno épico-lírico al envalentonado valerano hasta que ocurrió William

Osuna, un poeta oriundo de las barriadas caraqueñas y aún con la mancha del bozo de los adolescentes en el semblante. Tuvo la fortuna de asistir al taller de poesía de Alfredo Silva Estrada porque este lo dejó hacer cada vez que quería entenderse con el lenguaje de la calle y de su parla nativa de francachela de barriada y elocuencia errabunda.

El bisoño tallerista no tardó mucho en dar a conocer su libro inicial: *Mas si yo fuese poeta, un buen poeta*, cuyos logros emocionara tanto a Silva Estrada. William Osuna había logrado irrumpir entre *Amanecí de bala* y su contagioso estilo. Supo ser él y sus motivos: Gardel, Emily Dickinson, el abuelo, la madre, sus hermanos, los dioses de las películas, sus tronados amigos, alguien llamado Fucho Briceño, el truco, el horror a todos los oficios. Y supo también valerse de un lenguaje, con el que emprendería ascendente ruta hacia el nombramiento. Dijo "me creí dolor/ y me dolí. Me creí palo mayor y miré". Y dijo más, dijo: "Se va el rencor/ a otear con su lazo triple/ el mismo sitio de siempre" y también dijo: "Vida, si no nací/ para esperar en lo desértico/ por qué llamas a la araña/ en el oleaje./ Vida, no vuelvas al contrario/ la certidumbre/ de tu doble codo/ y a los 28 nudos de tu mula urbana:/ Sacia en mí/ las ganas de poseerte/por entero".

Está claro: ensayaba un lenguaje, un lenguaje que andando el tiempo llevaría su nombre. Y no se distrajo; trabajó en él como quien amasa barro y talla madera. No voy a recitar aquí los libros que siguieron. Quiero sólo detenerme a elogiar su elocuencia y su indetenible invención verbal e imaginera. Mientras transitamos su obra le vemos en un continuo tránsito por el presente y el pasado de la ciudad (Caracas y los rincones que suscitan sus temas) en actitud de funámbulo por los nombres de países reales y literarios, regiones de pantalla de cine, entre boleristas y tangueros, soneros y golpeadores de charanga, los viejos Beatles y los bares y las tabernas y las calles con esquinas de lecturas y papeles de aulas, propios y ajenos, releídos o recreados por citas sin referencia o con ellas a medio copiar, a la usanza de Ezra Pound y de Eliot, pero

sin desatender su desafuero prosódico que es préstamo de cierto barroco quevedeano corregido para beneficio del asunto citadino que lo obsesiona. Creo que en William Osuna la entonación conversacional, esto es, su comprensiva confidencia, oculta otra lectura, menos explícita, más evasiva o "barroca" y ¿por qué no lírica? El desparpajo con que afronta el lenguaje poético, satirizando su tristeza misma, su pena, es el mismo que usa para el lugar común, el eslogan comercial, el vocabulario del consumo y de la épica deportiva, la retórica política, la cita histórica de cartilla escolar. La escritura y el habla pierden sus cotos privados, conviven indistintos, de allí su locuacidad. Sus logros se evidencian en *Estos 81,* en el profuso poema *1900*, en la *Antología de la mala calle* y en su tan celebrada *Epopeya del Guaire*, sin duda unos de los momentos más altos de su invención poética. En ella compendia el objeto primordial de su motivación urbana, caraqueña. Me provoca citar sus primeros fragmentos: "A mí que no me nombre, dice el/ Orinoco, no fue grumete en La Invencible ni/ pudo unir sus aguas a los siete mares de China./ Los indios lo taparon con concha de totuma/ para que los españoles no se lo bebieran./ No se parece a los ríos de don Jorge Manrique./ La mar océano no lo soporta; respecto a/ él filosofa como un sabio chino: 'Un río que no sabe morir es un golfo'. ¿Quién lo maleó?".

El que así habla no tiene edad, o sí: es un muchacho y a ratos un niño que vive dentro del poeta de 1948 en Los Rosales, en El Cementerio, en una calle que si "fuera un hombre —cito de memoria— dolería". Su lenguaje paródico y afectuoso y en su manera de apropiárselo es un tanto granuja, presto a la mueca y a la media risa, pero súbito cejijunto, de asiduo lector, de artesano de la palabra, la mirada fija en los suyos, la mano puesta sobre el hombro de sus amigos, a los que nombra y mitifica, los objeta y los celebra, como hiciera el Chino Valera Mora en aquel poema, *Nombres propios*, amoroso pero heridor por su acento de filo de cuchillo.

La obra de William Osuna ha sido merecedora del Premio Nacional de Literatura para contentamiento de la poesía

venezolana contemporánea. Monte Ávila Editores Latinoamericana la ha reunido bajo el título *Miré los muros de la patria mía*, tributo de su autor a Quevedo. Ella es —observa en el prefacio Héctor Seijas, uno de sus mejores lectores—, "Palabra quemante. Tránsito por vía contraria de la calle. Épica cotidiana. Lugar común del hombre. Palabra rescatada de un gran éxodo". Seijas advierte en su contenido elegíaco vínculos con Horacio, Marcial, Catulo, con Quevedo, con Ginsberg y Edgar Lee Masters y también con Rulfo.

Salud al amigo y al poeta, le dice la poesía, toda la poesía, en cualquier país donde ella se encuentre.

# Cervantes en lugar de Colón



Nuestra lengua está escrita en Cervantes. La oímos por primera vez en 1492 en un grito desde el alta mar cuando aún su "suprema indiferencia", dijera Ventila Horia, oscurecía. Ella nos explica y con ella somos pensamiento y emoción, somos pueblo, historia, vale decir: destino. Castellano, la motejan, porque la inventó Castilla o se la atribuyó hablándola y diciéndola en el roman paladino de Berceo. Es cervantina porque la escribió el Quijote, el justiciero de lo imposible, el enderezador de los entuertos de la ilusión y probó que era verdad práctica. Pero si de Miguel de Cervantes es nuestra lengua y la de los millones de seres que la pronuncian en escritura y palabras, otra, o la otra, la misma, repitamos a Borges, es aquella que se hablaba en la aventura colombina, la más de ella abrupta, propia de carreteros y trotaconventos, de barrio y calleja, de jerga y carcajada, primaria y fabuladora, dicha en boca de banderilleros y de alarifes, galeotes

y menestrales, analfabeta y deletreada, con métrica de romance octosílabo, entonación de bandurria y de garganta de quejío andaluz. Fue ella, la lengua que embarcó en el puerto de Cádiz, nuestra primera vez cervantina.

Hubo menester inventarnos con sus x y sus z, su pedregullo de erres. Acaso, por ello, nuestro día del idioma sea la escritura, bien que dolida de pobrezas de estilo, del genovés Cristóforo Colombo cuando en su misiva a su Soberano determinó menos explicarnos como naturales de un desmentido oriente que a imaginarnos oriundos del Paraíso Terrenal, ribereños de uno de sus cuatro ríos, holgando en un mundo verde y perfumoso cantado por aves de ojo y plumaje de tinte insólito, jamás reproducidos por los pintores de la Corte y de la Curia y los que encendieron al óleo la variopinta guardarropa de los señores y las pálidas muñecas que convenían a sus inconstancias de poder y nombradía.



Esa vez de su tercer viaje, el Almirante que iba al pairo por el golfo de Paria, ardidos sus ojos por la canícula y empañados por el velo blanco de la irrealidad, se negó a comprobar que el lugar del esplendor bíblico que de esta lastimada manera columbraba no eran más que las modestas elevaciones boscosas de Patao, Pico Santo y San José de la vecina península, austeros poblados de techo de moriche y sus habitantes gente vestida a lo sumo con hojas de bosque, collares de hueso de jiba, semilla de canutillo y a lo mejor algún fulgor de astilla de oro. A la distancia en que se hallaba su figura sobre la proa y en su fantasía mal podría sufrir, para desencanto o interrupción de su ensueño, el tormento del jején y de la plaga negra, tan asiduas de Macuro.

Entonces tomó su pluma de ganso y pergeñó en castellano viejo a su Rey ( fenecía ya el siglo quince bajo el fresco de su refugio haitiano) lo que sigue:

> *Ya dixe lo que yo hallava d' este emisperio y de la fechura, y creo que, si yo pasara por debaxo de la liña equinoccial que, en llegando allí en esto más alto, que hallara muy mayor temperancia y di-*

*versidad en las estrellas y en las aguas, no porque yo crea que allí, donde es altura del estremo, sea nabegable ni agua en que pueda subir allá, porque allí creo que sea el Paraíso Terrenal, adonde no pueda llegar nadie salvo por voluntad divina.*

Y dijo más en su prosa cruda y tropezada. Dijo que tal país paradisíaco, donde el agua marina sabía a miel, (su fe edénica ignoraba que el enorme flujo orinoquense era su causa)

*no era redondo en la forma que describen, salvo qu'es de la forma de una pera que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezón, que allí tiene más alto, o como quien tiene una pelota muy redonda y en un lugar d' ella fuese como una teta de muger allí puesta, y qu' esta parte d' este pezón sea nás alta y más propinca al cielo y qu'esta sea debajo de la línea equinoccial y en esta mar Oceana el fin de oriente...*



Así, en esa lengua que domeñara y corrigiera Don Miguel fuimos inventados en 1498 como habitantes de una geografía mítica que aún hoy, pasados los quinientos años de haber sido el producto de un deslumbramiento solar y de una metáfora sensorial, es antojo de la forzada (y no sin dejo de sorna) transfiguración poética del florentino Vespuccio, quien asociara nuestros ventorrillos de paja guinea hincados en el lago marabino de Sinamaica con los marmóreos palacios venecianos. Después de todo, es por y a través del lenguaje poético como el hombre ha fundado lo permanente en medio de lo perecedero y de lo real. Sólo la apariencia es verdad, aseguran los románticos; o sólo el sueño, que es expansión de la realidad, ratifica Nerval.

Que lo digan nuestros poetas, desde Juan de Castellanos hasta Palomares, inventores del español paisajístico y sensible venezolano, para contentamiento del Quijote, su más alto confidente.

# Eduardo Gil, la poesía como actor



Quienes transitamos por los senderos que se bifurcan de la poesía, alguna vez supimos del paisaje consultivo de Antonin Artaud y emprendimos el camino abisal que promete su poética del grito y del quejido y la puesta en escena de la desesperación y el delirio. A tal región pertenece su obra *El teatro y su doble* que es, junto con su poética, la fuente nutricia del conflicto con el lenguaje y el mundo. Es improbable que el lector y el creador de poesía se hayan desentendido del pensamiento teatral de Artaud. A través de su rastro se alcanza una luminosidad enceguecedora porque es visionaria.

Es que teatro y poesía nunca han sufrido desinteligencia alguna; igual sucede con el arte, con la cultura misma. De allí nuestra asidua búsqueda de una escritura donde lo poético y la escena aceptan su intercambio de fuegos centrales. No son pocos

los textos que suscitan esa transacción. Quedémonos con los de Artaud. Ellos nos conducen a la lectura de un libro que si bien se nutre de otros teóricos y actores de teatro, guarda marcada proximidad con la poetización que el gran surrealista aportara al teatro en sus escritos más allá de la escena y de sus postulados. El libro que refiero se titula *Cómo un río de luces y de sombras*, escrito por Eduardo Gil, no ha mucho editado por la Fundación El Perro y la Rana del Ministerio del Poder Popular para la Cultura, en su colección Entrada Libre.

¿Qué dice Eduardo Gil, no ya sólo el actor, el director teatral, el pedagogo, el escritor, en este libro sin género y de prosa igualmente inidentificable? Si el teatro es su excusa, su verdadero objeto es el de configurar un tejido verbal de diversidad temática que busca liberar al teatro de sí mismo, esto es, de su espacio de confinamiento, antes y después del autor y del actor, antes y después de su escritura, en y dentro de nosotros, como si lo teatral y el teatro reclamaran una y otra lectura sin someterse al texto ni al escenario, ni menos al molde genérico que le hemos infligido. Libro de vida, *Como un río de luces y de sombras* pareciera surgir de una frase, un fragmento, un recuerdo, algún viaje real o imaginado, monólogo, diálogo, parlamento, crónica, testimonio, aliteración, retruécano, juego prosódico, clase magistral, cita y término subrayado, nota al margen, minicuento, fragmento narrativo, teoría y práctica del éxtasis, poema en prosa, metafísica, escritura dicha para el instante y para siempre, con o sin personaje, cosa, un no sé qué encantador, conjeturas y sentencia, poemario de extraña, desusada factura, pero con el teatro, con el ser y el hacer del teatro como materia de ignición, como voz moldeada en la hermosura literaria, así:

> Yo quiero bien los ojos atontados, los que tienden la mano tambaleando./ Ojos que piden socorro con voz queda que pide inclinación, que pide abrazo./ Prendados todavía son los ojos que se quedan. Prendidos de un telón en infinito vuelo./ La

> sala oscurecida los hace dilatarse, demorarse en penumbras, claroscuros./ La pura noche de la sala los llama a verter algo de la claridad ganada, para encontrar, a tientas, ya se sabe, un sendero de huellas ya borradas./ La esponja de la escena los absorbe, los seca y limpia nuevamente, los recobra. Y se acercan, de a poco y con recelo, a las puertas guardadas en el fondo del teatro, en lo muy hondo.

Teatro alquímico hubiera llamado Artaud a esta escritura, porque logra alcanzar —digámoslo con sus propias palabras—, "tanto en lo espiritual como en lo imaginario, una eficacia análoga a la que, en el dominio físico, vuelve realidad la invención del oro".

# Ética y práctica del *Somari*



Gustavo Pereira es un poeta terrestre. En esa postura conviven su vida y su escritura. Si el mar explica su presencia entre nosotros, es la tierra, la tierra sin orillas, la que lo desvela y a la que se abraza como a mujer real y figurada. Por eso no se entiende con la soledad sola, la sola soledad. Su tierra es menos lugar que persona: es ella, la mujer, ella en todo, esto es, unida al ser único y colectivo, particularizada en la amada personal e indistinta en cada hombre y en todos los seres. Carne y suspiro nuestro de cada día. Verdadera y metafórica. Terrestre, Gustavo Pereira tiene lugar sin mundo preciso en el universo.

Allí, en lo próximo y lo vasto hállase la "región" de su poética, con la que no sólo nos propone su obra sino también, y hasta enraizada, su ejercicio existencial, como que entiende que el poeta, cuando se nombra, si bien lo hace desde sí, dirígese a un confidente que es el otro, el prójimo, ese *tú* sucesivo a que se refiere Celan. Nadie, salvo

nuestro amigo, es más obediente a esta ética. La frecuentación de sus libros, aunque más no fuera a saltos de antología o selección, nos avisa que dicho fervor ha gobernado su destino desde temprano. Con ella se dan, en cerrada urdimbre, la teoría y la práctica de la sobrevivencia desde y en el lenguaje de la poesía.

Frente a lo que nos lastima y nos expolia, Gustavo Pereira opone el decir que cicatrice aquello que nos hiere y aquello que nos veja. Es al hombre —su ser y su historia, palpable, emblemática—a quien distinguen ese decir poético y esa postura moral. Hablo del hombre en busca de una tierra restablecida por la pasión y el abrazo, en tanto persiste la otra, la que se ensaña contra sí misma, como si hallara solaz en el quebrantamiento del principio fundador de la poesía que dijera René Char: el del "amor realizado del deseo que permanece como deseo".

Amor único y múltiple, anotábamos hace poco, mas nunca amor sin causa, entendido como una suerte de guerra santa de los cuerpos y de los pueblos, personal y planetaria, íntima y profusa. La poesía, en este caso, no es, con mucho, escritura, lenguaje: es asimismo, útil, herramienta de la palabra que sobrepasa el texto escrito, al tiempo que exalta, conjura e increpa. La emoción en poesía —que lo diga Reverdy—"es una carencia en el corazón del hombre".

Restablecer y recuperar esa orfandad —o esa nostalgia de lo perdido o lo arrebatado— es desvelo de la obra y del comportamiento de Gustavo Pereira. Ambos intercambian una fuerza nutricia, intercambian su savia y así se avivan, por lo que la lectura de cada poema concita la invitación a usarla, a servirse de ella hasta hacerla nuestra. Poemas morales estos (¿qué poesía no lo es?), si entendemos por tales una voz entrañada en la conciencia porque muestra incertidumbre, nos advierte sobre la canalla que nos asedia, sale en la defensa de nuestra melancolía y nuestro suspiro, se alía con el taciturno y el airado, se vale del sarcasmo y de la ironía blandiendo la frase heridora, el vocablo desacralizador, conjura lo ominoso, lo que canta y festeja el delito. "Poesía de bolsillo", la llamó Gustavo Pereira.

El término la explica con creces. Es que tiene siempre algo que nos afirma en la tierra y en el viejo sueño de nuestra soberanía interior. Su autor le atribuyó un nombre enigmático e intraducible: *Somari*, de aparición inesperada o sorpresiva de una a otra página. A veces, dura tres o cuatro líneas; otras, es elocuente y a ratos interactiva; emplea el habla y la escritura e igual invoca y exalta como acusa y se venga. Tales somaris abundan en el libro *Equinoccial*, publicado hace apenas una semana, unas horas, por el sello El Perro y la Rana, del Ministerio del Poder Popular para la Cultura.

En su lenguaje reúnense los mansos y los mártires, los distraídos y los visionarios, los poetas de la selva y de África, un guijarro y una montaña, una calle de enfrente o bajo la nieve, la ola en la orilla y la mar de adentro, la historia digna e indigna, una carta, un mensaje en el pecho. Sólo la muerte, aquí, como en Dylan Thomas, no tiene señorío, pero sí la mujer de tierra y aire que suscita su presencia o anuncia su presentimiento de esta a la siguiente página. ¿Por qué no atrevernos a afirmar que es la amada la verdadera motivación, no sólo explicita, en tanto decir vivo y oculto?

Poesía del amor amante y del amor guerrero define, en fin, la obra de quien fuera distinguido con la dignidad de poeta creador y ciudadano de un lenguaje donde nadie es un desconocido porque todos somos una hermandad enfrentada a la miseria del odio, la injusticia, la guerra objeto de tributo nacional y universal.

Para un poeta terrestre como Gustavo Pereira, tales materiales tangibles o invisibles, conforman la casa propia y perdurable de la voz universal, la morada de un humanismo sensible en la que se amisten la ternura con el sentimiento, la tierra íntima con la tierra entera.

# Henri Meschonnic, sin nada, como la poesía (Versiones)



Cuando tú caes
yo también caigo
el rostro
también se tiende
yo hablo adormeciéndote
es el lenguaje
lo que pesa

vida yo corro
tras una
mecha de cabello
las dichas
de la mirada

las fronteras
de la mirada

estoy en la risa
que va de un labio a otro
los acaricio
sobre todos los senos
soy lágrimas
en todos los ojos
nada entiendo
estrecho la vida
entre mis brazos

tantas veces estoy
en cualquier lugar donde te encuentras
que ya no sé dónde hallarme
mis manos te siguen
te has vestido con mis miradas
juntos somos
los pacientes de la vida
los que no esperamos

hablo
para compartir el silencio
que empuja las palabras
sí eso es lo que uno llama
entenderse
escuchar lo que no has dicho
lo que los otros iban a decir
hablo
para transformar el silencio
así es como uno se entrehabla
cuando lo que decimos
no logra ahogar

este silencio
yo no corro detrás de la vida es ella
la que se cruza conmigo varias veces
en cada mirada cada encuentro
la tengo entre mis manos
le grito con mis ojos
y ella se adormece entre mis brazos
pierdo la cuenta del mundo
no encuentro ninguna diferencia
entre la memoria y
el olvido

# La lectura de ser y de escribir



Con Alejandro Oliveros hemos aprendido a vivir la pasión por la escritura como hedonismo. Aun si la aflicción interrumpe ese goce un goce de absolutos, porque el ejercicio de escribir no sólo es disfrute sensual de la lengua, la nuestra y la foránea, sino, y sobremanera, su transfiguración en conocimiento mediante la idea y el ensueño como discurso erudito e intuitivo, en una palabra, como intimidad universalizada, la propia y la común de su devenir humano, histórico, cultural. La escritura que cultiva Oliveros nunca es fragmentaria: no se consume en la labor escritural, pues se nutre de muchos, de incontables lenguajes, en los que participa, con marcada presencia, la lectura, una lectura que no soporta al libro, el libro-objeto, ya que vuélvese, en su diaria, asidua frecuentación, reescritura y vida, la interior, la creativa, y la que terrestre se alía a nuestro ambular en la aventura de achicar la tierra interpretándola y entrañándola, de modo que escribir,

para Oliveros, conlleva una vasta lectura existencial, nemorosa y memoriosa, avivada por el placer de asirla y degustarla, a manera de cosa palpable, fruitiva, con la razón y los sentidos. Ese comportamiento suyo respecto a la escritura nos enseña a entenderla en una dimensión poco usual entre nosotros. No hay en él separación o ruptura entre la mano que escribe y el ojo que lee, menos entre su disfrute de "desocupado lector" y su provecho en el ansia de un conocimiento que bordea la desmesura suscitando en ella el ejercicio de una lengua propia que el escritor asume en tanto que alimento intelectual y poético, sin que la acumulación del saber y del sentir se reduzca a mero atesoramiento y consumo. La cultura ha de andar con nosotros en un viaje inmóvil y errante, real y emblemáticamente, durante nuestra precaria permanencia, en una insaciable búsqueda de deleites físicos y morales, porque, es preciso advertirlo, nos mueve una mundanidad en ese fervor de privilegiar lo culto sin distingos valorativos murados. El viaje, como adiós y regreso y como averiguación del mundo inmediato y distante, es simultáneamente una iniciación espiritual y ética. Nada, inclusive aquello que erróneamente excluimos entre los valores culturales que impone cierta chata convención, es ajeno al enriquecimiento intelectual que promete la escritura así entendida, esto es, ejercida, practicada en el oficio literario del escritor como autor y como lector. Se es escritor, lo hemos señalado, no sólo porque escribimos sino porque leemos, escribiendo, un libro sin páginas ni signos. Tal hedonismo educa a quien así lo comprende y lo ejercita en la observancia de esa regla de oro que nos invita a deleitarnos con la lectura ilímite de una lengua múltiple y única, ella y varia, táctil, saboreada, plástica y musicalmente cierta, más allá de la página escrita o leída o confundidas indistintamente. Sí, escribimos, leyendo con nuestra boca, por ejemplo, el placer que guarda un vino de memorable cosecha con el mismo placer que sentimos cuando leemos escribiendo mientras contemplamos la *Venus* del Tiziano. Es la misma escritura-lectura que nos retiene al escuchar un cuarteto de Beethoven o una pieza de Cage, mientras el Sena

donde se precipitó Paul Celan es menos río que elegía, el Cabriales valenciano es cada vez más añoranza que el triste curso que atraviesa a Valencia; que la helada que en la memoria nos abriga en una calle de Nueva York no cesa mientras la evocamos escribiendo la lectura del poema durante el verano violento de nuestra infancia en Nirgua. Constanza cura a los enfermos en un villorrio de nuestros trópicos en tanto que Oliveros escribe su lectura de un tiempo nevoso sobre la cabellera de su hija.

Entregado a la lectura de los griegos, Orión, el gigante estrellado es una escritura de nuestro amigo en Patanemo. De pronto concluye un poema en su casa de Valencia donde en cada imagen y a muchas leguas de allí, lastimada por el horror estalinista, aún sufre Ajmátova. Leemos escribiendo en cualquier recuerdo de la tierra. He allí nuestro destierro cavafiano. Vivimos en un presente que se cumplió en un ayer continuo, por lo que no somos del todo lugar fijo. La memoria nos inventa porque somos su escritura y su lectura. Nos tardamos en leer el libro de un autor deleitable reescrito por nosotros, un libro, ya sabemos, cuyas páginas y cuya lengua son menos cosa y signo que vividura visual, auditiva, un deambular, en este y en cualquier mundo.

Profeso especial estima por el escritor que atiende a la idea fija de concebir su oficio en tanto que proyecto literario vital, siendo su acto de escribir, de escribir leyendo (se) la realización de un libro único, bien que diverso temática y hasta formalmente, sea poema, ensayo, crítica, narrativa, confesiones, diarios. Conservo en mi biblioteca la escritura de Alejandro Oliveros. Convive con los griegos y los latinos, a los que tanto ama. Su poesía, en especial la de *Tristia*, libro crucial en su destino de poeta y acaso el núcleo temático de su concepción del lugar doméstico como obstáculo, como confinamiento; sus ensayos, entre los que privilegio, a riesgo de incurrir en ligereza, a *Imagen, objetividad y confesión: ensayos y reseñas sobre la poesía norteamericana contemporánea*, editado por Monte Ávila; a *La mirada del desengaño (John Donne y la poesía del barroco*), editado por la Universidad de Carabobo

o a las *Imágenes de Siena y Florencia*, editado por la Secretaría de Cultura del Gobierno de Carabobo, donde la erudita noticia que su autor regala del arte del *cuattrocento,* confirma con creces la visión que de la cultura como escritura de la mirada y del silencio ha orientado su ideario humanístico de meditación y sensualidad y ha reforzado sus lazos de unión con el saber intelectual integrador, quiero decir, en estrecha inteligencia con el discurso crítico y el sentimiento del éxtasis.

Pero si los títulos de marras bastarían para explicar mi fervor por la obra y la postura humanística de Alejandro Oliveros, mi asidua frecuentación de sus diarios literarios, que redacta desde 1995 (el más reciente corresponde a 2002, editado por la Fundación de la Cultura Urbana) y al que ha titulado con cierto sesgo sombrío *Tristes cuidados*, muévenme a situar en sitio destacado entre su producción ensayística esta suerte de "novela-río" o narrativa sin nombre conocido que son las páginas vivientes, las cuales sobrepasan ya el millar, y donde el movimiento de bitácora del cotidiano vivir obedece al decurso que gobierna el azar de las lecturas, los viajes, los encuentros de las amistades electivas, el solaz, pero asimismo el desencuentro, el desasosiego y la lastimadura, sufrida en carne viva mientras su madre se aprestaba a morir página tras página en unos de sus diarios más intensos.



No sé en qué tomo refirió que escribía una novela. ¿Acaso no son sus diarios una muy singular y fascinante narrativa novelesca, cuyo personaje es ese escritor que lee escribiendo, que mira, escucha y piensa un texto infinito en el que transcurre el tiempo proustiano de la memoria detenida en el continuo atesoramiento de todo lo que le es humano, el literario, el artístico, el de su esplendor y su tiniebla. Estas memoria están destinadas, no me cabe duda, a perpetuarse como uno de los más altos testimonios literarios de nuestro tiempo, y si no me corro como el único hasta ahora entre nosotros.

Meses atrás, concluí la lectura de uno de sus nuevos ensayos. Lo leí en manuscrito. Era un ordenado caos de páginas. Me

di a organizarlos y cuando hube concluido me desveló su contenido. Su título, *Las mismas aguas*, advertían sobre la unicidad que persigue su autor en todo cuanto conforma materia y fondo de su entendimiento sensible con el mundo. Los clásicos vuelven a ocupar sitial privilegiado junto a su querido Shakespeare y a Paul Celan, cuya clara oscuridad compartimos, y parejamente a su inseparable Ezra Pound, sus constantes relecturas de Thomas Hardy, de Hölderlin, sus testimonios sobre Heidegger y Hannah Arendt, y una vez más Eliot y Auden, pero como si su acercamiento a ellos hubiese ocurrido por primera vez, tanta es la averiguación novedosa conque se adentra en su poética. Y así Machado, y de la misma guisa Ajmátova, a más de los nuevos o mal conocidos de los perseguidores de seres míticos, tal Aby Warburg o el muy oculto en estos trópicos Adam Zagajewski. Si a vuelta de página aborda la controversia política venezolana, lo hace con franco disenso, pero no es este espacio propicio para su observación por ser ajeno al sentimiento amoroso que motivan estas líneas.

Las aulas no han pasado en vano en la vida de Alejandro Oliveros, a las que dijo adiós para tristura de sus alumnos. Lo digo porque hallo en el estilo de sus ensayos una claridad expositiva, una depurada expresividad y hasta austera valoración propia del maestro que busca, en lugar de deslumbrar con su saber, emocionar e invitar a compartir en común ese entusiasmo por la literatura como él la entiende y practica.

En las postrimerías de *Las mismas aguas* ocupa lugar de excepción su lectura de la Poesía venezolana, rescatada de una conferencia dictada en la Casa de la Poesía Pérez Bonalde y a la que titulara "Signos de la poesía venezolana a fines del milenio". En ella, la obra primordial de Juan Sánchez Peláez fue revisada con minucia, aunando su desciframiento a la conducta del gran poeta frente a lo cotidiano, a su muy carnal entendimiento con la imagen, de la que fuera orfebre incomparable. Lectura desusada propuso

sobre la poesía de Igor Barreto, particularmente la de su libro luminoso *Carama*, escrito desde el sentimiento del destierro.

No pretendo glosar enteramente el contenido de *Las mismas aguas.* Dejo al lector ese placer. Pero no quisiera concluir sin reafirmar lo que me acerca no sólo en el afecto a Alejandro Oliveros: su inquebrantable conciencia de escritor siempre en búsqueda de una invención de la lectura reescrita desde lo íntimo hasta el absoluto.

# Lo dulce en el zumo de la herida



Barquisimeto —y no las púrpuras arideces de Curarigua, ni aquella mañana donde la flor del curarí se subía a los cerros— me dijo quién era Norys Saavedra en un breve libro de imágenes que mostraban sus formas expuestas a un espacio que era menos el de la página que el de la motivación. Se hallaban trabajadas con mucha luz. Cada asunto (el de uno y el del otro o lo otro) trataba de persistir en una escritura, asomaba al afuera del papel como quien sale desde el agujero de una fronda y desfigura su presencia, apenas abandona la parte oscura del borde (rama, saliente techumbre, interioridad humana) y entra en la crudeza viva de lo asoleado (valle, sendero, destino).

No recuerdo (¿acaso es preciso saberlo?) qué decía (¿qué murmuraba?) esa escritura: en poesía la lectura es intransferible a toda disertación. Su verdadero sentido reside en aquello que nos conmueve. Explicarlo repugna a la emoción, ese sentimiento tan bien

guardado de la poesía, la verdadera y esquiva poesía. Pero sí estoy cierto de haber hallado en el decir de su confidencia el juntamiento de un ejercicio verbal y de un reclamo ontológico en la revelación del ansia entendida como idea fija de una confesión o un testimonio de sobrevivencia, término que si bien el lugar común arruina, recobra en esta propuesta poética un desusado sentido: el de sabernos de regreso a lo vivido al tiempo que es ya distancia lo por vivir o lo que ya en la vivencia del instante ha sucedido.

Robert Graves, en versión de Rafael Cadenas[1], nos aconseja "nunca escribir/ para decir más/ que decir algo". La joven poetisa larense es obediente a esa encomienda del poeta inglés. Desde sus textos iniciales ha atendido a la experiencia visual de un lugar como ámbito terrestre y humano donde lo desprovisto (cerro, valle, punza, silencio y sed) presta a la escritura poética su semejanza hirsuta y callada, por lo que su trasunto poético no puede ser otro que el de la brevedad, la elocuente brevedad, no la que con frecuencia fracasa entre no pocos cultores.



Y bien que en esta obra pruebe su eficacia técnica y su don creador (porque es obra ya esta intensa labor creadora de Norys Saavedra, a juzgar por los libros publicados y en espera de edición) la presente antología, *Hilos de cocuiza*, que ofrece Monte Ávila, no hace más que corroborar la búsqueda (y el hallazgo) de una voz y una forma verbal que les son propias en su contemplación objetiva e internada de la naturaleza transformada en materia tangible del sentido.

Para lograrlo, elige el habla a fin de acercarse a su confidente, sea alguien, sea algo, ora lo vivido o lo que está por serlo, acaso región asidua, acaso región dejada, tal vez prometida, con nombre de ayer y presente, de ser o de criatura, de cosa sola o con alma, de aquí y de allá, siempre llamando a cuanto se ha vuelto estima de su vínculo con el mundo, nombrándolo, confesándole su fidelidad

1 *El taller de al lado* (traducciones), Bid & Co. editor, Caracas, 2005.

añorante. He aquí a los suyos, los de casa, como un único paisaje físico y moral. Y esta eres tú, amistad: te llamas pájaro, flor amarilla, de pronto espina, más allá río como vena abierta sobre el polvo. Tú también, ciudad, viaje, diálogo, libro, escritura, canto, mutismo. Todo es el otro o lo otro habitándonos y diciéndonos ese apenas algo más qué decir.

Si he de explicar las bondades de esta poesía no puedo menos de privilegiar el mirar de infancia con la que mi amiga entiende el mundo. Es como si al hacerlo tuviera con él una inteligencia intocada por la suspicacia, por el descreimiento. Entre su cuerpo y su espíritu no hay nada abrupto, nada que los enfrente. Cada poema, la mayoría, concluye en lo inesperado, pero lo que acaece, aún lastimando, es recibido como regla de existencia, lo mismo que el florecer o la fructificación: cuanto esplende reclama marchitez y quebranto para ceder su agostamiento al ciclo de vuelo y caída que es propio del poema ("todo el que cae vuela", sostiene Ingeborg Bachmann) como materia y esencia de nuestra alianza con la tierra. Norys Saavedra persigue tal contemplación de los contrarios: le es —diríamos— indispensable.

No lo olvidemos, su poesía es menos escritura que mirada, que mirada hablante, desde unos ojos que todavía descubren lo genésico, lo que carece de pasado y lo que se retrasa en la memoria, y es brote y es yermo en un mismo pálpito de nacimiento y transfiguración. De allí que sus mudanzas en el tiempo y en el sentimiento no conocen deterioro o ruina. A quien duda de su perplejidad ante lo que es primera y última vida continua, ella pregunta: "¿Ya no soy/ porque me pones el nombre de la hoguera/ y un tentáculo de espinas?".

Es verdad que hay también una confesión que roza los estados segundos, que bordea el insomnio a mitad de la inconsciencia; y también es verdad que algo violenta su insistente sosiego, ese estado de ánimo tan frecuente en esta poesía, pero el zumo de la herida es dulce, abierta carne vegetal del pistilo o de la savia del yabo, el arbusto de las arideces que cede a la más débil

mortificación del cuchillo, la miel de su sangre de oro. ¡Qué envidiable modo de convertir en enigmas las emociones primarias, las sensaciones evidentes, cuando expresa: "La oscuridad me hinca/ me ara/ me pasea" o cuando afirma: "No decir profundo/ es el abismo!" y cuán cara me es su afinidad con cierta poesía celánica de preciosa y precisa brevedad cuando leo: "Defines el vuelo/ de la quebrada/ Haces del corral/ la cárcava/ Donde encierras el latido!".

La unidad lingüística y temática de esta antología confirma la creciente nombradía que ha conquistado Norys Saavedra en la poesía contemporánea de Venezuela. El paisaje en el que no ha mucho se mirara nacer jamás lo abandona. Se le ha vuelto pensamiento, reflexión, comportamiento, lectura del mundo. Es el lugar —subraya en su libro más reciente, *Naranjos largos de viento*, incluido en la presente selección— "de donde vengo tan lumbre, inmensidad asoleada".

# Mírate en esa aldea



¡Qué callado se mantuvo Michel Bonnefoy como escritor entre nosotros! No pronunciaba palabra, no abría la boca para confesarnos que había firmado con su nombre varias novelas, relatos y meditaciones en español y en portugués. Sólo supe que provino de Chile, que estuvo aherrojado y luego aventado de su patria chilena por el horror de Pinochet, que sangre suya francesa se junta con la savia del delgado país del sur y que desde hace unos cuantos calores y sobresaltos calienta su corazón en servirle a Venezuela en el Ministerio del Poder Popular para la Cultura.

De su reservado oficio de escritor tuve noticias mientras caminaba por las piedras de Pompeya al lado de su amada Maranto Borjas, nuestra hacendosa agregada cultural en Italia. "Convéncelo de que dé a conocer su novela *La Aldea*", me propuso. No sé si cumplí con la promesa, ni menos que haya animado a su autor a que lo hiciera. Nos vimos, sí, en medio del ajetreo de

las reuniones, los apurados diálogos de pasillos y juramento de concluir una noble botella de borgoña alguna tarde, sin saber exactamente dónde ni cuándo.

Para mi sorpresa, hace unas horas, tuve entre mis manos el esquivo manuscrito convertido en objeto de lectura múltiple, gracias al sello de El Perro y la Rana.

El espacio donde transcurre su anécdota es reconocible desde las primeras líneas: un villorrio costero, sombreado de palmeras, vecino al mar y al rumor de un río. Pescadores, comerciantes de los frutos marinos y otras vituallas, oriundos de su suelo y asentados en él por varia causa y suerte, pueblan las casas y las callejas. La mujer ocupa por supuesto lugar primordial: es madre, abuela, amante. La infancia ulula y hace de las suyas. Los granujas de siempre cumplen desde temprano con la irreverencia y se placen en mortificar a los suyos. Pero el verdadero habitante es el paisaje, undoso, de fronda continua y pajarería incontable, volcado sobre la playa, encumbrado en las montañas. Huele a mar, huele a sudor vegetal y hay un camino que da saltos hasta el pueblo cercano, el pueblo de más arriba, ostentoso de saberse tal y de lucir nombre e historia, en cambio que el que hace de personaje medra allá abajo, en medio de su desmesurado jardín, pero huérfano de nombre, sin escritura civil.



Nada parece ocurrir, salvo el que suscita todo avatar colectivo, toda convivencia social.

Un viejo camión acorta la distancia que aleja al pueblo del centro urbano. El tiempo tarda en anochecer y su luz empieza temprano. El humor, la risa y la ironía, acentúan la atmósfera humana que se respira a lo largo del libro. Nada parece alterar la respiración marina, el jolgorio de las aves y los niños camino a la escuela vecina, la confidencia, el testimonio, la vida secreta convertida en noticia, en orgullo y pesar, en deseo y desencanto. ¿Qué somos? se preguntan con insistencia los del pueblo sin nombre. ¿Cómo ser, cómo nombrarnos y más aún cómo prosperar y persistir?, agregan cada vez que inquieren por su destino. De pronto

unos inesperados visitantes detienen sus automóviles. Vienen de la ciudad. Contemplan el paisaje, la larga blancura de la arena. He aquí el paraíso de un negocio, de una empresa turística, murmuran sus propósitos disfrazados de inocencia y mansedumbre.

Un rato después se alejan y dejan entre los pobladores un presentimiento entre dudas y convicciones y un oscuro vaticino cuyo desenlace no tardará en revelarse con el retorno de los directivos de una empresa turística que se da a ofrecerles la entrampada promesa de la compraventa de los bosques, las playas, la fauna y las conciencias. Un sentimiento de identidad se enfrenta a la argucia mercantil de los empresarios. Sus pretendidas buenas intenciones (el progreso, la promesa de empleos, en una palabra, "la civilización") malocultan otros y aviesos motivos: la pérdida de sus propiedades, la desfiguración del paisaje, la entrega moral de su fidelidad nativa. Acaso sea esta el alma del libro, pero es, y eso sí, lo que lo hace emblemático. El pueblo, sin duda, es una metáfora en la cual vislumbramos la lucha de un país por la defensa de su individualidad regional ante aquello que pretende sitiarlo y apropiarse de su soberanía ¿No es esta aldea una imagen viva de la amenaza que desde siempre se cierne sobre los pueblos y los países nuestros que ceden su gentilicio, su idiosincrasia, su persona individual y colectiva a los planificadores de la aculturación y la agonía y muerte de su memoria y de su ser mismo?

En las páginas últimas sobreviene lo trágico, ocurre la lastimadura física e interior del pueblo y de la fisonomía de su fauna y su flora. Pero los pobladores no están solos en su combate social y cultural: hasta las criaturas del follaje participan en su defensa, a las cuales se incorpora un grupo de estudiantes de la ciudad y aquellos vecinos a punto de abandonarse a los beneficios del Consorcio empresarial.

Novela social, novela política es *La Aldea*. Su forma narrativa desdeña los descensos al subterráneo del inconsciente, prefiere avanzar sobre la superficie de la realidad, seguir aquel modo lineal que tanto entretuvo a Hemingway. Michel Bonnefoy convoca al

paisaje, a la naturaleza sin mácula, como espacio de resistencia y como símbolo de la pureza originaria del hombre. Novela de marcado contenido humanista y de frecuentes esplendores de prosa poética. De ella hemos querido privilegiar uno de sus aspectos más valiosos. Ya puede sentirse satisfecho El Perro y la Rana en darla a conocer por útil, por necesaria y su autor por haber develado su secreto bien guardado, como el que nos reserva en la página final. Lejos de nosotros el cometer la traición de revelarlo.

Trata de usted, amigo lector, de todos nosotros, esto es, de la esperanza, esa aparición inesperada en medio del desánimo, del vencimiento.

# Orlando Araujo en mí



*Jamás el amor y la ternura fueron*
*inútiles*
José Martí, citado por
el poeta Antonio Trujillo

Siempre me fue empinado, como montaña, alcanzar la vida de quien hincó su rastro de neblina y musgo de aldeano caldereño en la expresión y en el frenesí. Supe que había torcido alguna vez hacia el perfume alzado de Boconó, que cruzó Barinas por un rato y se mezcló con la capital de la angustia para hacerla suya, como suele ocurrir entre los serranos que determinan hacerse con el destino apenas pisan la tierra fragosa y crispada del país. De pronto, desde el filo de una mesa de café universitario, alguien lo nombró mientras se apuraba por desaparecer detrás del mástil de su pipa, como subiendo hacia sí mismo. Y no lo vi más. Lo

enneblinaba el humo aromoso del pequeño horno de corcho, al que avivaba con fruición. Su precaria presencia vestía de blanco y lo mortificaban unos libros de pedregoso grosor. Las aulas prometían la ilusión de la academia, el negro atavío del graduado. Los jardines y las hendijas de los pasillos que Villanueva había convertido en hermosura de cemento armado, daban casa mudable a los refractarios de Betancourt y de sus policías. Sus diálogos en voz baja comerciaban con el lenguaje tapiado de los insurgentes y los que usaban ya el atuendo moral de la guerrilla urbana. Los había con la muerte a sus trazas, recién heridos o con la bala al acecho. Se mercaba en ventorrillos de fortuna la literatura del *nouveau roman* y la prosa triste de los códigos y las teorías económicas.

La modernidad de la poesía circulaba en la boca de los comensales de lunchería, la tierra de nadie de la salida de clase y los fumadores de ojera azul. Los nombres de nuestra fama literaria eran revelados casi a escondidas, entre sabihondos y tragalibros. Había un muro entre ellos y mi admiración. Detrás de una vitrina me detuvo un libro de cubierta purpúrea como su nombre, *Las hogueras más altas.* El azar, ese lugar común que los surrealistas corrigieron a voluntad, me dijo, sin que lograra oírlo, que alguna vez su autor gobernaría mi nostalgia por la tierra estéril y mis confesiones de desterrado de la infancia, que enmendaría la frase falsa y huera, privilegiando la emoción a la cacofonía. Dejó de ser el autor del libro, la distancia que media entre su leyenda y su cercanía física. No; ya no era Adriano González León en letras de librería. Era Adriano, Adriano para siempre. Me llevó del brazo a la esquina del Cuño, a la penumbra de un bar. Allí, junto a una mujer de mirada festiva y de fabla intraducible a las buenas costumbres, me encontré de nuevo con aquella precaria presencia que había dejado en el aire el perfume de su pipa y su ligera aparición blanca en el cafetín de la Universidad. "Este es Orlando, Orlando Araujo", me anunció Adriano. Me fijó con sus ojos. Todavía lo hace. Me registró por dentro. Terminó su cerveza. Su risa se mudaba en iracundia, la sobriedad de sus reflexiones se cambiaba

prontamente en vehemencia verbal (eran los días de la cacería de la prensa de izquierda y de la lucha armada en los montes). Mientras así gesticulaba y avivaba su sorprendente inteligencia, el exiguo recinto fue menos licorería que aula de historia política y literaria, de periodismo y cultura, de militancia con la rebeldía y su fuego. No muy lejos de allí entintábanse los titulares de *En Letra Roja* y un poco más acá atisbaban los hombres de torva catadura de la Digepol, prestos a silenciar la salida del periódico. Mi camino hacia Orlando Araujo quedaba aún lejos, lo veía pasar o detenerse, nunca silencioso, en perpetua compañía, entre el bar y la universidad, entre la literatura y la utopía. Olía a licor, a humo de taberna. No; no podía seguirlo. No sabía cómo hacerlo, cómo atreverme. Entonces me fui de "compañero de viaje" con su escritura. Fue mi amigo silencioso en las páginas de sus libros, en los periódicos y los suplementos literarios. Comprendí así que tras sus arrebatos pendencieros y su afectuosa fraternidad se ocultaba, como la niebla de su aldea, acaso el verdadero Orlando Araujo, el de la ternura de su primera vez de aldeano y de soledumbre paramera, el mitificador de labriegos y de ebrios, el de la ingrimitud a pie y a caballo, el turbulento del agua encumbrada, el suspirante de la endecha amorosa, el del coraje y la rabia, el del adiós con la lágrima tragada, el poeta del colegio y de la ventana de ojos moros, el artesano de un lenguaje precioso y humano. Entonces supe lo que era un revolucionario tenaz, en la meditación, el sentimiento, en la postura vital risueña y airada.

Bajaba subiendo, avanzaba devolviéndose con la aldea en el pecho y en la frente, la mostraba o la escondía, según golpeara duro el casco de caballo de su corazón o fuera salmodia de pájaro salvaje vallejiano su latido. Lo imaginé hendiendo el confín barinés, su otra terredad, la de la pendencia del octosílabo entre el hombre y el Maligno, la de los ríos, el tabaco y el viento. Montaña y llano, como decir la meditación y la elocuencia, con frío y canícula, iba fue y será *Orlando Araujo en mí*. Sus bravatas verbales y escritas duraban lo que tardaba su contentamiento en inventar

historias para los lectores de la infancia, de cuya escritura serían sus hijos y sus nietos héroes nacionales de la ternura o la amada una y diversa, pero nunca única como Trina Urbina.

Ese mismo rostro pensativo y calmo que asoma en su narración más perdurable (porque nadie fue más rostro que mi amigo) acusaba con igual vivacidad el ceño de la mirada hurgadora, atenta al menor fulgor de franqueza y sensible al menor amago de falsía e igual mirada dirigía a quienes abrazaban el oficio, la seria exigencia ética de escribir y ser conjuntamente. Podía sorprender los dones literarios que medraban en la prosa o la imagen del escritor bisoño y con pareja certeza tomar con su sinceridad crítica por el cuello a los profesionales de lo insustancial o el bandolerismo esteticista o de apolillada ideología.

Yo le debo la enseñanza del quehacer literario como exigencia del lenguaje, como práctica de una ética humanística y como compromiso libertario y el amor apasionado y reflexivo por su *Venezuela Violenta*, mi otro *Compañero de viaje* a lo más hondo de nuestra historia tantas veces interrumpida, tantas veces frustrada, la del prolongado reclamo de su dignidad, la de su inveterado sueño de soberanía. País a crédito, cruzado de interrogaciones de norte a sur, picoteado por pájaros de vuelo negro, propiedad privada de los mismos colonizadores de España y de Páez, que aprendió a leer la jerga de quienes la injurian y la expolian, que se sabe responsable de su destino y hoy se enfrenta a la vieja duda de los griegos: la intensidad o el punto final.

# Aquella Venezuela que fue Miguel Otero Silva



Todavía lo veo vivir entre el gesto grave y la gracia por los pasillos de aquel periódico suyo que quiso fuera de todos. Aún vigila la página de noticias para que ninguna frase privilegie parcialidad banderiza o estética alguna. Él fue ese periódico hasta el día de su último aliento. Y hoy es su pasado, su nostalgia. Todos fuimos su *Nacional,* como el país de su lectura. Casa de la sensibilidad y de la veracidad. Escuela de letras y cultura. Foro de las pasiones y la razón sin puertas ni ventanas. Él es nuestro Miguel Otero Silva, el de cada uno de nosotros, no el de unos cuantos, como su obra literaria que espera su relectura y la frecuentación de nuevos lectores. Nos pertenece como nos pertenece su figura moral de gran venezolano. Vivió nuestra historia con su pluma y su actitud. Relatar su existencia sobrepasaría los minutos que cercan estas páginas, pero, ¿cómo no referir su participación de

combatiente durante los días del gomecismo, su enfrentamiento con la muerte en las playas de Coro cuando invadió a Venezuela junto con Gustavo Machado y un grupo de libertarios a los que animaba la ilusión de derribar la larga dictadura? ¿Cómo silenciar aquel *boicot* que sufriera *El Nacional* de entonces, acusado de comunista por cierta camarilla gerencial y por buena parte de nuestra sociedad pacata y de pacotilla, quienes lo conminaron a abandonar la dirección del diario sin que por ello su ya mítico equilibrio informativo sufriera mella ninguna?

Pero si así fue el periodista y su periódico, si de esta guisa ilustró su humanismo, de igual modo fue el ciudadano que supo convocar al país entero en el ejercicio del civismo democrático. A la sala de redacción de Puerto Escondido se allegaba indistintamente la Venezuela de las controversias políticas y culturales, las firmas de la nombradía y las de los desconocidos: nadie se supo relegado. Se editorializaba con la verdad y sin la desmesura de lo subjetivo y lo primario avieso. El humorismo de su director se alió a las publicaciones de la risa de *El Morrocoy Azul*, su pícara irreverencia a las coplas sin autor conocido de *Las Celestiales* y la sátira a la escritura teatral de *Don Mendo***,** esta vez firmada con su nombre y su sonrisa. Al periodismo, en verdad, entregó su desvelo y sus dones. Tanto, que hartas veces trató de mentirnos al afirmar que era un periodista prestado a la literatura. Sus lectores se encargaron de corregir su fingimiento y sobre todo sus libros: aquellos, los de sus poemas políticos, a los que Jesús Sanoja Hernández, ese otro inolvidable, llamara "poesía de cartel"; y los de su madurez como *Agua y Cauce*, la *Elegía Coral a Andrés Eloy Blanco* y *La mar que es el morir***.** Pero sería su novelística la que ocuparía no poca parte de su destino, acosado por reclamos muchos, como el de aceptar el título de hombre-congreso y de académico, entre tantas otras dignidades.

Me consta cuánto achaque sufría en redactar su obra narrativa, cuánto escondite hubo de perseguir para alejarse de tales reclamos. Minucioso investigador, registraba largamente documentos,

infolios, bibliotecas y se daba a confirmar datos, testimonios, a emprender viajes y fijar residencia en los escenarios de sus ficciones, antes de atreverse a enfrentarse con los primeros capítulos. Producto de ese trabajo de galeote son sus novelas de transición, *Fiebre* y *La Muerte de Honorio* y luego las más señeras, *Casas Muertas*, la vida de un pueblo desertificado por el paludismo y la soledad; *Oficina Nº 1,* la del país del campo de concentración petrolero y prolongación de *Casas Muertas*; *Cuando quiero llorar no lloro*, el libro de la insurrección juvenil y la lucha guerrillera urbana; *López de Aguirre*, *Príncipe de la libertad*, la reivindicación de un anticolonista y la última, en víspera de su muerte, *La piedra que era Cristo,* desusada mirada al mártir del Gólgota, más hombre que Dios, menos iglesia que ideario de justicia popular y desmitificación de Barrabás, a quien cierta historia sacra mezquina su verdadera condición de zenote, de guerrillero antirromano.

No tuvo tiempo nuestro Miguel Otero Silva para continuar su obra novelística. No lo quiso así su muerte. La fatalidad nos priva hoy de una presencia indispensable. Si el dolor que terminó amordazándolo fue físico, el otro, el de su herencia, el moral, lo hubiera lastimado en demasía. Es esta la inextricable presciencia de la dama silenciosa que espera por nosotros. Queda su añoranza, queda su postura humana y su escritura, inalcanzada por toda borradura. Un país se llama así, Miguel Otero Silva, hoy y mañana, ahora y después. Cada uno de nosotros lo reclama.

# Vicente Gerbasi, Canoabo en versión de Vibonati



Harto tiempo hubo de esperar el prestigioso poeta de Canoabo para ver trasladada a la lengua de sus ancestros a *Mi padre, el inmigrante*, su obra más perdurable, por no decir su obra cumbre. Es cierto que no pocos traductores lograron, con ingentes esfuerzos, darle sonido y sentido elegíaco y celebratorio a una forma poemática que se nutre de la lírica castellana de lejano estilo siglo de oro y del préstamo de la crónica versificada de los aedas que Garcilazo presidiera; y de igual guisa al temario que contiene, en el que paisaje y memoria reclaman fidelidad regional, con su tan rico nombramiento de geografía y animalancia, a más de la luminosidad de una intemperie cuya figuración original ha sido labor de un contemplativo de su exuberancia adormecida y tormentosa, particularizada en nombres cuya belleza acústica

torna altamente dificultosa su equivalencia a otro idioma, aún al español peninsular.

Nadie sabe por qué tardose tanto la voluntad literaria y hasta institucional en rendirle homenaje a una creación cumbre de la poesía latinoamericana, sobre todo si ella constituye un testimonio único entre nosotros, como es el de aproximar dos patrias, la geográfica y la lingüística, la venezolana y la italiana, a través de la figura paterna y de su arraigo a una aldea, Canoabo, prolongación afectiva de la otra, la del antepasado inmigrante, Vibonati.

Por fortuna Italia ha podido leer a *Mi padre, el inmigrante*. El libro participa de los grandes poemas nacionales, junto a Bello y Lazo, contemporaneizados por el lenguaje del más novedoso telurismo, piedra angular de lo que habría de ser la poesía venezolana afincada en la universalización del lugar, en la metafísica de lo habitable como deslumbramiento y como destino.



Otro Gerbasi, no menos esencial que el anterior, ha sido reescrito en lengua italiana, esta vez por un joven escritor venezolano, el poeta Antonio Mendoza Wolske, quien reside en Roma desde hace ya varias décadas. Mendoza Wolske figuró entre los asiduos al legendario taller literario Calicanto, que animara, por allá por los años ochenta, la añorada Antonia Palacios, nuestra gran señora de las letras. Actor, ensayista, narrador, crítico de arte, guionista, dramaturgo, traductor de poesía, nuestro amigo guarda con incomprensible celo numerosos manuscritos poéticos, sin que los galardones internacionales con que ha sido reconocido su talento logren convencerlo de ceder su escritura a las casas editoras de Italia o Venezuela.

No ha mucho Mendoza Wolske entregó a la firma Nemapress Editrice de Roma, su traducción de *Los espacios cálidos*, aquel poemario ineludible con el que Vicente Gerbasi propusiera una motivación de la aldea como territorio emocional de la memoria primigenia. Palomares e incontables como él se confiesan herederos de su asunto. La poesía de la tierra y de su entrañamiento en los sentidos afirma sus raíces en estas páginas. Sus imágenes,

como esta que comienza "lentamente fui despertando en una luz de conejos", resuenan en nuestra emoción con la misma insistencia con que repetimos sin cesar el ritornelo de *Mi padre, el inmigrante*: "Venimos de la noche y hacia la noche vamos".

*I calorosi spazi,* ha llamado Mendoza Wolske a su versión de *Los espacios cálidos*. La edición bilingüe permite al lector conocedor de la lengua española corroborar el logro que ha conseguido el traductor al conservar la entonación gerbasiana y el espíritu de su poesía. Es Gerbasi, el niño que ha hecho de Canoabo la aldea terrestre de la poesía, quien hoy habla con las palabras de sus ancestros del solar mediterráneo y lentamente *tutte le mattine erano nuove…*

# El llano en las manos de Jacobo Gutiérrez



De Los Indios, a varias horas de canoa y mucho tiempo a uña de caballo, de allá de Apure lejos, es una arpa con nombre de peón de sabana, de pescador de río y caño. Nadie lo ha visto de cerca, no porque el llano le haya enseñado a comportarse como sus distancias, sino porque su nombre y su vivencia sólo los conocen la música de sus dedos en alguna aldea, la orilla de ciertos pueblos, el cobijo de un hato donde el pajarillo incita a la porfía del contrapunteo y se escobilla el recio joropo de la quirpa. Los suyos y sus paisanos lo llaman Jacobo Gutiérrez. No; no pregunten por él a los comerciantes del disco, ni a los sabihondos de la copla y la cuerda. Él es él y su arpa. Y el suelo solo y el polvo y el chubasco, testigos de sus dones. La noticia que pudiera referir sus comienzos de arpista es como un golpe de

brisa en la resolana: dura poco, entre escasas palabras y mucho silencio. Tampoco inquieran por la escuela de su arpa. Se educó escuchándola dentro de sí antes de expresar su sentimiento con sus dedos de cabrestero y ordeñador. Acaso conoció el antiguo modo de encordar del arpista campesino y la desusada destreza en las primas de algún legendario músico del monte. Cualquier conjetura que avancemos en biografiar a Jacobo Gutiérrez es inane: su más larga confidencia la ilustra ese madero sonoro al que ha cedido su existencia de hombre de tierra larga. ¿Cuántos hay como él en la vastedad de donde proviene, sensibles al alma de la música ancestral? Basta con adentrarnos al país ilímite del potro y la garza para dar con esos genios de la sabana que tocan y cantan de oído, que poetizan y narran hablando, dueños de una estética asaz ignorada, mas viven asendereados en oficios de inclemencias, puestos a caballo, braceando corrientes, de rodillas sobre el surco, pulperos, al volante de carromatos de fortuna, conductores de autos de servicio público, a quienes la música y el canto los transfigura en intérpretes y creadores de asombro. Jacobo Gutiérrez es uno de ellos. El arpa dice lo que calla su palabra. La maestría de que es ducho no le basta: ha probado que puede pulsar con sus manos dos arpas a un tiempo, irrespetando esa dificultad, retando a las voces más altas de los tenoretes y a las más graves de los bordones.

La edición del disco que hoy ofrecemos, el primero de una serie, le rinde tributo y responde a los propósitos de la recién fundada Cátedra "Alberto Arvelo Torrealba de Literatura Telúrica" de la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello. El arpa de Jacobo Gutiérrez es una de esas innúmeras lecturas de Venezuela que desdeñan las aulas académicas y las tesis de grado. He aquí un país que quiere nacer, un país recobrado.

# Callar como la niebla



Antes de amistarme con su voz delgada, su barba de redentor y su sombra de continuo inquieta, la presencia de Antonio Trujillo fue por largos días un entusiasmo en los labios de Juan Sánchez Peláez, quien entonaba, en el legendario jardín de su refugio de Altamira, mientras temblaba el fulgor del follaje, un decir como venido de cierto recodo húmedo, muy próximo al agua suelta y apurada, que la niebla volvía ilusoria, pasando por los vocablos casi al ras de las hondonadas, mientras alguien, inencontrable, musitaba la confidencia de una unión entre ese mundo sosegado y nemoroso y la emoción humana más inocente.

Tal aparición del poeta en mi estima quedose como un resplandor definitivo en el espíritu. Luego, el mismo Sánchez Peláez volvió a mencionar su nombre, esta vez ya no para leerme de nuevo —con el brillo en los ojos con que festejaba la poesía de su gusto— otros poemas del barbado poeta de San Antonio de los Altos, sino para

mostrarme otra obra suya: una silla de arrestos antiguos, semejante a aquellas que usan los ordeñadores en España, los ovejeros de la Mancha, quién sabe. "Él es, también, carpintero", me dijo *il migglior fabro* de la poesía latinoamericana. Poeta y carpintero, quiso decirme y con la misma fruición con que había leído días atrás sus poemas, miraba y tocaba la madera transfigurada.

Esa inteligencia de la palabra con el boscaje, con el humo de las nubes y de la mano con la madera y sus apariencias me avisaban de los dones —y de la conducta— que servían de bagaje informativo para biografiar la vida de Antonio Trujillo e imaginármelo como un ser sencillo —todo poeta, y por ende todo artesano lo es—, atento a las estaciones del agua y de la sed, caminante de senderos, contemplador de riachuelos, siembras, floraciones y formas del viento, oloroso a cedro, con alma de pardillo y carne de cartán, las manos fuertes de empuñar la garlopa y el escoplo.

Entretanto, el destino demoraba nuestro encuentro físico. Pasó la muerte de Orlando Araujo entre nosotros, el "amigo mío" en la conversación literaria atizada de licor y de aquella sonrisa que igual se trocaba en ternura como en iracundia cuando bordeaba los abismos de la pasión que un día terminaría por precipitarlo en la nostalgia donde ahora —y para siempre— perdura.



Orlando me había prometido la amistad que hoy me une a Antonio Trujillo. "Busca a Crespo", le encomendó. Y no lo hizo. Sería la vida la que daría con nosotros para mirarnos en Orlando Araujo, como lo hiciera aquella silla inventada por Juan Sánchez Peláez.

Y ocurrió. Y la vida nos aproximó en algún pasillo, a la vuelta de una esquina, en un bar, una despedida, de la que regresaría el poeta, cronista y carpintero con un recado de poemas y un mueble, remedo de aquel cuya autoría le atribuyera el inigualable orfebre de la palabra en su jardín de Altamira. Ambas creaciones se correspondían, se necesitaban una y otra para producir la emoción de lo bello y lo útil, la palabra y la cosa, unidos como materia de espíritu y de bosque.

*Vientre de árboles* quiso llamar Antonio Trujillo a estos poemas, reunidos en el libro editado por El Ateneo de Los Teques. Fueron

escritos con niebla y perfumes serranos. Y así han de ser: espíritu de la intemperie mojada y de la vastedad brumosa. Una escritura con pausa nos lo muestra, lentamente, extremando el cuido de cada imagen, la elección de esta o esotra palabra, no vaya a ser que el sentimiento de campo y de alma que animan su vivir desfallezca con la rozadura —o el ruido— de la falsedad, la mentira literaria que llamamos retórica.

Quería Antonio Trujillo que su decir fuese como la niebla (la de afuera y la interior) y que entre el alma y el mundo hubiese un transcurrir semejante al arroyo, un apenas de rocío o lluvia. Y se detuvo en San Antonio de los Altos, donde habita detrás de unas ventanas hechas con sus manos, "a la espera" de una emoción para transfigurarla en la frase blanca venida de sí mismo desde las colinas y las nubes, más allá de los edificios y el recuerdo, en la memoria de los labriegos y floristas que guardan la añoranza de un país y unos cuerpos desaparecidos por el cemento y el estruendo.

Mientras esto hacía, mi amigo se dio a levantar con madera de pardillo los tramos de una biblioteca en mi casa. De pronto, acaso surgidos de la madera que subía hasta el techo y sostenía los libros como a animales del lenguaje, los poemas de *Vientre de árboles* hablaban el idioma antiguo de la tierra, del tiempo cuando hombre y paisaje mantenían comercio con lo sagrado, estrechaban acuerdo con lo religioso y entre uno y otro transcurría el devenir y todo comenzaba desde el corazón y proseguía hasta el infinito.

Hoy, a tantos días de nuestra amistad y de mi admiración, Antonio Trujillo cree haber concluido su libro. Oigo: "Abajo vive/ el naciente/allí debes beber/como los pájaros/de lo contrario/el camino es otro". Se es poeta así, me digo. He aquí su plenitud. El espíritu substituye a la materia, la emoción a la escritura. Y tal elevación desde nosotros al suspiro nos es revelación, presentimiento de una pureza perdida y por tal gracia, en el instante del decir poético, recobrada.

Yo no sé si el poeta habrá concluido del todo su libro. El Libro, dijera Mallarmé. Él me asegura que el paisaje de San Antonio de los

Altos se ha quedado silencioso, que dejó de conversar con él. "Ya está, este es el libro", me anuncia, pero leyéndolo frente a mi ventana de El Ávila siento que en este instante, caminando por los senderos que llevan a las casas de El Amarillo y a la suya entre los pinos, los bucares y la flor del árnica, Antonio Trujillo ha comenzado a escucharse una vez más en la niebla, es decir, dentro de sí, y los poemas "concluidos" de *Vientre de árboles* retoman su pequeña grande voz porque "La lengua/del valle/desea lo húmedo/de esta altura/y no hay vestigio/del paisaje/toda la niebla/viene de nosotros".

Este, entonces, no será nunca un libro terminado: mientras lo leamos, nacerá de nuevo, volveremos a sentirlo pronunciando la voz del agua, el pájaro, la niebla, una y otra vez. Y él, Antonio Trujillo, habrá de transcribirlo, le dará nueva apariencia porque su verdadero idioma es interminable y otro: lo que dice el universo en la pequeñez cantora del mirlo y la frágil neblina, enseñándonos a callar en medio de la inmensidad que vive en lo próximo, como la gota de agua, como el punto blanco del rocío, como el ojo del pájaro, en esas constelaciones.

# Marcelino Bueno, el editorialista del rocío



Como los nombres de la inmensidad donde naciera y sucumbiera, este venezolano con apellido de bondad (de la que fuera obediente cultor), sufre de la ignorancia que le inflige el venezolano al sur amazónico. ¿Quién de nosotros se atrevería a recitar no fuera cuatro o cinco de los pueblos que moran en ese magma boscoso y lacustre que hiende el Orinoco desde la niebla de Tapirapecó en la noche vegetal de las maniguas de Parima? Salvo Atabapo, San Carlos de Río Negro, Manapiare, Venezuela no sabe hablar la lengua geográfica (y mucho menos histórica) del país donde brota como un grifo y se derrama como un mar dulce el padre de los ríos. Es vieja, es antigua esa incultura. Si preguntáramos a algún practicante de caletras si ha oído hablar del pueblo de Maroa no dudaría en confundirlo con la fabulosa Manoa de aguas de oro que aprendió a deletrear con Walter Raleigh.

No nos sorprendamos. Hasta hace poco Amazonas era cuanto menos un territorio que llegaba hasta Puerto Ayacucho y cuando más hasta los raudales de Atures y Maipures. Maroa, a las orillas del Guainía, queda mucho más lejos que ninguna parte: si la nombráramos, nadie se atrevería a llamarlo Venezuela. Y fue allí, precisamente allí, en esa aldea antigua del siglo XVII, adonde llegaran Spruce y los naturalistas humboltianos, paso y refugio de viajeros dignos e indignos, de adoradores de flores e insectos y predadores del caucho y el balatá, sendero y tumba de Michelena y Rojas, el "Viajero universal", donde naciera Marcelino Bueno en 1835, periodista, memorialista y poeta, luchador social, lector de Plinio, de Homero, de los Enciclopedistas, de Víctor Hugo y de Montaigne; autodidacta, pero de cuidada prosa, solitario en medio de la selva y otros confidentes como el relámpago, el trueno y la voz de la poblada pajarería que alborota desde la madrugada el istmo de Pimichín, abrazó su correspondido amor por la cultura en esos tiempos de degollinas y derrumbes políticos y logró hacer oír su escritura en hojas manuscritas donde informaba a no sé quién en esas soledades geográficas y sociales sobre los padecimientos de su poblado y de su desmesurada región. A puño y letra redactaba su hoja informativa *El Río Negro* y suscribía artículos y clamores en los periódicos de Ciudad Bolívar sobre la lastimada Amazonas y la pobreza social y cultural de su remota, remotísima aldea. Escribía para que alguien lo oyera entre los dueños de los gobiernos de entonces. Alguna vez le dirigió una nota a Guzmán Blanco pidiéndole que le enviara una imprenta a Maroa. Estuvo esperándola hasta tarde, hasta 1884. Cuando al fin la trajeron a lomo de bestia por los andurriales de la selva donde ruge el tigre negro y muerde la araña mona o por las aguas nocturnas del Guainía, el contentamiento debió ser mucho y bastante como las lluvias selváticas; sólo que pronto derivó en descampado desconsuelo: la maquinaria llegó inservible, embrollada basura de hierro y aceite.

El irrefrenable maroeño no se dio por vencido: prosiguió difundiendo su manuscrito y otras publicaciones como *El deber*,

*La Aurora*, *El Reino Vegetal*, *El Indio liberal*, por las calles de Maroa (a sabiendas de que el analfabetismo compartía patria con el paludismo) o más allá, en Atabapo de los matarifes y bandoleros, en Río Negro de los misioneros y reductores de indios, en Puerto Ayacucho de los taberneros, los negociantes de tarantines y los traficantes de expedicionarios; más lejos aún, en Ciudad Bolívar de la cultura y de la sala de redacción de *El Anunciador*, en cuyas páginas reprodujo su carta al General Castro, donde le decía que se acordara de Maroa y abriera escuelas y enviara maestros. Promediaba 1901. La historia no refiere si el ruego fue oído por El Cabito.

Toda o gran parte de la obra periodística del gran venezolano permanece sepultada en los cementerios de la desidia, cuando mucho sustraída de esas cenizas por los historiadores y coleccionistas de recuerdos, las hemerotecas, las reliquias de familia y ahora por José María Ventura, periodista e investigador de Amazonas, quien ha exhumado del desván de los incunables un breve cuaderno de notas, recuerdos y reflexiones que Marcelino Bueno intitulara *Páginas*, salvadas en vida de su autor de las tumbas de papel periódico. Están fechadas desde 1901 hasta 1906, pocos años antes de que le sobreviniera la muerte en 1910. Expresan admiración por Tavera-Acosta, el historiador y honrado hombre público, gobernador que fuera de Amazonas; también por Michelena y Rojas, el caminante de selvas y andariego de vidas y costumbres y como aquel gobernador de Amazonas. Las notas narran la inveterada ansia de la región por alcanzar su progreso; se escuchan saludos de fin de tiempo y discursos o más bien ruego porque haya unión entre los amazonenses tironeados por rencillas de mediocre mezquindad y tozudas parcialidades banderizas, a más de llorosos sentimientos por los recién caídos en la muerte y expresiones de gratitud hacia la muchacha que lo recuerda en su ancianidad; léense festejos de onomásticos y versos a "La Virtud" de Nieves S. de Zerpa, "flor perpetua, de gracia divina,/Que no tiene punzante una espina/Ni una sombra en su limpio color".

Sencillo por verdadero, amazonense por venezolano, periodista por servidor público, fue y será este humanista de la selva. A pesar de la desmemoria a que lo relega la historia regional y nacional y la dádiva de gentilicio que ha recibido en la calle que lleva su nombre, él pertenece al país de mañana, es decir, el de ahora mismo, siempre a punto de nacer de nuevo. Venezuela lo sabe y necesita de nosotros para que la llevemos hasta donde queda Marcelino Bueno, ese olvidado Maroa nuestro de cada día.

# Campo Croce, padre del trigo y de la nieve



Vicente Gerbasi trajo en largos versos memorables a sus padres desde Vibonati, un villorrio del sur profundo italiano que bañan las olas del Tirreno, hasta Canoabo, una aldea olorosa a cafetales, grabada sobre la sombra de las largas montañas del estado Carabobo. Un poema, un canto de bien medidas estrofas y sostenida elocuencia reúne sus vidas bajo florestas sudorosas, relámpagos y aves musicales en la Venezuela solariega y asustada por las guerras civiles. *Mi padre el inmigrante* —de él hablamos— pertenece a la estirpe de la gran poesía de la regionalidad universal que inauguraran Bello y Lazo Martí

Desde entonces, (El libro fue publicado en 1945) ninguna otra obra poética ha propuesto esa búsqueda de nuestros ancestros inmigrantes para enraizarlos en la tierra que los recibe y

mezclarlos con su historia y su geografía como conjunción de la sangre y el sentir.

Una muchacha, nacida en Venezuela y como Gerbasi hija de padre italiano (de Campo Croce, en las laderas del Monte Grappa, al noreste extremo de la Península) ha retomado, bien que con menos ambiciones (es decir, con la modestia de quien se inicia en el muy inocente y muy peligroso menester que advierte Hölderlin) esa aislada y hasta ahora solitaria motivación gerbasiana, en un libro que confiara meses atrás a Monte Ávila Editores al que ha llamado *Campo Croce* y en el cual reúne varios poemarios (uno de ellos inédito) donde escuchamos, en un lenguaje sostenido y monocorde, la evocación al padre muerto en la patria del trigo y de la nieve de la alta Italia del sur y cuyos huesos se confunden con la memoria y sus cenizas con las de los demás familiares que viven después de morir en la voz de la poeta a la orilla de los pueblos, en la ingrimitud de las iglesias y camposantos, a lo largo de los caminos del tren, los barcos y las hormigas y donde tiene lugar un reencuentro vivido y deseado, añorante y presentido, de paño de lágrima, de velo enlutado y de pañuelo de adiós, que goza de un lenguaje decantado, esquivo a toda literatura, sin sucio retórico, sin basura verbosa, de estilo seco de tan limpio, como que su autora, la poeta Erika Reginato, ha querido cuidar con esmero la idea fija que es forma y sustancia de su libro para no distraerse en digresiones o en seducciones preciositas.

Desde 1999, fecha de *Día de San José*, su primera creación, a la que sigue *Campo Croce*, —el cual da nombre a la *summa* o selección antológica—, hasta el inédito de *Los elegidos*, Erika insiste en ir a la búsqueda de sus ancestros en un viaje geográfico y memorioso, corpóreo y emotivo entre voces de infancia y de primera y última vida, a la luz de los trópicos y bajo la noche blanca de los inviernos de Monte Grappa. Invocando a los suyos (y sobremanera al padre, un refractario, un rebelde antifachista) la poeta se mira a sí misma, vulnerada y protegida, como si al hacerlo contemplara en su memoria a los espíritus lares y los sustrajera de

su desaparición y caída en el gran vacío. En esa búsqueda se pierden las fronteras reales o fingidas, se anula el tiempo cotidiano de nuestro ser y se hace presente el tiempo sin tiempo de los ausentes. El instante ya ha sucedido; hay algo físico, táctil, sentido o por sentir en esta poesía escrutadora de espíritus, de cuerpos de aire. Asistimos a un encuentro, a un entrelazamiento de existencias y de almas, el del propio testimonio y el que acerca el pasado al oído de la frase:

> Padre/ tu sombra me cubre de calor./ Bajo la tierra/ caminas lentamente./ En silencio/ te diré/ el peso de mis manos,/ de mis ojos./ Déjame respirar sobre las cenizas,/ verte sin sentir dolor,/ tocar tu rostro/ en el precipicio,/ en el humo./Padre/ en un cuarto gris/ reposan tus piernas,/ tu desolación,/ tus más ocultos temores./ Esta noche encenderé las velas./ Anunciaré lo profundo.



Lectora y traductora, Erika Reginato ha frecuentado a Ungaretti en una tesis de grado que ha merecido su publicación; se ha detenido en Giovanni Pascoli, el dulce poeta de los campos y los pueblos tocados por la dorada luz del otoño italiano y ha acercado a nuestra lengua a los poetas contemporáneos Milo De Angelis y Davide Rondoni (ambos editados por Monte Ávila) y de caro recuerdo en los festivales mundiales de poesía que organiza el Ministerio del Poder Popular para la Cultura a través de la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello.

"Con delicadeza y recóndito temblor" está escrita esta poesía, señala Jesús Alberto León en el prefacio de *Campo Croce*. Nunca fue más exacta la definición del arte poético de la hija de Italia y Venezuela. Que Gerbasi la celebre desde su callada e invisible presencia. ¡Qué próxima ha de sentirla, qué íntima de la patria que es ahora su alma!

# La escritura donde vive Efraín Hurtado



Nunca supuse que aquel día, mientras leía *Escampos*, habría de ser como hoy, por primera vez, de nuevo por primera vez. Lo que decían sus páginas (aún sin concluir, y casi sin lectura) hube de juntarlas con otras deshojadas, caídas en desuso entre borradores, manchas, trazos, hasta que, de pronto, no sé, no podría saberlo y menos ahora a medio siglo de aquel hallazgo en los bolsillos de su chaqueta gris, comprendí cuánta coherencia escondida formaba el engañoso desorden de imágenes y de indescifrable grafismo. Lo que antes me parecía un amasijo de sensaciones truncas, embrollo de adjetivos y nombres, algún lugar, una cosa, una criatura, un sentimiento, se tornó cuidadosa forma escrita, ordenado motivo. Yo estaba en presencia de un libro que pedía nacer y que quería llamarse así, *Escampos*. Era, como en toda la obra precedente de Efraín Hurtado (la poesía, la narrativa, el ensayo), una voz insistente, explícita o sugerida, visible o escondida, pero

esta vez mostrándose en la plena blancura del texto, sobre el liso de la página, como el tendido geográfico que era su motivación ontológica. Entonces recordé a *Redes Maestras*, aquel poemario suyo, cuya semblanza gráfica remedaba una hendidura en medio del decir y por donde se escampaba un susurro, un gemido, un grito o el esfuerzo de decir algo en mitad de una confidencia que no sabía qué prosa elegir, si la de la imagen poética o la de la anécdota narrativa. El afuera, las más de las veces, era ese "escampo", pero a retazos, entre polvo y cieno, a veces ripial, a ratos paja seca. La voz (las voces) se esforzaba para hacerse sentir en ese pasadizo de astilla, de rajadura.

El otro "escampo" era de confinamiento, era un afuera ciego, reclusión del cuerpo aherrojado por la pena de ser nadie y el castigo de ser cosa. *Papeles de condenado* explicaba a un ser surgido del sacrificio de la quema. Y era explicación porque tratábase de un diario donde el reo daba razón de su mismidad, esto es, de su reducción a conciencia huera en tanto que el ser vacío reptaba y sobrevivía a ras de mundo, en su suelo real y moral. El cuerpo era un pie, un pie abrasado, llagado, entumecido, envilecido. El resto de nosotros tiraba del ser como un animal muerto, menos aún, como un pedazo de algo. No había paisaje, no había después. Todavía hoy nos ocurre.

Libro iniciático este, experiencia del neófito que se atreve a soportar los requisitos chamánicos de alcanzar la visión, la lejanía del tercer ojo. *Papeles de condenado* concluye desde el comienzo, apenas leemos el primer poema, se cierra sobre su propia motivación. Acaso su valía fue esa, acaso abrió a Efraín Hurtado el sendero de un regreso al gran abierto de *Redes Maestras* y más tarde al muy crispado *Escampos*, su obra póstuma, su manuscrito de hojas al viento de la muerte.

A esa vuelta a la intemperie, a su encandilamiento y a su ser íngrimo y colectivo pertenece asimismo *A dos palmos apenas*, una escritura calcada sobre la oralidad, una crónica hablada en la que hállase el legado estilístico y temático de Alfredo Armas

Alfonzo, pero donde descúbrese ya, si escuchamos lo que nombra y lo que calla, y aún sin el despojo semántico, el silencioso mediodía que habrá de ser *Escampos*, su aspereza asoleada, su larga mudez y dureza. Aquí, el paisaje, el *rapio*, es quien escribe, es quien testifica y narra, traza, mira y se ontologiza. Fue escrito en 1979, o hallado en el cuerpo del poeta la mañana en que lo atacó de improviso su corazón, como aquellas agoreras guacabas del poema: "No me asomen lejanzas / porque se van mis ojos. No me silbes tan bajito perdiz por las bocas del monte / para no andar trasteando estos campos/de solo".

¿Sabría Efraín Hurtado cuánta soledad proponía su libro? Tanta, que su lector pareciera inencontrable o no existiese. Su poesía suele ser frecuentada por esa orfandad espacial de castellano de vaquería y de contemplador de espejismos…

> Y puedes seguir sin necesidad de estar conversando con ese sombrero que ya tiene la cinta desprendida y convertida en pedazo de hilacho de tanto darle vuelta y vuelta sin decidirte nunca a mirarle la cara a esa gente que te mira porque hacía ya mucho tiempo que no te habían visto caminar por el pueblo pues prefieres quedarte días enteros tirado boca abajo arriba de la sabana sin querer hacer nada con esa punta de paja metida entre los dientes dándole a esos ojos tuyos tan distantes que parecen que estuvieran puestos sobre el suelo pelado pero que más bien andan buscando un palenque algo para fijarlos adentro bien adentro.

Que sepamos, escasos son (si los hay) quienes se han asomado a *Escampos*, a la luminosidad que contiene y lo labra, como si el verano de los llanos fuera su punza sobre el cascajo y el matorral de su tierra, página tras página. El libro funda una escritura del lugar, una poética del ojo y del oído, figurativa entonces, mas figurativa de la apariencia, que no de lo visible ni de lo escuchado: es el poeta el que se calla, el que cierra los ojos y deja que el poema viva por sí, que cobre figura, que consiga un espacio en el papel.

Lo que ocurre (cuando ocurre) se desdibuja, es el palo seco de una confidencia.

Ya lo hemos señalado: *Escampos* carece de compañía en la poesía venezolana. Efraín Hurtado no tuvo tiempo para perfeccionarlo, pero había logrado su exactitud y su nitidez desde el día en que se llevó la mano al pecho y se precipitó llano abajo. Nunca imaginó que con su libro, su delgado libro, escribía su testamento poético.

Hoy, en esta edición-homenaje de Monte Ávila, queremos difundirlo junto con el resto de su obra donde el lector hallará el logro de un lenguaje y una motivación atento siempre al "provincianismo, verdad natural —sostiene Derek Walcott— de toda poesía", esto es, la región como universo.

# Esa emoción llamada Alfredo Silva Estrada



Cierto poema —cuántos como él en moldura y en impulso vital— nos llama desde lo hondo las veces que exigimos de cada obra artística (en este caso poética) su persistencia en el tiempo. Lo escribió el poeta Alfredo Silva Estrada en el 2000. Pertenece a uno de sus muchos libros. Lo tituló *Al través* y lo dio a conocer el sello Angria. Su lectura nos sorprende de nuevo desde el umbral de sus páginas. Pertenece a la sección "Desprendimientos y techumbre". ¿Cómo no releerlo en este espacio, ahora que el poeta ha esparcido sus cenizas sobre la tierra y confundido con el aire su presencia entre nosotros? Escuchémoslo: "De un solo manotazo/te desprendes de tu cuerpo/traspasas/te traspasa/esto que te rodea/esto que dejas sin nombre/en lo adverso/en el revés del día/ aprendes a flotar/ alcanzas esta facilidad/ así/ ya/ como ahora/ sin saber por qué".

Resulta arriesgado atrevimiento separar de este modo, quebrantando su admirable unidad de estructura, el desarrollo del poema propuesto mediante varias estancias, más aún si se trata de un meticuloso constructor de formas y lenguaje sonoroso como lo fuera Silva Estrada, dado a planificar la duración de sus creaciones y organizar el espacio que disponía para ellas, sea para ceñirlas a una escritura hecha de prolongados enunciados, sea para librarlas de todo peso. La consistencia de piedra, de carrascal, mejor, que acusa la sonoridad verbal de buena parte de su escritura tórnase deleznable, quiero decir arenosa, en otra.

He cometido ese atrevimiento llevado por el impulso del añoro, ahora que sé que Silva Estrada no buscará ya más nuestro oído para expresarnos, en nocturnas ocasiones, amistad e invitación a revivirla. Igual hubiese podido invocar las frases iniciales de su "casa arraigada" o aquella que "No es el lugar este vivirla íntegra/sino cada pisada con hambre de extrañeza en lo más íntimo" y a la que "No la nombra el sollozo". De haberlo hecho, el mudo diálogo que hoy mantengo con el admirable artesano me hubiera reclamado incontables horas de lectura, tanta es su imbricación material y sustancial y tanta su interpenetración de forma y fondo.



No pocos han sido los lectores que le atribuyen afinidades mallarmeanas. Yo prefiero identificarlo como un seguidor de Pierre Reverdy (de quien fuera inimitable traductor), no porque obedeciera a la claridad de sus postulados, sino por su capacidad inventiva y por su versatilidad verbal, elocuente y parca, en indeclinable equilibrio entre el sentimiento y la inteligencia, que es exigencia de todo quehacer poético y sobremanera del suyo. Del anacoreta de Solesnnes abrazó la causa de la imagen como "la más alta creación pura del espíritu" y fue feligrés de su credo sobre "la emoción llamada poesía" y la "razón ardiente".

Su disciplina creadora jamás desmayó. Cada obra concluida semejaba la del tallista de la piedra púrpura y la del alfarero del barro blanco. Transitar *Por los respiraderos del día* y *En un*

*momento dado* (publicados por Monte Ávila) pasa por emprender un viaje al taller de un tallador de la dureza más dura y de un moldeador de la ductilidad más carnal.

Tal sabiduría nunca se redujo al propio consumo, a la idolatría personal: la cedía a sus alumnos en las aulas universitarias y a los jóvenes poetas de los talleres literarios. Por décadas mantuvo un espacio radial en donde celebraba a los poetas mundiales de su estima y leía la poesía europea contemporánea, apenas conocida o mal conocida en Venezuela, cuyas versiones divulgaba en las páginas literarias y en las revistas culturales. *Poesía, vertiente continua* y *La palabra transfigurada* ilustran su larga generosidad en compartir sus lecturas y sus meditaciones acerca del *ars* poético de nuestros días.

Años atrás, la Semana Internacional de la Poesía, que organizara el poeta Santos López, le rindió tributo a su maestría y su dedicación a perfeccionarla. Para darle mayor realce al homenaje, la periodista Chefi Borzacchini reunió en un libro rico en ilustraciones las voces más nobles del pensamiento literario nacional para que entonaran en común el goce de la lectura de su obra y de su delectable remembranza. "La dignidad no es un cliché, es un sentir. Seguiré siendo digno de compartir, digno de escribir. Seguiré siendo digno de ser un poeta", confesó a la periodista antes de sumirse en su definitivo retiro, en su tapiado aislamiento. Previamente había jurado por las poetisas Luisa del Valle Silva ("la necesité y la necesito siempre") y Enriqueta Arvelo Larriva y por los poetas Juan Sánchez Peláez ("sobre todo por el ser humano que era") y Luis Fernando Álvarez ("por su sentimiento de la muerte y cómo lo decía").

Memorables son sus traslados a nuestra lengua de la obra de Francis Ponge, *Le parti pris des choses* (que tradujera con acierto como *De parte de las cosas*) y la antología poética de su admirado Reverdy (ambos volúmenes pertenecientes a Monte Ávila). André du Bouchet, Jacques Dupin, Andrée Chedid, Fernand Verhesen, George Schehadé, René Char, Yves Bonnefoy, pudieron ser leídos

en Venezuela en el español de Silva Estrada. Bélgica quiso distinguirlo nombrándolo miembro permanente del Premio Internacional de Poesía de *Knoke Sud*. Con Saint-John Perse y Octavio Paz compartió el alto nombramiento que concede ese país a los grandes poetas. Eugenio Montale, el Premio Nobel italiano, lo reconoció como un poeta "*veramente notevole*" (verdaderamente notable).

La tiniebla del encierro voluntario se cernió sobre su vida por largos años. Allá, en su refugio del edificio Saint Anthony de Las Mercedes, lugar de encuentros con la poesía y el arte, se mantuvo oculto del agresivo afuera, del cual lo sustrajera su amada, la celebrada bailarina de danza contemporánea y también poeta, Sonia Sanoja. Hace hoy una semana la pira de la incineración borró su perfil de esteta y sus manos de orfebre. Alguna vez presintió el fin de ese ardimiento, pero a su modo, esto es, como los antiguos vates, los dueños del vaticino:

¡Cómo es bello sentir entre el aire
Que no es tan última la ceniza!

# La preciosa vida de Alirio Díaz



Yo temía que el viento de la seca Carora inclinara en demasía la delgada y frágil figura del anciano que avanzaba como si temiera pisar la tierra hacia el umbral del Teatro que lleva su nombre y que asoma su grácil perfil de cemento frente a la tapia de tierra blanca de la capilla del Calvario, su austera vecina del siglo XVII. Alígero, más espíritu que cuerpo, el maestro se adentró por un sendero de aplausos entre la multitud que lo aguardaba esa noche del 24 de octubre. Después de alcanzar su alta edad, Alirio Díaz había agudizado sus facciones como talladas en cedro. Observé sus manos, sus prodigiosas manos, hechas para acariciar y punzar la lira órfica de la que ha sido primero entre los primeros del mundo. Sus maneras de pastor de cabras aguzaban sus ademanes en el modo de conducir su cuerpo con paso silencioso entre la multitud que ansiaba tocar su vida, su preciosa vida.

Yo amé su mirada lejana, dirigida más a los recuerdos que al presente y como asombrada de verse a sí misma en este o en cualquier mundo, confundiendo acaso la amada comarca de su nacimiento con alguna de su Italia amorosa, extraviado en medio del color ocre de su valle natal de La Candelaria y el rojo sentimental de su casa de Siena, sin otra patria ya que la de una tierra sin lugar preciso, cuya geografía trazaban las notas de una guitarra inasible con sus manos adormecidas.

De otros mundos habían acudido a la vistosa ceremonia guitarristas de renombre para juzgar a los concursantes de la liza mundial. Senio Díaz, el hijo del maestro y maestro él mismo y Rubén Riera, el hijo de Rodrigo Riera el grande y de igual nombramiento, participarían como jueces por Venezuela y por la región de sus padres.

La voz de la guitarra se oiría cada noche hasta el último instante del 31 de octubre. A las pruebas de maestría de los aspirantes a conquistar el galardón universal seguirían las ponencias y las charlas y el tributo a Rodrigo Riera en los muros y vitrinas de la casa de la Fundación "Alirio Díaz".



Las cuerdas enmudecieron ese sábado inaugural para escuchar el amor que Carora y el mundo rendían al señero guitarrista. Para exaltarlo, vino a decírselo Héctor Soto Castellanos, el Ministro del Poder Popular para la Cultura y para ofrecerle el corazón de Carora se acercó el señor Alcalde del Municipio Torres, Edgar Manuel Carrasco Páez.

Luego alegraron su dulzura y su modestia la Orquesta de Cámara Caroreña, Los Golperos de Don Pío Alvarado (el cinco y la primera voz de Rafael Alvarado, el cuatro y la segunda voz de Félix Campos, el cuatro de Rafael González, la tambora del joven Antonio Gómez) y la Banda Municipal Juancho Querales.

Afuera, en la plaza Monseñor Salvador Montesdeoca, el santo mártir fusilado por los nazis en 1944, los pobladores escenificaron el tamunangue al modo de Curarigua, que es ágil y elegante, con mayor énfasis en el cinco y en el segundo cuatro.

Entre los festejadores y el numeroso público, del mismo modo como hiciera su aparición, Alirio Díaz pasó casi inadvertido, tal vez para no perturbar la alegría y el contento que habían suscitado su callada presencia y su suspendido andar.

Esta vez, su guitarra no iba del diestro, ni su sombrero campesino ocultaba su mirada contemplativa. Sólo sus manos descansaban a cada lado de su magro cuerpo. Sus manos, la virtuosidad misma de su alma.

# El mirar y el sentir de J. M. Briceño Guerrero



"Los analfabetos inventaron la escritura", advirtió José Manuel Briceño Guerrero bajo el ventalle del bosque de los caobos donde, una vez más, el Ministerio del Poder Popular para la Cultura levantó las vastas carpas y arbolados kioscos de la V Feria Internacional del Libro (la Filven). Una tupida fronda de títulos de editoriales del Estado, como Monte Ávila, como El Perro y la Rana, ofrecidos a precio de regalo, hacían compañía a los de las casas editoras privadas y foráneas. Se imprimieron 150 nuevos títulos y el tiraje total de los libros alcanzó la vertiginosa cifra de 18 millones de ejemplares. La lectura y su goce lúdico sedujeron a niños y adultos. Talleres, charlas, danzas, música y la lluvia hicieron causa común en el viejo bosque caraqueño.

El filósofo, ensayista, lingüista y profesor universitario había sido elegido en esta fiesta de la lectura para rendirle tributo a su saber y a su imaginario literario y reflexivo.

La mañana iba ya alta cuando sus lectores acudieron a escuchar al barbado señor del pensamiento y la fantasía en torno a lo que aviva su más caro fervor: la escritura y sus lenguas (de las cuales lee y habla diez con sorprendente holgura) y su muy largo camino de criptogramas e ideogramas, teniendo como libros la piedra, la arcilla, la piel de los animales y de los juncos del Nilo. Sí —insistiría en la Sala Ana Julia Rojas de Unearte—, fueron los pueblos ágrafos quienes nos enseñaron a leer y a escribir. El cuerpo de la mujer —la forma de cuña de su pubis— sirvió para trazar la escritura cuneiforme de los babilónicos.

Los libros de su autoría se mostraban a la puerta de los ventorrillos, ora en reediciones, ora en nuevos títulos, bajo los sellos de Monte Ávila Editores, El Perro y la Rana y La Castalia, la cual difunde la "Biblioteca J. M. Briceño Guerrero" desde hace ya un tiempo.



De esta editorial es *La mirada terrible*, el volumen más reciente del gran venezolano, apureño de Palmarito, como Juan de los Santos Contreras, El Carrao, la voz más sonora y envalentonada del canto llano.

Adepto de la heteronimia, gusta escudarse tras distintas identidades. La de Jonuel Brigue acaso sea a la que con frecuencia acude para dar rienda suelta a sus ficciones narrativas. La suya propia la reserva para la meditación histórica y filosófica. Es entonces Brigue el autor de esta nueva obra, una de las muchas que le han dado larga nombradía en las letras venezolanas. ¿Qué es *La mirada terrible*? El título es préstamo del kárate, el arte y la técnica japonesa de la defensa personal y de la que se tiene harta noticia. Pero tal referencia es apenas uno de los numerosos laberintos temáticos por los que transcurre la anécdota del libro.

El escritor nos ha acostumbrado a adentrarnos en la escritura de Brigue como por una serie de pasadizos donde nos topamos con hechos y lugares reconocibles (en este caso Barinas y Barquisimeto),

en donde viven los dos personajes principales: el narrador y el sorprendente, por extraño, Baisaite Altermond, su amigo y su guía en el conocimiento del mundo de los sentidos, de las culturas y sus lenguajes, así como en los ejercicios espirituales —más bien insólitos— que prometen el desciframiento de los secretos del hombre, de la tierra y el universo. El nombre mismo de este joven oriundo de Sabaneta, el villorrio del aledaño barinés, es ya toda una lectura de sortilegios y de claves secretas: Baisaite significa al lado y Altermond, en latín culto, otro mundo, otra luna.

Todo es posible en *La mirada terrible*. Los ejercicios a que ambos adolescentes se someten y consienten en sufrir llámanse por varios nombres como los de soñadero y viajadero, lugares y rumbos de la otredad, del desdoblamiento y de la ocupación de nuestro propio cuerpo en otras vidas, sobremanera las vegetales, pero también en la profundidad de los seres humanos, en su origen y devenir gracias al uso de "la mirada terrible".

Autobiografía real y fingida, realidad cierta y enmascarada, certidumbre y fantasía, narrativa y poesía entrelazadas, teoría y práctica de un saber académico e intuitivo, de la razón más fría y del ensueño más enigmático, la del científico y la del chamán, *La mirada terrible* nos propone gozar del solaz de una lectura sin rostro conocido o poco conocido, irrespetuosa del tiempo y del espacio, del aquí mismo y de cualquier mundo. Libro inapresable como género, lectura encantatoria, diríamos, muy del estilo y de las invenciones de Brigue, como lo prueba el fragmento que sigue, tomado de una de sus páginas y reproducido en la contraportada de las ediciones La Castalia merideña:

> Nunca pensé que mis propios ojos fueran tan peligrosos como los ojos de Baisaite. Una vez que fijé la vista en ellos no pude despegarla. A la luz temblorosa de las velas vi mi cara completamente transformada. Me vi mujer, anciano, atleta, mono, urraca, diablo, ángel y luego no vi nada más. Entré por la imagen de mis ojos a un ámbito vacío, a un abismo infinito.

No voy a seguir leyendo este libro de Briceño Guerrero. Se los cedo a ustedes los lectores sus otras obras cumbres, la de *Amor y terror de las palabras*, *El laberinto de los tres minotaurios*, *El discurso salvaje* y *Europa y América en el pensar mantuano* o bien las de sus heterónomos, como *Anfisbena* (la culebra ciega) o *Doulos Oukóon*.

Toda ella ha sido escrita en el antiguo idioma del hombre sobre la piedra, la arcilla, el papiro, la seda, el pellejo de las bestias y el vientre de los árboles o en la laptop de Menrod, el constructor de la Torre de Babel, el de la barba de Da Vinci, del Da Vinci de llano palmariteño, toda horizontes como la cultura, toda caminos como la palabra.

# ¿Qué seríamos sin ellos?



Para saber de nosotros, para mostrar y prodigar nuestra alma colectiva (esa definitiva geografía que sobrepasa el límite de la raya inconstante que remeda la apariencia de lo que nos reúne como país y nación), han sido menos ellos (menos individualidades) que un entusiasmo de voces y gestos en el que la memoria cantada y bailada de nuestros pueblos con maneras de mar, de montaña, de sabana y follaje, recobra y afirma el semblante común y diverso de la Venezuela que expresa su ser en las múltiples formas del festejo y el rito, el goce y la melancolía, el verbo del verso, la exclamación de la viviente y del misterio.

Lo que fuimos y somos, personificando el dios y el santoral de los sincronismos de cielo y tierra, regionalizando la vastedad terrestre transfigurada por el imaginario musical y dancístico, los reúne en cada uno de nosotros como criaturas del mediodía humano, como *Vasallos del Sol*. No vamos a nombrarlos: sería

negarles su voluntad de ser uno en la multicidad de sus dones creativos y en su regalo del patrimonio popular del que son indesmayables celadores cuantas veces difunden a través de la voz, el baile y el instrumento, el espíritu de las culturas que nos explican en el mundo.

A la excelencia de los logros de la agrupación, únese la de su disciplina pedagógica, ambas ofrecidas con fervor y largueza. Cada cantante, cada ejecutante, quienquiera que pertenezca a su nutrido cuerpo de baile, atiende al respeto de una estética trasmitida desde tiempos inmemoriales y observada vigilia de las tradiciones de la Venezuela entrañable. Al artista que los distingue, sucede, en íntima valía, el maestro, el docente de los Talleres de la Cultura Popular de la Fundación Bigott, venero de generaciones de cantantes, músicos y bailarines.

La tierra, nuestra tierra de adentro y la tierra otra, la de afuera, saben de ellos y los celebra. Cada vez que ocurre, la Venezuela de sus pueblos perdura. Los cultores del tambor y la guitarra, los trovadores de la copla y la décima y los danzantes del rito mágico-religioso han hallado en *Los Vasallos del Sol* el pensar y el sentir de su identidad musical y rítmica. Prodigar y preservar sus cantos y sus danzas han animado siempre su destino. De esta guisa entonan y gestualizan su historia.

Y he aquí su mejor conquista: la de personificar (multiplicándose) nuestro ser particular y distinto, nuestro modo de celebrar la vida y de entenderla y perpetuarla más allá de la desmemoria o el olvido.

¡Cuánto les debe Venezuela! ¿Qué seríamos sin ellos?

## Maese Adriano González León



No; no fui a tenerle compañía en la barra del bar donde se quedó dormido, mientras fatigaba las páginas de un periódico con la prosa inane de cierta diatriba banderiza. De haber atendido al teléfono esa tarde del sábado (porque fue la tarde del sábado) habría acudido a compartir el último café de su muerte y acaso habría movido su hombro para despertarlo del súbito sopor que derribó su frente sobre la madera y la nada. Me habría bastado con tocarlo por última vez como en la elegía al padre de Ramón Palomares. Alguien a su lado —me dirá Boris Muñoz mucho después de colgar el auricular— terminó de consumir su bebida ardiente. "Adriano se volvió a quedar dormido", musitó. No sé quién más pidió ayuda para tenderlo sobre unos bancos. Entonces comprendí de qué sueño se trataba: era el otro, el que nos duerme por dentro y apaga el ruido del vivir.

Toda muerte es atroz, sostiene el descreído, el que confirma con Dylan Thomas que sobre la sábana de nuestro sosiego cotidiano avanza ya el encorvado gusano. Frente a esa apostasía, una creencia trata de convencernos, a fuer de consuelo, que el cuerpo con que existimos es sólo un estuche ("estuche de muerte" lo moteja la americana Susan Sontag), por lo que el pequeño ser yacente entre comensales y libadores de fines de sol no dejará por eso de ser Adriano, sí, Adriano González León, el autor de *Las hogueras más altas*, de *Hombre que daba sed*, de *País Portátil*, el profesor de letras, el cronista de periódicos y revistas, el tertuliante de la cultura en la televisión, el intelectual refractario de los años sesenta y setenta, culpable de desatar junto a un grupo de escritores y artistas la fascinación por una nueva forma de pensar y reinventar la vanguardia estético-política en los manifiestos y revueltas verbales y plásticas de *El Techo de la Ballena*, vocero y comité central de la "Venezuela Violenta", biografiada por Orlando Araujo en un libro de lectura ineludible. Pero no sólo es él, me habría atrevido a agregar, de haber estado presente en el anónimo bebedero público donde moría de sueño mi admirado amigo. No sólo el escritor de prosa emocionada e inventiva, el envalentonado de aquel país iracundo, el profesor de la literatura como encantamiento y de la cultura como dandismo baudeleriano: también aquel que derrochara, como si la cediera a manos llenas, la palabra de la loa y la crítica al joven escritor bisoño que alguna vez fuimos, enderezando entuertos de estilo, regresando a los distraídos a sus desestimadas obsesiones creadoras.

En un reciente homenaje a Albert Camus, el gran periodista Jean Daniel hacía referencia al infierno del silencio literario que suelen sufrir los autores y creadores después de su muerte, pero de cuyas llamas se librara el autor de *El hombre rebelde* y de *El extranjero*, ahora releído y celebrado, tal vez más que en los años en que reinaba su filosofía y su narrativa nihilistas.

Quiero pensar que la obra de Adriano González León jamás habrá de sufrir la mácula de la preterición y del olvido. Un fragmento

apenas de *Las hogueras más altas*, el primer punto y aparte de *Fatina o las llamas*, donde lo que se dice hechiza tanto o más que lo que se narra, y si no la asediante memoria como una intromisión del presente de Andrés Barazarte en *País portátil*, bastarían para despertar para siempre de la gran noche a quien entendió el oficio de escribir como un insomnio deleitoso, un sueño con los ojos de continuo abiertos al deleite del idioma y sus embrujos. Que así sea.

# De Andrés Bello al olvido



La casa con los ojos cerrados de sus ventanas donde moviera su infancia y detuviera su adolescencia, persiste aún, inalcanzada por la picota que la echara abajo para hincar en su lugar la grisalla de una apariencia anodina, a la que el nombre de su otrora fugaz habitante, grabado en uno de sus flancos, lo aviva propagando sobre la esquina de Mercedes su pertenencia a lo inmarcesible. Una añosa imagen fotográfica certifica que en ese lugar se tenían, hasta los años cincuenta, las tapias y los techos de aquella morada.

Muéstrase casi menesterosa, y lo que más apena, sellada. A un lado, una breve escritura de mármol insistía en un equívoco que habría harto tiempo en excusarse, aseverando que allí había nacido Andrés Bello, hasta que la historia, o su memoria que suele ser tan olvidadiza entre nosotros, descubriera que había nacido

unos pasos más allá, acaso donde hoy es socorrido depósito de automóviles.

Cuantas veces entro a la Casa de Bello, a la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, como se le nomina desde que fuera transfigurada en institución del Ministerio del Poder Popular para la Cultura, observo esas desaparecidas paredes y ventanas donde otrora se reunía gente ateneísta. La anónima fotografía semeja una lápida y la escritura marmórea se presta a servir de epitafio. Entonces me trabaja, nunca ha dejado de hacerlo, el sentimiento de una pérdida que escapa a la apariencia misma de la extinta casa que digo y ocupa un espacio otro, moral, en todo caso emblemático, que alcanza la vida y la obra del grande caraqueño y latinoamericano universal, cuando pienso en el pesado mármol que agobia su recuerdo en las plazas públicas, las esquinas y en la apurada lectura de los manuales docentes y hasta doctos.

Cuando mucho, su biografía destinada al escolar y al común no sobrepasa la confidencia de haber sido en su mocedad maestro del Libertador.



No voy a insistir en las acusaciones canallas con las que no pocos de sus compatriotas empéñanse en lastimar su larga y dolorosa travesía existencial y reabrir sus heridas de nostalgia caraqueña, que ni los años en Santiago de Chile, su segunda, su patria afectiva e intelectual, lograron cicatrizar. Tampoco repetiré la saña que cierto juicio literario, obcecado por privilegiar una mal llamada modernidad estética y en impostar a ultranza y alegre desautorización los inconstantes valores de las vanguardias con su martillada cerrazón de macular la pertinencia sustantiva, por simbólica, por genésica, de sus *Silvas a la agricultura a la zona tórrida* y *Alocución a la poesía*. Acaso de tanto menoscabo no se sustraiga su misma obra cumbre, la *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, la cual, estoy cierto, apenas dura lo que tarda el acelerado paso por sus páginas de quienes medran en la cultura del caletre.

Tuvo que allegarse a la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello el alto escritor y pensador chileno Volodia Teitelboim a aventar nuestra desidia bellista al advertirnos que a la trascendencia que prestigia la vida y obra del venezolano errante como gramático, académico, educador, poeta y humanista, súmase en estos tiempos su indesmayable desvelo por afianzar nuestra integración latinoamericana. "Bolívar —sostuvo Teitelboim— fue nuestro libertador político; Andrés Bello, nuestro libertador intelectual".

A ese Bello diverso y humano, leído a la ligera o mal leído; a ese Bello de vida y obra sorprendentes, siempre actual y novedoso; al caraqueño de carne y espíritu, no el de piedra y nomenclatura de avenida y urbanización, ha determinado la Institución que lleva su nombre rescatar para beneficio y honra de Venezuela, mediante una disímil programación de cátedras y cursos académicos, seminarios, talleres, lecturas colectivas, ediciones, concursos y convenios interinstitucionales que alcancen tanto a universitarios y estudiantes como a la población toda y sobremanera al país distante de nuestras autopistas y nuestro encierro urbano.

De esta exhumación del Bello relegado o silenciado, se nutre la lectura integral de Venezuela de la Institución del Ministerio del Poder Popular para la Cultura en la que tienen indistinta relevancia la poesía, la narrativa, el ensayo, la teatralidad, la literatura indígena e infantil, la oralidad, la memoria musical y cuyos cultores profesionales hacen causa común con los artesanos de la palabra y la melodía, sin que medie distancia estética entre el autor de renombre y quienes apenas tienen nombramiento y asimismo quienes sufren dolencias psíquicas o se hallan reducidos a las rejas.

En estos días que preceden a un nuevo aniversario del nacimiento de Andrés Bello, despertamos de nuevo a la ilusión de que no habrá de tardar el tiempo en que su obra y su nombre anden en nuestro pensamiento y en nuestras bocas y así lograr que su larga añoranza por la ciudad y el país, a los que su destino de

trasterrado físicamente distanciara, disipe su dolido sentimiento y lo regrese a habitar en nuestro espíritu, entre los maestros de un nuevo país y un nuevo continente a los que entregó su saber y la realización de su más caro sueño: el de fundar nuestra soberanía lingüística, moral y cultural. No pasará mucha vida para que deje de ser lectura de cubículo, piedra, una imagen hierática en las paredes y en las academias o una abstracción, una de esas tantas invenciones del olvido que enceniza a Venezuela.

# Carlos San Diego, la poesía vive en Cabruta



Cabruta y Cabrutica quedan bien abajo, donde la tierra plana rueda roca cruda sobre un país de paja peluda y polvo boronoso, revuelto con cascajo y barro viejo. Los caminos se apuran o se retrasan, según corren hacia el Orinoco o tuercen por los filos, salvando zanjas, barrancos, lomos de médanos, orillas de pozos, charcos. Los pueblos se asoman detrás de los matorrales, íngrimos o apoyándose entre ellos, con el zinc en sus cabezas. Otros, como arreados por la suerte o el capricho de sus moradores, orillando el asfalto de las carreteras que pareciera más bien mordido por una mandíbula de criatura prehistórica, el estallido de una centella, la escarbadura de las lluvias y no por las ruedas de los camiones y las gandolas agobiados de las reses del sacrificio. De un flanco a otro, en el hervidero de la luz y el viento, álzanse los bebederos de gasolina y el comestible humano. El bajío da forma a

ese paisaje de jibas, hoyos y pajonales. Roja es su geografía, a ratos es chamusquina amarrada con alambre de cerca, donde pastan la res morosa de Lazo Martí y el caballo flaco del poema de Juan Sánchez Peláez. Sale a lucir la palma en los morichales y los préstamos de agua de caño y aguacero. Todo eso es bien solo y más aún si es verano. Que lo diga el gavilán pitavenado y el primito, y si no la soisola enmontada, el bando de perdices espantando la paja seca. Sí, todo eso es como nombrar a Carlos San Diego, cabruteño de San Diego de Cabrutica, desde la vez que allí naciera en 1964. No importa que en la foto sonría como si nada ocurriera en esas enormidades de sed y de ahogo y trate de desmentir lo que dice su poesía a la que ha nombrado, en un libro que casi nadie consulta, *Bajíos* y que enseña el hierro del Fondo Editorial El Caribe en su costado de palo de alcornoco mientras el día lobreguece.

Hace años que Carlos San Diego transita por El Tigre. Hasta allá llegó después de fundar en su pueblo un ateneo, aventado por el oficio de pobre que es el periodismo de provincia. En la ciudad del balancín y el almacén del excremento del diablo frecuentó talleres de poesía e inventó revistas literarias, como *Chigua´ka*. No sé cuánto tiempo se detuvo en *Antorcha* —creo que hasta 1987— a dirigir sus páginas literarias. La última noche que nos vimos (juraría que espera que se extinga la candela de El Tigre para mostrarse) era él mismo un periódico de pies a cabeza: reportero, editorialista, transcriptor, corrector, impresor, pregonero. Su nombre, *El Mundo Oriental*, es también creación suya.

Esa noche, de natural ventosa, porque cuando oscurece sopla tenaz la inmensidad de Guanipa, me habló de su libro *Bajíos*, entonces aún por nacer. Mientras nacía, recordé los poemas que otrora cediera a los suplementos de arte y a las antologías. Memoricé los motivos que nunca lo han abandonado, que son él mismo: aquel tendido que se desmanda hasta el embarcadero orinoquense, la inmensidad tostada y pantanosa, el cuero rojo y oscuro de su suelo espinoso y pajizo, silbante y gemidor, con semblante de mujer ojuda y de hombre grave, asidos a sus cuerpos como la

estaca al ventalle, menos ellos que ropa en el alambre, el pie en el rastro o en el ijar de la bestia.

Ahora, a tantos meses de aquel encuentro, Fidel Flores, el poeta y editor, deja en mis manos *Bajíos*. No más abrí sus puertas, la tierra que años antes había mirado yéndose a rastras al costo Orinoco se devolvía por entero en cada página. En una de sus vueltas, me encontré con "El pastor del río" que me habló y me dijo: "Allí soy el colmillo de payara/Ese almagre brillante en la pata roja del agua". Lo dijo con esa escritura de empolvadas y asoleadas pausas como escribe San Diego mirando lo que ha sido y lo que no ha dejado de ser: un "bordado pelerío de la tuna" en lo desolado de "Siquisique", donde "Amarilla es la flor que le canta al verano/ (y) Todo llora como un alambre en el viento", o acaso "escribiendo con candela una pasión de espina" entre arestines y lampos, siempre a la orilla de las páginas como si cruzara, casi sin protegerse de la inclemencia, tanta imagen de sombra escasa. Un momento se detuvo, dejó de caminar y fue su recuerdo quien habló de alguien muy suyo: "Ya iba picado de zamuro. Mi abuelo traía una planta de yuca./ En mitad del río se buscó el corazón. No lo tenía. Un rato hacía que me había confesado: 'Me tiembla la Santacruz (…) Necesito fuerza para vivir con mi ser'". Le estaba hablando a la sabana, a su sabana, y yo iba de lector detrás de su decir: "¡terrible sabana!". Y mucho después, por los lados de la página 73, rodeados por el inmenso círculo del mundo, oí que conversaba de nuevo con ella: "Sin ropas/sobre el caobo caído hay algo de mujer en ti". Sí, le respondo desde aquí, inclinado sobre otra página áspera, de chaparro, así es tu sabana, "Esa sombra que al mediodía da toda muchacha".

Amigo San Diego, poeta San Diego, ¿por qué leerte dura tan poco? ¡Qué breve es entre tanta vastedad blanca y larga! Pero a su confín habré de regresarme, cada vez que necesite tu país, "con la huella retorcida de no saber olvidar". Ya andaremos de nuevo juntos por la Venezuela de más afuera, profundizada, porque —y

tú lo sabes, la llevas escrita en tu libro, como en la quemadura del verano bajo el sombrero— en ella:

Sólo la silueta es de uno.
Lo demás es corteza.
Se puede perder.

# Un país llamado Cunill Grau



El año que recién fenece vio nacer una obra literaria de muy alta valía. Libro de amor la llamaría si no fuera sobremanera respiro y pálpito de otro mayor que sobrepasa la letra escrita, como que en él dase, en pareja intensidad, testimonio y emoción, saber científico y perspicacia humanística, meditación y contemplación de la tierra venezolana. Libro objeto y libro humano es esta obra. Libro, en fin, corporeizado en la figura de Pedro Cunill Grau, a quien el país debe su indesmayable celo de averiguarla desde la piedra hasta el polvo, desde la hoja hasta el hielo y cuanto vuela y repta en el presente y en la memoria, dentro o fuera de los límites físicos e intangibles, como intemperie y como imagen.

Titúlase el libro de marras *Geohistoria de la sensibilidad en Venezuela*. A la seductora belleza de su título únese la lujosa semblanza de su diseño, diligencia del maestro Sotillo y del arte gráfico de *Exlibris*. La sensualidad como geografía humana es

su personaje omnímodo y la historia nacional de los sentidos es su anécdota. Para transitarla fue menester colmar casi mil páginas con suntuoso adorno de grabados, fotografías y dibujos. El saber del autor y del diseñador propician el embrujo que domina el ánimo del lector apenas entreabre las puertas del volumen. El hombre y su huella abundan en él con la misma profusión de que hace acopio la naturaleza viva y la naturaleza escrita, la memoria y la voz, el signo y el murmullo, el agua del cauce y el agua del mundo, la sierra y lo tendido, la abundosidad verde y la grandiosidad desnuda. He aquí el país de la mentira bíblica y el embuste medieval, del ensueño y la pesadilla, la cocaña y la rapiña, el país del olor y el sabor, de la piedra ruda y la piedra preciosa, argénteo y auro, perlino y de corazón de acapro, de pluma y de piel de drago, de sanación chamánica y de veneno de arpía, pura flor insólita y pura espina carnívora, de musgo y quemadura, solo y bullicioso, de nadie y de unos cuantos, pobre y opulento, sombrío y de todo esplendor.



No caben en estas líneas la inmensidad deleitosa de esta Geohistoria del admirado Cunill Grau. Cuando mucho tenemos tiempo para loar su otro libro, suerte de adenda de aquel que decimos, incomparable. Se llama *Biodiversidad y recursos naturales venezolanos para el mundo* (siglos XV-XIX) cedido por su autor a la Fundación Editorial El Perro y la Rana del Ministerio del Poder Popular para la Cultura, a fin de que se amiste con el centenar de títulos que integran la Biblioteca Popular para los Consejos Comunales.

Compendio es pues, en cierto modo, de esa escritura sensible y didáctica de la que veníamos hablando.

Esta vez, Cunill Grau transita por la historia colombina del paraíso terrenal de la Península de Paria y las aguas del Orinoco edénico, sigue la estela de Pedro Alonso Niño y de Cristóbal Guerra y de Ojeda y Vespuccio, los invencioneros del país de la pequeña Venecia y de los Welsares y se detiene a referirnos durante doscientas diecisiete páginas una geografía de hilo de

algodón, de lienzo tocuyo, tinturas vegetales y animales, como la grana cochinilla de Carora y cortezas de curtientes, como el dividive de los suelos espinosos y sedientos, hasta dar cuenta de la fascinación europea por el cachicamo, el mono cubarro de piel de terciopelo y del rabipelado, el loro parlante escapado del jardín de Adán y Eva, la garza real de pluma aigrette y la chusmita de pluma crosse para la frivolidad y el vaudeville y los gavilanes y halcones para la ociosidad de la cetrerería. Una fiebre por nuestra animalancia ganaría el capricho de la casa real, su cohorte y su nobiliario, de cuya obsesión no escaparía ni el santísimo Papa. Pero nadie fue más vicioso que Luis XIV, quien reclamaba criaturas de nuestras selvas para que le hicieran compañía a su marsupial del Alto Orinoco. Carlos V demandaba loros y pericos de los llanos y de las tierras áridas con el mismo achaque de codicia que desvelaba a su esposa la Emperatriz Isabel apurada por cubrir su corpiño de seda cruda ante el Tiziano con collares de perlas de Cubagua.

La belleza natural perlífera sería diezmada por las hordas de los empleados de la Corona y los ladrones de su quinto real. Cuando la muerte raleó la presencia del buceador indígena y africano, el rastrillo de hierro dio a desprender arrecifes y rocas submarinas donde se criaban las perlas de Cubagua. Pronto Nueva Cádiz sería un adiós y la nada de un maremoto. La depredación de la garza prosiguió hasta el siglo XIX. "Entre 1890 y 1913, subraya Cunill Grau, la matanza de la garza blanca llegó a 8.349.340 y la chumista a 1.464.796".

La fauna y la flora convertida en exageración barroca y adjetivación renacentista en las cartas y relaciones de aventureros y compradores de almas, conocieron el agobio del boato con la aparición del oro guanín, el oro de la orfebrería indígena, y la perla. Al tiempo que escarbaba los suelos y costas de Venezuela, Europa dio a cazar aromas, perfumes y olores tropicales. Las bodegas de los barcos olían a sarrapia, a incienso, a vainilla, a anís cimarrón. En el camino se toparon con cortezas y bálsamos que prometían

la curación de la sífilis (el mal francés del amor), la disentería, el escorbuto, la hidropesía, el veneno de la serpiente. Después, Venezuela supo a sal, a sal de Araya. En el mundo cundió la noticia. Hubo menester levantar fuertes y atalayas para contener la naos filibustera y la orca del contrabandista holandés.

Aún no termina hoy —bien lo sabemos— la destrucción de nuestra geografía, el exterminio de nuestra fauna y nuestra flora y la muerte del agua. Cunill Grau quiso concluir en el siglo XIX su libro sobre la historia de nuestra biodiversidad en Venezuela; acaso lo movió su interés porque dirijamos la mirada al largo ayer de nuestra cultura de la desmemoria y nuestra afición por los desiertos, una afición que parece estar lejos de concluir. Soñemos con el día en que la *Biodiversidad y recursos naturales venezolanos para el mundo* anime las lecturas colectivas de nuestras sociedades civiles y se mude en ejercicio de vida, en comportamiento amoroso por el país.

# Escrito sobre el aire

# Biblioteca de las imprentas regionales, el libro que espera por ti



Venezuela es hoy un país que limita por sus cuatro costados con el libro. El nacimiento de la Fundación Editorial El Perro y la Rana del Ministerio del Poder Cultural para la Cultura y sus masivas ediciones de poesía, narrativa, ensayo, crónica, teatro y la colección de temas políticos Alfredo Maneiro, dan prueba de lo que decimos. La novísima creación de la Distribuidora Nacional del Libro y el relanzamiento de la Librería del Sur (la antigua Kuai-Mare) la cual cubre a toda Venezuela, aseguran la distribución y la venta de sus títulos, cuyos precios no sobrepasan los 5 bolívares fuertes. Para seguir sus pasos, el sello Monte Ávila ha diseñado nuevas colecciones y creado otras, como la exitosa Biblioteca Popular de Autores Venezolanos, ofrecida al lector a 5 bolívares fuertes por ejemplar. Estamos ciertos que mezquinamos la varia y

profusa producción editorial de las otras instituciones del Ministerio (como la de la Fundación Casa Nacional de las Letras Andrés Bello) y las de no pocos ministerios, gobernaciones y organismos autónomos. Dar noticia pormenorizada de sus desvelos al servicio del libro reclamaría un espacio otro que el muy breve cedido por el tiempo para este programa.

Hagamos, sí, memoria y cuenta de unas de las empresas editoriales más notables y significativas de las que proliferan en la Venezuela de más adentro. Ellas son las Imprentas Regionales. Tanto su creación como su proyección las han hecho posible la Fundación Editorial El Perro y la Rana y la Red Nacional de Escritores, ambos en estrecha alianza, a la que se suman, las más de las veces, las secretarías y las demás instituciones de los estados. Alrededor de 130 títulos circulan ya entre las manos y el contentamiento de los autores y lectores. Toda una biblioteca comienza, así, a colmar los anaqueles de nuestros pueblos. Antes de que concluya el año 2008 su producción habrá alcanzado los 173 títulos. ¿De qué Venezuela provienen? ¿Quiénes son sus autores? Sorprende el número de escritores desconocidos y la frecuente presencia del ensayo y de la historia regional y local. Es verdad que los escritores de renombre persisten junto a aquellos que por primera vez son reconocidos como tales. Lejos han quedado el silencio y el marginamiento que los lastimaba. Se ha dicho —y es trajinado lugar común— que nuestro país es tierra de poetas. Las imprentas regionales no hacen sino confirmarlo. Pero la observación anotada hace apenas unas líneas no puede menos que vislumbrar un futuro significativo para el género del ensayo y la historia entre nosotros. ¿Cuántas veces no nos acusamos de cometer la desmemoria contra nuestro ayer y el desánimo por la prosa reflexiva y evocadora de Picón Salas y Enrique Bernardo Núñez? Está claro que hablamos de promesas, pero el marcado interés de los nóveles autores editados en las Imprentas Regionales por la historia local y el ensayo nos permite soñar con su revitalización.

País de los libros es hoy Venezuela. No pasará mucho tiempo sin que su vastedad de horizontes y costas, de valles y montañas conforme una geografía humana de escritores y lectores. Un país humanístico.

## Biblioteca Riera Aguinagalde, elegía de la desestima



Periodista, médico, militar de la Federación, zamorano en tiempos en que el general del pueblo soberano reclamaba tierra para los campesinos y más tarde, con merma de aquel fervor hacia el justiciero de San Inés, excesivamente guzmancista, el caroreño Ildefonso Riera Aguinagalde vería su nombre ungir la casa de la lectura pública en su ciudad natal. La biblioteca "Riera Aguinagalde", no sólo cedería sus anaqueles a los lectores del municipio; sus salas y sus patios acogerían la disertación más varia de los hombres y mujeres de la cultura regional y nacional.

Su domicilio permaneció largo tiempo en una casona de la calle Bolívar. Los libros y todo papel escrito tuvieron allí fecundo destino. Ella pertenece desde hace más de medio siglo a una larga, una histórica tradición que difundiera la fama —hoy, ay, en desgracia— de que no había casa en Carora que no reservara

un espacio privilegiado a una biblioteca. Otra tradición, menos digna, sería propagada por Don Cecilio Zubillaga Perera, la figura intelectual más conspicua del gentilicio caroreño, fogoso fablistán, lámpara y guía de escritores, artistas y políticos caroreños, socialista, antiimperialista y antilafundista *avant la lettre.* Decía don Chío —como lo nombra el recuerdo y la gloria— que entre sus paisanos todo escrito corría el albur de ser pasto de "las candelas de Carora", por referirse a su reiterada maña de cremar epístolas, manuscritos y hasta volúmenes maltratados por el desamor o el desinterés.

¿Por qué nombro a la Biblioteca "Riera Aguinagalde" y a don Chío de tal guisa? Ocurre que semanas atrás se propagó la noticia de que alrededor de 3.000 volúmenes de la Biblioteca habían sido quemados y echados a la basura ante la insoportable indiferencia de sus dolientes de casa y del país entero. En su minucia, la información señala varias razones: a más de las aceptables que autorizan la destrucción de material escrito alcanzado por el hongo y la polilla, añádese la más grave, por inadmisible y vergonzosa: que la extinción redujo a nada a no pocos libros considerados de la propiedad del maestro y escritor, los cuales habían sido dejados en recaudo en una sala que lleva su nombre, a pesar de que existen una fundación homónima y una casa donde se guarda y cela su memoria.



Distintos argumentos moviéronse para sustentar el hasta ahora supuesto crimen a las lecturas del gran caroreño: la ignorancia, la incuria, la displicencia y hasta una supuesta orden oficial que ordenaría privilegiar los títulos ideológicos y desamparar los que suspiran y sueñan, por el que don Chío —dicho sea de paso— sentía la misma estima que por los que abrazan los temas sociales y políticos.

Funcionarios públicos del libro, representantes legales y testigos se han dado a reunir las pruebas veraces y suficientes que arrojen luz sobre este bochorno que pesa y castiga como baldón a los larenses y sobremanera a los caroreños. Y fue este el motivo

raigal que animara a un grupo de escritores —entre los que se hallaba quien esto escribe—, educadores y larenses a reunirse en la sede del Gabinete Regional de Barquisimeto para exigir la pronta revelación de los hechos, no sin antes advertir lo que pareciera enturbiar, por decir lo menos, la acusación de marras: el evidente y ya epidémico sesgo político y su reiterado desafuero como ha sido el de vincular al gobierno nacional con la persecución de la letra escrita y con la quema de libros del nacional-socialismo, silenciando la muy profusa publicación de títulos de sellos editoriales como El Perro y la Rana y Monte Ávila Editores del Ministerio del Poder Popular de la Cultura y los que ofrecen las Imprentas Regionales.

Igual escándalo ha provocado la denuncia de la muerte o desaparición de miles de libros en el estado Miranda y en otras regiones del país, pero lo acaecido en Carora cobra visos acumulativos: años atrás, una novela de Guillermo Morón, *El gallo de las espuelas de oro***,** viva sátira a la sociedad y la moral de la clase mantuana caroreñas, fue quemada en un ritual de "acto de fe" por quienes se sintieron señalados en sus páginas, ante la pereza y el bostezo de la familia literaria nacional. Mucho antes, el propio Cecilio Zubillaga Perera sería objeto de una befa abominable: alguien colocó en torno al cuello de bronce de su estatua una rueda de automóvil. Que se sepa, sólo el hoy fenecido —para desgracia de los caroreños— *Diario de Carora*, en cuyas páginas don Chío dejara escrita su obra periodística más señera, expresó su indignación en la primera página.

El remitido suscrito por los asistentes a la cita de Barquisimeto concluye con un mandato del agraviado contra los manipuladores de la ceniza: "¡Adelante, adelante, aunque sea con la fuerza magnífica del pensamiento!".

# Fundación Editorial El Perro y la Rana, libros como gente



El destino reservó a Miguel Márquez el celo por los libros y la animación y difusión de su lectura. Poeta, universitario de la filosofía, hubo de ceder al mandato griego que le asignaba un oficio que lo distraía —pero sin desertar— del más inocente de los menesteres y de la gaya ciencia. Desde que lo conozco ha sido sucesivamente librero, gerente de la transfigurada Kuai-mare y cabeza de la Dirección General Sectorial de Literatura del extinto Consejo Nacional de la Cultura.

Su más riesgoso reto es el que ha asumido ahora al aceptar la Presidencia de la Fundación Editorial El Perro y la Rana del Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Atrás quedaron los anaqueles de las librerías de provincia y la ardua diligencia de la red nacional de la oferta y la demanda kuaimareña.

Esta vez, tenía que entenderse con la edición masiva de libros y la invención de numerosas colecciones. Tarea nada fácil y él lo sabía. Para paliar tales azoros de galeote, rodeose de amigos incondicionales de su tiempo y de edad bisoña, deseosos de enfrentar retos: editores, correctores, diseñadores, productores, operarios exploradores de textos incunables y exhumadores de títulos olvidados. Su sala de trabajo llegará a desmesura, pero él se reservará un rincón, apenas una rendija. Desde allí ha creado el sello con nombre de pintadera panare en la que el batracio de la epopeya aborigen explica la fertilidad, el heraldo de la abundancia y el cánido el olfato, la búsqueda del rastro.

A estas horas, aunque son pocas, la Fundación puede dar cuenta de su ingente trabajo. La mejor prueba de ello es transitar por los puntos de venta de las Librerías del Sur y asistir a las ferias nacionales e internacionales del libro para comprobar cómo ha sido de profusa su edición de títulos, cuán largo es su tiraje y qué bajos son sus precios: los más no sobrepasan los tres o cinco bolívares.



Verdadero bosque de lectura, El Perro y la Rana, "Memoria y voz de Nuestra América", como gusta presentarse y lo demuestra, se dio a ordenar su múltiple temario ideando un sinnúmero de colecciones. Quiero citar sus nombres uno a uno: la "Alfredo Maneiro", la "Reverón", la "Biblioteca de los Consejos Comunales", la de "Cada día un Libro" y "Los Caminos del Sur", la de "Entraba Libre", la de "Entreverado", la de "Estrategia de Lectura", la señalada como "Fuera de Colección", la "Heterodoxia", la de "Historias", la que se llama como Arguedas, "Los Ríos Profundos" y esta, la de "Páginas Venezolanas" o aquella, la de "Paulo Freire", la que sigue, la de "Poesía del Mundo", una de las más reclamadas por los adictos a Virgilio y a Rimbaud, en apretada competencia con la de la "Poesía Venezolana", a la que casi da alcance la de "Poemas Urgentes". Pero no termina allí su vasta oferta: propone asimismo la colección de los "Premios Nacionales de Cultura", la "Taima-Taima", la de "Trazos y Testimonios", la del "Sistema Nacional de Imprentas" y la "Colección Básica Temática".

La pasada semana, esta magna aventura editorial arribó al tercer año de su nacimiento. Su juventud prefigura lo que habrá de ser su madurez a juzgar por los logros y los desafíos a los que se enfrenta. En las puertas de su robusto catálogo, publicado recientemente con motivo de su aniversario, una nota advierte que en el año 2008 sobrepasó el umbral de los 1.300 títulos y que tal suma alcanzó los 1.600 títulos en febrero de 2009.

Sus asuntos son tan varios que mal podríamos intentar siquiera resumirlos en estas líneas: abarcan la poesía, la narrativa, la crónica, la historia, el arte, el teatro, la arquitectura, la pedagogía, la gastronomía, el testimonio, el pensamiento, la antropología, la sociología, la política, el imaginario y literatura infantil.

Colecciones hay con tirajes hasta de cincuenta mil ejemplares, como las de la Biblioteca Básica Temática y la de los Consejos Comunales. El catálogo no es exhaustivo: nuevas colecciones aguardan para enriquecer sus temas, como las de ciencias del lenguaje, la lingüística, la lexicografía.



A más de la floresta de títulos, son creaciones de El Perro y la Rana las revistas de cultura: una es *A Plena Voz,* de aparición mensual y de distribución gratuita, cuyo tiraje se eleva a las cien mil copias, suma nunca antes alcanzada en revista literaria alguna, al menos en Venezuela. El poeta William Osuna es su director desde hace cinco años, que son también los de la vida de la revista**,** por lo que comparte fecha aniversaria con el sello editor. La otra es la muy reciente revista *Día-crítica,* de aparición trimestral, bajo la dirección del joven poeta e intelectual Gonzalo Ramírez.

Puede estar satisfecho Miguel Márquez con su obra. Una obra —debo corregirme— colectiva, en verdad, fruto de un equipo, el suyo y el del Ministerio del Poder Popular para la Cultura, es decir, de cuantos allí laboramos, pero es él su espíritu y el ansia de imaginar un país donde la lectura y la escritura dejen de ser promesa inane, huero propósito institucional.

Prolongados aplausos.

# La Iglesia de San Miguel de Boconó, Dios es un campesino trujillano



Según vaya o venga el viajero que frecuenta las cumbres en cuya hondura el curso del Burate sonoroso exorna al pueblo de Boconó, una ruta, casi rastro, tuerca hacia el vallado donde tiene su asiento el villorrio de San Miguel. Es delgada y larga su calle mayor. Su hendidura hace a un lado las casas y los sembradíos y predios aledaños. La modernidad ha echado abajo el techado de teja musgosa, la tapia hecha con caricia humana, el ventanal, ese jardín colgante, el empedrado que suena a uña de mula y caballo, la pelusa de la paja en las orillas. Y el sosiego que interrumpe el ave toche, el reto del gallo, el ladrido y la queja del rumiante. Como su presencia es empinada y neblinosa, San Miguel ha de guarecerse desde el anochecer hasta el alba bajo la chamarra que otrora fuera de pelaje de oveja y que hoy reemplaza el nylon.

Y bien que el cemento y la lata hayan desdibujado su remoto semblante, sobreviven el adobe y el bahareque del solar y la fachada, el zaguán penumbroso y el patio donde cunde la fragancia del azahar de la india y del café, tan pródigo aún en sus pendientes verdísimas. Si el viajero prosigue su paso más al fondo no tardará en encontrarse con un breve y modesto templo, austero, sin adorno de alarife, que pareciera servir de celador de la vida que en torno suyo transcurre, taciturna y exultante, obediente al almanaque del cielo y de sus santos, oráculo de la lluvia y el verano, de la labranza y la cosecha, heraldo de la loa y la invocación a la madre del Señor, a su nacimiento sobre la hierba, a su martirio y elevación a las nubes. Entonces, San Miguel suena las campanas de su menuda torre, cubre de flores sus altares, hace estallar el fuego artificial, permite el alborozo del envite y el azar, canta, danza y se acuesta tarde, como si el templo fungiera de patrón del contentamiento colectivo.



Ignórase el día exacto en que su casa santa elevose por primera vez al aire. Acaso —se atreven a argüir los memorialistas— hubo de ocurrir hacia el siglo XVII. Es que no hay testimonio escrito, ni documento probatorio fiel. Es verdad, sí, que en el vecindario del Municipio, distinguíanse entre la bruma, la ermita de Burbusay y su curato, con partida de nacimiento fechada en 1597, es decir, cuando el siglo XVI moría. Por ello, la cronista boconesa Lourdes Dubuc de Isea, se atreve a suponer que la iglesia de San Miguel tuvo su primigenia elevación entre 1600 y 1646. Los documentos parroquiales registran la tenebrosa visita, en 1735, de don Pedro Hernández Villamil, Comisario del Santo Oficio de la Inquisición. Otra visita menos aprensiva, fue la del inveterado caminante Obispo Martí, cuando promediaba el año de 1777.

La iglesia, obra maestra de los decoradores del retablo del altar, sería distinguida, comprobadas como fueron por los sabihondos sus muchas bondades estéticas, con el título de Patrimonio Histórico Nacional. Pero, ay, tales bondades, serían pasto de los pillos: en 1963 sufriría el despojo de sus tesoros de oro y talla

coloniales. Un nuevo expolio terminó por desolarla en 1994. Esta vez los desalmados se hicieron con las figuras de San Isidro, Santa Clara y el propio San Miguel, a más de dos candelabros.

Lastimada de esta suerte, hubo de ser restaurada ayer mismo, en 2001 y cauterizada, pero nunca curada de sus lastimaduras, así persiste en estos días.

Para saber con minucia de la historia de la iglesia, Chemané Arias Rodolfo concluyó un libro, *La iglesia de San Miguel de Boconó y su retablo mayor*, publicado, hará pocos días, por el Fondo Editorial Arturo Cardozo de la Gobernación Bolivariana del Estado Trujillo. La obra, asegúrase en la contraportada, nos introduce en el asombroso mundo cultural del Trujillo del período colonial. La poesía de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa se escucha en sus páginas, el rezo y la magia, en una palabra, el cielo y la tierra, de los que es lazo de piedra y tapia, la breve joya sanmiguelina, amén.

## La Navidad; hasta la tristeza sonríe [ *289* ]

Diciembre comienza con el viento. Llega en un día impreciso, a veces después de las lluvias postreras o con ellas. No es cualquier viento. Proviene de los mares remotos. Es blanco, muy blanco. Tanto, que todo cuanto toca se le asemeja. Tiene un nombre: el alisio. La luz, una luz que ha tomado su color purísimo, es su forma más visible. Juntos, vuelven la realidad dorada, rubia, como las espigas de la montaña, el valle, los llanos. Y no sólo es blanco y claramente luminoso: es fresco durante el día y apenas anochece siente frío. En la alta noche y en la madrugada, cuando diciembre avanza a su fin, tirita y nosotros con él. Se le da por soplar fuerte, avienta las hojas y desordena nuestro cabello. "Ya vino diciembre", exclamamos jubilosos. Nunca la pajarería se muestra más alborozada. Aquí, en Caracas, el aire y el tiempo fresco de diciembre tiene un patronímico humano. Se le llama Pacheco.

La tradición refiere que un cultivador de flores, el señor Pacheco, acaso oriundo de Galipán, bajaba a la ciudad con su mazo de pétalos apenas el viento alisio sacudía su ventalle. "Llegó Pacheco", anunciaban los caraqueños, por querer decir que diciembre había llegado. La vieja tradición no ha desaparecido, como sí la ciudad solariega, a la que el presbítero e historiador Oviedo y Baños, en los tiempos de la Colonia, le atribuía "un temperamento tan del cielo".

Es que el viento decembrino, como la luz que le hace compañía, pareciera aproximar los espacios celestes a la tierra. Es un viento jubiloso, festivo. Su alegre talante nos contagia de tal manera que se nos figura el heraldo de los días navideños. Y en verdad lo es. La apariencia de los seres y las cosas cambian bajo su gracia blanca y refrescante. No tardará el canto y el ritmo en hacerle coro. La gente, apenas recibe el sueldo de los aguinaldos laborales, no más acumula el dinero del goce, se va de compras, ora para adquirir vestimenta propia para el festejo pascual y el año nuevo, ora para comprar regalos. Las ventanas y los balcones de las casas fulguran con luces de colores.



Se visten de esplendor lumínico los árboles de los jardines y las plazas. E igual ocurre con los centros comerciales y en lo alto de los edificios. Y el viento va y viene, zumba en el follaje, nos lleva, nos tiene y la luz nos cubre con su fino lujo de lino y seda.

Aun la pobreza, la dura pobreza de nuestros menesterosos, encuentra un momento de solaz en estos tiempos risueños. Hasta el hambre parece sonreír. Hay alguien cerca que le ofrece una dádiva, otro se atreve a apiadarse de ella, aunque sea desde lejos. La limosna es generosa gracias a diciembre y la injusticia social un poco menos canalla. Hubo un niño, un niño que vivió y murió en un cuento memorable de José Rafael Pocaterra, que tuvo esa misma cara de la pobreza. Se llamó Panchito Mendefuá, quien tuvo el privilegio de cenar con el niño Jesús, mientras sueña con un país sin lágrimas y donde la pobrecía, como en el poema de Rimbaud, deje de morderle el corazón.

Sí, es tiempo de fiestas, de obsequios. A ello nos convida esa brisa, ese color del aire.

Otrora, cuando las casas miraban por la ventana y los corredores eran un sendero penumbroso que prometía un jardín interior, se edificaba en un rincón el llamado pesebre navideño, hecho de anime, cajas de cartón, fardos de fique, musgo de los montes, espejos, materos, con los que se remedaba a Belén de Judea. Pastores, ovejas y animales de yeso y madera poblaban el lugar y allá, casi siempre sobre un alto, bajo una estrella de hojalata, hincábase una choza a cuyo cobijo los muñecos de José y María adoraban al niño Jesús, flanqueados por un mulo y un buey a los que la liturgia católica obligaban a permanecer echados, tal vez por ser eso, por ser sólo animales, privados de alma y sin autorización, por lo tanto, de aspirar al cielo.

Para loar el nacimiento del Redentor allegábanse los pastores, niños y niñas del vecindario, vestidos con los arrestos de campesinos: una maruza, unas cotizas, el sombrero de hoja de palma, un pañuelo al cuello. Traían maracas, un cuatro, unas sonajas y un furruco con los que animaban sus canciones navideñas, sus aguinaldos, como se les llamaban.

Durante los oficios religiosos, aquellas desaparecidas misas de madrugada, los partecitos solían cantar baladas y romanzas de igual guisa. Afuera, al concluir el ritual, las muchachas y muchachos se calzaban los patines y corrían hasta el amanecer por las calles y las plazas.

Tales tradiciones pertenecen hoy al olvido. Puede que algunas de ellas sobrevivan en la Venezuela de más adentro. Menos aquellos cantos con tambora y voces de pájaros. La gaita marabina hizo a un lado su ternura. Sin embargo, aún persiste la costumbre de fabricar el pesebre navideño. Raro resulta hallar una casa o un apartamento sin esa escenografía de nuestra infancia a la que se han incorporado la copa de un pino y el barbudo y muy foráneo San Nicolás con su trineo de las nieves nórdicas, suerte de intru-

sos de una memoria colectiva que nada debe a nuestra identidad, regalo de nuestros ancestros de la inocencia y el fervor religioso.

Diríase que la Navidad es cada vez menos venezolana, pero no así el viento y la luz que la visitan. A ellos elevamos nuestra canción navideña de estima y de añoranza. ¡Feliz Navidad para ustedes, amigos del cielo y de la tierra! ¡Sopla viento blanco, ámanos luz purísima! ¡Y tú, estrella solitaria, alumbra nuestras vidas desde la cima de Belén, en la cumbre del Ávila, haznos menos airados, esto es, más niños, más gente del aire y del esplendor!

# De la parada al cole;, la estética como rudeza



Un pueblo es una plaza, una iglesia, los muros del poder municipal y una manga de coleo. Si no estuvieran nos perderíamos en la Venezuela de más adentro. Aun si nos corrigiéramos, para ceder a la intromisión de la ruina, la del descuido y el desprecio, o de la otra, la del derrumbe de la mal llamada picota del progreso, la fisonomía regional del país terminaría, como hartas veces lo ha hecho, mudando su estropeada o abolida semejanza un poco más allá, por lo común a sus aledaños a fin de reconstruir el espacio acorralado donde se miden hombre, caballo y toro desde lo más remoto de nuestra identidad nacional, al que la modernidad ha dado visos de larga jaula de hierro y palcos de igual industria, pero, con todo, remedo de la calle que otrora —y por luengos años— cercaba sus esquinas con palos de guasduas para que se cumpliera una tradición vieja mas de improbable acabamiento.

Antes —y bien que en no pocas regiones persista su tosca, pero ecológica y campesina industria— construíase la manga de palos, remembranza de los corrales y las majadas, lugar de pervivencia de una de las destrezas que tanto fascinan al jinete en las vaquerías sobre lo más liso del mundo de polvo y hierba, entre la grita y el sudor, la espuela empurpurada, la advertencia y el castigo del mandador, el silbo y la copla.

Pero antes hubo la historia. Tiene quinientos años. La escribió la uña del caballo de Gonzalo de Ocampo y Jácome Castelón en el oriente de Santa Fe de Anzoátegui y las lindes de Cumaná. El indio supo de su primer estupor ante esa criatura cuyos lomos soportaban al hombre que los diezmaba bajo hierro y pólvora, adherido —uno e indiviso— a una presencia ligera e impaciente, armada con cascos de pedernal, la piel y la crin de mujer, presto a dejar la tierra que desbarataba con su encabritamientos, a la que jamás columbrara en los flancos del mar, los carrascales y las maniguas, ni imaginaran sus cosmogonías. Más tarde, mucho más tarde, después o todavía en la Colonia, vencido con la flecha silenciosa, el indio se pondría a su vez a caballo, lo hizo suyo junto con el ganado mostrenco que pastaba libre en los descampados y soportó sus embates de cerrero hasta sosegarlo, sin avizorar nunca que tal hazaña lo aprestaba ya a engrosar las guerrillas sabaneras de José Antonio Páez, barajustando sus bríos en Mucuritas y ofreciéndole sus ijares y su pescuezo al puñal español en Las Queseras del Medio.

Del hato colonial y de la guerra emancipadora proviene el coleo, del hombre bien de a caballo, del hombre jinete, con o sin apero de silla y freno, al alcance de la res espantada y valiéndose de la astucia del piquijuye, con la que quebrantara las huestes del Rey en sabana abierta y en calcetas.

Esa prueba de hombría del aborigen y del mestizo, el próximo de su sangre, duraría cuantas veces fue menester sofrenar a la res despavorida con el ojo de la soga y si esta se equivocaba atierrándola confiando en el apuro de su cabalgadura y en el puño de su mano, o era en el círculo de cuernos y crines cuando tras el momento de

juntar el ganado propio y el ajeno se escenificaba el aparte, no sin antes derribarla, los remos al aire, allí mismo, en la sabana. Olía a cuero herrado, a transpiración, a bosta, a polvo y barro, a loción de mastranto. Todavía ocurre esa delicia, todavía dura ese goce de voltear un toro y de probar el barajuste y la ligereza de un caballo entre el alambre y los vaqueros, mientras truena allá abajo o el sol acaba con nuestra sombra.

Los terratenientes, dueños de la tierra y de la vida y los santos del cielo se llevaron la faena del derribo desde el arzón de la silla a las calles de los pueblos. Y desde entonces, aun con los trastornos civilizatorios que nos sabemos al caletre, perdura en el alma del venezolano de adentro y de la ciudad. Hoy, el coleo, aunque sufra de hartas transfiguraciones, revive en su esencialidad, la instintiva y ancestral pericia y arrojo del llanero en tumbar toros sometiéndola a leyes y reglamentos, anunciando competencias y campeonatos, reconociendo a los mejores con trofeo y gloria. Su versión moderna dejó en el sentimiento al coleo romántico, pero ambos se juntan en la manga, en la gran fiesta colectiva. Su sofisticación ha inventado estilos y hasta una estética. La pericia ha devenido en arte, arte de colear, su liza elevada a patrimonio en todas las regiones y reconocida por plebiscito popular como deporte, que no, incomprensiblemente, por nuestras leyes.

Un libro, que es vivencia e indagación del coleo, ha nacido en estos días de la mano y el sentimiento de un barinés, desde niño alzado sobre el caballo, que recibió la enseñanza de los potreros y la tierra acostada, que tuvo por fantasía el coraje y por juego el peligro, para más tarde medirse con los bravos del saco de puerta y la coleada "de a peacito". Él es Ruperto Hurtado Lozada, de los Hurtado y los Lozada de Obispos, donde Barinas ostenta blasón de estirpe coleadora en la catadura de sus hombres de colcha y cobija, de mandador y espuela, de soga y chicote.

Importa destacar, entre las no pocas virtudes del libro, al que Ruperto Hurtado Lozada ha titulado, con justeza y significación, *De la parada al coleo,* como decir, de la labor pastoril a la cancha, su

organizado desarrollo temático, cuidando compendiar la evolución histórica del caballo desde y durante la conquista, la Colonia, las guerras de emancipación, la fundación de la nacionalidad y nuestro presente. Al hacerlo, quiso diseñar el escenario memorioso que explica el papel de actor principalísimo que juega esa criatura inseparable del llanero (porque todo jinete es por definición ontológica un llanero), el mismo indio, el propio lancero, cada amansador de bestias braveras, cualquier vaquero en el rodeo, en la calle encorralada y la cancha de metal.

El memorial de los ídolos, la nombradía de sus corceles, la presencia de la multitud en las talanqueras, acompaña a la noticia específica sobre la actividad campeonil, las pruebas por categorías de los atletas, las exigencias de cada competencia y la gremialización de los equipos. La reciedumbre del coleo, su factura viril, ha sido desconocida por la mujer, quien ha probado que es capaz de desacomodar toros pesados y voltearlos por el filo del lomo como los grandes de las leyendas que difunden los poetas y pregonan sus cantores.



Pero si caballo y jinete hacen al coleador, es aquel el que atrasa el viento en la carrera del poema de Virgilio, el ser primordial de esa mutua inteligencia. ¿De dónde provino? ¿Del viento del sur, como asegura Mahoma? ¿De las olas de Neptuno y de la cabeza de la Gorgona, como asevera la mitología griega? ¿O de Pluma e'garza, el caballo de la infancia de Edgar Colmenares del Valle, creación de la llanura física y simbólica, sicopompo, aliado de la vida y de la muerte, del aquí y del trasmundo, perecedero y perpetuo, mítico siempre, cuya uña hizo brotar la fuente de Hipocrene, el de la inspiración poética entre los dioses helenos? La valentía y la nobleza de Pluma e´garza no me abandonan. Caballo llanero, habituado a vérselas con la fatalidad, esta vez con el jaguar al acecho bajo las matas y los coñales del llano, dirime su orgullo ante a las zarpas y los cuchillos de la fiera, blanca la seda de su apariencia, púrpura la rabia de su corazón y eternizado en la elegía de mi amigo cuando las páginas del libro enflaquecen. Allí, entre las frases postreras, lo contemplo

todavía y lo leo intocado por la carroña, como si acabara de derribar a la muerte en el callejón de corrales del destino.

# Cínaro, para leer un aroma



Ninguno es como este arbusto de los Andes que se empina sobre sus cornisas de ventisquero y niebla. "Sus hojas ovaladas rematan en una cúspide larguísima —dice Pittier— y el cáliz es también notable". Allá arriba, donde gusta vivir, el Cínaro ofrece la dulzura de su fruto. Los parroquianos de Milla del Municipio Libertador en cuyas límites se asienta Santa Rosa hacia el lado nororiental de Mérida, eligieron —con justeza— al Cínaro para ofrecer una revista dedicada a la alegría, ese sentimiento que todo lo puede y frente al cual no hay lágrima ni mueca con ánimo de quebrantarlo. Publicación comunitaria esta que practica el pensamiento del escritor cubano César Gómez Franco a quien desvelan los dioses y héroes risueños, "como el payaso —son sus palabras— de nuestra infancia, el cómico de nuestro barrio o, definitivamente al Chaplin de nuestras vidas"; e igual seguimiento prestan a los poetas Mario Benedetti y

a Khalil Gibran. La alegría es "una certeza", "un destino", asevera el uruguayo; "es un dar y ese dar es un premio", agrega el persa imprescindible.

¿Quiénes determinaron darle nacimiento a *Cínaro*? Se llaman Odoardo Torres, Luis Emilio Alcalá y Mariela Delgado. A Melissa Fernández le confiaron la corrección de los textos, su transcripción a Mariela y el diseño y diagramación a Luis Emilio. Las fotografías son propiedad del Consejo Comunal.

No sólo de la alegría, claro está, trata la revista, pero en su defensa abordan asuntos escabrosos para aventarlos como si malayerba fuera, a los que, por cierto, facilita la embalconada situación de Santa Rosa. Prueba de lo dicho es el frente que han creado los santarroseños para frenar el deterioro que sufre el Albarregas —su vecino de municipio y de la capital del Estado— por culpa de la cultura industrial y la civilización de la basura. A sus aguas debe el pueblo y la comarca las ansias de progreso; a ellas entrega, como principal tributario, su destino. La Universidad Bolivariana de Venezuela consignó a los pobladores un diagnóstico integral sobre la grave salud que lastima al río, acudiendo a la demanda de socorro de los labriegos y de cuantos trabajan por sus manos. A fin de darle consistencia a su propósito de redención ecológica, la comunidad y los estudiantes se aliaron en un estrecho entendimiento, el de la Gestión Ambiental de la UBC, ganosa de emprender la búsqueda —leemos en el pormenor que al respecto divulga *Cínaro*—"una solución a la problemática ambiental de Santa Rosa y sus aledaños, desamparados —adviértese— por la ineficacia y la ineficiencia de los sistemas administrativos que vulneran la calidad de vida de los habitantes de la localidad". De seguidas, su Comité de Cultura interviene para avisar sobre las llamas y los escombros que un grupo de estudiantes de la ULA han propagado por calles y caminos vecinales. "No más hechos vandálicos a la entrada de Santa Rosa", titula la nota. Menos airada que lastimera.

La ecología ocupa, qué duda cabe, el interés de este número de *Cínaro*. Lo prueban sus otros artículos donde se informa acerca

de la "Campaña financiera de solidaridad con los trabajadores de la planta de tratamiento de desechos sólidos de Mérida", expoliados por sus patronos y la llamada de socorro del Comité de Cultura titulada "¡Nos quedamos sin agua!". "En la actualidad —subraya el artículo— el 50% de la población carece de saneamiento y el 20% simplemente no tiene acceso al agua. Los pueblos de Suramérica, África y Asia son los más afectados. Las enfermedades relacionadas con el agua como el cólera y la diarrea causan la muerte a más de 15 millones de personas al año".

Fiel a la voluntad de privilegiar lo risueño y lo placentero frente a la incertidumbre y al desasosiego, las páginas que siguen proponen la lectura de la fantasía infantil, en la que destácase el cuento *Dos vidas* de Isabella Lantieri, de 10 años de edad. Escritores de otra edad y otro imaginario, Gonzalo Fragui cede un relato político-satírico sobre la guerrilla y las FARC llamado "El canciller Araujo y los rinocerontes" y Netza Moreno nos convida a viajar a París en su relato *Hojas Sueltas*, al encuentro con un ángel humano, una balada, un vals o un beso. Antes, casi en el umbral de la revista, Mariela Delgado nos hace degustar "El picante de Doña Alcira" y sobre la pared de atrás, el Chino Víctor Valera Mora, desde su viviente posteridad, permite que celebremos a uno de sus más célebres poemas, "También es verdad que busco lo que se me ha perdido". Le hacen compañía, José Ángel Fernández, el poeta wayuú y el poeta chileno Mario Meléndez.

Si el Cenal, el Instituto Autónomo Centro Nacional del Libro, del Ministerio del Poder Popular para la Cultura, ha hecho posible la aparición de *Cínaro*, son ellos sus creadores y animadores y la comunidad toda de Santa Rosa, merideña quienes justifican el motivo y razón de ser de su publicación: el ser, la conciencia de una región que se bate contra las adversidades empuñando la sonrisa como el arma más temible del amor.

# Las tribulaciones del joven Minardi



"Dénme ustedes los primeros seis años de un niño y yo les cederé los demás", afirmaba Rudyard Kipling. El memorable autor de *El libro de las tierras vírgenes* y *King de la India,* insistió hartas veces en esa proposición, como que estaba cierto que cuando trasponemos esos primeros años de nuestra vida perfílanse ya los rasgos definitivos de nuestra conducta. Como todo sofisma, el dicho de Kipling sufre de no pocas enmiendas, pero en el caso de Corrado Minardi lo confirma con holgura. Valerano, nacido hace un rato, el 16 de junio de 1992, apenas cumplió los ocho años participó en un taller de expresión literaria y creatividad. La actividad tallerista no era actividad desconocida: en su casa, los libros y la lectura eran cotidiano ocio fecundo. Una madre lectora, amante de las lenguas, sensible a todas las manifestaciones del arte abonaría el gusto de su hijo por la poesía y la música.

Recién cumplidos los doce años, al promediar 2005, Corrado Minardi se alistó para participar en el X Concurso Nacional de "Poesía para Liceístas" organizado por la Casa de la Poesía Pérez Bonalde y la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello. Más de un centenar de aspirantes provenientes de los liceos del país atendieron a la cita. No recuerdo bajo cuál seudónimo se ocultaba el joven valerano. El jurado determinó otorgarle el primer premio por su poemario *Tribulaciones*. Su sorprendente lenguaje y el desenfado en retar una temática desusada para su edad habían conquistado al tribunal calificador. Un nuevo poeta nacía, una nueva voz, con la infancia aún en la garganta y en la mirada. No tardaría en regresar a Caracas, esta vez como invitado a participar en la XII Semana Internacional de la Poesía en la que se le rendiría tributo al gran poeta Alfredo Silva Estrada. De vuelta a su casa trujillana ingresó a nuestros talleres literarios en Valera. La música, ya sabemos, habitaba la casa materna. Corrado Minardi privilegió el silbo del clarinete y ya lleva tres años en la Orquesta Nacional Juvenil de Venezuela.



Nuestro poeta hubo de esperar varios años para tener en sus manos la edición sus *Tribulaciones*, que no ha mucho ofreciera el sello Nadie Nos Edita y la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello en su colección Alta Voz. Acerca del "poder transformador de la palabra", medita Raquel Molina, coordinadora del Sistema de Talleres de la casa bellista en la contraportada. De ese poder transmutador da prueba Corrado Minardi cuando propone una escritura despojada de sobre abundancias, cejijunta, grave, a veces marcada por la mueca, el humor acre, atenta a la evidencia de la vida común, cuidadosa de la lógica del poema, a menudo sorprendida por conclusiones inesperadas, como cuando escribe "Delirio":

Necesito subir a mi caballo
galopar
perderme tras el último horizonte

Cruzar mares
volar por las praderas

Pero el potro relincha
Y me pierdo en el sexto continente

o cuando acude al referente literario para jugar a la fantasía y a la sátira en su poema "Historia Universal":

—¡Copien!
Grita el torturador con un látigo en la mano.

Me refugio en las nuevas tierras de Tsinguimutu,
corro por las estepas junto a los arqueros mongoles,
rodeo el mundo con Magallanes…

Tras la interminable jornada, regreso a tierra.
Felizmente, el profesor ya se ha ido.

Bienvenido a casa, poeta. Los que pretendemos la poesía te saludan.

# Premio de literatura y oralidad: escribir con los labios



He visto a Antonio Trujillo cruzar Venezuela en busca de una escritura hablada, la escritura de la oralidad. Ha subido colinas, ha desandado valles y sabanas, ha convivido con la aridez y se ha adentrado al sur más remoto de Guayana y Amazonas movido por ese afán indesmayable de rescatar la confidencia que guarda la palabra del venezolano, en la que es posible conocer nuestra otra historia, la historia oral de nuestros pueblos, esa aliada de la historia escrita. De la boca de esos testimonios ha podido dar a conocer, transcribiéndola, la vida íntima y común de las regiones, en su suma, su identidad. Él cabe, por haberlo sufrido en hartas ocasiones, que cada vez que se borra con nuestra desestima o con la muerte, esa escritura de la palabra, perdemos a un país, desaparece una geografía humana, definitivamente irrecuperable. Oír y transcribir esa Venezuela hablada ha educado su sensibilidad de

poeta y cronista. A él debemos un libro conmovedor, los *Testimonios de la niebla*, con el que ha rescatado las voces de los campesinos, obreros y otros moradores de esa región mirandina próxima a Caracas. La obra ha conocido ya dos ediciones, la de la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello y la del Perro y la Rana, ambos sellos del Ministerio del Poder Popular para la Cultura. ¿Debo repetir que Antonio Trujillo es asesor del área de oralidad de la Casa de Bello? ¿Que es el director de una de las revistas más singulares, por su perfil y por su alcance cultural regional y nacional, como es *Trapos y helechos*, fuente primigenia de su valiosísima labor y basamento de la metodología que emplea en el rescate de esa Venezuela que vive en el recuerdo y en la cotidianidad de su gente memoriosa? Un abuelo o una abuela, pareciera decirme, un artesano, un campesino, alguien capaz de mostrarme con su palabra el alma de un pueblo y de un paisaje, los pormenores de su oficio o de su fantasía, es un libro hablado, una historia dicha con la voz.



Fruto de ese deambular por los caminos, de su permanencia en los pueblos y los barrios, son los talleres y concursos que ha diseñado para acercar hasta nosotros, desde la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, la lectura en libros de los sentimientos y el pensamiento del venezolano evocador de sí mismo y de los suyos, sus ancestros y sus vecinos. De este modo, Antonio Trujillo ha prolongado nuestra geografía humana, agrandado su semejanza menos visible.

Para probar la valía de su amorosa diligencia convocó, en el nombre de Antonio José Torrealba y de Aquiles Nazoa, al Premio de Literatura y Oralidad de testimonio individual y colectivo y al de Los Barrios Cuentan Su Historia, respectivamente. Las voces de las distintas regiones han acudido a estos dos certámenes anuales. Más de media docena de títulos dan cuenta del resultado de esa valiosísima experiencia.

Semanas atrás, la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello divulgó tres de los cuatro libros recientemente galardonados:

*Adagios de mi vida*, historia de vida de Irene Guerrero Sánchez, transcrito por Fanny Ramírez, con el que obtuviera el Premio de literatura oral "Antonio José Torrealba", *Cubarrito del llano*, testimonio de Juan Rafael Pulido, recogido por Fidelina Manzo Chirivella, distinguido con la mención de honor, y *La honda superficie de los espejos*, de Arnaldo Jiménez, merecedor de la mención de honor "Los barrios cuentan su historia, Aquiles Nazoa".

La vida personal de un hombre del llano guariqueño, la biografía sentimental y artesanal de una abuela y la historia verbal de un barrio de Puerto Cabello, conforman la anécdota de estos tres libros escritos, repetimos, con los labios y la memoria, por lo que a más del valor testimonial de su contenido, destácanse el habla de sus confidentes, su muy personal y expresiva manera de emplear la lengua regional, sus localismos y modismos, el uso de figuras lingüísticas con frecuencia ricas de inventos, de ruda y grácil belleza poética.

La oralidad forma parte de esa lectura de Venezuela, esa lectura integral que es el norte institucional de la Casa Nacional de Las Letras Andrés Bello, la de su geografía física, pero también la de su geografía humana, la de sus gentes, sus regiones, su habla, su música, sus culturas diversas, la del hombre en ciernes y el hombre antiguo, la de su risa y su angustia, la de su vínculo con el mundo y el trasmundo; en una palabra, la de su soberanía moral y cultural, esto el país que nos pide cada día que no lo excluyamos y que lo sintamos en nuestro pecho como nuestro otro corazón.

# Primero fue Margarita, después el sol



Fue perla y fue su recuerdo. Y tanto, que aún extenuado como yace el oro blanco de su almeja, todavía persiste su otrora levantada riqueza en los octosílabos de Juan de Castellanos y en las exageraciones de los cronistas. Los embustes de la mejor narrativa de Enrique Bernardo Núñez, no soportan la fama de su novela *Cubagua* porque después que acaeciera el mar airado y la tierra convulsa que abolieran su precaria civilización, el escombro del paisaje, que antes sustentaban pingüe almacén y larga esquina de piedra sillar y de salitre, preserva su anulada ostentación en nuestro imaginario las veces que desandamos su desierto llevando como sólo viático esa escritura del verso interminable, las anotaciones de los viandantes, la anécdota novelada y la décima del cantador del punto de navegante en la garganta de Chelías Villarroel.

Alguien certifica en sustentados testimonios y en inciertos apócrifos que Colón estampó su fe de bautismo para contentar a la fullera realeza de una princesa; otro asevera que su nombre proviene de la prosodia de los navegantes por mares de utopía y más luego, en tiempos de la guerra de Bolívar, que fuese el fraile refractario Madariaga culpable de macular su patronímico de esplendor ganoso de motejar la tocaya de la patria de los fieros espartanos, más sensibles a la degollina que al hedonismo del adorno y la pretensión y sin parecido alguno con la plácida playa de sus flancos ni el ligero ventalle de su espinar y de su palma.

Dondequiera que la busquemos y cualquiera sea nuestro encuentro con su memoria y su presencia enmendaremos ese apelativo de ilota y de hoplita, por preferir el de la flor de la arena y del viento de la margarita de la flor y la perla.

De tales noticias versa un libro enriquecido con la mirada del fotógrafo José Voglar, maestro de la contemplación paisajística, biógrafo de la luz. Titúlase *Margarita preciosa* y ha sido publicado por el Centro de Arte La Estancia, de Pdvsa, como uno de sus esmeros en la divulgación del Plan Siembra Petrolera. Su autora, que jura tener sus ancestros en Juan Griego, es Lourdes Fierro Bustillos. Ella quiso contarnos el pormenor del archipiélago de su estima desde su más lejana lejanía hasta su más próximo instante teniendo por excusa la Primera Cumbre Energética Suramericana.

Tal lectura es, así, diversa, varia: leyenda, versículo, rúbrica, aguja de marear, bitácora, pluma, catecismo y espada; también apóstrofe de malandanza colonialista, ludibrio de cédula real, abominación por el no cristiano, ociosidad de patrón, estulticia del engolillado y el reverendo, luego venganza por la larga afrenta, iracundia de refractarios, arrojo en campo de olas y de guasábara, barullo, zafarrancho, refriega, combate, muerte, resurrección y conquista de soberanía nacional y continental. Pero asimismo paisaje, todo paisaje insular posible: el que acepta cada confidencia, cada rastro, el del filo cariado de la costa rocosa, el del filo de

sable de la playa sin término. Y el mar siempre, al pie del acantilado o sobre los techos, Margarita es la belleza enjuta de Macanao y la belleza frondosa de la montaña de Copey, la estela del peñero y del barco, el vuelo de los alisios y del guanaguanare, la punta del alcatraz y de la ardentía. Alguien canta en octavas reales entre los manglares y en los pueblos. Hay un aroma a delicia en brasas y a pan de maíz. La isla turística convive con la isla solariega, el muro de vidrio con la tapia de adobe. La fibra del cocotero acepta la fibra del palíndromo. La corteza de la canoa se amista con la concha del bote industrial. El hombre de mar y el de tierra firme se confunden con el hombre anónimo de los ventorrillos y las tiendas. Hace ya tiempo que la isla dejó de ser una aldea en medio de las olas, un caserío blanco en la blancura marina y solar, el tardo paso del pescador con su bichero al hombro, la cesta de peces sobre la cabeza guaiquerí de la mujer, el silencio rumoroso del mar que acentúa el grito del ave marina. Pero queda la luz más antigua de donde procede su nombre de joya submarina. Y el poema del polo y del galerón, la melancólica mandolina y la exultante mandola.

Todo y más es este libro. Si Lourdes Fierro Bustillos narra su minucia, José Voglar lo mira con dulzura. Leer y mirar a Margarita ha sido posible porque la escritora y el fotógrafo han unido su sentimiento de amor por ella. Es un libro azul como su mar y púrpura como la aurora del maderamen y como la estela del crepúsculo.

# *Participarte,* tiempo de ser todos



En la víspera de la nueva inauguración de la Galería de Arte Nacional por el Presidente Hugo Chávez, ha nacido esta lectura sobre las artes de este y cualquier mundo. Llámase así, *Participarte*, órgano del Instituto de las Artes de la Imagen y del Espacio del Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Los amantes de la estética plástica, de su información y su reflexión crítica y ensayística esperaban una revista así, que invite a pensar y a sentir el arte en todos sus ámbitos y obediencias. He aquí pues su número primigenio. Ha sido posible porque es voluntad y afecto del comité editorial que presiden Adriana Meneses y María Luz Cárdenas, quienes disponen de un nutrido equipo de investigación y un considerable número de colaboradores.

Los tres jinetes de Bárbaro Rivas cabalgan sobre su portada, para anunciar que en las páginas de más adentro el gran artista

petareño sería objeto de tributo en la rúbrica. El decir de Bárbaro Rivas se escucha a lo largo del cuento de su existencia sensible y pobre. "Por la noche tengo una revelación y en cuanto me despierto la pinto", señala. Tales revelaciones provienen de su contemplación de lo sagrado y de la pureza de los seres y las cosas que lo rodearon en su patria de ranchos con vuelos de pájaros y paredes de infancia, con casas de Dios, santos y animales callejeros, papel y lata. Su vida de tormenta y de sosiego nos mira en sus autorretratos. Si Reverón fue iluminado por el blanco y su resplandor, Rivas fue asombrado por lo sencillo y su espiritualidad.

Una escritura evocadora regresa del olvido a Los Disidentes, aquel grupo de poetas, pintores, filósofos y músicos venezolanos y franceses que se juntaron brevemente pero para siempre por los años del 45 y del 50 en cierto subsuelo del Barrio Latino parisiense. Sus rostros, intocados por el tiempo, preservan la juventud de Alejandro Otero, Mateo Manaure, Pascual Navarro, Luis Guevara Moreno, Aimée Battistini, Armand Gatti, Pierre Ovules. Acompañan su recuerdo los catálogos y manifiestos del grupo que se dispersó en la historia de las vanguardias estéticas e intelectuales como las aguas del Sena.



María Luz Cárdenas discurre sobre "El dibujo, una aproximación", con Baudelaire, Paul Valéry y Matisse en los recuadros, un pájaro de Pisanello Vogel, unas rayas de Picasso, un Massaccio, la mirada de Reverón y sus amadas de trapo, un creyón de Degas, "La adoración de los reyes magos" en los recuadros y el escorzo del hombre universal de don Leonardo da Vinci, entre tantos inmortales del carboncillo y el óleo.

Willy Aranguren prefiere elogiar los dibujos del poeta Juan Calzadilla y de José Luis Cuevas y Mari Carmen Ramírez exalta las líneas de alambre y el color de sepia pálido de Gego. Un colaborador sin nombre escribe sobre la escritura. Busca apoyo en una luminosa frase de Picasso que es copia de un texto anónimo: "La escritura es el más hermoso dibujo capaz de ser creado por el hombre". Para probar lo dicho, Apollinaire inventa un poema

con forma de lluvia, los Sumerios lo hacen con maneras de hendijas cuneiformes, los egipcios con seres y cosas de perfil y Jackson Pollock con pintura derramada en armonioso desorden.

No podía faltar el lirismo de Jesús Soto, sus líneas de entresombra, sus superficies vivientes, sus reflejos de agua y luz trémula.

Isabel Huizi Castillo recurre a los sentimientos de Bolívar en su *Carta de Jamaica* para pensar en "La identidad y cultura en América Latina".

Las postrimerías de la revista han sido reservadas a una somera pero densa noticia sobre "Los antecedentes e hitos claves en los orígenes del arte moderno", 1816-1920, vale decir desde Daguerre, Baudelaire, Klimt, Manet, Monet, Cézanne, Van Gogh, Gauguin, Seurat, el aduanero Rousseau, por supuesto Picasso, Braque Duchamp, los rascacielos de Chicago y otros imposterga-bles pero que han quedado fuera de esta nota por culpa del tiempo, como Albert Einstein. Sospechamos que la autoría de este casi exhaustivo resumen pertenece a los redactores, quienes han preferido ocultarse. Van Gogh atisba en la contratapa. Nos lee una de sus cartas a Theo, su hermano y mecenas. Oigámoslo. Se acusa de no ser un artista: "Si se quiere crecer, es preciso hundirse en la tierra. Te digo pues: plántate en la tierra de Drenthe y germinarás; no te seques en el empedrado". Ese día fue 1883. Todavía no había pintado *Los cuervos en el campo de trigo*, la biografía de su muerte.

No ha dicho *Participarte* cuál será su frecuencia. Pero el arte y sus pensadores quieren que no tarde. Y no sólo ellos, también nosotros, Venezuela entera.

## *San Juan de los Morros,* Lancelot con la soga arrebiatada [ *319* ]

Desde que Sancho de Villar y Garci González de Silva se vieron frente a esas jibas de caliza y roca calcárea, la geología dejó de tener razón: no; no era piedra vulnerada por supuestas convulsiones telúricas ni restos de una montaña sobreviviente del magma y de los diluvios de la infancia del planeta. Los colosos que se alzaban en los lindes de la llanura alta guariqueña fueron obligados a pertenecer a la tierra llana por capricho de Juan Vicente Gómez, en un canje de fronteras políticas de cuyas resultas las montañas de Aragua se llanerizaron. El llano tuvo que acceder a heredar los torreones hendidos de la capital del Guárico para que fungieran de puertas de entrada al infinito estepario. Los conquistadores y viajeros mudaron las diosas de la mitología griega a los chiribitales de los trópicos. Los nombres arahuacos y caribes de cerros y vallados fueron cambiados por las deidades de Homero y de

Ovidio. A las mujeres indígenas con las que se topaban las identificaron con las hijas de Atlante. Por entre las quebradas y las aguas terrosas y agresivas de sus ríos vieron pasar a Jason, su vellocino de oro trocado en cuero de res. Más tarde, a medida que avanzaban la conquista y la colonia, el paisaje y su "murallón basáltico", como lo nomina Argenis Ranuárez, el cronista de la región, no pudo defender su apelativo aborigen: el hombre de la cruz y de la espada, el valido de repartimientos de valles y montañas y amo de encomienda de indios y esclavos, y mucho después Humboldt y sus discípulos profesaron la costumbre de helenizar esas "torres desprevenidas" que Jacinto Fombona Pachano avizorara en sus paisajes inencontrables.

No estuve en la capital del Guárico la vez que el poeta e historiador Adolfo Rodríguez, de los Rodríguez ipireños, pronunciara el discurso con el que saludara los 225 años de la fundación de San Juan de los Morros, pero leo ahora, en esta mañana, su escritura, editada por la Alcaldía del Municipio Germán Roscio guariqueño. "Jardín de las Hespérides" tituló a su disertación de cuyo pormenor he trascrito la anécdota de hace unas líneas, en las que da noticia del enlace greco-romano y precolombino que se le atribuyen desde hace siglos a los Morros de San Juan.

Para mayor abundamiento, Adolfo Rodríguez da minuciosa referencia de la insistencia de los cronistas, los sabios y los poetas en ungir a la gran roca calcárea con incontables semejanzas de deidades, epopeyas homéricas y familiarización con paisajes europeos. Con "triste y solitaria grandeza" la encuentra el capitán británico Wowell. El naturalista Boussingault asegura "que nadie se atreve a acercársele sino temblando" y al diplomático y memoralista Ker Porter le recuerda "al condado silvestre de Derbyshire". A su paso por los llanos, rumbo al sur amazónico, Humboldt se detuvo a observarla y creyó ver en ella las destrozadas cumbres de "dos castillos arruinados". Mucho después, Ramón Páez, el hijo del Centauro, haciendo alarde de su caletreada cultura, asevera en su libro de viaje por las sabanas de Venezuela que las aguas termales

que brotan de los aledaños serranos de los Morros provienen de las aguas hirvientes del Tártaro. Menos retórico, Codazzi se limita a celebrar lo que estima "una maravilla para el geólogo". Pal Rosti, nada dijo, pero sí su cámara de fotógrafo-explorador. Cierta tarde se libró de la muerte que quiso ahogarlo en las ondas del río. Una poeta de estos días, Tibisay Vargas, cree encontrar en sus rocosos minaretes vegetales los restos del castillo de Camelot con la misma fantasía que cometieron no pocos exploradores y curiosos cuando aseveran haber transitado por sus cavernas y abismos espantables remedando a Tolkien en *El señor de los anillos*.

Perdidiza por querer pecar de minuciosa resultaría esta glosa del discurso de Adolfo Rodríguez. Bástenos con evidenciar algunos de sus momentos más deleitables, fruto del levantado saber histórico y literario del orador. Otra lectura, la del simbolismo religioso, subyace igualmente en la biografía de San Juan de la Paz desde que fuera fundada por Díaz de Alfaro y bendecida por el obispo Martí a las faldas de su atalaya granítica entre las vegas del Guárico, el San Juan, el Guaiquera.

El dios católico, los dioses indígenas y yorubas se entendieron en un vistoso sincretismo para celebrar los solsticios de verano en el que se confunden los rituales europeos con los de los arahuacos y los luangos, los caribes y los congos. Las lluvias y los truenos, los mediodías y los fuegos anunciaron la presencia de San Juan Bautista en los templos católicos y en los altares paganos, para encomendarle el gobierno de la fertilidad y el renuevo de la tierra y de los seres terrestres. Las rebeliones de los esclavos se escudaron en los fastos del tambor y la danza que celebran sus dones. El culto al agua y a la cosecha de que es figura propiciadora de bondades agrícolas y humanas tuvo alianza con los rituales de la cultura grecoromana y las culturas enigmáticas de la fertilidad y la purificación. Los nombres cristianos, helenos y latinos conocieron pareja inteligencia. Lo prueban los de ciertos ríos, como el Tíber guariqueño, el San Juan y los vecindarios como Las Adjuntas o Platillón y los topónimos como Guaiquera, Paurario y Pariapán.

Menos discurso que crónica, más escritura que palabra, poetización, en resumen, de nuestra geografía, *San Juan de los Morros, el jardín de las Hespérides* nos ayuda a educar la mirada cada vez que contemplemos la alta rocalla crispada en nuestro camino a las lejanías, al cruzar el pueblo que perdura a la sombra de sus jardines babilónicos (como aseguran los parnasianos de colcha y cobija) y de piedra lapislázuli (si creemos al exagerado Rafael Bolívar Coronado), donde moran las diosas de las Hespérides bajo el árbol de oro del araguaney y el muy rubio del orore. Nos enseña Adolfo Rodríguez que el hechizo que produjera desde antiguo ese desmoronado osario está lejos de disiparse mientras antepongamos a la chatura de lo real la desmesurada del ensueño mítico y poético. Los molinos del Quijote prueban que es verdad.

# *Voz Creativa*, la escritura y sus fantasmas



Apostemos a que sobrevivan estas hojas de papel glasé que nos deja entre las manos Carmen Chazzín. En ellas leemos una revista que se ha atrevido a nacer allá en Valencia por voluntad de un grupo de estudiantes de letras, del que forma parte nuestra amiga merideña, quien es dueña de un instinto poético certificado por María Clara Salas en su taller de Monte Ávila y cuyos borradores me obsequiara una mañana merideña de lectura colectiva.

*Voz Creativa*, desdeña parecerse a las no pocas revistas de cultura y literatura que de igual o parecida guisa circulan por el país. Si hubiera que esforzarse a encontrarle proximidad con alguna revista habría que acercarla a *El Salmón*, la oportuna invención de los poetas Santiago Acosta y Willy McKey, atenta sólo a la poesía, a toda la poesía, a la de todo tiempo y motivación, insensible a mezquindades críticas y banderizas, desatenta

a fundamentalismos de cualquier orden, yendo —como el pez— a contracorriente de actualidades y consumo letrista.

Tal pareciera constituir el norte que persigue la recién revista, en la que participan —a más de Carmen Chazzín— Natalia Fajardo, Kenny Pérez, Thomas Basanta, Diego Navarro, Richard Morales, Yessika Hernández. Debo citar, por estimar su labor asaz acertada, el diseño y la diagramación de Faride Mereb.

Fiel, pues, a su objetivo, los editores hacen acto de juramento de lo que habrá de marcar el destino de la publicación y así lo suscriben: "*Voz Creativa, Revista Literaria*, busca desde sus orígenes crear conciencia y terreno sólido para desempolvar autores y obras arrojados al pasado, conjuntamente con su aporte a la literatura venezolana". Advierten, además, que en sus páginas convivirán por igual el escritor de nombradía y el escritor en busca de alcanzarla, sin que se note privilegio hacia género alguno, pues es La Literatura, así con mayúsculas, la que tendrá casa abierta en la presente como en las futuras entregas.



Para probarlo proponen un poema olvidado de Sor María de los Ángeles, la monja a quien se tiene por iniciadora de la poesía escrita por mujer entre nosotros. Apenas terminamos de leerlo, escuchamos la tarde lluviosa de Héctor Guillermo Villalobos, "la Soledad" que Vicente Gerbasi halló en su *Bosque Doliente*, "la imagen detrás del espejo" que Luis Pastori reunió entre sus *Trofeos de casa* y visitamos la *Casa por dentro* de Luz Machado. Una frágil frontera de papel separa a los poetas de largo nombramiento de los de breve noticia, como Deisa Tremarias, autora del poema *"Horloge à balancier"*; Elizaria Flores, entretanto, invoca a Silvya Plath con más fervor que el que le niega Dereck Walcott, nuestro Premio Nobel trinitario, quien le inflige el burlista epíteto de "musa de la aspirina". Elizaria, en cambio, comprende su suicidio porque para la muchacha universitaria del Smith College de Boston, fue "imperioso" asfixiarse para "escapar del cuerpo tan pesado".

Makario Varguillas Vielma busca en el "anaquel" de un título un poema donde él es otro, el "yo es otro" de Rimbaud, que en su caso "abre las puertas","reposa —dice— a mi lado", decide crear en él un ministerio y practica ahora "el culto a su nombre". Diego Navarro, por su parte, describe un "Hospital" o trata de hacerlo.

Suerte de galería de elegidos son las páginas encontradas de la revista. El número naciente que comentamos coloca en lo alto del cimacio el retrato de Antonia Palacios, una inadmisible olvidada de nuestras letras. De *Textos del desalojo* —una de sus obras inevitables— es la prosa poética que acompaña la fotografía de la escritora debida a Vasco Szinetar.

Mas no todo es en *Voz Creativa* muestrario de poemas. La propia Carmen Chazzín se encarga de disuadirnos con su nota sobre Antonio Ramos Sucre, en la que acierta cuando señala que "el estilo de Ramos Sucre no puede fijarse como simbolista, modernista o vanguardista", sino como creador de una crónica personal que a pesar del aborrecimiento halla "su voz tras el desvelo". Para sustentar su dicho trae de testigo al poema "El clamor" de *Cielo de esmalte.*

Como festín de Babette, como degustación de sabores y caldos de buena cosecha, quieren los de la revista valenciana que disfrutemos la lectura de lo literario. He allí su apuesta y es por ello que eligen rúbricas y secciones con remedos de cava de vino añejo y de vino joven y sugerencias de platos artesanales.

La próxima vez prometen volver, aunque no dicen cuándo. Se lo dedicarán a "Las sombras".

Estaremos prestos a encenderles nuestra mirada.

# Carnaval, el rostro sin mí



"Yo es otro", aseveraba Rimbaud, el poeta que se placía en ser maldito y asiduo temporadista de las llamas infernales. La frase ha hecho las delicias de los averiguadores de nuestro inconsciente y sustenta la escolástica de las teorías poéticas sobre el doble que habita la conciencia del poeta. Mas sólo el enviado de los dioses, como aseveran las mitologías, ¿goza de ese privilegio? Enmascararnos, vale decir, ocultar nuestra verdadera apariencia, es viejísima ansia humana, cualquiera sea nuestro oficio, nuestra condición y lugar y tiempo terrestres. La hipocresía y la ambigüedad nos disfrazan en un perpetuo carnaval, nos prestan sus muy humanos antifaces. Basta con releer *Las Metamorfosis* de Ovidio para que asistamos de nuevo a la vasta transfiguración de nuestros semejantes olímpicos en criaturas de pluma y pezuña, en viento, agua y fuego, en luz y tiniebla, en monstruo, objeto o cosa. Baco, el Liceo

de los Latinos, inventó la bacanal, el jolgorio donde ningún deseo era reprimido y el cuerpo era la máscara de los instintos ocultos. Momo, el otro demiurgo orgiástico, extrema el desenfreno, roza y sobrepasa la demencia. Quitarnos la carne propia para vestir otra explica la palabra Carnaval, por lo que el ritual que por estos días celebramos los hijos de los dioses prueba que la sentencia del poeta vidente de Francia no es para nada caprichoso juego verbal.

Ninguna determinación es más humana y por ende más emblemática. Acabamos de ver que los propios dioses hubieron de recurrir a la simulación de sus semblantes para lograr determinados fines, no pocos de ellos atroces, en verdad. Los antiguos carnavales de Venecia asomaban el puñal bajo la capa, prolongación de la nariz fálica, a vuelta de calleja, la sala de juego, lecho amatorio o rumor de góndola lúgubre. No busquemos comparaciones en otros ámbitos: aquí y allá el disfraz hablará por nuestras mentiras, poco importa que estas sean de pasión o de odio. El atracador de rostro disfrazado juega un carnaval abominable en nuestras urbes. Es el mismo del verdugo de otros días cuando oculto en el trapo de tiniebla, medía el cuello y la garganta del condenado con la misma mirada que poco después regalaría a la ternura de sus hijos. Sí, "yo es otro". Borges, sin embargo, el impenitente descreído, corregiría luego irónico: yo soy otro, es decir yo mismo.



El disfraz nuestro de cada día celebra hoy sus días, los días de las carnestolendas, que terminan como otra ironía borgiana en una mañana de cenizas. Es tiempo, entonces, de mostrar nuestro ser oculto. ¿El verdadero? ¿El que aborrecemos? ¿El del espejo que nos mira?

Quien vaya a Río de Janeiro habrá de asistir a la fiesta universal de una ilusión, a la más terrenal de la fantasías humanas, como llámala, tarareándola, la canción en el film *Orfeo Negro*, la cinta memorable en la que el dios poeta desciende al infierno de las favelas en busca de la carioca Eurídice y la llora con ritmo de samba. El disfraz que abandonamos el miércoles, y recuerda

nuestro destino de pudridero, protege al otro, al de cada día, el que con nosotros grita nuestro nacimiento y se atreve a llorar sobre nosotros con Rilke.

En casa, el carnaval, el espectáculo teatral colectivo que así se llama, narra una historia graciosa, casi ingenua, disfrazada de negrita del año 50 y 60, el simulacro de un reinado con disfraz a rostro y encanto descubiertos en su reino de carrozas y un gobierno de serpentinas, confiterías y bailes de plaza club y plaza pública. La ebriedad abusaba de la franquicia que permitía el disfraz. Mas era otra la ebriedad, no usaba la máscara blanca de la droga. No sabía morir de muerte sangrienta. Loada sea el agua mansa que derramamos, a modo de regresión a la infancia y a la francachela sobre nuestros vecinos y paseantes

De aquella memoria callejera y a la intemperie sobrevive el ventorrillo agobiado de antifaces y máscaras, remedo de nuestro talante de actor trágico y comediante, de comediante trágico de cada día.

Asaz alejado del jolgorio carnavalesco, desobediente del *marketing* y la representación circense, el venezolano de nuestras selvas escenifica sus dioses con disfraces de los creadores del hombre, los seres y las cosas en el warime de los hottujas y en el antifaz bonachón que oculta al severo padre yekuana para corregir sin ser visto al hijo díscolo. Acaso el aborigen amazónico hállase más próximo a las divinidades griegas que nosotros, los que remedamos su decadencia jugando al carnaval del cuerpo visible y escondido de nuestra vida antes y después de la máscara, siempre, siempre, con o sin sudario, con el hueso descarnado o con su ceniza.

# Gilberto Antolínez, el lector de lo invisible



¿Imaginaría Antonio Trujillo que aquella ilusión suya de concederle dignidad literaria a los cronistas populares con el beneficio del conocimiento habría de alcanzar meses más tarde el alto perfil académico que hoy ostentan por convenirlo así la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello y la Universidad Nacional Experimental del Yaracuy, Uney, al concertar la creación del Diplomado de Cronistas del siglo XXI, cuya primera promoción egresara hace apenas unos días a la vida cultural del país, hecho este sin precedentes entre nosotros? El poeta de *Blanco de orilla* y memorialista de San Antonio de los Altos mira hoy su sueño convertido en verdad práctica. Aquella proposición que le escucháramos glosar en una inolvidable reunión del consejo directivo de la Casa bellista, ansioso de rescatar el género de la crónica como género literario y como oficio libre, sin cerrojos oficialistas, requería —él lo sabía y lo sabe

mucho más ahora— de una estructura académica propia y ajustada a los reclamos de la especialización hasta hace poco desprovista de la obediencia de una metodología capaz de elevar ese oficio a profesión universitaria. Y ello fue posible: la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello acudió a la experiencia académica y metodológica del profesor y escritor Edgar Colmenares del Valle y sometió a la consideración de la Uney, en la persona de su rector, el poeta, intelectual y hombre de ciencia jurídica Freddy Castillo Castellano, el molde programático indispensable para darle sostén al diplomado. El convenio no tardó en suscribirse. Y tuvo vida y probó fortaleza y juró por su perfectibilidad, ese desvelo de toda ciencia humanística.

Durante el año académico que concluyera la pasada semana, un grupo de profesores, académicos de la lengua, profesores universitarios, intelectuales, narradores, poetas y cronistas difundieron sus saberes entre los aspirantes al diplomado en las aulas de la universidad yaracuyana. Concluido el tiempo académico, el pasado jueves 9 y el viernes 11 de julio, los cuales han de ser días históricos, los aspirantes al diplomado leyeron los temas de las crónicas que exigía el programa de estudios para contento de los suscritores del convenio interinstitucional. Juntos, habían determinado demostrar que la crónica tenía derecho a ingresar a las profesiones universitarias de las letras.



Fiesta del humanismo fue ese momento en la patria verde de Gilberto Antolínez, quien diera nombre al diplomado. En ella se oyó la música del grupo Irhakuy, cuyo prestigio suscriben no pocos cantantes y músicos de renombre, partícipes de sus conciertos, como Simón Díaz, María Teresa Chacín, Lilia Vera, El Cuarteto y Arcano, entre tantos otros.

Cabe destacar la evocación que hiciera Andrés F. Rodríguez del grupo Luango de Venezuela, por sus dejos de elegía si no de añoranza hacia una de las casas en la que la cultura y sus múltiples expresiones gozaron de larga generosidad y recibieron el muy necesario aliento para no desmayar. Rodríguez llama en su emocionada

escritura al espíritu del Luango, a Víctor Carrera, la otra vida del pregonero yaracuyano Juan Rubén.

A la variedad de los temas leídos unióse el frecuente lenguaje desusado hasta ahora en la escritura de la crónica tradicional, la cual conoció el apoyo audiovisual y la voz músical y gestual. Fue posible descubrir otras formas de entender la escritura de la memoria regional, suscritas en su mayoría por los más jóvenes, nutrida de gracia y enriquecida de prosa literaria y poética. ¿Quiénes son estos cronistas salidos de las aulas de la Uney? Ellos se llaman Eddy Barboza, Marcelis Bastardo, José G. Cárdenas, Ronald Cordero, José Del Pozo, Daniela Gámez, Héctor Duque, Isabel Garnica, Edgarnoé Herrera, José López, Orlando Mendoza, Rosana Mieres, Jesús Millán, Luis Muñoz, Rubén Naranjo, Miguel Orellana, Lisbella Páez, Luis A. Paradas, Pedro J. Parés, Marianela del Valle Peña, Yamina Peña, Noris Pineda, Antonio Rivero, Andrés Rodríguez, José Rodríguez, José Salcedo y Soledad Vásquez. ¿Cómo no nombrarlos a todos? Cada uno está haciendo historia, tal como lo expresara Edgar Colmenares del Valle y lo refrendara el rector Freddy Castillo Castellanos.

Callado, un poco a un lado, el poeta José Luis Ochoa sólo elevaba el murmullo de su voz cada vez que se lo exigía su diligencia de coordinador del diplomado y de maestro de ceremonia. Su esmero y su vigilia despejaron la maleza de los trámites y los habituales contratiempos. Siempre estuvo cercano al oído de los profesores invitados confirmándoles los días y los horarios de sus clases y al de los alumnos recordándoles que el tiempo de la investigación y la escritura es enemigo del instante.

Sólo falta octubre, el mes de la gran floración celeste de la noche yaracuyana, para que los veintisiete primeros cronistas universitarios del país reciban de las autoridades de la Uney y de la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello el histórico pergamino de sus títulos. Entonces esta lectura del martes renovará el aplauso que hoy escucha toda Venezuela al festejar el nacimiento de otra profesión académica: la del cronista, ese enlace de la emoción y el rigor que

garantiza el goce del lenguaje literario de nombrar el lugar que es nombrar al hombre y la región que es nombrar a la tierra entera.

## Imaginario popular, los invencioneros de la ternura 

A los yagrumos blancos que esplenden en el verde profuso de Boconó y a la calma de sus montañas veladas por la niebla he comparado la presencia de Lourdes Dubuc de Isea. Como su lujo de hoja plateada y de elevada gracia, es su vivir. El tiempo pasa por ella lo mismo que el ventalle por el cielo claro y anchuroso, en lo alto de su rostro, en la intensidad de su mirada. He mirado sus manos, cultivadas para dar, para revelar y pensar. Con ellas, lo más próximo a su espíritu, ha labrado (gesto propio de labriegos) una escritura de la memoria con la que ha meditado sobre la historia rural del vasto aledaño trujillano, ese cuenco abierto por las aguas del Burate torrentoso y gris que suena en lo hondo o que se tarda entre sus vegas, según truene en los páramos o se silencie el frío viento de sus cumbres. Del igual modo, e inclinada como la espiga sobre la sombra de la tierra grasa y feraz, ha roturado

el suelo de la voz colectiva a fin de preparar la siembra del decir inmemorial del hombre en los libros que su fervor y su afecto rescatan de la marchitez que asuela la mala vida de nuestro desinterés y nuestro desprecio por el alma del mundo.

Harto tiempo ha concedido esta dama de luenga estirpe a la grata fatiga de trasegar en escritura el español campesino con que hablan y son los aldeanos que moran en las frondas y los prados donde verdea Boconó. A la crónica que sobre sus maneras y su parla consagra en no pocos títulos que hoy forman venero de conocimiento, fuente nutricia de toda geografía humana, sigue, en estrecha y alineada derechura, la de la confesión personal y múltiple que escucha de labios de los sembradores de tubérculos y flores, los ajiladores de acémilas y reses, los talladores del cedro y los que prueban que la arcilla es materia sensitiva.

Así, y ajena a cuanto la distraiga de tan admirable talante y menester, Lourdes Dubuc de Isea ha sustraído del vacío la confidencia de su pueblo, o acaso mejor, su ser en sí y en el paisaje, su realidad y su imaginario.



Porque ansiábamos celebrar su existencia y su labor humanística y literaria, nos allegamos a Boconó cuando febrero fenecía sobre los tejados de San Miguel y las brisas del Castán y Cabimbú. Se cumplía en el Trapiche de los Clavos, hecho de adobe viejo, teja oscura y añoranza de miel de caña, un ritual al que los pobladores se han habituado desde muy antiguo: la fiesta de la cultura, el goce compartido de lo que hay de más profundo en nosotros. Esa tarde el motivo del festejo era el más reciente libro de Lourdes Dubuc de Isea, *Del imaginario popular. Palabra y memoria colectiva*, editado por el prestigioso Fondo Editorial Arturo Cardozo de la Gobernación Bolivariana de Trujillo, del cual es empeñoso editor nuestro Pedro Ruiz, cronista, poeta y creador de una obra participativa en la que actúan los municipios trujillanos de los poetas, los escritores, los artesanos, los artistas, los músicos, los fabuladores y los difusores de la oralidad. Tal creación, a la que entrega saber y sentir, es mucha y bastante. Ejemplo de su largueza es la

Bienal Literaria Ramón Palomares. No basta llamar a ese comportamiento coordinación: su alcance sería mezquino. Es organizado entusiasmo por el quehacer cultural de los pueblos trujillanos y de quienes han alcanzado las más altas virtudes, como Lourdes Dubuc de Isea. Su contentamiento al publicar la obra de la gran boconesa no sólo significó la oportuna ocasión de acrecentar sus virtudes y de festejarlas: vio en ello el enriquecimiento de una abundante y varia literatura en la que se aúnan la teoría y la praxis de un rescate: la oralidad, la memoria hablada de un país, no pocas veces desestimada y extinguida.

*Del imaginario popular. Palabra y memoria colectiva* principia con una detenida noticia sobre los muchos modos como se expresa ese lenguaje y esa fantasía y se detiene a ilustrarlos con una muestra selectiva de leyendas, ritos, testimonios y versos. En las postrimerías del ofrecimiento de su libro, Lourdes Dubuc de Isea anunció que se aprestaba emprender la búsqueda del conocimiento y la magia del musgo entre los habitantes de los jardines colgantes de Boconó. El musgo —aseveró— es el principio y la esencia del riachuelo, el vestido de la humedad, del verde naciente y pródigo, el tierno enemigo del desierto. La miré una vez más y ví en ella esa manera suya de probarle amor a los suyos como si acariciara con sus manos la ruda piedra desnuda de la realidad para cubrirla con la piel de los bosques.

# El grado cero del instante, panorama actual de la joven poesía venezolana



"Poesía en movimiento", llamó Octavio Paz a una histórica muestra antológica de la entonces novísima poesía mexicana. No pocos de sus numerosos elegidos se han librado hoy de la vejez del olvido y gozan, por el contrario, de la juventud de los renovadores del lenguaje poético contemporáneo. Entre nosotros, ha habido innúmeras selecciones de nueva poesía, a la que se suele motejar de distinta guisa: actual, reciente, de estos días o de nuevas voces. Pareja suerte ha reservado el tiempo, la imponderable justicia del tiempo, a quienes privilegian el capricho y la empatía del antólogo. Varia ha sido, y profusa, la lista de sus nombres, menos ha sido su permanencia en la nombradía o la fama, ese apelativo antipático, casi siempre desleal, de costumbre cambiante o cuando no flor de

un día. Pero algo es indubitable: su calidad y su cantidad marchan por lo común juntos.

Lo demuestra la frondosa población de los buenos poetas nacionales de ayer y de hace rato. Cada año, los talleres y los concursos ingresan al quehacer poético incontables de nombres con probado talento. Más de uno es actualmente poeta de obra reconocida. Nombrarlos sería insensato: correríamos el riesgo de incurrir en la injusticia de callar a no pocos de entre ellos.

De antología de jóvenes poetas es pródiga nuestra vida literaria. Entiéndase, dicho sea de paso, jóvenes de nacimiento, jóvenes biológicos, si se me pasa el término. Tal vez la más reciente sea esta, la editada ha poco por la Editorial El Perro y la Rana, del Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Su título, *Panorama actual de la joven poesía venezolana* propone en lo alto una advertencia: *Amanecieron de bala*, que es clara identificación con el legendario Víctor "Chino" Valera Mora y con su libro primordial *Amanecí de bala.* Y así se nos explica en cierto momento del prólogo, cuyo autor (o autores) ha preferido que lo olviden. Leamos: "Quisimos —y con justicia— homenajear a una de las más grandes figuras de la poesía venezolana". Unas líneas más tarde, los anónimos antólogos precisan su identificación con Valera Mora: "más allá de los que militaron su palabra con él, de los que lo conocieron, nos referimos a los otros, los que llegamos después, a quienes declaramos la pertenencia colectiva del Chino. Todos hemos amanecido de bala".

Integran la selección, una selección que justifica la enmienda de Guillermo de Torres (citado en el prólogo) a este tipo de cotejo según la cual "la antología es el tipo de libro insatisfactorio por excelencia", 36 poetas que no más nacieron entre el año 70 y 85. Conscientes de las ineludibles ausencias y con la certeza de no provocar en nosotros insatisfacciones, los antólogos privilegiaron a aquellos que no sólo guardan, de una a otra postura, cercanía con el *ars poética* de quien les cediera el título de su libro imprecatorio y amoroso, sino también a aquellos que han descubierto

una escritura y una motivación por cuenta y riesgo propios, a las que cuidan de no incurrir en el panfleto ni en el patetismo, casi toda ella fiel al espacio urbano, a la acusación social y política, monologante, carnal, descreída, sola, aún en el amor o en el amor de soledad compartida, con el cuerpo desnudo, antes o después de saciarlo, inventiva en su mayoría y en su mayoría elocuente, un tanto cansada de cierta poética de la imagen preciosa o contenta con su brevedad.

¿Quiénes son ellos? Cuidado con reducirlos al alfiler de las mariposas. No se nos ocurra endilgarles parecidos con este o aquel grande de este o de cualquier mundo. Si hubiera que señalarlos con el dedo de los entomólogos de las calificaciones genéricas y la clasificación de las especies literarias, convendríamos en ubicarlos, *in extremis*, entre los trabajadores del lenguaje y los talladores del motivo inapresable, porque igual incurren en el sentimiento como hacen de intrusos en la contrapoesía, esto es, la poesía que se desacraliza a sí misma. Pasa que los poetas aquí reunidos se entienden a brazo partido con el grado cero del decir, no porque los mueva la voluntad de ser nuevos, de insurgir contra determinado orden poético, sino porque en ellos aviva el impulso de alinearse —como Víctor Valera Mora— entre los poetas que se juegan la palabra sentimental y sensual, entendida como armamento de la rebeldía obediente a la única consigna estética y moral que reclaman estos tiempos: la del habla común, la del idioma expuesta a la intemperie de la calle y de la conciencia del insolado. Creo que los motiva el llamado lúdico más vario, porque igual retoman con ironía o sarcasmos la convención motivacional e incluso formal para reconstruirla sin negarle la veneración o el afecto, como resuelven seguir de cerca, casi a pie juntillas, a los detractores del insulto y los retóricos del patetismo. Hay una frase que ha reservado una eternidad de Vicente Aleixandre de la que su misma poesía, tal vez fatigada por un surrealismo primoroso y facilista, queda excluida. La usó en uno de sus libros más leídos: *La destrucción o el amor*. Sólo que en el caso de nuestros poetas, el

amor —no faltaría más— ama más la conjunción copulativa con la vocal de la disyuntiva, porque desdeña la duda, porque se alía a la transfiguración de lo genésico, esa fuerza destructiva del origen sobre cuya ceniza fulge la materia del verbo poético.

Claro que es temprano para hablar de obra cumplida; pero esta muestra revela en no pocos poetas lo que Reverdy reclamaba para la poesía: la virtud de producir emoción o capacidad de conmover, además de revelar autenticidad, nunca vano juego verbal, inane testimonio. Nombres que destacar abundan, pero, insistimos, hacerlo conllevaría de nuestra parte inclinarnos por quienes son cercanos a nuestro credo poético y a nuestro tratamiento de la vivencia formal y sustancial de la poesía. De otra parte, sería cometer ese enorme lugar común como es el de la retórica del etcétera. Lo que sí importa poner de relieve es la rica fuerza verbal de los antologados y su desprecio por lo insustancial. He allí su pertinencia. No; no hay panfletarismo, como bien se agrega en el prólogo. Es poesía de estos días, a la espera de envejecer como contemporánea, esto es, poesía que no tiene más tiempo fijo que el de su mañana sin ocaso, presta a dar en el blanco del corazón del lenguaje… como una bala.

# De El Perro y la Rana



Había una vez el escritor que solía sepultar en gavetas y estuches sus manuscritos, sin ilusión alguna de ver publicado el esfuerzo de su achaque con el lápiz o la tecla. A lo sumo esperaba no sé qué milagro o maná de la suerte (¿el azar y la necesidad de un premio, o el muy mezquino reconocimiento, la dádiva de alguna institución?) para sentir el contentamiento de mirar su nombre y su libro entre sus manos. Algún samaritano lo libraba de la preterición. Había quienes gozaban del privilegio de editar por cuenta propia. Pero eran los menos y hasta llegaban a promoverse a sí mismos, a través de limpios o tortuosos caminos.

De pronto, y pronto es hace apenas dos años, exactamente un jueves 21 de 2004, nació a la vida editorial de esa Venezuela de escritores silenciosos y silenciados, la Fundación Editorial el Perro y la Rana, creada por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Su nacimiento no fue caprichoso, pero sí voluntarioso

y además oportuno: la Unesco había declarado a Venezuela territorio libre de analfabetismo. Casi simultáneamente, Cuba nos regalaba 25 millones de títulos. ¿Por qué no atreverse a crear una editorial nacional que prometiera y ofreciera una suma, si no igual, al menos semejante? Se lo preguntaron alguna vez los poetas Gustavo Pereira y el Ministro Francisco "Farruco" Sexto. Con gran esfuerzo, el Conac, el Conac de los primeros tiempos, editaba libros y publicaciones de modesto tiraje. Era, pues, hora de atreverse. No por casualidad, otros dos poetas, Miguel Márquez y William Osuna, respondieron a aquella pregunta de hace unas líneas con el lanzamiento de la Biblioteca Básica Temática, unas ediciones de bolsillo en los que se ofrecía una lectura varia y útil acerca de nuestra tierra y sus hombres, la memoria colectiva, la soberanía, la imaginación literaria, artística y artesanal, los pueblos indígenas, la conducta ciudadana, la educación, la salud y sus peligros, entre tantos otros temas. La Biblioteca alcanzó el tiraje histórico de 25.000 millones de ejemplares, distribuidos gratuitamente en las plazas públicas, en los barrios, en los pueblos y en las escuelas.Tal hazaña, de factura semiartesanal, reclamaría otra de mayor proporciones. Fue así que surgió la Fundación El Perro y la Rana. Su nombre y su ícono fueron préstamo de los pueblos panare de Caicara del Orinoco. Le insuflaron vida, su pequeña vida, Miguel Márquez, William Osuna y una computadora. No imaginaron nuestros amigos que la Biblioteca Básica Temática habría de servir de fuego primigenio a la Fundación cumpleañera. Su destino era el de surtir de lectura a Venezuela entera, dando a conocer y reconocer los nombres de nuestros escritores con larga nombradía y amistarlos con las obras de aquellos que por largo tiempo permanecían olvidados o ignorados. Entonces fue preciso crear una verdadera empresa, disponer de un espacio propicio, un personal suficiente, entre lectores, editores, transcriptores, correctores, diseñadores, diagramadores y asegurar el tiempo de su producción y de evaluar su costo. Hoy, El Perro y la Rana es una editorial-taller, poblada de jóvenes talentos en tenaz y silencioso

ajetreo. Los entonces solitarios fundadores gozan de la compañía de noventa y cinco cómplices. No pasaría mucho tiempo sin que escucharan el mandato de su alto destino: alcanzar los mil títulos anuales. Para conseguirlo, crearon dieciséis colecciones, entre ediciones gratuitas y a bajísimo precio e inventaron el certamen "Cada día un libro" que prometía a los seleccionados la edición de sus creaciones. La primera convocatoria publicó 162 títulos y la segunda un número casi cercano.

Pero mal podía vanagloriarse de editar una cifra de títulos y ejemplares nunca antes conocidos entre nosotros. Era necesario asegurar la publicación masiva, la difusión y la distribución. Para responder a tamaña exigencia, el Ministerio del Poder Popular para la Cultura creó la Imprenta Nacional de la Cultura, la Distribuidora Nacional del Libro y relanzó las Librerías del Sur (las antiguas Kuai-mare) con el crecimiento de 52 puntos de venta, en todas las regiones del país.

A pesar de sus escasos dos años de vida, El Perro y la Rana ha democratizado la lectura en Venezuela. Su asidua presencia en las estanterías, las ferias nacionales e internacionales, los festivales literarios y en el festival mundial de poesía lo prueban con creces. Como si ello fuera poco, dispone de una imprenta en cada estado (las llamadas máquinas Riso), y es capaz de editar cinco libros por mes. Con ellas y el Sistema Nacional de Imprentas promete ceder al lector nacional 2.400 títulos, así como la distribución, para los meses que siguen, de 5.000.000 de ejemplares de la Biblioteca Popular de los Consejos Comunales.

No parece fatigarse. Mientras cunde al país de libros, tiene tiempo para publicar los 50.000 ejemplares de la revista *A Plena Voz* y la revista *Día-Crítica*. Y no está sola. En íntima alianza interinstitucional, forma tejido con los otros entes de la Plataforma del Libro y la Lectura, a la que pertenecen Monte Ávila Editores, la Biblioteca Ayacucho, la Casa de las Letras Andrés Bello, el Celarg, el Cenal, la Distribuidora Nacional del Libro, las Librerías del Sur. Las cuatro primeras la robustecen aún más con sus publicaciones

de libros y revistas, como la *Revista Nacional de Cultura*, de la casa bellista, la cual arribará dentro de poco a sus 70 años desde que fuera creada por nuestro Mariano Picón Salas.

En verdad que aquel país de escritores ausentes queda cada vez más atrás y una labor como la del Perro y la Rana lo confirma. El jueves próximo, en la Librería del Teresa Carreño, no más se cumplan las seis y media de la tarde, colmaremos el recinto de aplausos.

## VI Festival Mundial de Poesía, la tierra en cada poeta [ *347* ]

"Soy español, amo la tristeza", respondió alguna vez Picasso cuando alguien quiso indagar acerca de su ser profundo. "Soy Juan Calzadilla, amo la ironía", habría respondido el poeta y artista de Altagracia de Orituco, homenajeado en la fiesta universal de la poesía que recién terminara el sábado de hace tres días, si ese mismo alguien, con pareja curiosidad hubiera dado en averiguar su personalidad creadora. Las dos citas —una real, otra supuesta—, convienen en servir de sostén conceptual a la definición que de sí —y por tanto de su obras— observan los inventores de algún lenguaje estético. Si la tristeza en Picasso guardase oculta o simulada en la expresividad y la reconstrucción de la forma, en Calzadilla la ironía asoma sus atributos de humor y de melodrama así en el trazo dibujístico como en la temática de sus poemas.

Lo que llevamos dicho en nada se aleja de la esencia misma del Festival que durante una semana le fuera consagrada a nuestro poeta-pintor. La exposición de sus pinturas y dibujos ilustraron lo que habría de ser en cierto modo el *leit motiv* de esa convocatoria de este y otros mundos poéticos: el multilenguaje de la poesía y su predilección por el experimento verbal y escritural. Poetas del grito y el susurro cedieron sus sonidos a los poetas remedadores de pájaros y de la lluvia; poetas de la balada cantada al son de la guitarra callaron sus voces y sus cuerdas para dejar oír la palabra de los poetas de la escritura silenciosa y los poetas de la imagen del video convinieron en exhibir sus intemperies con el *mail art*, esa manera de escribir confidencias líricas por correspondencia. El recurso de hablar con el espacio y el gesto y el movimiento, hicieron posible el juntamiento del histrionismo y la danza sin necesidad del libro y de su citación, teniendo por lenguaje la mirada blanca sobre la página del cuerpo quieto y crispado.



Y como ya es habitual en las anteriores ediciones de estos encuentros auspiciados por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura y coordinado por la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, un público frondoso colmó los lugares cubiertos y los lugares abiertos de Caracas y de los veinticuatro estados de Venezuela, de cuyo goce sólo se sustrajera el habitante del archipiélago los Roques por quererlo así el avatar del mar y de las nubes en estos tiempos de chubascos y olas airadas.

A tal tradición de fervor por la poesía que dura ya seis años agrégase la presencia de los poetas foráneos y nacionales por barrios y parroquias y sus visitas a los castigados por la ley y a los lastimados por el pánico y la melancolía. Talleres, charlas, cantos, ofrecimiento de nuevos libros, exposiciones de manuscritos y debates hicieron posible esa intimidad. Las voces todas de la poesía de los cinco continentes se confundieron entre sí hasta formar el idioma único de los pueblos cumpliendo el viejo sueño chamánico de restablecer la armonía colectiva del mundo las veces que este sufre de sombra, de veneno, de injuria y de ignominia.

Antes de decirnos adiós o hasta pronto, hasta mañana, los poetas rindieron tributo a Honduras y suscribieron su clamor por la restitución de su dignidad en un hoja poblada de rúbricas, delgada y frágil, esto es, copiosa y rotunda, como toda verdad poética. Fue hecha con la misma urgencia —diría Juan Calzadilla—, la misma que mueve a la poesía. La suya, que es la de Vallejo y de cada uno de nosotros, porque la tierra por donde ha pasado el hombre nunca, nunca esta sola. Nunca.

# Araya: la sequía del ser y de la luz



Ha pasado el instante, esto es, la nostalgia naciente y el embrujo de "Araya" sigue allí en esa orilla sin centro que es su mediodía. Ha pasado el tiempo, la duración de aquel instante y las ruinas del olvido nada pueden con la forma sublime de la blancura que persiste en la mirada de la memoria, a la que no alcanza tiniebla alguna, porque ha sido creada por la luz de su sequía, de su exuberancia árida. Se ha hecho tarde para relatar una apariencia que la espiritualidad de lo real ha abolido y la poesía ha recreado como semblanza de lo admirable. Sí, a estas horas, como ocurre en poesía, testificar linealmente la experiencia visual que suscitan la palabra del ojo y la palabra del habla deviene mudez, porque esa apariencia que la ha hecho posible o factible (el espejo en el muro de lo real que es su escritura de imágenes y voces, ese misterio, siempre, que es mirar y sentir en cine) conquista su escondida inteligencia con lo verdadero

o lo que creemos tal (yo hablo de la anécdota, tan sin sombra, tan proclive a desfigurarse y espiritualizarse a las doce en punto de lo blanco) y pervive luego en nosotros (lectores contemplativos) como ahora, en estado de alma.

He aquí, entonces, la palabra visualizada de la que toda poesía es huérfana; he aquí su escritura hablada, desde antiguo en severo desamparo y es, desde lejos, ansia, trabajo de agobio creador, ejerciendo un señorío de epifanía, de preciosidad sobre la ilusión de su geografía, su tierra crispada por el sol y la sal.

"El desierto es Dios sin los hombres", le oigo decir a Víctor Hugo, pero luz en el desierto deifica al hombre, corrige Margot Benacerraf. Es el mismo ser de arena del Valle de los Reyes alzando pirámides de polvo marino en "Araya", y talla sobre la roca de Babilonia el gesto de danzarín del hombre curvado sobre la aridez y el clima de la seca península del poniente venezolano. Yo he visto página tras páginas a Saint-John Perse en esta hirsuta tierra de Manicuare con su canto a "las cosas inmortales" presentadas a la canícula y a sus dioses de bronce bajo las puertas de lo ardido, es decir, en su alianza con el verano, que en el poeta de Guadaloupe es "tatuada deidad de helecho macho" entre los sarmientos de la península del poniente venezolano donde la décima dulcifica sus aguas salobres y la "Fuente de amargura" de Cruz Salmerón Acosta. E igual proximidad encuentro en el hombre transformando sus gestos cotidianos en estética de la erosión y abrasamiento lumínico, y las formas que nuestra historia ha dejado sobre la piedra y la arena cada vez que la vida en "Araya" enflaquece su sombra durante el caos de su osario de almeja y ceniza blanca y nuestra.

La poesía, como sucede en este país de la sed y la quemadura, borra lo visible para mostrar su lado invisible. Tal descarnadura es apenas esbozo de desnudez en la lectura signada en la página del libro y en nuestra emoción. Sólo que aquí, aquí en este poema visual y hablado, lo visible muestra su fisonomía de mediodía transfigurado en resplandor, en resolana y es así la luz la que

descarna la realidad (la anécdota de su génesis, la confidencia de una labor y la abrupta ruina de la temporalidad, esa intrusión de la despersonalización mecánica en el paisaje mítico de tierra y hombre); la descarna, digo, hasta dispersar la señal (el recuerdo) de los cuerpos y las cosas sobre la arena ocre y la arena blanca del universo con nombre de Araya. En este poema visual perdurable (los otros —¿cómo ignorarlos?— es "El hombre de Aram", de Flaherty, es "La terra trema" de Visconti) el ser íngrimo y común perdura, libre de su sombra, la de su paso hacia el enigma y su eternidad.

No vemos a "Araya". Ya no sólo es la inagotable nostalgia de haberla mirado; no es más aquel goce de ojo fértil de que habla Paul Eluard. El arte poético le ha restituido lo que la hace y la hará imperecedera y única: su belleza elegíaca, su ayer como juntamiento de una historia humana convertida en metáfora y sentimiento de mediodía y de una vivencia ontológica de paisaje y destino en una hora del tiempo de la tierra y del hombre en esta, en cualquiera edad, donde nunca anochezca.

# Lo que no somos, lo que no seremos



Leo a Montale; repito ese verso final de *Huesos de jibia*: "*Codesto solo oggi possiamo dirti,/ciò che non siamo, ciò che non vogliamo",* y recorro, pensando en su duda por todo cuanto pueda afirmarnos en el mundo, las páginas del manuscrito de *Ese extraño animal* que su autor, el poeta Cristóbal Deffit, ha dejado entre mis manos. Antes hubimos de leerlo juntos, en voz alta. Me observó que en una ocasión anterior ya le había referido la frase montaliana para explicarle mi sentimiento por su poesía. Ahora la repito porque, una vez más, me ha sorprendido su contenido, poco habitual entre aquellos que gustan privilegiar los poetas más nuevos y sobremanera sentí curiosidad por inquirir acerca de esa postura de mi amigo frente al mundo, donde nuestros sacrosantos valores —morales o sentimentales— se debaten entre la culpa y la aflicción, la ternura y la lástima, la plenitud y la gracia, el

tiempo y la muerte, esto es, la metafísica, la peligrosa metafísica, por cuya causa tanta poesía ha sucumbido a la retórica, al lugar común.

En *Ese extraño animal* he encontrado o reencontrado, bien que al desgaire, casi inadvertido, la confidencia del gran poeta genovés sobre lo que nunca podremos decirnos, lo que no somos, lo que no deseamos. Negarnos, he aquí nuestra afirmación. No ser en sí o ser el otro, a pesar de nosotros, podría salvarnos o al menos retardarnos en la tierra. Tal "nihilismo" —si nihilismo hubiera en poesía— frecuenta hartos momentos en este libro que ahora nace como objeto de lectura común y no como consumo personal.

Deffit observa y se observa vivir en un espacio sin paisaje, apenas urbano (porque de su geografía adivinamos no lo que vemos, sino sus enseres, sus hábitos cotidianos o sociales y su lengua o su jerga), menos dispuesto a visualizar ámbitos que a teorizar estados de conciencia en los que predominan el contravalor y la antiética como pensamiento y práctica existenciales enfrentados a la obediencia moral que define los hombres de aserrín de T.S. Eliot en *Waste Land.* Y es así que en cada poema de *Ese extraño animal* quien habla —ora en el monólogo, ora en el reclamo o la confesión— pareciera representar o actuar, como que su verdadero ser no existe en quien, dentro de él, juega el juego del contravalor y lo antiético: no existe del todo, porque es el poeta —o el que lo suscita— el que se vale de su figura ficticia —o su modelo— para transferir en él aquello que desautoriza u objeta cierto ideario humano universal aceptado desde antiguo: el bien contra el mal, la bondad contra la insania, el amor contra el odio, la ternura contra la crueldad, la eternidad contra la muerte.

Adviértese entonces la representación de esa criatura que repta sobre la tierra urbana sin mirar por encima de su cabeza, habituado a su condición terrígena y de carne, exponiéndose al prójimo como ante un vidrio, justificando su gusto, casi su goce, por lo que lo exalta o lo redime: "Lo que no somos, lo que no deseamos", en una palabra, su condición maldita, de réprobo o de

excluido. No pocos poemas teorizan en el libro acerca del desencanto o la suspicacia con las que el hombre contemporáneo trata de asirse a su existencia y sobrevivir. Si es la amada, si es "ella" o "ella" en la otra, no es su juntamiento la que la hace ineludible e impostergable sino su ausencia. Su ser es el ansia que por ella sentimos, no su posesión: es su alejamiento el ardor que nos abrasa, no su cercanía. Porque siempre *no* somos; nunca serás lo que querrás o desearás y en esa negación reside nuestra humana animalidad.

¿No hay algo de Cioran en este teoría y práctica del contravalor, acaso es glosa de alguna sentencia del *Principio de descomposición* del rumano antiplatónico? Podría ser, si no fuera porque Defitt consigue particularizar su ideario valiéndose de un lenguaje que comienza a hacer suyo, a "localizarlo", porque es ya discurso, argumento, ejercicio vital e intelectual, destino, en suma: no en nada se ha dado a averiguar en el subsuelo humano de la psiquis, en sus zonas abisales. Sabe así, cuánto de doble y del "yo es otro" nos habita como extraño animal.



Pero si el odio y el crimen, la vaciedad y el hastío, la muerte de los dioses y del hombre nos asedian, subsiste —y más por la intrusión de la mujer— la inocencia, la pureza perdida, bien que inútil, esto es, como nostalgia remota, de confín… Tanto en una como en la otra no se da el extravío entre contrarios, pero queda lejos. Lo que persiste es ese doble y en esos tantos otros que nos explican o nos acusan y acosan. Leámoslo en "La sombra", uno de los poemas finales. Dice así, confirmando por qué *Ese extraño animal* otorga carta de ciudadanía a su autor en la poesía contemporánea:

Hay alguien más allá de mí que me desvela
—perdón— que me devela
lo siento rondar mi casa, abre las puertas
sube y baja las escaleras
entra y desarregla mis cosas

Alguien más allá de ti que no soy yo se te acerca
te toma a mis expensas
Alguien desconocido te enamora y no es otra persona,
milagrera

Alguien además de mí duerme
come trabaja conmigo
se mueve con una fuerza ajena a mi voluntad
no habla o al menos no escucho que lo haga
pero anda, anda.

## Los yukpa, la selva de pensar y soñar [ 359 ]

Un pueblo de gente agricultora, el humo de sus pipas de barro en el rostro asentado en los valles que cede la selva alzada de la Sierra de Perijá, vive desde hace 4.000 años remedando pájaros y oyendo los ríos que supuran por las hendijas de amianto y basalto de la rocalla que soportan las últimas almenas de la Cordillera de los Andes. Sus pobladores se llaman —o los llamamos— yukpa, también yuko o chaques. Yo los vi con sus cachimbas y sus mantos de tela de yute y algodón en el umbral de sus habitaciones de hoja de palma moriche y bejuco negro cuando anduve por el Tokuko en busca del bulloso río del mismo nombre. Su país baja del otro lado de la enorme serranía hasta el Valle de Upar colombiano donde su diezmador más remoto, el banquero alemán Ambrosio Alfinger, fuera atravesado por una de las flechas de sus guerreros en 1540. La punza que detuvo a Micer Ambrosio no lograría nunca

aventar a quienes, a nombre del Rey y de su Iglesia, sitiaron y asolaron sus casas y sus vidas en el desmesurado jardín donde rinden obediencia a sus dioses de la medianoche y del mediodía. Hoy, los yukpa sufren el saqueo de otros asoladores de sus vidas y sus tierras ancestrales. Uno de los más tenaces es el terrófago. Desde tiempos inmemoriales no ceja en su determinación de apropiarse de cuanto conforma la carne y el espíritu de ese pueblo selvático. Para detener tamaño oprobio el gobierno bolivariano ha dictado no pocas leyes para restituirles la propiedad de su paisaje verde y pluvial, casa del águila harpía y del cóndor y del sorprendente gavilán blanco. En ella esplende la chispa emplumada del *ángel del sol amatista* en el dulce corazón de la flor del *riquirrique*, se cierne en el azul nublado el pájaro león y ruega no se sabe dónde la tortolita sabanera, que la ciencia nombra *columbina minuta* y ellos *pín^sak*

A pesar de la justicia, los yukpa no han conocido por mucho tiempo la paz del goce de sus tierras así restituidas: la canalla terrófaga convierte tal sosiego en el disparo del sicario y de sus invisibles secuaces.

El sabio antropólogo Johannes Wilbert dice que apenas nace un niño el padre se interna en el follaje en busca de la avispa brava, sin más protección que su coraje. Herido por la punza del enjambre regresa con el panal a su casa, lo tuesta en el fuego y unta la ceniza en los labios del infante para preservarlo de toda cobardía. Pero, que se sepa, en ellos no anida la violencia: la palabra yukpa —asevera Wilbert— significa "indio manso". En vez de la flecha de otros días, fuman esa rústica pipa de la paz que amasan como una vasija, se inclinan sobre el surco del conuco y a la espera de que muerda el pez del río y la laguna. Los terrófagos saben que el yukpa es contemplativo; que le apena lastimar la tierra para sembrarla y cuando lo hace de ella se aleja a la espera de que restañe sus heridas y que retarda su existencia en amar a los suyos, en tejar y fumar, en oír pájaros y acariciar el agua que se va o que con él convive.

De la varia mitología de los yukpa, la celebrada colección Guairarepano de Monte Ávila Editores Latinoamericana, destinada a propagar la imaginación literaria de nuestros pueblos originarios, ha dado a conocer la historia de *El cazador perdido (Atancha Petane)* cuya versión en lengua indígena se debe a la diligencia del maestro y docente yukpa Javier Armato. Trata del sol y de la luna. Difunden los yukpa que ambos encarnan la dulzura del fulgor nocturno y la intemperancia diurna. Se llaman Kunnu y Vicho respectivamente. Luna es amiga, viste manto blanco; Sol es hosco, luce capa emplumada de encendido amarillo. Alguien sale de cacería. Es el tiempo de los *atancha*, de los primeros hombres. Se aventura en el mundo de la hoja continua y las voces selváticas. Pronto se extravía. Amanece. Vicho lo sorprende (él también es cazador) y urde una trama para devorarlo. La luna lo sabe y lo libera. Pero tanto el sol como la luna han infringido normas sagradas: aquél se ha burlado de la ley celeste que prohíbe mirar a la muchacha que se apresta a ser mujer y ésta por haberlo enfrentado.

La leyenda —como toda leyenda— propone otra lectura, una lectura emblemática. En su afán de dar con su presa (el cazador perdido), el sol registra las vasijas donde las jóvenes doncellas, las *samayapa,* se guarecen durante su primera menstruación para que nadie las observe. De igual modo, la luna ha cometido el mismo delito al ocultar al cazador en una de esas tinajas rituales. Del castigo —marca extraña— no escapan tampoco las doncellas. Si desde entonces la luna y el sol son lo que son en el espacio estelar, las samayapa, culpables por dejarse ver, también han conocido igual transfiguración cósmica al convertirse en estrellas. No pocos mitos griegos refieren parejos castigos a los mortales como consecuencia del castigo de un dios.

La historia de *El cazador perdido* busca la salvaguarda de una identidad colectiva y la observación de sus leyes ancestrales entre los yukpas. Para nosotros, sus nuevos lectores, es una ficción literaria que ha de seducir a los niños, a los de hoy y a los de ayer. La voz en yukpa y en español grabada en el CD que acompaña a

esta edición de Monte Ávila Editores nos invita a otra lectura, la lectura del oído, tan sensible a la fabulación oral de que esta hecha nuestra memoria cada vez que reinventamos la realidad.

Acaso sea la verdadera.

# El horizonte termina en José León Tapia



Así de extensa como el vasto liso de tierra que la rodea fue la convocatoria que hicieran los barineses la semana pasada. Los llanos de Arauca y de Venezuela enviaron sus ensayistas, historiadores y poetas a atender al llamado de pensar y sentir un país que no obedece a otra frontera que no sea la de un solo confín geográfico y una misma memoria como solo vecindario: el país de los llanos, el llano. De Casanare vinieron y de Apure, de Guárico, Cojedes, Portuguesa para probar esa semejanza de suelo y maneras, esa indistinta pertenencia que los une. Del 10 al 13 de julio leyeron ponencias, poemas, ofrecieron su escritura, dijeron sus coplas y entonaron sus cantos. Hombres míticos de nuestros corríos y pasajes volviéronse reales, íntimos en el saludo, el abrazo y el deleite. Humanistas y grandes venezolanos como Briceño Guerrero y José Agustín Catalá dieron realce a ese entendimiento

de ideas y emociones. No pocos fueron los poetas de este y el otro lado del Arauca que exaltaban en octosílabos su fervor a la llanería, y nada escasos fueron los prosistas de varios géneros —la historia, la crónica, el ensayo, la investigación— que cedieron sus libros a la lectura del ayer y el siempre del ser y el quehacer llaneros. Uno de esos títulos, *De la parada al coleo*, lleva la autoría de Ruperto Hurtado, llano él mismo, dentro y fuera de las aulas universitarias, antes y después de desensillar su caballo de maestro coleador; el otro, es el cuento de la vida de Ramón Nonato Pérez, "el Tigre", el lancero de Páez en Mata de la miel y Mucuritas. Lo narra su paisano casanareño Delfín Rivera Salcedo con mucho cuido de fechas y respeto a la información cierta. El ensayo tuvo en Edinson Pérez Cantor frecuente referencia, en especial por su libro sobre Miranda.

Sé que silencio otros libros; pero mal podría glosarlos en tan apremiante espacio. Abundaron de tal guisa que casi forman biblioteca. Adolfo Rodríguez trajo un porsiacaso de ellos, los más referidos al Guárico, que es su desvelo de historiador. Cometo esta impropiedad porque debo detenerme en lo que estimo representó el espíritu que dio resplandor a la cita: el recuerdo de José León Tapia. Fue su añoranza, la de su presencia en la vida y el devenir de Barinas y de Venezuela, como médico de hondísima sensibilidad humana, como ciudadano y como escritor, en una palabra como conciencia cívica e intelectual. Su recuerdo avivó los días del Simposio y el Encuentro. Lo expresaría razonada y emotivamente Edgar Colmenares del Valle en la ponencia inaugural. Escribir y servir educaron la conducta de Tapia. Si en la ciencia médica halló motivo bastante para hacer práctica de humanidad y en su comportamiento cotidiano enseñanza de nobleza y de pureza, en la literatura aproximó la certidumbre histórica al imaginario, sin menoscabo del trasunto emblemático, el trasfondo moral que siempre aflora en sus personajes y hasta en el paisaje: el de un país de valientes vencidos, mas nunca derrotados, como Maisanta, como Zamora, como El Tigre de Guaitó y el último que vio nacer de su pluma, como López

Matute o como esos lastimados de guerra y de melancolía que fueron los Pulidos o el muy nacionalista e inefable Marqués de Pumar de aquella tierra de marqueses que hoy es suelo que se bate contra el yermo de la injusticia y la preterición.

No tengo tiempo para detenerme a dar noticia minuciosa de la ponencia que digo. Apenas puedo referir su importancia para comprender no sólo la pertinencia del evento que acaba de concluir porque ahondó en su significación y abrió rutas, acaso sólo avisoradas o aún sin trillo cierto, sino porque de igual modo permitió situar en su justa transcendencia la obra de Tapia después de Gallegos, adelantándola y en cierto modo corrigiéndola.

La poesía, qué duda cabe, transitaba en la lectura y en las voces de los poetas invitados. Uno hubo, entre ellos, oriundo de Falcón, Guillermo de León Calles, que devolvió al lenguaje su casi olvidada emoción antigua: la de conmover, la de defender la ternura.

La mirada de José León Tapia no se apartó un instante de nosotros. Nos observaba en los muros y las hojas sueltas de los programas y las banderas de los pendones, en la dulzura de su amada Carmen Dolores González y en el afecto de sus hijos, en el vacío en que quedó su casa y en la orfandad que sufre hoy Barinas desde que la muerte le mordiera el corazón y detuviera su mano. Pero su obra y su pasión venezonalistas pueden más que sus cenizas, conjuran toda lágrima, renuevan, como la lluvia en el llano, el horizonte marchito y esplende de amor por Venezuela, su Venezuela.

# Memorial de la inocencia



No preguntemos por Laura Antillano, ni por los muchos libros con los que ha inventado novelas, cuentos, poesías y crónicas. Tampoco se nos ocurra curiosear entre la frondosa papelería de notas, artículos y testimonios que ha cedido a los periódicos y revistas. Desistamos de atisbar en los estudios de radio donde suele demorar no pocas horas de su ajetreada vida, porque apenas abandona el micrófono apura sus pasos para llegar temprano a las aulas de clase. Lo que sorprende en ella es que siempre se tiene sosegada, la voz como un susurro, el andar sigiloso. Alguna vez conoció el abismo de la fatalidad, se asomó a su borde, pudo haber caído al vacío, pero se aferró duro al vivir y volvió al mundo, al único mundo que ama: escribir para sí y para ceder ese placer solitario a los otros, enseñando sus secretos, en especial a los niños y a quienes, como ella, regalan sus dones narrativos y poéticos a la fantasía de la infancia. Si su labor como novelista y

cuentista es profusa, igualmente pródiga es su escritura de temas infantiles, así en la ficción como en la reflexión y la metodología. Ambas pasiones avivan su existencia. Allá en Valencia, en donde ha levantado su casa y ha abierto salas de clase y talleres bajo los árboles y en los balcones, uno suele hallarla o bien rodeada de pequeños o bien cercada por maestras y maestros oyéndola leer la imaginación de los grandes del género, los de otros países, como los hermanos Grimm, Anderson, Selma Lagerlöf, Tagore, o a los de nuestra tierra, como Aquiles Nazoa, Rugeles, Antonio Arráiz, Rivero Oramas, Carmen Delia Bencomo, Orlando Araujo, Oscar Guaramato…

Hace unos meses, convidó a la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, de la que es asesora del área de literatura infantil, a un encuentro internacional al que asistieron cuentistas, poetas, cuentacuentos, teatreros y maestros en el que la reflexión, la confidencia y el imaginario conocieron el lustre del foro, la conferencia y los seminarios durante varios días y cuyos resultados fueron publicados por la Casa bellista.



Antes de que desmayara el año 2007 dio término a una antología, fruto de un taller que si bien duró largos meses de desvelo, hoy goza de intemporal utilidad. Quería Laura Antillano ofrecer a los niños una cuentística menos foránea, más nuestra, que no fuera esa que suele confundir a los niños con el uso del español madrileño y su temática de estaciones e historiografía peninsulares. Para conseguirlo, propuso a un grupo de estudiantes y maestras de educación el ejercicio de una narrativa en la que el niño pudiera sentirse en un paisaje más familiar, un paisaje hablado en el español de Venezuela

El resultado de ese taller valenciano titúlase *Nuevos autores de literatura infantil*, patrocinado y editado por la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello. Consta de diecinueve relatos, ilustrados con la habitual concreción de líneas e intuitivo ingenio por decenas de niños, venidos de las escuelas del aledaño carabobeño.

Cabe destacar que en la reciente Feria Internacional del Libro, a que fuera invitada Laura Antillano para rendir tributo a su oficio de escritora y de la literatura infantil, la muestra de este taller tuvo largo reclamo de lectores. Prueba fehaciente de cuán necesaria resulta una novísima bibliografía para niños en Venezuela. Para hacerlo posible, Laura Antillano ha creado los talleres *La letra voladora* y ha prestado su imaginación y su vivencia a las ediciones De la escuela salen los caminos y al Fondo Editorial Cenamec.

No; no preguntemos por Laura Antillano: preguntemos por su amor por la inocencia. No más nos mira, comienza un camino en sus ojos que nos regresa a aquel perdido paraíso del que somos hoy los desterrados del "había una vez", cuando lo imposible y nosotros éramos sus compañeros de travesuras.

# Voces nuevas 2005-2006.



El filósofo mexicano Leopoldo Zea cedió a Domingo Miliani, fundador y primer presidente del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, el invento de los talleres literarios, los cuales prodigábanse en las aulas universitarias de su país, así como en los cenáculos literarios de varia intención.

No tardó mucho el académico y escritor trujillano en confiarlos a la programación del Celarg, después de hincar los basamentos de su metodología. Invitó a nuestros escritores de renombre a que sirvieran de facilitadores en los distintos géneros de la creación escrita. Huelga decir que la poesía y la narrativa colmaron largamente la lista de aspirantes, quedando un tanto a la saga el ensayo, como es habitual entre nosotros.

Los entonces estrechos espacios de la institución apenas si ofrecían sitio propicio a los innúmeros talleristas que en cada ocaso caraqueño acudían a vivir una experiencia desconocida,

que no fuera aquella de la eventual y privilegiada educación que algún bisoño poeta y narrador recibiera de un familiar o amigo profesor de letras o escritor de renombre.

Esta vez bastaba con inscribirse en el Rómulo Gallegos, aguardar a ser seleccionado por el facilitador y aprestarse a confrontar sus manuscritos y bocetos literarios colectivamente, en procura de la siempre azarienta búsqueda de una voz y una visión propia del mundo.

Silva Estrada, Oswaldo Trejo, Alfredo Armas Alfonzo, Gustavo Díaz Solis, contábanse entre los más conspicuos guías de esos primeros talleres, cuyo prestigio acrecentose prontamente.

Al término de cada taller, se daban a conocer sus resultados con la publicación de "Las Voces Nuevas", como se bautizaba el nacimiento del nuevo escritor.

En el curso de los años no se ha interrumpido esta labor pedagógica y de pesca de sensibilidades literarias. Lejos de ello, el Celarg ha extendido el sistema de talleres a los más diversos géneros, como el teatro, los guiones de cine y de telenovela.



Hoy, es dable hablar de una generación de talleristas del Rómulo Gallegos. No pocos gozan de nombradía literaria y son incontables quienes se suman al número de facilitadores.

Tal éxito abundó entre los centros universitarios, los ateneos, las fundaciones culturales y los entes de los ministerios públicos y, tanto, que es posible hablar de una vasta escuela de promoción de la escritura literaria, la cual ocupa buena parte de Venezuela y desde no ha mucho la de algunos pueblos indígenas.

He vivido la grata y fructífera experiencia de facilitador de esos talleres literarios en más de una ocasión. Recientemente fui invitado a presidir el de periodismo literario. De su resultado da cuenta la reciente publicación de las "Voces Nuevas" correspondiente al período 2005-2006, ofrecida el pasado sábado en la III Feria Internacional del Libro.

En el libro de marras, hacen compañía a los nóveles periodistas literarios los talleristas de poesía, bajo la égida de Miguel

Márquez, y de Escritura Creativa, ese nuevo género propuesto por Maritza Jiménez, su animadora.

Destacan entre uno y otro género, a más de la selectiva lectura de sus participantes, su procedencia universitaria, el gusto por el lenguaje inventivo de marcada referencia urbana y —en el caso específico de los periodistas—la vivencia profesional. Debo detenerme en ellos, por la atención y participación que prestaron al objetivo que perseguíamos: la comprobación, a través de la lectura de los grandes narradores de este y de otros mundos, de que el límite entre el lenguaje narrativo y el periodismo acusaba la imprecisión de la niebla, e igual ocurría con los textos de célebres periodistas, los legendarios reporteros-escritores.

El saldo cualitativo —y no dudo que mis otros compañeros facilitadores del periodo 2005-2006 tengan el mismo sentimiento— ha sido alentador y harto satisfactorio. Lo prueba esta muestra de "Las Voces Nuevas". ¿Qué duda cabe? La búsqueda de talentos y la orientación de los dones literarios hallan en el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos una muy fértil tierra prometida.

# Todos los poetas, el poema



De nuevo la poesía levanta su casa de palabras en Venezuela. No más anuncia mayo en el cielo y en la tierra el tiempo del renacer de todo lo que el verano de los trópicos somete al secano, los poetas de los cinco continentes acuden al llamado de los poetas venezolanos a participar en esta fiesta mundial que auspicia y organiza el Ministerio del Poder Popular para la Cultura a través de la Casa de las Letras Andrés Bello. De sus ciudades y pueblos, de la helada grisura de los inviernos y la fragosa canícula de los mediodías, alléganse hasta nosotros los cultores de nuestro decir más antiguo, quienes hacen posible la inteligencia del ser y las cosas, la persistencia de nuestra frágil armonía y la alianza con el más alto valor de la civilización que es la libertad, de la que son sus inveterados celadores y defensores. Próximos al dolor y a la belleza, por querer decir —con Albert Camus— a cuanto lastima nuestra condición humana y cuanto preserva su dignidad,

los poetas del vasto vecindario terrestre confían una vez más sus voces y ceden su ancestral solidaridad a nuestro país en la hora crucial de su destino, el de su lucha por reafirmar su soberanía y el de su voluntad de darse indistintamente a todos sin la mancha de lágrima y de pobrecía. Durante los venideros días de mayo los poetas del mundo y los poetas de Venezuela habrán de suscribir y difundir nuevamente entre nosotros su más cara e inveterada invención, suerte de poema único e indistinto: la fraternidad. Nadie mejor que Gustavo Pereira, a cuyo homenaje convida el 5º Festival Mundial de Poesía, lo sabe. Él ha hecho de su obra y de su existencia una poética que es reclamo de entendimiento con el más solitario de los seres: el hombre sin el hombre.

## Una lejanía que va y viene



Igual sucede en lo más alto. Por allá también andan el verano y el invierno. De noche, hacen lo mismo la luna y las constelaciones. Su lejanía nunca permanece inmóvil. Todo pasa, todo dice adiós y regresa, como la tierra abajo, derribada. Hay una llanura terrestre y otra celeste. Ya lo dijo Lazo Martí. Ambas viajan, de un infinito a otro. Aquélla obedece al paso de la sed y de la saciedad de la vida; ésta a la escasez y la abundosidad del tiempo. Aquí, en el mundo tendido, arde la llama, rige el desierto; allá, en el mundo alzado, se encienden los astros, se vacía el cielo. La luz, en ambas llanuras, abunda y ralea. El paso de la luna y el paso del sol transcurren también en nosotros y en el suelo que nos retiene y retarda su promesa de olvidarnos. El planeta azul no cesa en ese ir y venir por el abismo donde toda llanura es enormidad insondable, sin lo que la encumbra y sin lo que precipita, sin antes ni después: siempre.

De esas llanuras proviene nuestro enigma. Habitamos un camino. No la casa. Nos vamos de nuestro cuerpo, no duramos en él, en el aquí que somos o lo presentimos, sobre las cumbres, en los valles, en las orillas y las costas, entre los árboles y sobremanera en los llanos, donde todo lo terrestre y lo celeste tiene lugar, acontece. Si cada región geográfica nos asigna una conducta y un destino, es la sabana, la tierra caída en sí misma y ante el espacio, que es su otra vastedad, la que, con los mares, mueve al hombre y lo educa en su errancia interminable a través de lo profundo cuyo límite ilusorio es el horizonte, el gran hueco tendido.

Nacer, existir en esa patria ilímite del después y el más allá obliga a su habitante a obedecer a su inconstancia de suelo y cielo. Y si ese habitante practica su lejanía, nada que no sea mudanza de una a otra distancia consigue apaciguar su ancestral postura esteparia. Tanto, que entre la llanura y su habitante, dáse una definición que los enlaza, no sólo por haber nacimiento en ella sino porque su proveniencia califica un comportamiento y, más aún, un oficio. Se es llanero menos porque se nace en el llano que porque en él se ejerce una labor que así se llama. Llano es, pues, una escuela de llanería, esto es, la educación del ser para el dominio de cuanto hay de indomable en sus intemperies, la del llano que se encumbra y la del llano que se cae.

Su camino vivo no puede ser otro que el del caballo. Él achica lo inaccesible, hace íntimo el confín, enseña a pasar como el ave de Pessoa: "Pasa, ave, pasa, y ayúdame a pasar", o le "pone la sabana en la sien", agrega Alberto Arvelo Torrealba. Ave solípeda y psicopompo, el caballo es la prolongación del hombre llanero, con él y en él *hace* el llano, propicia la confidencia interior. Ninguna criatura facilita más el sentimiento que el caballo. A él débese la canta de la afirmación del yo que es la copla y la de su desasogiego que es el pasaje. El caballo preside la conversación con lo solo, la otra llanura de más adentro.

## Viaje al desierto del verano

Ahí llegan hombre y cabalgadura. Vienen de ninguna parte porque la llanura no tiene sitio fijo dónde pararse. El recién venido amarra su castaño jovero a la penumbra de un cañafístolo. Afuera, en la luz y en el pasto, es verano. El hombre huele a cuero y a sudor, al almizcle de su caballo fajinoso. A un costado de sus ancas ha colgado su cabo de soga y tras el espaldar del fuste ha añudado la capotera, su valija de vaquero. Apenas pisa lo duro hacen bulla sus espuelas. Inquiere por el encargado, el caporal, como le llamaran otrora. No tiene por qué presentarse. Lo recomienda la llanura: los potreros de bregar con ganado cachalero, los botalones de humillar toros fieros, la soga de atajar bestias braveras, la manera de andar como si recién acabara de soportar el barajuste de un potro cimarrón, la mirada como la punta de un cuchillo, la palabra avara de explicaciones y la amistad en la mirada de quienes han atisbado su llegada desde el caney de palma de corozo. Ha venido a proponer su baquía en la transhumancia que se avecina. No hay peón llanero que no ande con su acreditación sobre su caballo. El de mi historia proviene de las calcetas del Tiznado, el río que escribe la historia de las sabanas de Guardatinajas y de Laguna de Piedra, San Francisco y San José. ¿Por qué comparo su cuerpo con los tallos del matorral que llaman tornillo? ¿Por qué se parece tanto a los cabresteros de Mapurite, con los que anduve Cojedes lejos, arriando la hacienda de los Silva Agudelo, el mismo ojo hablachento de la gente suya, la boca muda de palabras pero eufórica de verdades? Afuera hay un embrollo de bestias, aperos, sogas, sillas. Alguien amuela su puñal. Otro inspecciona su mosquitero. Aquél, el recostado a un horcón, se libra del tormento de la plaga con la manaza de derribar toros y soportar con la soga el barajuste del potro cerrero. Cada quien revisa su porsiacaso, el pollero, para regañar el hambre en la travesía que los espera detrás de los corrales, después del tranquero y de la majada, más

allá del palenque y mucho más allá de los matorrales y el vacío por el que vuelan los loros y algún tautaco.

Atardece. El mundo son dos llanuras, la real y la imaginaria, la del Guárico y la del celaje hirsuto, como esta madrugada, como su noche chamuscada de estrellas. El barro mudose a polvo, los ripiales viven al fondo de los charcos y los lagunazos. El sausé suena su pito detrás de los coñales de jalapatrás y chiribitales. Cuando sobrevenga el silencio del sueño habrá escándalo de ladridos. Los perros merodean en la cocina y entre las piernas de los llaneros que sorben la sopa de hueso y muerden un costillar de ternera.

Los caballos gordos se enfrentarán a la enormidad donde se ahinca el hato, a los caminos y senderos que prometen medanales, suelo seco del tamaño de la desesperación, la piedra dura y la dentellada de los terraplenes. Los de remuda lucen cuál el lomo liso, cuál la cicatriz de una matadura. El viento es el dueño del temblor de la paja y estremece la fronda de los samanes y los carutales de la casa y de los corrales, donde se atora el ganado. El recién llegado ha perdido su identidad: es uno y ninguno entre sus semejantes. El caporal o encargado de la tripulación, el responsable de la vaquería, da las últimas órdenes. Los corredores del hato se han vuelto un caserío de chinchorros con el capuchón de los mosquiteros. Los hay cubiertos de tela o pabellones, que si bien le niegan al mosquito el más estrecho agujero asfixian al durmiente privado del piadoso soplo de brisa. La plaga veranera es silenciosa pero heridora. Ni el humo del comején consigue rechazarla. En algún rincón, un grupo de vaqueros se baten en reyerta con la baraja. Alguien puntea el cuatro y ensaya un pasaje triste donde su amada lo espera a la otra orilla del río o un recodo del pueblo con sus ojos pensativos y su boca de lirio de laguna.

De pronto la sombra se precipita sobre la vida.

Todo calla. Sólo sobrevive el parloteo de las conversaciones y alguna carcajada conjura la monotonía. La llanura, afuera, pareciera aguardar la madrugada para irse con la procesión de jinetes

y de cornamentas hacia el gran círculo abierto donde comienza y termina, una y otra vez, la tierra entera.

Tras la enrancia de hombres, animales y horizontes comienza en el alto Guárico, Francisco Lazo Martí, su viajero de excepción, lleva por viático los versos de su "Silva Criolla":

> ¡Cantando una tonada clamorosa
> y bajo el fiero sol de la sabana,
> al paso lento de la res morosa,
> con rumbo al sur cruzó la caravana!

En el poeta el verano es el yermo violento de "El Tapiz", en el aledaño calaboceño, lamedero del curujujul, fiesta florida del orore. La sequía es la de finales del siglo XIX en el hato de la familia, pero nada ha cambiado en el Guárico, es el mismo verano de los mediodías encandelados y fragosos de estos días de febrero. El indio Reynaldo, el encargado del hato "Mapurite" de los Silva Agudelo, el mejor lazo de esas soledades tendidas, amarra los palos del tranquero. Los vaqueros, a paso de uña de caballo, enderezan el ganado que desde temprano se estorbaba entre los corrales de la majada. Sobre la rama desnuda de un palo seco, se desespera la guacaba, el cernícula de grito agorero. Hiende el aire su pariente menudo, el gavilán primito, "pequeño y gran volador", que propaga la canta alabando su donaire. Los pastizales han cobrado un color ocre, el color de la sed, la carroñera sed de los llanos veraneros. Presidiendo la caravana van los cabresteros entonando canciones sentimentales para sosegar las reses que avanzan con pereza, como remedando el sopor de la intemperie, blanca y calurosa así en la tierra como en el cielo. A los lados, flanqueando el ganadaje, se afirman en sus sillas los punteros y un poco más distantes, hendiendo el pasto tostado, los contrapunteros, la corona del cabo de soga atada a las ancas del caballo. Sobre el respaldar de la silla se acuesta la capotera, bien anudada, donde guárdase la hamaca, el mosquitero y la colcha. El porsiacaso, al otro costado

del fuste, con la comida frugal para el momento del sesteo o para calmar el acoso del hambre del errante. La tripulación entera, como llámase la comitiva ecuestre en el decir del llano, dispone de los mismos aparejos. Atrás, en la culata, el encargado vigila y dirige con un grupo de jinetes. Atiende con ojo zahorí y con sentencias casi siempre airadas la marcha lenta de las reses. Y bien que la lluvia se ha ido lejos dando paso al gran azul ventoso y desnudo, ninguno olvida la cobija o el caucho, no vaya a ser que se precipite sobre ellos, al hundirse en el horizonte, el chaparrón, el intempestivo chubasco.

Allá van, bajo un sol crudo, entre polvo y espina. La lejanía que ahora habitan, es sinfín tembloroso, perfil de cuernos y cabezas. Desde las casas del hato, se escuchan las voces humanas, uno que otro ohhh, ohhh, de los pastores a guisa de amansamiento vocal al que atiende sumisa la hacienda, que así se nombraba al ganado en los tiempos del llano viejo. Gime la tórtola, clama la soisola, braman las vacas llamando a sus becerros. Como la sequía ha sido tenaz, sus carnes flaquean. A medida que la caravana se adentra en los bajíos o bordea el pasto verdecido de los arrozales y los canales de riego, los animales detienen su paso para mordisquear esa delicia que les mezquina la tierra yerma. Apenas es el inicio de un camino sin término con el lomo fijo de lo interminable adelante, entre las orejas de los caballos y bajo el filo del sombrero. El sudor vuélvese llovizna sobre las frentes. El tedio arrecia, pero nadie descansa, nadie se distrae, la mirada no se aparta de la multitud bramadora. Los caballos de remuda y los potros recién domados, las yeguas y sus crías, se confunden con el ordenado caos de cuernos y pezuñas. La sabana engaña. Su fingido suelo caído ondula, múdase a bancos, a medanal, a cascajo, gira, muévese hacia los bajumales, se oculta entre las matas, esas islas vegetales que interrumpen lo fijo tendido, lo ilímite, la conjunción del aire y el polvo, el juntamiento de las dos lumbraradas, la del verano del espacio y del mundo. Otrora, cuando las cercas no achicaban la nada terrestre, los caravaneros partían sin mayor

sesgo hacia la orilla del Apure hasta alcanzar las islas de Apurito, de pasto pingüe y bastante. Esta vez, la travesía es interrumpida por las carreteras de asfalto, los continuos "falsos" o puertas de trancas, los puentes y las parcelas de los arrozales. Entonces ha de reunirse el ganado, obligarlos a seguir atajos, cruzar potreros. Cuando eso ocurre, los vaqueros ponen a prueba su destreza para que las reses no desobedezcan el orden de la marcha. Es improbable que el acatamiento se cumpla. Algún maute, acaso un novillo, cualquier toro, más si es matrero, indócil y hosco, rompa la agrupación y se lance en barajuste. Casi de inmediato, los punteros y contrapunteros aguijan sus caballos con la espuela dentada, preparan sus lazos y corren tras el desertor. Van a su alcance y ya al aparearse con su cabeza y su pescuezo ejecutan la enlazada de lujo del llanero, la de cacho y muela. A veces, cuando se yerra acuden a la coleada, otra de sus pericias más comunes del duro oficio. La res es derribada tomándola por la cola y se rinde, su rebeldía cede a la astucia humana. Si ocurriera, y ocurre muy a menudo, vívese entre los jinetes una alta competencia de machura y eficacia, la prueba máxima, junto a la doma del potro cerril, de llanería.

La caminata prosigue. La luz del día ha torcido hacia la tarde. El encargado ordena hacer un alto en la andanza. Ha encontrado un bajío, un paño de sabana verdosa, con fronda mucha de pasto y hay agua cerca, en la laguna, en la boca de un caño. Las mismas reses reclaman el sosiego y la sabrosura de los pastos. Hace varias horas que su gente no se ha bajado de los caballos, seguirán adheridos a sus lomos hasta que se encierre el ganado en los corrales de los hatos cuyos dueños acatan la ley de los llanos, como las del servidumbre de paso y el préstamo de majadas. La luz, el aire fresco y los pájaros cantores dan la hora: se avecina el crepúsculo. Guardadas las reses, desensillados y refrescados los caballos sudorosos y heridos por la espuela, se les regala el descanso y el pasto. El aljibe, la charca, tal vez una ducha de fortuna, prestan su frescura a los cuerpos dolidos de cansancio y lastimados de sol. La tripulación se apresta a colgar sus hamacas (la noche se apresura, lo

dice el sausé, el pájaro ventrílocuo, lo advierte la guacaba, el ave fatal). Las garzas, en el garcero cercano, luchan en los ramajes por el cobijo deleitable. La carama donde se posan cúbrese de una emplumada fronda blanca. Al fondo de la casa la cocina huele a carne asada, hierve el agua para las pastas. Si hay avío suficiente, el anfitrión del hato, de costumbre un llanero mudado a cocinero por los achaques de la edad, amasa la harina de la arepa o se libra de la diligencia cediéndosela a la mujer. Es noche plena, noche estrellada. Habrá menguante, el paso de luna propicio para la doma, la educación de la boca del potro, la poda y el corte de la madera. En el cielo cunde el verano celeste. En la tierra el de la sabana. Las voces de los hombres comienzan a ralear. La fatiga los vence. La plaga veranera es menos tormentosa que la del invierno, que es casi carnicera.



**El tiempo a paso de uña**

El amanecer se asoma, el albor es su presentimiento. No tarda, dice el gallo de esa hora, lo asegura la paraulata, el perro lejos y cerca. Los llaneros se aprestan a continuar la derrota hacia las sabanas de abajo, de pasto graso, criado por el invierno durante los meses de centella y trueno. Ya andan remontados y aún es oscuro en las dos llanuras. De nuevo se organiza la caravana, de nuevo se alarga el camino, que es a la más de las veces trocha o sendero. Vuelve a oírse el ooh de los arriadores, los cabresteros apaciguan con sus silbos y sus coplas a las reses que ya adivinan el aroma verde del goce que no tarda. Antes, mucho antes, hay que pisar terroneras de filo de navaja, el ripio ardiente, el lomo coriáceo de lo liso y el castigo de la luz que desde hace poco quema encima y en uno. El tiempo dura con desesperante demora con el paso de los animales; apenas avanza, se atrasa en los matorrales de punza traidora, en el resplandor del aire abrasado, en el tedio del paisaje inalterable, igual y lejos. La carretera negra duele en los cascos y en las pezuñas; el camino pedregoso y el trillo de arcilla

endurecida hacen el resto. Un novillo rompe la fila. Se desordena la marcha. Le siguen otros, dejan un escombro de polvo y tallos secos. Los jinetes se lanzan a su alcance. La amenaza de estampida es reprimida con voces, mandadores y maña. Y otra vez el gran afuera enfrente y remoto. De Grecia, aquí, en el ojo rojo del desierto, me viene el recuerdo de Aristóteles. Súbito, en el centro mismo de lo rudo y lo íngrimo, oigo su voz, como si el filósofo rozara los ijares de mi caballo. Desde lo antiguo me habla con frases de griega llanería. Lo releo en el espíritu, perplejo, cuando me dice: "Otro tanto puede decirse de los hombres, no siendo menos diversos sus modos de existencia (…), son nómadas (…), se alimentan de la carne de los animales que crían. Sólo que, viéndose precisados sus ganados a mudar de pastos, y ellos a seguirlos, es como si cultivaran un campo vivo". ¿Qué hace el gran griego en estas soledades? ¿Cómo tuvo noticia de nuestro deambular?

"El campo vivo" aristotélico prosigue su destino trashumante Venezuela adentro. Ha traspasado los límites invisibles del llano cojedeño. Son las doce de otro sol y otro desierto, pero en el confín divísase un horizonte verde, los montes oscuros de las orillas de los caños y del río. En el umbral de los paisajes comienzan a escasear los chaparrales, los árboles del semidesierto, la escasa sombra que libran de la insolación y del largo abismo. El ganado huele su exuberancia, se agita, apura el paso, vigilado con celo por los arriadores. Antes de que anochezca ganarán los potreros y la majada, la casa y su alero, el reposo del guerrero. Esperan la quesera de verano, el pastoreo, la fajina del amanse, el arriendo de los potros, el ojeo. La vida no tardará en avivar los corrales, en saciar el hambre que agostó los porsiacasos, prosperará la res con la cría de los becerros, se colmarán los baldes del ordeño, las lagunas y los bajíos de agua clara gozarán del ventalle de las palmeras y de los árboles, se escuchará la pajarería cantora y lamentosa. Y así hasta que truene en el llano celeste y hasta que el nuberío oscurezca el llano terrestre. Volverán la llovizna y el chubasco de abril. El araguaney, el cañafístolo, el vistoso nazareno de pétalo lila, el

orore, propagarán su variopinta jardinería. Con los aguaceros de junio se hincharán los caños y el río Portuguesa, que transcurre cerca, alcanzará sus empinadas barrancas. Un llano bajo las aguas dirá que es tiempo de emprender la próxima vaquería, la vaquería de invierno.

**En mayo empieza el invierno**
**y para el llanero es alegría**

Ángel Custodio Loyola, el mítico coplero de la Mata Arzolera, lo propaga con su tañío por toda la llanura venezolana. Se hace noche en pleno día. Aquel cielo blanquiazul del verano, aquella desmesura desnuda han enlobreguecido. Los alisios desmayaron. "Parece que para el mundo/la palma sin un vaivén", canta Alberto Arvelo Torrealba. El infinito alzado es hendido por la centella. Las nubes soportan mal su carga de aguaceros y se vacían en torrentes. Llueve. Y vuelve a llover. Es junio bien tarde. Un ajetreo de bestias, animales y hombres agobia el hato veranero. Es tiempo de la vaquería de invierno. En el alto llano, lo que meses atrás fuera desierto, osario de animal, raíz extenuada, pasto muerto, cauce agostado, es ahora tierra reidora. El verde ha renacido e invade hasta las rendijas de las piedras, la llaga de los rastros. El sembrador exulta. La semilla estalla. Cada rama es casa de pájaro.

El ganadaje abunda, han proliferado sus crías. Las reses lucen cuerpos robustos. Un bando de toros muestra el testuz del padrote. El herraje y las marcas de los orejanos fue larga tarea de paciencia y precisión. Los pastos casi navegan entre las correntías, las bombas, los bajíos. Vuelve a llover y vuelve a entonar el sausé su silbo de dos notas. Al borde del lagunazo clama el carrao. Súbito, una tromba de aguja y ventisca inclina el paisaje, emparama los corredores de la casa. Vastos paños de sabana yacen sumergidas bajo las aguas salidas de madre. La plaga negra zumba sin cesar, su castigo es insoportable. Es preciso ahumar la bosta y los nidos del comején para sobrevivir a su avalancha.

Los mosquiteros permanecen tendidos con sus bocas anudadas. Desde antes de que asome el día, los llaneros han salido a reunir el ganado disperso en el océano vegetal. En estas tierras de veraneo pastan indistintamente. Los picadores de los distintos hatos apuran sus caballos para conducir la hacienda a la paradura, el lampo propicio donde se formará el rodeo. Barajustes, mandadores, gritos, mugidos, truenos, destruyen la soledad, desbaratan el silencio. La enorme rueda de cuernos trata de romper su cerco. Los llaneros les oponen los pechos de sus cabalgaduras y suenan los mandadores y los chaparros para imperdírselo. Uno a uno o por grupos comienzan a separar las reses atendiendo al hierro de sus dueños. Alzan sus cuellos, adivinan la proximidad del diluvio y se dejan conducir hacia las sabanas altas, no sin alborotar sus bríos, su fortalecida reciedumbre. Los golpes del mandador gobiernan su salida del rodeo rumbo a los callejones vecinos en cuyo extremo se juntan con las de su mismo hierro. El callejón facilita la práctica del coleo, esa pasión pastoril de la Colonia, esa pericia del derribo que en las mangas de coleo nominan "colear de a peacito". El tiempo declina. Comienza el arreo hasta los corrales de la majada, siguiendo la fila de las cercas. Una centella chamusca un bosque de palmeras vecinas y la deflagración empurpura las alambradas. No pocos caballos acusan un andar vacilante, los belfos y los ijares ensagrentados. El tabardillo echa por tierra a un ruso mosquiao flaco. Para sustraerlo de la muerte ha de sangrarse. Ya se ensombrece el día, ya es última luz. Dos o tres llaneros han ido a enlazar al toro cimarrón, que ha ido a buscar fortaleza en una ceja de monte. Viéndolos bregar con esa furia enserada, mi memoria se regresó al llano de antes, al "ay, llano cuando era llano", con que se lamenta José Romero, al de "me da lástima nombrarte" del Carrao de Palmarito. En las lejuras del Apure de los años veinte, el muchacho que fuera Antonio José Torrealba, el informador de Rómulo Gallegos, becerrero, peón sabanero y maestro de escuela, describe en su *Diario de un llanero*, "la biblia del llano", ese momento del bravío oficio de la

añeja vaquería, prueba de sabiduría y arrojo, como es el de barrear a un toro matrero:

—Aquí es donde está mi Dios sentado, Juancho, venga para decirle cómo es que se barrean los toros. Coja la gaza del barreador, métalo por aquí, por debajo de las muñecas, métale una gaza larga, apriete duro, métale la pata suya para que le quede bien apretado; ahora, cagaleré el seno, de modo que le quede la cadena cerquita, o mejor dicho, la cadena debe quedar cortica. Ya está bueno. Saque un seno y una guía, métale el seno por debajo de las patas traseras, póngasele por detrás, avispadito y ligero, porque si el toro batalla le va a poner un par de patadas en el estómago y se va a revolcar más que una gata ruín, si no lo matare del par de patadas. Meta la guía por el seno, ayude con sus piernas a empujar las del toro para adelante, déle más, hasta que estén unidas las de atrás con las delanteras, ahora sí está bueno. Déle vueltas redondas a todas las cuatro patas, métale barra doble, ¡mire qué toro negro y barreado! Ahora llámese a Rafaelito, véngase por aquí, para que naricee el bicho, yo sé lo voy a naricear para que Ud. vea cómo es la operación. El cuchillo se coge de esta manera, el cuchillo se pone así, con el filo hacia atrás, que no le corte el naricero al toro porque después se le revienta la nariz y queda chingo, esta es una operación rapidísima, cosa que, cuando quiera moverse para allá, está pasado de parte a parte; entonces se le pone el pie en el ojo, se le mete el dedo grande del pie en el ojo, con fuerza, se recoge la punta de la soga, se le suelta la gaza, se endereza la punta y se le mete por la cortadura para que salga por el otro lado; a la punta de la soga se le llega a la cola del caballo, la mete por aquí, la saca luego, le echa esta gaza que no aprieta. Ahora coja el serrucho, póngase por detrás, arrecostado del espinazo del toro, con las dos rodillas hincadas en el suelo y bien agachado, para que le corte el cacho de abajo sin necesidad de jagüereyarlo, cortando siempre con mucho cuidado porque, si el bicho cabecea, saque el serrucho ligero porque, de lo contrario, se lo quiebra; el cacho, o cuerno, como dicen Uds. los pueblerinos, de arriba, sí es fácil

cortarlo, se le pone el pie en el cachete y el dedo en el ojo, por más que batalle no hace nada.

Meses, la vida entera, hace que Agamenón, el heterónimo de Antonio José Torrealba, no ve a su mujer. Antes de irse a la vaquería, le había escrito una carta. Sabe Dios si le llegaría. Los caminos de los años veinte caminaban con mucha pereza entonces, salvando caños, ríos crecidos, esperando que escampe o que le queden atrás las puertas del tranquero, desde donde el camino se enfila hacia el destino. Todavía recuerdo su confidencia en las páginas del *Diario de un llanero*. Reza como sigue: "Mi querida idolatrada: En este momento parto para la vaquería de Palambra. Por fin ha llegado para mí la contestación que tanto anhelaba; por ella veo que cedes un poco a mis caprichos, mantente firme en esta resolución hasta mi regreso; es necesario que vayas pensando en que si tú no me pones una cita yo te la pondré a ti. Piensa en eso con madurez, para cuando venga me dices tu resolución. Parto para muy lejos. Como buen nativo de estos lugares, mi vista recorre al través del horizonte, y así como me veo tan lejos, así sabré verte perennemente en mi mente y sentirte en mi corazón. No temas por mí, que voy acompañado de ocho fieles amigos que van dispuestos a dar su vida por salvar la mía; no olvidaré tu encargo de traerte el mejor trofeo que consiga en las fiestas; envíame en las nubes que pasen, muchos abrazos y feroces recuerdos (…) Agamenón".

**Es tiempo de que vuelvas,**
**Es tiempo de que tornes**

El verso de Lazo Martí pareciera surcar la vastedad terrestre donde la caravana comienza su retorno al alto Guárico. El ganado trata de apurar el paso: no muy lejos de sus huellas lo sigue el llano sumergido, el avance del diluvio. Su instinto le advierte que van camino a lo seco, al verdor sin ahogamiento. La mañana es pura, sin amenaza de aguacero. Los interminables pastizales conviven

con los charcos y los fangales. Los cañaotes remedan a los caños y éstos a los ríos, como Caño el Diablo, que viene dando tumbos, sin freno, abriendo de un tajo la sabana. Los cabresteros se adelantan y frenan sus caballos en la orilla. El Caño de Mandinga se ha ganado su nombre: torrentoso, sus ondas parecen batirse entre sí para saltar unas sobre otras. La punta de ganado se aproxima. Uno de los cabresteros le hinca la espuela a su rucio blanco y se lanzan juntos a la corriente. "Caballo bueno para el agua", bautizan los que saben a ese pelaje pálido.

El cabrestero cabalga sobre el frenesí del caño cruzándolo a contracorriente para evitar la cercanía de las espinosas caramas del otro lado. Su compañero se apresta a lanzarse a su vez con su bayo y lo hace, pero éste no lo acepta sobre sus lomos y el jinete se desliza sobre sus ancas para asirse de la cola durante el nado. Un golpe de ola se lo impide y ha de bracear solo, guerreando con la corriente, está a punto de irse hacia una carama y el miedo a morir viene en su ayuda. Tiene casi a sus espaldas la masa de ganado que ya se ha lanzado al caño. Sin saberlo, ha alcanzado la orilla pero continúa nadando a brazo partido cuando oye una voz que le informa mientras le sujeta del diestro a su cabalgadura: "haga tierra, camarita, que ya está en lo seco". Desde ese entonces, los llaneros rebautizaron el caño. Dejó de llamarse Caño el Diablo; ahora le dicen Caño Crespero.

El encargado manda a parar el ganado. Han llegado a una calceta apretada de pasto y paja lambedora. Uno de los contrapunteros cabalga envitolado en un potro zaino cuello e´garza, que él mismo arrendó en el verano. Es un ventarrón en la arrancada y anda pendiente del freno. El arrendador promete metérselo a los toros en la próxima tarde de coleo calaboceño. El silencio es casi físico, casi se puede tocar con las manos. Sólo se escucha el mordisqueo de las reses en los pastizales perfumados. Gime la tórtola. Se pone a cantar el arrendajo. No sé dónde silba el turpial. Un bando de loros hace escándalo mientras cruza el cielo que ha comenzado a ensombrecerse. Una lluvia tormentosa amenaza

detrás de los matorrales, por encima de los penachos de las palmas, sobre la fila de los bosques de galería. Se renueva la marcha. Truena con escándalo y a poco el cielo entero se desploma: el aguacero obliga a cubrirse el cuerpo con los cauchos y las cobijas. El ala de los sombreros semeja un tejado de fieltro y trapo por donde se escurre la lluvia. Un novillo y dos novillas se espantan con una centella y emprenden la fuga. Dos, tres enlazadores, barajustan sus caballos, preparan la soga. El suelo inundado estorba la carrera. Finalmente les dan alcance. Un lazo gotero ahorca al novillo que se siembra en el barro. Uno de los enlazadores falló su lazo y la novilla se perdió entre los cerrados matorrales. La otra fue cogida derribándola por la cola.

Los dos desertores son devueltos a la marcha, a la espera de que la novilla rebelde sea rescatada. No tardan los contrapunteros en atraparla, la traen sometida por dos sogas pareadas.

Prosigue la trashumancia. Enfrente los espera el infierno, el coñal de Palmarote. Espinares, cieno arcilloso bajo el agua negra encharcada. Abunda la avispa, zumba la plaga. El ganado en la travesía de ese horror se dispersa y hay que reagruparlo. Gritos, órdenes, maldiciones, se escuchan entre el follaje espinoso. Un zorro con mal de rabia salta a pocos centímetros de mi caballo y se pierde entre el desorden y los chiribitales. Hace unas horas cesó de llover y el trueno anuncia su regreso. Los caballos hacen esfuerzo por avanzar en los tremedales, las zanjas y las bombas de agua. Es casi oscuro cuando finalmente se vislumbra una abra.

La casa del hato Palmarote asoma su patio y su majada. Para los extenuados viajeros es una tierra prometida. Cuando desensillan, los lomos de sus caballos muestran mataduras de pena, los ijares acuchillados. Después del encierro, no más termina el goce del baño bajo una ducha improvisada y antes de que se desplome la noche, un pueblo de chinchorros y mosquiteros cubre los corredores. El zumbido y el acoso de la plaga desveló a más de uno de nosotros, pero el cansancio terminó por rendirnos.

Llovía de nuevo cuando el encargado despertó a los vencidos. Las sabanas de Calabozo tardaban aún dos días más de viaje. Otros caños esperaban por nosotros, por fortuna menos broncos que Caño el Diablo. En lo más perdido, bien distante, se avistaba el hato Tablantico, el último sesteo de la vaquería. La comitiva hubo de pisar suelo asfaltado, enfrentar el tráfago de automóviles y reunir al ganado disperso en los taludes. Tablantico, nido de serpientes, antro del murciélago y patrimonio del ripial. Su noche es del zancudo y la pavita de la mala suerte. Nunca se llega a sus corrales, nunca se vuelve al camino real: la casa y su majada quedan sobre el espinazo mismo de lo inalcanzable. Cuando los nómadas enfilan hacia "Mapurite" calla el cabrestero su copla y silba un golpe de un gabán. Ya vislumbra el final de un camino que se fue de los tranqueros y no se detuvo jamás, porque la trashumancia prosigue en el espíritu, empuja a irse una y otra vez donde lo aguarda el confín, el del llano, el del cielo, la tierra del infinito de arriba, del infinito de caído y de sí mismo. Ya se acerca la caravana, la casa del hato vuelve a vivir, la majada y los potreros aguardan a la vacada y a la madrina de caballos. Los hombres, tallados por la fatiga, tienen tiempo para tararear canciones. A pesar de la rudeza que han soportado, los gana la nostalgia de la vaquería del verano y la siguiente, ésta y la misma, en la lejanía que va y viene. La última entra al corral de la majada. Un muchacho asegura los palos del tranquero. Huele a carne en brasas. El llanero de nuestra historia apura el paso llano de su caballo herido por la silla y por la espuela, pero con el ojo vivo y el brío de su raza. Ahí llega y oigo al poeta Enrique Mujica, el de *Acento de cabalgadura* leerle un poema de su libro *Vaquería*,

Al paso claro de su caballo manso
la boca abierta de los campos.

Ventana afuera en las ancas.

## Una lengua olvidada quiere que la escuchen [ *393* ]

Hacia 1530 Nicolás de Federmann perseguía el esquivo oro de Las Indias por los suelos áridos larenses. Sufrió sus ardimientos y su sed, los mordiscos de la mapanares y de las espinas y buscó la sombra flaca del cují y del yabo para librarse de la tenaz inclemencia. En su derrota por esas soledades en procura del tesoro amarillo se topó con los pueblos aborígenes asentados a las orillas de las quebradas, las zanjas, los charcos, algún río de barro llamado Morere y otro con nubes que le decían Tocuyo. Un villorrio hay en el aledaño caroreño, que entretiene desde la Colonia una industria de ladrillos y tejas al cual motejan "Alemán", acaso recuerdo de la insensata travesía de Welser.

De ese paso por nuestros desiertos, Federmann dio cuenta en una escritura a la cual tituló *Historia Indiana*, copia fiel de su helado talante. En ella refiere su encuentro con un pueblo

propietario de una vasta geografía al que da nombre de ayamanes, cuyos desmesurados límites abarcaban lo que hoy la cartografía designa el norte de Bobare, el hasta más allá del río Tocuyo, un flanco del sur de Falcón, el Municipio Torres y las playas de arcilla caroreña. A los ayamanes pertenecía entonces un país con perfiles de desierto, montañas, selvas, pie de montes y ríos. Su lengua fue asolada —como no pocas del centenar que se hablaba en el territorio de la Capitanía General de Venezuela— por el repartimiento y la encomienda, esto es, por el conquistador y el misionero.

Eran vecinos —con inconstantes vínculos y frágil entendimiento— de los ajaguas, los gayones, los caquetíos y los jirajaras, pobladores como ellos del Municipio Iribarren.

A más del Welser de pies de polvo y espina, dieron fe de su sobrevivencia algunos estudiosos de nuestros pueblos originarios antes de que Ramón Querales, el poeta de "Aguas negras", cronista del Municipio Iribarren y oriundo de Matarere, el villorrio que fuera territorio ayamán, se diera por entero a averiguar acerca de sus ancestros y de una lengua perdida que aún se escuchaba en las postrimerías del siglo XIX y los albores del presente milenio



Atento al fervor de Querales en exhumar las voces y el gentilicio ayamán frecuenté meses atrás su *Glosario de voces indígenas y etnias prehispánicas del estado Lara* y a poco transité las páginas de su libro *El ayamán (Ensayo de reconstrucción de un idioma indígena venezolano)*, editado por Concultura, la Alcaldía de Iribarren y el Gobierno Bolivariano del Estado Lara.

Su autor determinó remontar de nuevo las fuentes históricas y lingüísticas de los ayamanes. Sé que en ello ha mortificado su paciencia de historiador, como lo prueban las doscientos cincuenta y un páginas del citado libro, salvando espinares y matorrales de infolios, abriéndose paso por empedrados y hojarascas de bibliotecas y salas de lectura, ganoso de organizar la caótica información que se tiene de los lejanos pobladores del fragoso paisaje larense y falconiano.

A más de seguir los trazos de Federmann, consultó cuanto refieren Pedro Manuel Arcaya, Alfredo Jhan, Luis R. Oramas, Lisandro Alvarado y el obispo Martí sobre los ayamanes y su lengua. En su acuciosa diligencia se entendió con otros indagadores, como Juan Tomás Pérez, dueño de un vocabulario ayamán colectado en 1886 y que publicara el apéndice del *Resumen de las Actas de la Academia de la Lengua Venezolana*; y también con Buenaventura Jiménez y con Octaviano Párraga, entre otros. Algunos pobladores indígenas o mestizos les habían cedido verbos, expresiones, oraciones y sufijos aprendidos de abuelos y memoriosos. Descendientes hubo, asaz longevos, que guardaron en su espíritu el verbo ayamán largamente silenciado y enterrado.

Al tiempo que Querales organizaba estos vocabularios y los cotejaba con las voces de la lengua jirajara y gayón, que en desordenada mezcolanza los doctos e intuitivos transcribieran en no pocas de sus publicaciones, vieron la luz injusticias y graves errores sobre la ubicación poblacional de los ayamanes y sobre su lengua misma, con frecuencia confundida entre las demás lenguas indígenas del vecindario regional.

Nadie, claro está, habla hoy el ayamán. La última vez que lo hicieron (o lo recordaron) fue a finales del siglo XIX y principios del XX. Querales lo sabe, por lo que su fervorosa indagación no persigue otro fin que el de mostrar un camino menos tortuoso y confuso a la moderna etnografía histórica que permita el rescate de esa lengua malenterrada con saña por el etnocidio y el olvido. Para ello, consigna un nutrido vocabulario de frases, verbos, oraciones, diálogos, depurándolos de aquellos que falsamente le han atribuido a la lengua ayamán y restituyéndoles aquellos que le han hurtado. En esta suerte de saqueo lingüístico les fue igualmente arrebatado su territorio, cuya extensión alcanza —según la medición que se hiciera no ha mucho— más de 60.000 kilómetros cuadrados de desiertos, bosques, montañas, valles y ríos.

Cultivadores y consumidores del cocuy, la bebida, el pan, la dulcería y la fibra del ágave proverbial que crece en las laderas

de los cerros, los ayamanes transmitieron a sus descendientes el ritual de Las Turas, con el que celebran cada año sus cosechas los campesinos de Parupano, Morotuto, en Lara, y de Maparará, en Falcón, lugares de lo que fuera y es hoy reclamo del país ayamán, el país de los Iyit.

# Venezuela para decir y cantar



Nuestra geografía física limita por el norte con las montañas y la arena; por el occidente con la tierra verde y ocre y las nubes de las cumbres andinas; por el sur con las selvas y las lluvias. La vena del Orinoco agita su corazón que tiene el tamaño de sus llanos, su enorme corazón. El venezolano que habita sus distancias es como ellas, el mismo y otro, según la educación que recibe de sus paisajes. Tal pertenencia y tal enseñanza se expresan a través del sentimiento de sus cantores y sus músicos. De modo que podríamos decir que la historia de Venezuela mal podría entenderse sin la poesía y la música con las que el hombre común la exalta y la añora. No basta entonces deletrear nuestra geografía física. Es preciso poetizarla y cantarla. Y eso han hecho desde siempre los poetas y músicos de los cuatro horizontes de Venezuela.

**El más allá de la copla es Apure**

La vastedad apureña la cantan incontables voces del canto recio y sentimental, entre los que destacan los legendarios Juan de los Santos Contreras, El Carrao del Palmarito, Francisco Montoya, Eneas Perdomo, cantor y autor de *Fiesta en Elorza* y Adilia Castillo. La música se oye en el arpa mítica del Indio Figueredo, el autor de *María Laya* y de *La Chipola del Diablo*, y de Manuel Luna, el compositor de *Sentimiento Apureño*, el himno sentimental de Apure.

**Guárico es Loyola**

La voz de Ángel Custodio Loyola basta para sentir la inmensidad del llano y la añoranza de sus horizontes. Con Loyola el canto llanero llegó a su cúspide. El arpa de Eudes Álvarez devolvió a los bordes la reciedumbre de otros tiempos. Jacobo Gutiérrez, apureño de Calabozo, arpista de la estirpe de Figueredo, sorprende por la maestría con que ejecuta dos arpas con sus dos manos. De Guardatinajas vino la imaginación y el canto de Dámaso Figueredo y de los llanos de Barbacoa, que limitan con el Guárico, Simón Díaz, cantor y compositor de renombre universal. Sus coplas y pasajes andan por el mundo. Del Costo Orinoco guariqueño es oriundo el poeta y cantor Ángel Eduardo Acevedo, de los llanos del poniente es el compositor y cantante Reynaldo Armas.

**Barinas es el grito llanero**

De Barinas es Anselmo López y su bandola. El maestro le dio mayor reciedumbre y sonoridad a la guitarra de cuatro cuerdas que fue compañera del llanero en el anca de su caballo. Eladio Tarifes es creador y cantor de levantado prestigio. Su pasaje *Linda Barinas* se parece al paisaje y al alma barineses.

**De los llanos de Occidente es la tarde**

Dos grandes de la música y el canto llanero provienen de Cojedes. El indio Pedro Emilio Sánchez, cantor y compositor y Antonio Castillo, "El tigre de la Nietera", el cantor del golpe recio. De Guanare, portugueseño es Ramón Villarroel, cantor, compositor y maraquero y de El Baúl es el imponderable arpista Cándido Herrera

**Guayana es la imaginación del agua**

Es el cuatrista prodigioso Cheo Hurtado, la agrupación musical Serenata Guayanesa. De El Callao es el ritmo del carnaval y de su espíritu perpetuo, la Negra Isidora y el *steel band* del calipso, y del Orinoco es "Viajera del río".



**Amazonas es la voz antigua**

De allá de la cuna del Orinoco, de la hoja múltiple y de la desmesura salvaje es la flauta de los guahibos, la trompeta vegetal de los yekuana y es la ceremonia de los dioses de los wothuja, esa conjunción fascinante de teatro, danza y música de significado oculto y alucinante.

**Margarita, por Chelía Villarroel**

Allá en la isla se canta y se toca el galerón, el polo. Los maestros de maestros son Chelías Villarroel, la gloria del galerón en la voz y en la escritura y sobremanera del punto del navegante, y Francisco Mata; pero el artista de la bandolina y la bandola oriental es Beto Valderrama.

**De Sucre son los cantantes**

Cumanesa es María Rodríguez, la cantora de folías y malagueñas, la gran dama de Oriente. De Cumanacoa es Cruz Quinal, músico, compositor y artesano. De Canchunchú Florido es el jardín, casa de la cultura y espacio creador de Luis Mariano Rivera, poeta, cantor y compositor de la sencillez y la gracia que difunde Gualberto Ibarreto; de El Pilar, de Algarrobito es el gran Luis Miranda, de largo nombramiento como ejecutante de tonos, y de Paria, de la punta más delgada de Venezuela, es el abuelo galeronista Macario José Farías, a quien la alta fama lo denomina "El Maestro Anjá".

**Del Orinoco hasta Eudes Balza**

Él es el cronista musical de Tucupita y de sus caños, sus pueblos y sus pájaros. Sus baladas entonan la loa a su exuberancia y la elegía a la saña con que la diezman.



**De Anzoátegui es el corazón**

De Los Candiles, de Guaribe, es la bandola cordillerana o bandola central. Su ejecutante más conspicuo es el maestro Juan Esteban García. A él debe la memoria musical de Anzoátegui innumerables pasajes y joropos.

**De los pueblos del Centro es el piano campesino**

De allá es el joropo central, del golpe tuyero y mirandino, la refinada y festiva arpa de cuerdas de metal que imita al clavicordio desde la Colonia. Sus grandes maestros fueron, son y serán el ciego Saturno Linero, Lorenzo Verenzuela, Juan Sanabria, Salvador Rodríguez, Fulgencio Aquino. La gloria difunde las voces de los cantores de revueltas, mariselas y guabinas, décimas, coplas y

glosas y la eternidad difunde sus nombres: el Chirulí de Aragua, Pancho Prim, Quintín Duarte, El Canario de Aragua, Margarito Aristiguieta.

**Curiepe sabe a mujer**

África se mudó a las selvas costeras de Miranda. A Birongo Arriba y Birongo Abajo, a Tacarigua de la Laguna, a Mamporal, a Mendoza. Desde entonces se escucha el mina, el tambor culo e'pulla. Es la fiesta de San Juan que sale a bailar desde la puerta de la iglesia hasta los pueblos. Casi todos sus bailadores, músicos y cantores son hoy maestros de los talleres de la Fundación Bigott e integran el prestigioso grupo folclórico "Los Vasallos del Sol".

**Carabobo es Puerto Cabello y una rosa**

Del puerto de aguas inmóviles es el tambor de San Millán y su danza, recuerdo de los esclavos negros. De la ciudad y su memoria son las canciones de Italo Pizzolante Balbi, el compositor de *Puerto Cabello* y aquella canción que todo el mundo canta como una historia personal, *Una rosa pintada de azul es un motivo*.



**De los pueblos andinos es el violín de monte**

Desde Boconó bajan a San Miguel o suben a Niquitao los violinistas labriegos a cantarle al niño escondido y robado de las fiestas de la epifanía de enero o a entusiasmar a las fiestas bajo la niebla y la alta brisa helada. Cantan como si araran, como si estuvieran sembrando. No hay pueblo trujillano que no celebre así a los cielos y la tierra, al amor y a la ansiedad. La canción del trovador es de Mérida. De sus calles embalconadas es el valse y de su plaza la música de la retreta que recuerda al maestro Rivas. Del Táchira son las *Brisas del Torbes* de Luis Felipe Ramón y Rivera.

"En la noche canta la brisa sobre el Torbes", se le oye decir a su vivo recuerdo de amor a Venezuela.

**De Lara es la tierra que canta y toca**

Bastaría con nombrar al maestro Antonio Carrillo y su serenata *Como llora una estrella*, a la garganta de gallo pinto del golpero curarigüeño Pío Alvarado, al violín bailador de Pablo Canela, las guitarras, a los versos con alma de bandolina de Tino Carrasco, al dúo incomparable de los Hermanos Gómez y a la guitarra maestra del Chueco Riera para confirmar que el estado Lara es tierra de canciones y de músicos. De allá también es Benito Quiroz, el grito más alto del galerón oriental.

**El humano Cují de Falcón**



La vertiginosa danza del tambor veleño es herencia africana en la tradición del pueblo caquetío falconiano-larense. En Maparará de Falcón y en Mata Tere de Lara se celebran Las Turas, el baile ritual de los ayamanes. En esos montes de espina y cují canta la melancólica paraulata. Los larenses la llaman Chuchuba y los falconianos Chuchube. Así la nombra Rafael Sánchez López, Rafuche, en su canción *Sombra en los médanos*, por la que suspira todo un pueblo, los de la niebla de la Sierra de San Luis hasta la playa blanca y delgada de Paraguaná.

De Falcón, por decir, de Venezuela entera, es Alí Primera, el cantor y compositor de tantas baladas de protesta y tantas canciones sentimentales. Él y Rafuche son los principales patrimonios culturales de la música de la tierra del viento.

**El Zulia con el sudor del deseo**

Para alegrar los días decembrinos, los venezolanos nacionalizaron la muy zuliana gaita de tambora, cuatro y garganta. Desde

el viejo Aniceto Rondón y su gaita acompasada "Ésta es la gaita de Aniceto Rondón, /hombre culto de ciencia musical" hasta la bullanguera y bailadora de "Rincón Morales" y "Los Cardenales del Éxito", el ritmo zuliano ha conocido hartos cambios, transformaciones y serias deformaciones, pero su corazón popular permanece invariable. Las hay de toda alegría, como la gaita de furro, la perijanera o enrollada y la de tambora.

La décima también es zuliana. Se escuchan los versos repentistas como en Caripe de Sucre, con igual ingenuidad y la locuacidad poética del octosílabo. Jesús del Rosario Ortega, "Cheboche", es el señor de esa diatriba y esa confesión pagana y religiosa de ajustada rima castellana. Y también son de igual catadura decimista los Hermanos Palmar y aquel Benito Albornoz.

En los desiertos de la Guajira se baila y se toca la iona, el baile de los wayuu que animan la tambora y la flama roja y amarilla del vestido femenino en medio de la enormidad ocre y seca de la tierra.



**Yaracuy es puro Atilio Galíndez**

El compositor de *Pueblos Tristes* y *Caramba mi amor caramba* se parece al país verde yaracuyano: amable es su canto, como nostálgica su poesía cantada. Donde quiera que vaya, en San Felipe, en Cocorote, allá en Guama o en Agua de Culebra, las creaciones de Otilio dulcifican al huraño, sosiegan al desesperado, cambian en ventura el desconsuelo. Los niños de los pueblos aprenden de memoria sus baladas y villancicos.

**Caracas para bailar con Billo**

El merengue venezolano es caraqueño. Es parranda de Plaza Bolívar y de barrio sanjuanero.

Los pasodobles y los valses se estorbaban con el merengue en los jolgorios de plaza y sala de fiesta. Viejas grabaciones reviven

aún las voces de sus cantores y su música de cañón: Encarnación y Martín Rodríguez, Antonio Borges… Sonaba la charrasca, el bandolín y el cuatro. Mucho más tarde, desde los años cincuenta, Caracas se llamó Billo Frómeta y nadie se quedó sentado. Toda Venezuela se dio a bailar con la Billo Caracas Boy's, no importa dónde ni cómo, en la radio, en el tocadiscos, en el club, en la fiesta de cumpleaños o de graduación. El maestro Frómeta es hoy la nostalgia perfecta de una alegría colectiva que es un busto de bronce en la esquina de Marcos Parra, frente a la Asamblea Nacional.

# Cómo pensar lo intangible —Aproximación a *Y todo lo demás*—



Lejos estoy de cometer la reescritura con la que Rafael Castillo Zapata ha cernido esta nueva obra de Alfredo Chacón. Ya sabemos de sus dones de admirable lector, de sus aciertos en el ejercicio crítico. En su prefacio de *Y todo lo demás*, reeditada en versión bilingüe, español-francés, por Monte Ávila Latinoamericana y A Tempo, nos convida a comprender la laborada y meditada vivencia que propone su autor, su precisa y bien delineada forma visible y sugerida del poema, su inteligencia emotiva del mundo. ¿Por qué no —me digo— acercarme a entenderla a mi manera, llevado sólo por sus continuos fulgores, su labor en la fragmentación del todo? ¿Por qué no apropiármela, hacerla próxima, suerte de avío deleitoso, de una a otra página? Esto hago ahora, apenas comienza a darse en el umbral de sus páginas el motivo del pájaro escrito con el pensamiento del ojo. No el pequeño pájaro de Ramón

Palomares, tampoco el mirlo de Montejo ni el ruiseñor de Paz Castillo, sino el de su desfigurada presencia, quiero decir, el de su especificidad múltiple, observada en su reflejo, en su síntesis definida como esbozo en el trazo y en la disímil sensación que suscita el esfuerzo de mostrarlo en la escritura que lo hace "indetenible como inolvidable", todo él partícipe del pensamiento y la emoción con que nos ilusiona. La frase que hace "tangible" el pájaro cruza la vista pensativa (pensadora) y su imaginario, como un decir resplandeciente que termina por persistir en el fin del poema. En ese o en aquel otro, pues el mundo no es como debería ser sino como deberíamos imaginarlo, siempre mirándolo desde nosotros hacia el afuera, dejándolo ser, contentándonos con transcribir su significado en nuestro esfuerzo por tenerlo, por palpar lo que de él se esfuma y se reorganiza luego en nosotros como lectura, como asunto reflexivo y lírico.

Lo ilímite, en la propuesta poética de Alfredo Chacón es, además, lugar, sitio, delimitación, nunca afuera apropiable, porque es, porque será con o sin nosotros. De él nos es dado juntar una inmensidad, fragmentada por el ojo que lo observa y lo medita. He aquí su carácter real, de allí la definición de la apariencia que así llamamos realidad. ¡Qué certeza, entonces, la suya, en detener, en asir, su destello! El poeta prefiere llamar historia a no pocas de sus aproximaciones a eso que siendo táctil, aspirado, visto, no resiste a la íngrima emoción, por lo que reclama nuestra meditación, nuestra inteligencia con su temporalidad, su promesa de añoranza o de olvido. Hay una textura atierrada en ese ahondamiento, una terrenalidad de la imagen así entendida. ¿Pero es ella, la imagen, o su constante mudanza en sentencia o en duda, o en evocación y confidencia, nada más que hallazgo intelectivo, deducción, resultado, "mundanidad"? Me atrevo a afirmar que todo lo escrito en este libro ha sido tocado y frecuentado por la sensualidad, por cierto goce del decir, aún en aquello que se pierde o se extraña después de poseerlo o desearlo. Me detengo en la página 32. Leo, no fuera sino esta frase, y lo sé, me lo confirma:

"qué ofrecimiento el de los senderos/quiero el círculo violáceo del pezón/pero es dos veces/bifurca la sed de mi saliva".

Enseña Alfredo Chacón que en poesía, en poesía contemporánea (y ya sabemos, con Tadeusz Rózewicz, que ella "significa lucha por respirar"), reescribimos, copiamos desfigurando, para reinventar en nosotros la apariencia originaria de su esensibilidad, su multiescritura. En lo que vengo de citar presentimos como un leve paso borgeano por su sendero doble y bifurcado, pero súbito se disipa y es de nuevo Alfredo Chacón el que recobra su lenguaje, su obra, porque si algo privilegia al poema, al poema moderno, es el de hacerse en sí mismo con la memoria de otra escritura, amalgamándola hasta hacerla propia, única y común. Ello acontece, por ejemplo, en el grupo de textos con nombre de "Pintura de labios" y en el poema número 7 y de "Cantar de gestos". La descripción de mujer, el concepto y la emoción que la muestra en su fragmentariedad, en ese lugar que es su boca, ese sitio que es caricia, semeja un recorrido por su suelo carnal. Es Ella, como todo, como "todo lo demás". Igual al vivir que ocurre porque nos vive y es lo que él hace de nosotros, es él el que se deja ser, el que quiere que con él seamos y asiente en darse para que lo pensemos sintiéndolo. La semblanza fragmentaria, lo apenas algo que es mujer, es adorno de absoluto, tizne púrpura, talco de albor, suspiro del perfume, ella, en toda, en lo poco, en lo poco de su totalidad deseada o evocada.

A veces, el poema se atreve a tocar lo impalpable, como en ese admirable breve texto de la página 118 que dice, que se llama *El trance*. Me provoca citarlo por entero. En él encuentro la ilustración del arte poética de Alfredo Chacón: "Raíz del trance ¿qué es lo que haces? ¿Cuál es tu territorio? ¿Cómo encuentras cómo infligir la falta de asidero? /Yo mismo paso al lado tuyo hacia quién sabe. Desde dónde tampoco".

¿Ve el lector cómo lo abstracto, no sé, el vocablo, cobra figura, forma sólida, física y es el tú de un reclamo o una confidencia? Reflexionar o dialogar con lo que sólo pide mudez, estupefacción

si no, es desvelo en "Y todo lo demás". A él ha recurrido su autor en buena parte de su poética precedente, aquí y allá, antes, y después, atento a su pasión por el poema como expresión del pensamiento, cuidándose de ceder al engaño del sentimiento, a su patetismo, a su circo verbal. Lo que ocurre afuera, en el vivir, como naturaleza, como espacio, no es nuestro, es cosa suya: nosotros decimos, transcribimos sin inmiscuirnos, observamos desde el afuera lo que de él se fragmenta en valor del pensamiento, en pensamiento poetizado. Se escribe a alguien o a algo y se muestra su labor oculta, transfigurada en razonamiento, cada vez que abrimos la lectura de este libro con la llave de oro de su lenguaje ¡qué excelente modo de expresar el vivir, el del devenir, el de su expectación, el del amor y su olvido, lo que tiembla y se deshace y de nuevo se hace en ejercicio de fervor por el deleite de intentarlo y volverlo existencia, comportamiento humano y creador! Cómo no repetir la frase de Leopardi sobre el verdadero valor de la poesía como libro moral y referirla a la lectura de "Y todo lo demás":



> Doy poco valor a aquella poesía que leída y meditada no deja en el ánimo del lector un sentimiento de nobleza tan grande que le impida aceptar un pensamiento vil y cometer una acción indigna.

No sólo hallo en él belleza verbal y luminosa: también, como la poesía que en sus página pervive, un libro moral, porque es el resultado de una conducta, de un propósito de vida, un leer y leernos compartido en la aprehensión de lo intangible.

# El Techo de la Ballena, prehistoria de una vanguardia



"Homenaje a la Necrofilia", llamó Carlos Contramaestre a unos tasajos de carne de vacuno a los que atribuyó inusuales cualidades estéticas en una exposición de pintura que no tardaría en desatar reacciones en el vecindario y en la fuerza policial de los años sesenta en tiempos del gobierno de Betancourt. Tamaña herejía artística ocurrió en un garaje de Sabana Grande. La carne así claveteada sobre los muros —costillares, cuartos traseros, vísceras— no tardó en descomponerse. La multitud de curiosos que acudió a contemplar el insólito —y maloliente— espectáculo comenzó a ralear. La policía clausuró el local. El hedor se propagó por las casas de familia y los negocios vecinos.

"Después de Contramaestre (…) sería necesario presentar un hombre apuñalado contra un cuadro", se advierte en el Segundo Manifiesto que hacen circular los revoltosos.

La "obra" del artista y poeta Contramaestre expresaba la irrupción de un grupo de escritores y artistas que se decían balleneros, en otras palabras, moradores del vientre de un cetáceo que era menos gigante marino que imagen natatoria de la imaginación sin límites. Bajo el *Techo de la Ballena* se guarecieron hasta el último día de una rebelión estética y política que surcaba las encrespadas olas de los años de la insurgencia armada, los albores de la Revolución cubana, las movilizaciones civiles contra la guerra de Vietnam, el consumo del ácido lisérgico y los gritos de los rockeros.

Los balleneros lograron atraer a no pocos intelectuales universitarios, pintores, poetas, narradores, algunos de ellos con reconocida nombradía como Salvador Garmendia y Adriano González León, este último teorizador del grupo, la cabeza de oro y de hoguera de la razón y de su imaginario.



Enemigos acérrimos de museos, canonjías, reconocimientos, su obediencia atendía a la llamada izquierda revolucionaria de los *sixties*. Sus órganos de difusión consistían en ediciones tubulares, afiches, collages, plaquettes. Aborrecían al escritor funcionario público y diplomático, al profesor con olor a *Old Spice y lentes de Ray-ban*, al político del puntofijismo con pretensiones literarias o artísticas, al sensiblero y al propagador de lo que estigmatizaban como capitoste de la cursilería. Contra ella y la pacatería cultural y política del momento, Adriano González León llamó a "santificar los niples" y a realizar exhaustivas investigaciones sobre la basura.

Defendían lo insólito y cuanto contribuyera a desacralizar las buenas conciencias de la sociedad y la fe religiosa. Su lenguaje verbal y plástico (nunca hubo tanta vecindad entre la escritura y las artes como en las expresiones de *El Techo de la Ballena*) no estaba ciertamente lejos de las reyertas poético-artísticas de Tristan Tzara y André Breton.

Mas no se contentaron los revoltosos con aquella exposición de vísceras. Su imaginación poética no tardaría en sufrir el acoso

policial. Una plaquette circulaba casi a escondidas por los pasillos de la Universidad y los cafetines y bebederos públicos del Este. Se titulaba *¿Duerme usted, Señor Presidente?* Trataba de un poema de cartel en el que se satirizaba con una escritura de victriolo la figura de Betancourt. La mofa poética terminó por airear al gobernante quien desató la persecución de Caupolicán Ovalles, su autor, un joven por entonces sin mucha noticia en los periódicos y revistas literarias. Ovalles hubo de exiliarse a Colombia para evitar la ergástula, no así su prologuista, Adriano González León, aherrojado durante un tiempo por el régimen y liberado por los auxilios de don Mariano Picón Salas.

Esta vez no era carne cruda y descompuesta lo que poetizaba el libro de marras sino escritura de desprecio al Primer Magistrado nacional: "Es un perro que manda,/es un perro que obedece a sus amos,/es un perro que menea la cola,/es un perro que besa las botas/y ruñe los huesos que le tira cualquiera/de caché./ Su barriga y su pensamiento/es lo que llaman *water* de urgencia", léese en las estrofas más mansas.

¿Quiénes integraban *El Techo de la Ballena*? Amén de los ya señalados su principal animador fue Edmundo Aray, poeta y editor, "mago de la finanzas, maestro de ceremonias, verdadero francotirador", lo bautiza Juan Calzadilla, prestigioso poeta y artista y prologuista y noticulista de la Antología-homenaje que recién publica Monte Ávila Editores Latinoamericana.

Completan la lista Francisco Pérez Perdomo, el boconés de *Fantasmas y enfermedades* y *Los venenos fieles*; Rodolfo Izaguirre, con la mirada fija en el asombro y como si la vida fuera *El perro andaluz* de Buñuel; Efraín Hurtado, el calaboceño de *Papeles de Condenado*, derribado tan pronto por su propio corazón; Dámaso Ogaz, el chileno de la escritura del humor negro; Juan Antonio Vasco, el disidente surrealista argentino, poeta, pensador, memorialista y amoroso de todo lo refractario; Fernando Arrabal, el dramaturgo español, ungido por Calzadilla como "antimilitarista, irrespetuoso y violento"; Daniel González, pintor, diseñador

y fotógrafo, a quien se debió la irreverencia gráfica más extrema, el ojo del absurdo y lo grotesco urbanos; Federico Brandt, el artista-espectáculo, amigo del surrealista Max Ernst y del *beatnik* Allen Ginsberg; Fernando Irazábal, el pintor experimental de Barcelona, ducho en creaciones repentistas; Gabriel Morera y sus relicarios del Apocalipsis y Jacobo Borges, el retratista de los monstruos humanos de la Iglesia y el Poder.

La presencia de Los balleneros fuera de casa fue significativa: suscribieron la Declaración de Independencia ante el Congreso Americano de Solidaridad Poética, reunido en México y recibieron la adhesión de un grupo de poetas, escritores y artistas franceses y europeos a propósito de la represión policial que los castigara por haber reproducido un texto de los surrealistas parisienses donde denunciaban al cristianismo "como un sistema de servidumbre del espíritu".



La última vez que se supo de ellos fue en 1965, en plenos días turbulentos, como lo señala Juan Calzadilla en el prólogo. La izquierda política tenía en la izquierda literaria y artística un confiable aliado. La mayoría provenía de la revista *Sardio*. Pronto ocurre el cisma: los fundadores de *El Techo de la Ballena* se apartaron de los sardistas y buscaron la calle y el garaje. Afuera el gobierno mandaba a "disparar primero y a averiguar después". Más tarde sucede el Porteñazo y el Carupanazo. "Hubo que asumir lo cotidiano con un lenguaje explosivo", anota Calzadilla. La antiestética informalista, mejor el nuevo expresionismo, se enfrentó al cinetismo y al cuadro de caballete, la poesía del realismo urbano y sin puntos ni comas al chato criollismo lineal provinciano y la marginalidad literaria a la gloriola de los premios municipales y nacionales. ¿Cuánto duró esa ortodoxia vanguardista? "Vendrían después la derrota, el pase de factura, el arrepentimiento, la entrega", en las montañas y en los cafés y los bares, consiente el prologuista. Pero con más crudeza hablaría el crítico Ángel Rama cuando anuncia —son sus palabras— "su previsible fracaso, es decir, su imposibilidad para arrastrar al cuerpo social

a la tormenta transformadora. Asimismo puede registrarse esta incapacidad en la evolución posterior de algunas de sus figuras iconoclastas, que las llevó hasta la coronación de los premios nacionales discernidos por la misma sociedad a la que inicialmente combatieron ácidamente".

Del albor y del crepusculario de una de las rebeliones literarias y artísticas más radicales de nuestra historia cultural versa esta Antología. Leámosla como quien espera ver resurgir de sus páginas al gran cetáceo en busca de los nuevos jonases del imaginario y el pensamiento del siglo XXI y sea verdad posible su viejo sueño de cambiar la vida y transformar la sociedad a través de la poesía y sus lenguajes hasta que el cielo y el infierno dejen de ser contradictorios.

# Aquel golpe de flor



Debió de ser rucio el caballo. Impaciente, el paso piafador. Bolívar era en 1822 menos él mismo que una leyenda sujetando la rienda de esa blanca criatura de guerra para obligarla a lucir, como el dormán de hilo de oro que la vestía, arrestos de ventisca sofrenada. La calle aún es la misma e igual el balcón desde donde una dama con pasado de convento y revueltas nacionalistas quiere que el guerrero alce la vista y la mire. Un contrato nupcial inefable con un inglés le ha asignado el nombre de doña Manuela de Thorne. No ha hallado mejor argucia para distraer hacia ella la presencia del victorioso y victoriado que lanzarle una flor al rostro. Eso bastó. El comercio de amor entre las dos miradas había empezado ese 16 de junio. De aquella señora de Thorne resta una misiva de esposa asaz aburrida y de amante recién ardida. Apenas concluido el adiós al amodorrado cónyuge, se marchó detrás de Bolívar a la jineta, a pie, con vestiduras de fustán y de charreteras o desnuda

en el lecho amoroso del vivac y las habitaciones de fortuna, transfigurándose en Manuela Sáenz, Manuelita, mi Manuela, mi loca, mi libertadora y encanto de carne y de añoranza en el fervor del Libertador. Cama y hamaca serían, deseos de papel escrito o confidencias de correo verbal los encuentros de los dos amantes. También reyerta de celos que el verbo y la prosa epistolar del amado conjuraban con ventaja. Lavar y perfumar su apariencia la desvelaba y ofrecerse como la achispada muchacha quiteña que había sido atemperaba el entrecejo del ser que le abrasaba el corazón y el pensamiento. Peleadora, arrojada, se subía a los caballos como un lancero. Su mirada nocturna entraba como filo de sable en el alma indigna de la falsía y la traición. Sus ojos no sólo eran ojos, eran vivos vaticinios. Leían para Bolívar los gestos de lealtad y de felonía. Aprendió a averiguar por dentro los bajos fondos de Santander y de tantos otros de su calaña, como Carujo. Lo probó con creces aquella noche septembrina en Bogotá.



Los trabajos de la guerra solían alejarlos, pero no la nostalgia de su pasión, de que daría prueba el epistolario que la hoguera ni el añico lograron silenciar después del aciago 1830.

La gran bolivariana hubo de conocer el ostracismo en su propia tierra. Oyó que había muerto su amor y su soldado mientras transitaba por los caminos del exilio y sintió en su pecho el disparo que derribó a Sucre. En Paita halló cobijo a la sombra de una barraca de piedra y tejas. Hasta ella se acercó otro errante y otro perseguido: el viejo Samuel Robinson y Simón Rodríguez. Ambos eran, en verdad, dos soledades. La Gran Colombia ruinosa asomaba sus restos en el horizonte. Fue un encuentro de enlutados. Mal podrían avizorar en ese entonces que el Continente liberado y del que ahora renegaban quienes lo habían hecho posible renacería algún día entre las cenizas del soñador de Santa Marta y el mártir de Berruecos. No, no podían hacerlo, ni menos presentirlo, pero sí lo haría el destino que hoy une a los amantes de 1822, al maestro y su escuela de ciudadanos libres, al inventor de

la patria americana y a los pueblos que lo llevan en sus vidas y en sus conciencias.

## Cómo detener en la escritura lo que hemos sido y lo que seremos [ 419 ]

Lorenzo Aquiles Reyes eligió un lápiz con tinta azul y un cuaderno de escolar para enfrentar el olvido que amenaza a Altagracia de Orituco. Con la gracia de una ordenada caligrafía y la alianza de recorte de periódicos, cartas, postales y fotografías, convocó la memoria del pueblo que vive en el noreste guariqueño entre las sierras y los valles del Municipio Monagas, en su creencia de que la lengua de los griegos nombra el saber popular con más tino que la de Cervantes y sobremanera que la de los ingleses, por lo que tituló a su manuscrito *Laonemia*, término tal vez ambiguo y con hartos escollos de sinonimia como los exámetros de la poética e iniciática aventura de Ulises, el cual halla más próximo de sus añoranzas y reclamos que la criollizada palabra folclor, tan arruinada de malentendidos y descalificaciones.

Ignoramos cuánta vida tardó el copista de los saberes del hombre común gracitano en nutrir con su escritura los infolios que el azar cediera a la Fundación Editorial El Perro y la Rana, del Ministerio del Poder Popular para la Cultura, que ahora difunde en una hermosísima edición, obra de depurado diseño gráfico.

¿Qué ocurre en *Laonemia*? ¿Cómo definir su contenido? Su autor frecuentó no pocas aulas como maestro docente e innúmeras páginas de libros como paciente lector antes de darse a esta industria memoriosa de rescate y de objeciones con la que pareciera querer detener página a página la sobrevivencia de las tradiciones de Altagracia de Orituco aún inalcanzadas por la desfiguración, pasto de la cultura rentista del consumo y del maquillaje crematístico.

No más abre las puertas de su libro se encamina a la busca de las raíces semánticas de la voz Orituco, se adentra en los peligros de las conjeturas que embrollan las traducciones de una lengua muerta, acopia aseveraciones y dudas, coteja diccionarios y subraya acertijos léxicos y lingüísticos extraídos aquí y allá de doctos y curiosos. De seguidas va en busca del alma común de la región, acopia historias, crónicas y leyendas, dialectos, palabras y susurros de los ancestros arahuacos y caribes, luangos y congos, versos y canciones, ritos y ceremoniales del cielo y de la tierra, reproduce el calendario de los solsticios, recorre su geografía mágico-religiosa, hace de mediador entre el historiador y el memorialista, oye y transcribe, piensa y diserta, se detiene en identificar cada raíz de nuestro mestizaje, viaja hasta los fundadores de las religiones africanas y desanda los antiguos senderos de nuestras lenguas indígenas. Se encamina hacia las zonas donde se juntan las mitologías del embrujo y el encantamiento con la santería de Ifá y el santuario católico. Nada le parece ajeno a su determinación de atesorar y difundir la soberanía intangible gracitana, ese saber del pueblo en el que distingue dos valores colectivos: la *Laonemia* y la cultura popular nacional, aquella intocada por la mácula del sincretismo desfigurador, esta lastimada por las

agresiones locales y foráneas que terminan por mostrarlas irreconocibles. Repugna al profesor el miriñaque a que se ha reducido buena parte del imaginario colectivo en la representación de las tradiciones así entendidas.

Tal vez el espíritu mismo de este libro lo encontremos en el recuento de las principales tradiciones de Altagracia de Orituco en las que todavía se observan rasgos genuinos de su saber colectivo y de su identidad. Distínguense entre ellas las de Los Diablos Danzantes de Orituco, La Parranda de Negros de Plaza, Los Tambores de Orituco, los casi extinguidos Carriceros. Sabemos, además, del contenido teatral, dancístico y musical de estos rituales y festejos y nos dolemos de aquellas costumbres que como la propagación de las leyendas han desaparecido de la *Laonemia* de Orituco, entre ellas la Leyenda de Cara, de ascendencia caribe, la del Caldero del Diablo y la del Guanapito. "Ya no se relatan —le oímos escribir— leyendas ni indígenas ni europeas, (…) han desaparecido —agrega— al dejar de ser o servir como material didáctico para la formación de los niños, como fue entre nuestros guaiqueríes que las transmitieron oralmente o como los curas doctrineros que se las hacían relatar para escribirlas y con frecuencia comentaban.

Mucho y más que lo que hemos pergeñado en estas líneas hállanse en este libro, testimonio amoroso a una región y salvaguarda de una cultura que hoy adviene una cultura de resistencia frente a la que día a día mina su legitimidad: la del mercado y la comercialización masiva.

Salud, profesor Reyes. Con la publicación de su *Laonemia* dejará ya de preguntarse el verso de la *Marisela* de Oswaldo Romero que oíamos cantar en la página 61: *¿Yo no sé por qué Altagracia/tiene tanta soledad?*

## Espérame, yo soy el advenir. La música también piensa[2] [ *423* ]

Nada anuncia tanto lo esperado como el *advenire,* ese infinitivo que nos cede la vieja lengua del Lascio para explicarnos que algo, desde lo impalpable, sucede o acaece. Nada es más rilkeano que su raíz nutricia de anunciación y venida. El maestro de las *Elegías de Duino* hubo de aguardar hartos años de encierro (voluntario, ansiado) en castillos y torreones hasta que ocurriese la llegada de la voz de lo Abierto (ese espacio interior del mundo, ese Afuera cósmico del espíritu) para que adviniera el poema, la Obra. Nada es más próximo al Verbo creador —por transmutador— que tal palabra. Ella avisa sobre el adviento, que es término de natividad, la irrupción, desde lo ignoto, de su augurio o suceder. No por azar Rilke nominó de tal guisa a una de sus plegarias a Dios, a su

2 Palabras liminares del XV edición del "Festival A Tempo", Caracas 2008.

dios panteísta. Advenir y adviento, el verbo y el nombre, revelan la parte mistérica de lo creado por el hombre al transformar en orden el caos, en razón lo informe, en materia, que es quehacer, en llamado, que es espera. Si en la poesía Rilke es pasivo esfuerzo del acontecer creador, al que entendiera como el álito que insufla Orfeo, el dios cantor, el poeta músico, la de Guillevic, el poeta materialista del Morbihan, fue predisposición lúcida hacia el advenir de la palabra, oculta así en las cosas como en los seres de tierra y muerte. Ambos poetas y ambas conductas, no colman, está claro, la innúmera referencia que en poesía (y digo poesía en sentido de absoluto, la cual engloba toda estética de la razón y la intuición) señala el invento de un suceder informe. Hace poco nombraba a Orfeo, mas no sólo por su vínculo rilkeano: el lirida olímpico prodiga su palabra al son de su lira y sosiega así a cuanto nos aíra y nos asuela, armonizando lo ruinoso. Acaso Orfeo sea nuestro dios del advenir, como Apolo para Hölderlin. En Olivier Messiaen (bajo cuya advocación convócase esta nueva propuesta de *A Tempo*) la palabra virgiliana se traduce en presencia y trasunto de fe religiosa en los que Dios y creación mantienen estrecha inteligencia. Su Obra invita a un estar a la escucha del advenir en el ave y en los ángeles, en la Natividad, esto es, en el adviento. Su obediencia a la forma, a la estructura de su esencia, prueba cómo el canto (toda música, todo poema es canto) logra armonizar la abundancia de cuanto anima la hondura del hombre y de la vida.

## La revista *Zuliana*, cómo leer un lago [ 425 ]

Es el número 13 ya y la revista con nombre de Juvencio Pulgar, su director, esto es, de zulianidad, como lo es la Fundación Zuliana para la Cultura, la institución de la que es presidente y hace posible, pareciera sobrepasar larga vida apenas recobra su presencia en la lectura informativa y formativa regional. El número que digo regala un CD del sello de Corpozulia —del cual hemos hecho referencia en un reciente programa y difundido algunas de sus piezas emblemáticas— luce en su semblanza una obra del artista Ángel Peña, oriundo de sus mediodías, en la que reafirma su fervor por todo cuando pertenezca a la geografía y el paisaje de "la tierra del sol amada" que amara Baralt con tanta fruición modernista.

Está claro que el contenido de *Zuliana* se enmarca dentro de dicha temática: sus páginas son reservadas a pensar y sentir el

Zulia, a su lugar y su memoria, su presente y su pasado, sus valores humanos más varios como el del escritor, el artista, el intelectual, el historiador, el memorista, el comunicador social, el atleta, el hombre público, en suma, el zuliano y lo zuliano todo, como si paisaje y ser reclamaran alianza única, indisoluble, revelando así el secreto de esa regionalidad que enorgullece a su habitante. Para ilustrar lo dicho, transitemos las principales rúbricas del sumario que nos propone esta décimo tercera entrega: la nostalgia por Felipe Pirela que siente Humberto Márquez; la esquina, la calle y la gente del vecindario "La Pomona", que narra Iván José Salazar Said; la patria chica de San Rafael del Moján por la que suspira Ángel Suárez Molero y la invitación que hace Corpozulia a revalorizar el Parque Nacional "Ciénaga de Juan Manuel", mientras Ángel Vitoria Petit dice que no olvidemos el zoológico de los Haticos y el pingüino de Agustín Pérez Piñango; luego la exaltación al atleta Héctor Thomas que realiza César Prieto Oberto; la tristeza por la muerte del historiador, profesor y político Simón Sáez Mérida que ensombrece a los editores y colaboradores, en cuya mesa de redacción dan a conocer su labor parlamentaria junto a otros históricos venezolanos de curul; el enlutamiento que lastima a Cris González Hernández por la muerte atroz del estudiante Enrique Maza Carvajal; la eternidad de Venancio Pulgar, "estandarte histórico de la autonomía zuliana y líder indiscutible de la zulianidad en el siglo XIX", que celebra —esas son sus palabras— su biógrafo Jesús Ángel Parra y la ausencia por el hombre público que fuera Nectario Andrade Labarca y que lamenta Humberto Arenas Machado; el entusiasmo en la mesa de redacción que alegra la aparición de la *Historia gráfica del sur del lago* de Manolo Silva, su guardián y preocupación, difundida por las ediciones de la Fundación Natividad Figueroa; o el diálogo que sostiene el historiador Carlos Edsel con Ingrid Araujo, la directora del IX Encuentro Nacional de Artes Escénicas "El teatro va a las comunidades", mientras espera su realización del 25 al 30 de julio venideros.

Destácase la presentación una mañana en la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello del libro de Gustavo Pereira, *El joven Bolívar,* editado por la Fundación de la Defensoría del Pueblo y con igual realce se distinguen los temas nacionales más urgentes, como la crisis alimentaria mundial.

Lecturas, reseñas, correo de lectores, despiden este número de *Zuliana* que silencia la promesa de su próxima aparición. Esperamos que no tarde. Por el bien del Zulia y de todos nosotros.

# *El Salmón,* una revista aguas arriba [ *429* ]

Ningún pez comete con tanto énfasis la infracción a la ley que rige el destino de las corrientes como este saltarín de los ríos. Es un pez emblemático, una metáfora. Así lo han entendido dos jóvenes poetas venezolanos al elegir al salmón para nombrar una revista de poesía que anda en la infancia de sus dos apariciones. Financiada por ellos mismos y por la mano de Dios, Santiago Acosta y Willy Mckey, quisieron inventar una publicación que a pesar de su corta edad ya comienza a interesar a poetas y a lectores no sólo por la singularidad de sus propósitos como es el de acercar a todos los poetas venezolanos de su afecto y su gusto literario y el de atender a un juicio menos subjetivo que el del juicio del tiempo, ese gran juez del arte y la literatura y en este caso de la poesía.

Acercar, unir, en lugar de distanciar y afrontar nuestra poesía, beneficiada así por la justicia literaria del reconocimiento y el rescate del olvido, orienta a contracorriente a *El Salmón* de lo que es ya casi ley en un país donde la poesía goza de casa ancha y sin muros. Santiago Acosta y Willy Mckey han conseguido lo que no pocos editores de revistas de cultura han intentado: fundar un espacio común para que la poesía conviva en calma y en vecindad fraterna. Que sepamos, la publicación más lejana que persiguió esa armonía interrumpida fue la *Revista de poesía* de don Pascual Venegas Filardo, generoso poeta y profesor que hoy la indiferencia ha relegado a la desmemoria.

Acosta obtuvo recientemente el premio de poesía para autores inéditos auspiciado por Monte Ávila Latinoamericana y participó en el 5to. Festival Mundial de Poesía que organiza el Ministerio del Poder Popular para la Cultura a través de la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello. Mckey es asimismo, su compañero de letras y de redacción, poeta de un primer libro, pero ambos ya han escrito obra considerable como lectores y difusores de la poesía si le creemos al principio según el cual es el lector el verdadero poeta.



Los artesanos de *El Salmón* gozan pues de nuestra admiración. Casi hacen la revista ellos mismos con su emoción y con sus manos en la imprenta de Gráficas León y somos nosotros sus empresarios, pues está dicho en la primera página que "el costo de cada ejemplar contribuye con los gastos de edición, impresión, distribución y difusión".

Su estructura obedece a una temática o *dossier*, a la que sigue una antología y concluye en las páginas postreras con la acostumbrada lectura de libros. En el número naciente, correspondiente a los meses de enero a abril del año en curso, el asunto central privilegió lo *Fluvial* en la poesía de Alberto Arvelo Torrealba, Cruz Salmerón Acosta, Andrés Eloy Blanco, Rafael José Muñoz, Ramón Palomares, Caupolicán Ovalles, Emira Rodríguez, Luis García Morales, Víctor Valera Mora, principalmente. Para evocar la vida

y la obra de Emira Rodríguez *El Salmón* reproduce la reflexión que sobre la poeta de *Malencuentro pero tenía otros nombres* escribiera Juan Liscano. Gabriela Kizer cede su poesía inédita; y en la rúbrica de las Reseñas se habla de Atilio Storey Richardson, aquel olvidado del grupo Apocalipsis de Maracaibo, del desconocido poeta que es Carlos Noguera a pesar de haber escrito *Eros y Palas* y de Jesús Sanoja Hernández, el mágico inventor de *La mágica enfermedad.*

Salvando arrecifes, hendiduras muchas, soledades tantas, insiste en crecer la revista niña de Santiago Acosta y Willy Mckey. Esta vez el *dossier* gira sobre la *Vastedad*, nombre prestado al libro de Guillermo Sucre, el cual sirve de pretexto para convocar a aquellos poetas que, con Sucre, atienden a la idea fija de la desmesura, como Vicente Gerbasi, Ida Gramcko, Juan Sánchez Peláez, Rodolfo Moleiro, Alfredo Silva Estrada, Enriqueta Arvelo Larriva, Armando Rojas Guardia, Hanni Ossott, Elí Galindo, María Clara Salas, entre otros. La rúbrica de la reflexión es encomendada a Alfredo Silva Estrada, quien reescribe *Una voz en lo abierto*, sustancial lectura de la poesía de Enriqueta Arvelo Larriva, tomada de la antología que publicara Monte Ávila en 1976. Rafael Castillo Zapata da a conocer algunos poemas de su libro inédito *El cielo interrumpido***,** presentados por Gina Saraceni. El espacio de las reseñas celebra a Hanni Ossott por haber escrito *Espacios de ausencia y de luz*, a Miyó Vestrini por *Palabras del actor en el café de noche* y a Julio Miranda por *El poeta invisible.*

"*El Salmón-Revista de poesía* —leemos en la hoja editorial—, nace de una incomodidad. La ausencia de espacios de legitimación para la palabra poética, el olvido en que caen muchos de nuestros poetas, el silencio y el desorden de las editoriales (…) Quisiéramos —es reflejo de su más caro sentimiento— remontar la corriente de nuestra tradición poética, por gusto, por saber dónde estamos y hacia dónde debemos (o pudiéramos) ir. Aún queda mucho agua que recorrer, pero ya no se hará en silencio".

No en vano el pez, que es el emblema de la revista, ama el agua habladora de los saltos y las torrenteras, no el de la voz muda de lo estancado, el agua yerta.

# *Kuruvinda*, la memoria y su mediodía



Empecemos por la escritura de Alexis Fernández: "Concebida como escenario de expresión y difusión de las diversas manifestaciones culturales del país nace la revista *Kuruvinda*", y terminemos con explicarla: su razón de ser es su nombre y a quien tras él malocultaba su verdadero gentilicio, el de Régulo Díaz, mejor conocido como un libro que pregunta por Maracaibo, mientras la ciudad sucumbe a la desfiguración física y afectiva y con ella el lago apestado de aceite de hidrocarburo, orines industriales y basura nuestra de cada día.

Su director, el poeta, narrador y académico de la Universidad Cecilio Acosta marabina, abre, así, el editorial del número naciente de *Kuruvinda, revista de raíces y diversidades*, la cual nos llega un rato después de su aparición en noviembre del 2007, pero puntual en su pertinencia: la de juntar en sus páginas la vida

y obra de la inteligencia y la fantasía de los escritores, artistas y cultores de la región zuliana con los del país entero, obedeciendo a la voluntad del imponderable poeta calaboceño Efraín Hurtado, para quien pensarnos y sentirnos se resumía en unir *lo uno y lo múltiple* de cuanto somos y nos define, o dicho de otro modo, nuestra unidad y diversidad culturales.

¿Pero quién es Kuruvinda, más precisamente, y por qué prestigia con su nombre esta publicación? Dejemos a Fernández calificar sus virtudes: "afanoso de varios oficios, cultivador en las áreas de las artes y letras (…), ebanista, cronista, periodista, diseñador, pintor, testigo de excepción de los eventos más importantes y a la vez conciencia de esas cosas sencillas anotadas con ardor en su prestigiosa memoria". Que vivió noventa años; que se sabía a Maracaibo de memoria, de la que fuera biógrafo minucioso, y tanto, que borró los límites que distanciaban su historia y su leyenda privilegiando por igual la memoria escrita y la memoria oral de su región, a la que supo darle resonancia universal mediante la interpretación simbólica de sus valores estéticos y humanísticos.



En ausencia del memorioso Kuruvinda, la revista lo evoca en las páginas del *dossier* que suscriben Enrique Romero y el propio Alexis Fernández.

Le hacen compañía la nota crítica y laudatoria de Cósimo Mandrillo y el poeta Camilo Balza Donatti, hombre de campo, docente y prolífico escritor y cuyos dones ilustra con su "Poema del hombre ecuatorial"; la poesía de Ramón Palomares y la lectura que sobre ella hiciera Pedro Cuartín; las voces de Lydda Franco Farías y César Chirinos después de escribir ambos el Doctorado Honoris Causa de la Universidad del Zulia; los decimistas de los Pueblos de Agua, como Douglas Villalobos y Pedro Palmar; el ensayo de Belín Vázquez sobre La región fronteriza zuliana, la añoranza de Adelfa Geovanny a su barrio de Santa Lucía, de la que no olvida ni una ventana, siquiera la más desvaída fotografía y Vidal Chávez López regresa a José "Cheo" González y a su

amada Elida, "La Chicha" , en su "casa de los afectos", como tiene dicho el poeta Tito Núñez al invocar las noches en torno "a una mesa anchurosa para que quepan doce amores en una sola tanda. Y otra redonda para leer versos y cantar. Canciones de todo tipo. Desde tangos interpretados por el maestro Rodrigo Riera, hasta picantes tonadas de los republicanos españoles".

La revista cede sus páginas últimas al agradecimiento de Miguel Acosta Saignes a Alfredo Armas Alfonzo, porque el gran escritor de *El Osario de Dios* y *Clarines bien lejos,* ha recordado sus setenta años de edad y su participación en los sucesos de 1928. "Tengo la edad de mis oficios —le dice el humanista—: carbonero, gasolinero, linotipista, bibliotecario, director de institutos, decano, senador, antropólogo, periodista, maestro de escuela, cronista deportivo, locutor, profesor".

La crónica es reservada a Bernardo Villasmil, autor de *Mesón de Coimbra* y *Neruda vuelve a amar a Venezuela diciendo sus nombres*. Luis Suárez Rendiles, Jesús Ángel Parra e Iliana Morales Gollarza, suscriben las reseñas de las publicaciones que llegan a la redacción.

Abierta como una casa a todas las voces de nuestra identidad cultural, sobre las dos hojas de su ventana el poeta wayúu José Ángel Fernández escribió las palabras del sol y de la lluvia, los dioses que gobiernan el ciclo de la vida. "El cielo está de fiesta", dice uno de sus poemas. La literatura, también, agregamos nosotros, con la aparición de la nueva revista zuliana. Y yo quiero que lo sepa mi vehemente amigo de los pueblos del agua y los chubascos del Catatumbo.

# Lecturas para impacientes

**Marcel Proust**
***Un amor de Swann***



La asfixia y el insomnio confinaron a Marcel Proust en habitaciones forradas de corcho y atiborradas de menjurjes. Cuando el asma le permitía alguna hendija para respirar, atendía a las invitaciones del París mundano. No se demoraba mucho en esos castillos y salones donde tanto se placía. Pronto regresaba a su escondrijo: el ahogo lo devolvía a su existencia de tapiado vivo. El castigo de esa prisión atroz acaso le concedió la gracia (la doliente gracia) de crear su desmesurada novela, su inmensidad narrativa: *En busca del tiempo perdido*, obra maestra de la melancolía y la lentitud, en la que nuestro recuerdo (la memoria transfiguradora) se demora hasta lo insólito (agobiada de paréntesis y comparaciones) para rescatar del olvido un perfume, un adorno, una cosa preciosa o sin gracia, un rostro, unos seres, una sociedad, deformados o arruinados por la acción del tiempo, restituyéndoles el interminable instante en que se entretenían (frívolas y cultas) la nobleza y la burguesía parisienses de finales del siglo XIX y primeras décadas del XX. Al libro oceánico pertenecen

las páginas de *Un amor de Swann*. Son apenas unas horas de esa eternidad. Trata de los celos y de su pertinaz lastimadura. Todo el genio de Proust está allí: toda su maestría en el conocimiento del alma humana. El superficial y esteticista Swann sucumbe (sin proponérselo) al hechizo de la cortesana Odette de Crécy. Una frase musical los reúne, los separa y los vuelve a encontrar. Swann corrige los defectos físicos y morales de su amada atribuyéndoles semejanzas con las bellas de Botticelli; pero los celos comienzan su trabajo desfigurador. Cuando ya es demasiado tarde, comprende que "he sentido el amor más grande de mi existencia (...) todo por una mujer que no me gustaba, que no era mi tipo".

**Edgar Allan Poe**
***Narraciones Extraordinarias***



La tiniebla, la desgracia, el tormento, el crimen y lo espantable son los personajes de Edgar Allan Poe. La narrativa fantástica le debe la perfección y la exactitud a la escritura del miedo y lo insoportable. Uno escucha las pulsaciones del que regresa del mas allá y del enterrado vivo. El misterio recorre cada página como en una casa tapiada. El misterio y lo demoníaco. Huele a azufre, a rata. Grazna el cuervo, ulula el viento de la medianoche.

No hay sosiego en los cuentos del gran escritor ebrio y desdichado de Baltimore. Los seres de sus inventos gritan y se desesperan. Son presa de cierta maldición y condena atroz. La piedad o la ternura vacilan como una llama. Un gemido o el horror la extinguen.

La realidad se "enfantasma", la conciencia se abisma. La vida —aun si es mujer bella—, se vuelve sombría. Todo paisaje es ciprés exasperado, bosque afligido, parque fúnebre, patios con boca de lobo, habitaciones o pasadizos como fosas abiertas o patíbulos. Basta con atreverse a leer *El hundimiento de la casa de Usher,*

*El barril del amontillado* o *La fosa y el péndulo* para saberlo y temerle a las noches solas y a sus presencias invisibles. Un cuervo nos espera. Es Poe.

**Molière**
***Don Juan / Tartufo***

El vicio, los falsos devotos, los cornudos, la hipocresía, la avaricia, el libertinaje, la ridiculez y la impostura son los actores de las piezas teatrales de Molière.

La gente de palacio, los burgueses y el clero de la segunda mitad del siglo XVII francés, creyéronse señalados en las comedias y farsas del inventor del teatro popular, hablado en el lenguaje de la calle y avivado por la risa desacralizadora, por lo que no pocas de sus obras fueron perseguidas (en especial *Tartufo o el impostor* y *Don Juan*), las cuales condenaron al cadalso a su autor, de cuya soga lo librara Luis XIV, el rey Sol, su defensor y mecenas.

Tres veces debió Molière reescribir su *Tartufo* a fin de someter al monarca a su defensiva aprobación. La última, aceptada entre rabietas y a regañadientes por ciertos encumbrados de la iglesia, el trono y la sociedad de salón, sería representada más de 20 veces en el Palais Royal y vitoreada por un público convencido de que la comedia realista debía persistir sobre la esteticista, como arte fustigador de la corrupción humana.

**Goethe**
***Los sufrimientos del joven Werther***

Cuatro semanas requirió Goethe para escribir —o "transcribir"— el diario de un desesperado en 1774, cuya sensibilidad

siempre en vilo y la desesperanza de ser correspondido por una señora de su casa lo empujaron al precipicio del desamparo amoroso, y a quien el mundo le mezquinara toda probidad. La vida, la realidad real (un desencuentro pasional de su mocedad con Carlota Kestner y la noticia del suicidio de alguien de su estima), sirvieron al imponderable autor del *Fausto* para urdir este drama de amor que concluye donde comienza: el adiós a la amada inasible o poseída a través de una escritura desolada y en la cual, al mismo tiempo, se ocultan arrestos de rebeldía contra la chatura burguesa del último tercio del siglo XVIII.

Apenas fue publicado (hasta Napoleón Bonaparte le prestó atención) conoció dos privilegios que se devoran entre sí: el de ser leído por una multitud que comenzaba a atender a las demandas del romanticismo y el de haber suscitado en no pocos lectores la muerte voluntaria, lo que movió a Goethe a advertir a los seguidores sombríos de su personaje: "Sé hombre, no me sigas".

Pequeña obra maestra de la narrativa del corazón, *Los sufrimientos del joven Werther* podría definirse en estos tiempos de lloro y desamor mediáticos como un libro de despecho, bien que en sus páginas asomen con insistencia los peligros que persiguen al espíritu cuando se ve acosado por su propia infinitud.



**Antón P. Chéjov**
***Primeros relatos***

Dos frases, unas cuantas líneas, un punto y aparte, la uña de una coma, es todo cuanto necesita Antón Chéjov para lograr la belleza de sus breves relatos. Una belleza que puede ser insoportable o terrible, risueña o grave, noble o indigna, mas siempre tendrá esos admirables rasgos de la perfección.

Sus seres pertenecen a cualquier tiempo y a cualquier país porque no tienen ayer ni patria conocidos, a pesar de que acusan

rasgos rusos y nombres eslavos. Una vez el cuentista dijo que la medicina era su esposa y la literatura su amante. Y dijo verdad: el oscuro médico de la costa del mar de Azov vivirá entre esos dos reclamos. La medicina fue su deber; la escritura su ocio.

La más ligera ojeada a una de sus narraciones basta para que su hechizo nos atrape. Chéjov es ducho en sortilegios. Desdeña andarse con rodeos. Un pliegue del vestido, la comisura de los labios, una lágrima, una palabra tragada o un grito les serán suficientes para convertirnos en sus personajes. Y como nos sucede a la salida de la sala de cine, nos costará volver a nuestra pequeña vida.

**Honoré de Balzac**
***Eugénie Grandet***



Balzac quiso que la largueza y la mezquindad convivieran en un caserón de la Francia profunda, en Saumur, donde una muchacha casadera sufre la abominable avaricia del padre, cuya riqueza aumenta con la misma prontitud con que su beneficiario se priva de cualquier confort. Su cicatería alcanza todo cuanto toca: cosas, seres, la vida misma.

El creador del exorbitante ciclo narrativo de *La comedia humana* eligió la provincia como escenario de esta historia de la bondad y la vileza, en la cual se dan cita sus personajes preferidos: el burgués, el notario, el prestamista, el cura del pueblo, el nuevo rico y el tacaño, es decir, la ambición, la astucia, la envidia, la enorme pequeñez del hombre.

En esa atmósfera de prevaricación y estafa, el amor, la sola ilusión de Eugénie Grandet, le es arrebatado de su alma simple, pero ella logra conjurarlo transformándolo en altruismo, en magnánima riqueza.

**Marguerite Yourcenar**
***Memorias de Adriano***

A la espera de que su corazón termine por asfixiarlo, Adriano Augusto, emperador romano del siglo II de la era cristiana, que viniera a la vida en España y regresara a la nada en Roma, escribe una desaforada epístola al joven Marco (Marco Aurelio, futura divinidad del imperio), en cuya lectura, regalo de prosa preciosa, asistimos a la fulguración y el ensombrecimiento de quien fuera dueño y señor del mundo conocido y de todo lo que en él se mostraba visible o invisible. Antes de convertirla en perfección, Marguerite Yourcenar pasó varias décadas frecuentando museos y sarcófagos y recitando verdades y conjeturas, hasta darle forma literaria a la apariencia humana e ilusoria de un soldado lector, poeta, filósofo, coleccionista de arte, estadista, civilizador y asolador, sensual y frígido, sibarita y austero, dispensador de milagros y castigos, amoroso y solo, generoso y mezquino, fundador de pueblos y desiertos, sensible con la flauta traversa y violento con la espada heridora, pero, sobremanera, figura emblemática del poder y la gloria sin mesura, a la que el lastimado corazón convierte en frágil criatura terrestre. Tal vez importe menos la fidelidad histórica sobre la que se asientan las *Memorias de Adriano* que la intromisión, en su espacio y tiempo verificables, de la meditación acerca del ser y de su tiniebla, la belleza y su deslucimiento, la plenitud y su ruina, propuesta a lo largo de esa prolongada misiva, escrita por un dios terrestre que lobreguece.

**Rómulo Gallegos**
***Cantaclaro***

El llano es Florentino Coronado. Allá va, en el temblor de la lejanía sobre su caballo, cruzando, yéndose de la realidad y el

ensueño. Es una copla íngrima y sola o una reyerta cantada. Ni el amor de mujer lo detiene. Uno lo encuentra siempre: en los horizontes desnudos de Apure, en los pastizales de Guárico, los palmares de Barinas, los montes de Cojedes y Portuguesa, afinando la garganta y la porfía, el adiós en la risa y en el ceño. La leyenda viaja con él sobre el anca. Y la fábula. Y el verso. La sombra achica su presencia, la luz lo oscurece.

Nadie es más solitario. Él es su única compañía. Su confidente en los desiertos. No sabe a quién le habla. ¿A sí mismo? ¿Acaso a la inmensidad? La soledad que lleva de remonta termina siendo algo vivo, algo con voz y figura que el resplandor corporiza, al punto de que todo ser real que le sale al encuentro cobra la consistencia del fantasma, del espanto, en pleno mediodía.

Rómulo Gallegos trata de retenerlo, de hacerlo sedentario; intenta darle semejanza de melodrama, de anécdota social y política en la novela incomparable, pero el cantor se le escapa a caballo y en los octosílabos. Anda en busca del diablo para medirse con él en una "noche de fiero chubasco", sostiene Alberto Arvelo Torrealba, quien los enfrenta en su poema memorable. Como perdieron su huella, en las páginas de la novela y en la memoria de los llaneros aseguran que se lo llevó el ángel sombrío.



**Joseph Conrad**
***El corazón de las tinieblas***

Un barco desciende por el Támesis y se adentra en el infierno. El capitán Marlow dirige la navegación hacia una selva de zozobra, el asedio del caníbal y la fatalidad del cuchillo y del disparo. No se escucha un pájaro, y ninguna fiera, que no sea el hombre, habita la espesura o va de pasajero entre los condenados.

¿Por qué un destino semejante reúne a la tripulación del Nellie? Marlow ha recibido la orden de ir hasta el confín mismo de

la tiniebla (la oscuridad cubre esta historia como una maldición) a la búsqueda de un tal Kurtz, agente mercader de marfil, convertido en una suerte de dios del mal, rodeado de seres salvajes que acatan sus designios y se rinden como esclavos a su influencia luciferina.

Si bien Marlow es el relator de la travesía, su verdadera confidente termina siendo la selva misma, la cual precipita a los seres que en ella se aventuran a la demencia, como Kurtz. Una exclamación pertinaz ("¡el horror, el horror!") se escucha en el enorme corazón de lo tenebroso.

**Alejandro Dumas**
***Los tres mosqueteros* (tomo I)**



Pocas novelas han sido menos leídas que imaginadas como esta infinita aventura de los cuatro espadachines unidos por siempre por el juramento de "todos para uno y uno para todos". El cine se ha ocupado de tergiversarla tantas veces y con tanta exageración que de su original asunto apenas sobreviven las proezas con el fierro de estos granujas de capa y espada.

El lector de *Los tres mosqueteros* habrá de encontrar en la obra cumbre de Alejandro Dumas no pocas situaciones alejadas del entrevero del duelo y el asalto. Ellas nos reservan un goce desconocido, un desusado deleite.

D'Artagnan, su héroe principal, no es el que quieren vendernos las salas de espectáculos. Su valentía adolece de hartas enmiendas, como la de sus compañeros de mosquetería, por los que sus vidas hallan lugar y espacio suficientes (sesenta y siete capítulos y un epílogo) para hacerse más humanos.

Pero el arma secreta de *Los tres mosqueteros* es la fascinación, con la cual deseamos ser alcanzados. Dumas y sus mostachudos prodigiosos están prestos a satisfacernos.

**Alejandro Dumas**
***Los tres mosqueteros* (tomo II)**

Para inventar a sus mosqueteros, Alejandro Dumas hubo de escudriñar en un falso manuscrito, de escritura insulsa, pero de gustoso contenido, de un tal Gartien Courtilz de Sandras, un mosquetero del siglo XVIII, cuyos infolios hiciera suyos cierto caballero de Batz y los titulara *Memorias de D'Artagnan.*

Así, con esas provisiones de noticias y capítulos, buscó la complicidad de un escribidor, el señor Maquet, para que le diera apariencia narrativa al voluminoso borrador que luego él reinventaría y transfiguraría hasta darle el fulgor definitivo que hoy lo eterniza.

La vida de D'Artagnan, el astuto, el pillo, el cuarto mosquetero, debió deslumbrar a Dumas sobremanera porque lo distinguió como su personaje consentido. La inagotable aventura del joven espadachín mueve los infinitos hilos de *Los tres mosqueteros* y embrolla su desenlace, por capricho de sí, de un amor de mujer y de lo inesperado, esa espada clavada en el corazón mismo de la emoción.



**Miguel Ángel Asturias**
***Hombres de maíz***

Miguel Ángel Asturias se hallaba remoto, lejos de su Guatemala de indios vestidos o enterrados con hojas de monte y arcilla, cuando escucho el *Chilam Balam* y el *Popol Vuh* en el latido. Probó un decir de ají, de miel, de humo, un gusto a vocabulario de lengua maya-quiché revuelta en castellano colonizador, y amasándola entre saliva y barro produjo un día de 1949 *Hombres de maíz*, su obra maestra, esa lujuria de voces y sentidos, novela, relato, prosa poética. Libro indefinible, libro brujo (cuya

exagerada imaginación y lenguaje sobrenatural prefiguran los que habrá de emplear más tarde Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad*), donde unos seres, hechos de mazorca (Gaspar Ilom, Vaca Manuela Machojón, María Tecún, Goyo Yic, se llaman, como sus animales, su náhuatl), susurran o profieren gritos de entresueño y desvarío, usan sombreros metidos hasta las orejas en forma de resplandor y del tamaño de la plaza de Pisigüilito, lucen un pañuelo de hierba para amarrarse los sentidos, son a ratos hombres, a ratos coyote, mientras al sol le sale el palo, la luna tiene color de hormiga vieja y perdura una reyerta mágica contra los mercaderes del maíz , la "milpa", el "méiz", que es carne humana, sentimiento.

¿Quién se atrevería a fijar con alfileres de academia el sortilegio que suscita esta escritura prodigiosa?



**Lope de Vega**
***Fuente Ovejuna***

"Fénix de los ingenios", es título (entre otros muchos) que da perduración a Lope de Vega. El teatro rimado del siglo XVI español débele su inagotable don de invencionero, y el teatro de esos tiempos, su contemporaneidad. Así como su obra, su vida habría de ser igualmente pródiga. Atendió (a ratos) a la obediencia del sacerdote y del padre de familia, visitó la taberna y la alcoba ajena, conoció la ciudadanía y el destierro, el goce y el dolor, la nombradía y el bolsillo flaco. De esa inmensidad escrita, *Fuente Ovejuna* se basta a sí misma y sobrepasa la infinitud que reclaman los clásicos de la literatura. El tema lo prueba. Trata del alma airada de un pueblo que insurge contra los desmanes de un tirano, el comendador Fernán Gómez, a quien dan muerte por mano anónima, todos a una. "¿Quién mató al comendador?", inquiere el juez acudiendo a la palabra y al tormento. "Fuente Ovejuna, señor", respóndele

indistintamente la mujer, el niño, el hombre. Ocurrió en un apartado aledaño de labriegos, en la España de Fernando e Isabel la Católica, pero el genio de Lope de Vega le dio nacionalidad en cualquier lugar del mundo, hoy, siempre.

**Gabriel García Márquez**
***Cien años de soledad***

Después de leer esta obra indefinible (¿novela, poema en prosa, sortilegio?) nadie es el mismo: el tiempo de su vida se desvía de su rutina; ninguna apariencia resiste a su ceniciento relieve; lo que fuimos y seremos se vuelve estado de gracia: la tierra deja de pesarnos. Uno no lee *Cien años de soledad:* uno es su historia, porque al leerla queda tocado para siempre por su magia, que no es otra que la de nuestra muy antigua inocencia, y decir Macondo es habitar la casa de lo ilímite del entresueño. Así, aceptamos como una comprobación inmemorial un remotísimo cuento en el que un villorrio encendido de la costa colombiana deviene nuestra patria cósmica, donde es posible lo imposible o donde lo imposible es la única realidad: hay quien sube al cielo; otro transfigura la pobreza en un reino o propaga el calor de los trópicos con sólo cruzar la calle; un gitano juega con las antípodas entre cacharros y moscardones; la sangre anda en busca del suicida; el presentimiento es un bando de mariposas amarillas; un pedazo de hielo signa el descubrimiento del asombro; los Buendía reviven la estirpe de los ángeles caídos y el espacio no tiene confín porque su dimensión es la infinitud de la palabra sometida a vertiginosas vivacidades: no más la leemos nos desmanda mas allá de toda poquedad. El propio Gabriel García Márquez dejó de ser el escritor colombiano de Aracataca; ni siquiera es ese autor con bigotes y cabeza en las nubes que suele sorprendernos cuando atisba entre el fulgor de su fama. Desde que escribiera *Cien años*

*de soledad* se asemeja a su creación: es su lectura viva. Y nosotros sus personajes.

**William Faulkner**
***Una rosa para Emily y otros cuentos***

William Faulkner nunca abandonó su casa, allá en el sur de los Estados Unidos, entre el Mississippi y su condado ilusorio de Yoknapatawpha, donde habitó junto a sus familias y sus capataces negreros, sembradores de algodón y violencia, quienes hablan largos y hundidos monólogos frecuentados por la desolación y la demencia, el deseo salvaje y el olvido. Testigos de ello son sus novelas ineludibles: *Luz de agosto*, ¡*Absalón, absalón*!, *Intruso en el polvo, El sonido y la furia.*

Un día cualquiera de esta vastedad escrita es su cuentística. Su inconstante duración conspira, sin embargo, contra ella misma: tal frase, tal párrafo o todo su asunto sobrepasa el tiempo de una lectura que acarrea (como esos largos soliloquios de murmullos, de aflicciones y de gritos) el fragoso anecdotario de las novelas o anuncia el origen y el desenlace de obras más extensas. Suerte de distrito del quimérico condado diríase *Una rosa para Emily*, ese juntamiento del amor y su carroña.

Gente de a caballo y carretones, muleros, viajantes de comercio pistola en mano, ahítos de whisky de centeno y tabaco de mascar; perseguidos por la fatalidad, cazadores de sí mismos, los personajes de los cuentos de Faulkner (seleccionados en este volumen) nos refieren sus confidencias violentadas por lo real y lo extraordinario.

**Robert L. Stevenson**
***La isla del tesoro***

Robert Louis Stevenson conoció desde niño la inmensidad. Bien pronto se dio a desandar lo ignoto: los palmares de Samoa, el fulgor coralino de las islas Marquesas y las playas de Tahití le fueron más propicias a su espíritu de aventura que su frío Edimburgo natal o la tizosa Inglaterra, de cuyo agobio humano viera surgir nuestro doble fundamental en *Doctor Jekyll y Mr. Hyde*, una de sus tantas obras maestras. Su tumba sobre un alto farallón del Pacífico corrobora su largo fervor por las voces de las grandes vastedades marinas.

De ellas proviene el libro que nos aprestamos a leer.

Los alisios y las tormentas avientan hasta una taberna de ron y blasfemia una historia de hombres de mejilla apuñaleada, la pierna de palo, el puñal, un loro que profiere injurias y nombres de gente maldita, sombría como la bruma de los andenes de Bristol, con tufo a calafate, brea y tabaco, ebrios de alcohol y sangre. Alguien de esa calaña irrumpe en uno de esos tugurios que apestan a cubierta, a bodega de barco. Gruñe o escupe su nombre. Hay quien trae una valija, un cuchillo, cierto mapa furtivo y sus arrestos de lobo de mar, que lo acusan de filibustero. El resto lo pregona el palo de mesana, el bauprés, las velas mayores y el decir del joven Jim Hawkins. Así nació *La isla del tesoro*, donde la persecución de una riqueza enterrada por cierto desalmado capitán Flint pareciera concluir incontables veces, como que su fin último fuera menos el hallazgo de la botija del oro que fascinaron con la invención de sus fieros personajes y la trama de una ambición siempre postergada. El mar es aquí narrador omnímodo; el mar y sus fantasmas primordiales: el buque con bandera de huesos cruzados y sus bandidos de horrura y asalto.

**¡Menos que qué?**
**Fiódor Dostoievski**
***El jugador***

Dostoievski es el personaje enmascarado de esta breve pero interminable novela, con la cual el gran ruso lograra (como lo hiciera incontables veces durante su vida) escapar de la cárcel por deudas y satisfacer las demandas de los usureros de su genio. En 1866 hallábase sumido en la escritura de *Crimen y Castigo* cuando hubo de interrumpirla para narrar, mientras lo azotaba la epilepsia, lo mordía la pobreza y lo asolaba la agonía de su mujer, la azarosa vida de un jugador de ruleta en los casinos de la también enmascarada Wiesbaden, disimulada bajo el nombre de Ruletemburgo. La trama, tejida en torno a los vicios de la suerte, no resiste las intrusiones (tan dostoievskianas) de las más tristes pasiones humanas. El juego y la apuestan atizan en el ánima de los personajes los más bajos sentimientos: la falsía, la indignidad, la vileza, no sólo cuando los convoca a la mesa donde se juegan sus destinos: también antes, igual después, en círculo de guarismos y colores (a un punto fascinante y sórdido), cuya fatalidad les depara la ganancia infiel y la fervorosa pérdida, la precaria dicha y la durable amargura, la ensoñada riqueza y su inseparable pesadilla.

El antifaz que elige Dostoievski es asaz precario. Fácil resulta descubrir su propia biografía en el autor Alexis, en la abuela desalmada y en Polina, la de su insano amor. Hamburgo, París, Italia, se cierran como casas de oro de la suerte para el que sueña con saltar la banca en la ruleta. Y el amor, el amor que lleva ya en su promesa de realización su podredumbre. No ha debido resultarle difícil entonces al escritor referir la confesión del vivir que aludía a todo jugador: el del tiránico desasosiego que precede a toda apuesta y su semejanza con un reino y con su hecatombe.

## Choderlos de Laclos
## *Las amistades peligrosas*

Mucho antes de ser publicada, la célebre novela de Choderlos de Laclos fue un escándalo. Su autor (un militar napoleónico que medraba su fastidio a la sombra de una caserna del sur de Francia) urdió una historia de libertinaje que le fuera dictada o fuera vivida durante sus frecuentaciones a los saraos y francachelas de la sociedad del siglo XVIII, donde cundía el vicio de la depravación y el placer licencioso. De Laclos juró (y sus lectores de entonces y de todo tiempo lo confirmarían) que su novela lo sustraería para siempre del olvido. Se hallaba lejos de equivocarse. No bien la divulgó, conoció el fervor y la envidia: dos sentimientos inseparables de la gloria, y sobremanera de la literaria. París, es decir Francia entera, se precipitó sobre las páginas de *Las amistades peligrosas* a la búsqueda de una confidencia epistolar (fórmula narrativa muy socorrida de aquellos años) en la cual la nobleza y la burguesía planifican la caída en el deshonor y la corrupción de sus víctimas mediante el fingimiento de la pasión amorosa. No ha mucho, el cine se prestó a una taquillera parodia (por demás bien construida) del libro, cuya práctica del mal es menos simplista que en la pantalla. Las cartas que tejen la trama exponen a la intemperie los oscuros sentimientos de la marquesa de Merteuil y del vizconde de Valmont y dejan entrever las marchitas virtudes que alguna vez los ennoblecieran. Al final, su malsana inteligencia en hacer el mal se vuelve contra ellos: la marquesa sucumbe a la viruela, tan parecida a su alma y el vizconde al hierro de la espada, remedo de la lastimadura moral que infligiera a sus víctimas y acaso igual de dolorosa.

**Rubén Darío**
***Poesía***

"Antes de nacer ya era poeta", aseguran sus áulicos, esa multitud de los tiempos del modernismo y el gusto de la rima que lo aplaudiera todavía cuando su eternidad acusaba serios desgastes. Pero tuvieron razón sus feligreses en atreverse a cometer tal enormidad: niño-poeta, le decían desde temprano en Metapa, un villorrio de Nicaragua, donde naciera un día de 1867 que todavía dura. Ciertamente, la vida y el don del canto se le dieron casi al unísono. Fue Rubén y fue Darío, indistintamente, en su irresistible ascensión al endiosamiento, dignidad que lo conserva incorruptible, a pesar de sus cisnes, sus rosales, sus pálidas princesas de boca de fresa, sus dioses, sus himnos y medallones a países y señores, porque supo encontrarle una música inoída a nuestro pedregoso castellano, fiel como fue a Góngora, a Garcilaso, pero más a Verlaine, y porque tras el decorado decadente y ex profeso cosmopolita ("Ser moderno es ser cosmopolita", aseveró) cobraba relieve la figura del poeta reflexivo, lúcido, de nuestros días. A Rubén Darío le debemos el goce sensual de la lengua castellana, la degustación del ritmo y de la idea que es su almendra. Si el don del canto fue suyo, su resonancia es propiedad colectiva de Hispanoamérica. Leer y releer la obra, la sonora obra que nos dejara, bien que confinada hoy a la academia, al recuento, a la antología y la comparación, promete el deleite verbal de la "púrpura maldita" y "la libélula vaga de una vaga ilusión".



**Nicolás Maquiavelo**
***El príncipe***

Bien que escrito en 1513 y publicado en 1532, el libro del "secretario" florentino de la Signoría (la casa Medici, a la que

diera tan largo merecimiento Lorenzo el Magnífico) no ha sufrido desde entonces fatiga alguna de observancia.

Basta con que cambiemos la dignidad palaciega a la que fuera dirigido por la del gobernante o jefe de Estado de nuestros tiempos, para asentir que gobernar demanda, así en la teoría como en su cumplimiento, una moral que se cruza de zorro y león.

Cada capítulo de *El Príncipe* pareciera repetirnos explícitamente o a las escondidas que todo poder político es mortal. A fin de retardar su inevitable desvanecimiento, Nicolás Maquiavelo aconseja a quien lo detenta el ejercicio de la confianza, la suspicacia, la astucia y la paciencia del alfil.

Maquiavélico y maquiavelismo privan en la terminología universal de la ambición política y en las argucias que prometen su manejo al que por ella se desvela.

La regla de oro que difunde este imperecedero panfleto (aliñado con acre verba cínica) anima durante casi cinco siglos la obsesión de dictadores y déspotas: el fin justifica los medios.



**César Vallejo**
***Antología poética***

"Me moriré en París con aguacero, / un día del cual tengo ya el recuerdo", predijo el gran mestizo de Santiago de Chuco, el gran peruano menesteroso y contrito, que quiso librarse de la pobreza y de su yo amargo (allí todo es muy oscuro) largándose en 1923 a Francia, donde vivió dolido de peruanidad, con su "burro peruano en el Perú (perdonen la tristeza)" y de maldad humana y de metafísica. Inventó un idioma: en él se da el dolor como conciencia y como sintaxis, como belleza y grito. Dijo que "hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!". Dijo poco, pero para siempre: escribió escasos libros de poesía (*Los heraldos negros, Trilce, Poemas humanos* y *España aparta de mí este cáliz*), que el prestigio

de su valía prolongan en una obra interminable porque se ha hecho vallejianamente universal. Vivió la calle, lo escueto y el sufrimiento humano en sí mismo y en el prójimo y se preguntaba qué estaría haciendo ahora la tristeza y sus "luyidos vientos" en el Perú. Nadie tuvo más tierra sola, más palabra negra y blanca de espina y desierto. La poesía hecha por hombre le debe esta escritura tallada en la propia carne del ser. La ternura lo vino a buscar a París hartas veces. Ruda como el país de los cóndores, el humo de los choclos y el adiós de la madre en su casa de cenizas. Escribía en primera persona (la de mayor ingrimitud) una lengua de llanto y desasosiego. Su mejor amigo fue el hombre golpeado por la injusticia, culpable de cometer un sueño, y su gran amor fue la muerte, de cuya plenitud tenía ya el recuerdo. No llovió, ni era jueves, cuando le jurara eternidad, pero sí Viernes Santo, un día en "que Dios estuvo enfermo".



**Gustavo Adolfo Bécquer**
***Rimas / Leyendas***
***Cartas desde mi celda***

Sevillano triste, pálido, malamado, tísico, sin fandango, ni toros, ni juerga, Gustavo Adolfo Bécquer es la negación misma del gitano y cantaó. El romanticismo lo lastimó con el idilio truncado y la infidelidad. Tuvo que conformarse con suspirar por la ingrata, respirar el aire de su ausencia.

La perdida, lo inconcluso, lo vagaroso, la fragilidad, el desconsuelo, la melancolía, la muerte, ocuparon su desvelo sin amada. Acaso esa quebradiza belleza de sus *Rimas* asegure la predilección que inventadamente le profesan los amorosos.

Los fanáticos de la fantasmagoría, el trasmundo, lo diabólico y el delirio hallarán en cambio un desusado Bécquer en la magnífica prosa de sus *Leyendas*. Sus historias reservan a menudo

insospechados desenlaces, privilegian la crueldad, cierta amarga ironía. El viento ulula, la noche grazna. Son, como sus mejores Rimas, "Sobre el volcán la flor".

**Anónimo**
***Lazarillo de Tormes***

Nadie sabe quién fue el inventor de este papanatas del siglo XVI: callejero, vago, ladrón, pordiosero, sin cuna limpia ni ascendencia sana. Pícaro, en vez de Lázaro de Tormes, lo mientan lectores, profesores y académicos. Como se desconoce quién le dio la vida y perpetuidad literaria, él mismo ha asumido su defensa para justificar su presencia y apropiarse de la mala fama que lo acredita como antihéroe de la narrativa universal.

El noble chapucero, el párroco lascivo y corrupto, el cornudo, la barragana, son sus compinches. Tan mala compañía y tan pésimo ejemplo movieron a las buenas conciencias de entonces (la España pudibunda, hipócrita y rezandera de 1559) a prohibir la circulación de la célebre novela de escondida o anónima autoría.

A veces carta, a veces autobiografía, carta postal y murmurada confesión, su deliciosa lectura es, de otra parte, genial ejercicio de estilo y magnífica artimaña del añoso castellano de 1500 para desbaratar la pedregosa prosa que lo tapiaba.

**Su modernidad cumple hoy cinco siglos.**
**Mark Twain**
***Las aventuras de Huckleberry Finn***

¿Todavía le prohibirán a los escolares de Norteamérica enterarse de las andanzas de este granuja del Mississippi, la pipa de

mazorca de maíz en los labios, la enemistad acérrima a la escuela, es decir, salpicado de invectivas, la afición por la trapacería? No en vano su creador, Samuel Langhorne Clemens, quien se hacía pasar por Mark Twain, había advertido a los pillos de su tiempo (el siglo XIX de los primeros grandes ricachones, la irrupción del consumismo, el imperialismo, la colonización de Sur) que su anécdota en nada beneficiaba a la infancia, siendo como en verdad es una novela para adultos, bien que exija de sus lectores el ánima libertaria de nuestra primera edad, la rebeldía que desconoce todo asedio, toda chatura moral. Como ocurre en las obras maestras de la literatura, *Las aventuras de Huckleberry Finn* conforman una metáfora del hombre. En este caso, el símil habría que buscarlo en Ícaro, en cierta manera su álter ego; sólo que ahora no es un pájaro humano el que se atreve a medirse con los cielos, sino un mozalbete del sur; una criatura de río, quien prefiere bogar por el Old Man River en procura de una plenitud para su alma, profunda como los abismos lacustres y andariega como su propio corazón sin orillas.

Entre Huck Finn y Mark Twain hay hartas afinidades: la irreverencia social, la conducta del Mississippi siempre yéndose, siempre lejos, retrasando toda vida inane. El humor (del que era ducho el escritor bigotudo de ensalvajada cabellera) jalona las páginas donde la sonrisa y la tristeza nos son imprescindibles. El travieso personaje se alía a Jim, un negro que, como su pequeño amigo, huye de la esclavitud y del racismo que castiga a los suyos. Y allá van, río abajo, ser adentro.



**William Shakespeare**
***El rey Lear/ Otelo***

Ninguno de los personajes de William Shakespeare escapa a nuestra semejanza. Hasta sus reyes y sus nobles acusan nuestro

parecido en la tragedia y la comedia del vivir y de su enigma. La envidia, la venganza, los celos, el delirio, la arrogancia, la duda, la injusticia, el amor, la ternura, la pureza, que escenificara en sus obras maestras, tomadas de la historia los mitos y las leyendas de la antigüedad y de la Europa de su tiempo, parecieran señalar las mismas miserias y noblezas del hombre contemporáneo, de cada uno de nosotros.

A su impecable y profusa obra pertenecen *Otelo* y *El rey Lear*. Los celos y la ingratitud permiten a Shakespeare representarnos como criaturas a merced de las pasiones y desvaríos, sensibles al mal y al oprobio, perdidos en el desierto de la vanidad y el espejismo de la soberbia.

¿Quién de nosotros no ha sido alguna vez Otelo frente al amor y a la vida misma? ¿Cuántas veces no hemos sucumbido a la seducción de la calumnia? El viejo rey Lear aguarda en el fondo de nuestros espíritus. Somos ese monarca desnudo de toda riqueza material y moral que execra a quien le ama y privilegia a quien enmascara la hipocresía con el amor.

# Índice

**Por el ojo de la letra** 9
Saber y ser en Antonio Trujillo 11
*La tarea del testigo*, la tarea de Rubi Guerra 13
*Al otro lado de la ventana* y dentro de nosotros 17
*Amazonía*:toda hoja como el infinito 21
La poesía y su república 27
*Ámbito disipado,* leer es corregir 31
*Anubizajes,* oficio de nobleza 33
*Diario de la gentepájaro,* la selva de cada quien 37
*Santa Palabra,* el credo de los silenciosos 41
*Poesía en vilo,* la cosecha en el abismo 45
*Asómate a la ventana,* tu canción soy yo 49
*Campesinos,* hablando como tierra 53
*Cantares del reino,* voces en busca del tesoro 57
*Cantos de aves,* La música y su plumaje 61
*Con la letra de imprenta,*papeles tallados 65
*El contraescritor,*escritura para leer en un espejo 69
*Cuentos del monte,* el follaje como escritura 73
*Eclipse,* la encendida oscuridad 77
*El azogue ubicuo,* la semblanza como sombra 81
*La aldea sumergida,* domicilio bajo el cuerpo 85
*El dardo y la palabra,* la lastimadura fascinante 89
*El retorno de Ulises,* el regreso de decir adiós 93
*Encanto de Guanipa,* un desierto en el ansia 97
*Guama,* la residencia de los perfumes 101
*Antología poética de Cecilia Ortiz,* mirar con el corazón 105
*La muerte de los glaciares en Venezuela,* había una vez la blancura 109
*La música del joropo central,* el clavicémbalo de los conuqueros 113
*La palabra poesía adentro,* noticia sólo para soñadores 117
*Leer llano,* cuando el horizonte escribe 119

*Lengua y escritura yanomamis,* la cultura de los hombres sin sombra 123
*Los llanos:* enigma y explicación de Venezuela 127
*Pie de página,* el Delta novelista 131
*Muerte al amanecer,* el país interrumpido por un disparo 135
*Memorias de Venezuela,* antes y después de nada 139
*Los mapoyos de El Palomo,* nosotros también somos el destino 143

**Nuestra sombra iluminada** 147
Lucía Salerno, esa muchacha como un río 149
*Macario Colombo,* entre la desesperación y el éxtasis 153
Morela del Valle Maneiro Poyo, los kariña y su lengua de pájaros 157
Rafael Bolívar Coronado, yo es muchos 161
Rómulo Gallegos, obra y destino, antes y después de su nombre 165
Stefania Mosca,te irás y volverás 169
*Vela de armas,* para navegar en el viento 173
William Osuna, el poeta universal de la esquina 177
Cervantes en lugar de Colón 181
Eduardo Gil, la poesía como actor 185
Ética y práctica del *somari* 189
Henri Meschonnic, sin nada, como la poesía(Versiones) 193
La lectura de ser y de escribir 197
Lo dulce en el zumo de la herida 203
Mírate en esa aldea 207
Orlando Araujo en mí 211
Aquella Venezuela que fue Miguel Otero Silva 215
Vicente Gerbasi, Canoabo en versión de Vibonati 219
El llano en las manos de Jacobo Gutiérrez 223
Callar como la niebla 225
Marcelino Bueno, el editorialista del rocío 229
*Campo Croce,* padre del trigo y de la nieve 233
La escritura donde vive Efraín Hurtado 237
Esa emoción llamada Alfredo Silva Estrada 241

La preciosa vida de Alirio Díaz
(XV Concurso Internacional de Guitarra "Alirio Díaz") 245
El mirar y el sentir de J. M. Briceño Guerrero 249
¿Qué seríamos sin ellos? 253
Maese Adriano González León 255
De Andrés Bello al olvido 259
Carlos San Diego, la poesía vive en Cabruta 263
Un país llamado Cunill Grau 267

**Escrito sobre el aire** 271
Biblioteca de las imprentas regionales,
el libro que espera por ti 273
Biblioteca Riera Aguinagalde, elegía de la desestima 277
Fundación Editorial El Perro y la Rana, libros como gente 281
La Iglesia de San Miguel de Boconó,
Dios es un campesino trujillano 285
La navidad, hasta la tristeza sonríe 289
De la parada al coleo, la estética como rudeza 293
Cínaro, para leer un aroma 299
Las tribulaciones del joven Minardi 303
Premio de literatura y oralidad, escribir con los labios 307
Primero fue Margarita, después el sol 311
*Participarte*, tiempo de ser todos 315
San Juan de los Morros, Lancelot con la soga arrebiatada 319
*Voz Creativa*, la escritura y sus fantasmas 323
Carnaval, el rostro sin mí 327
Del diplomado Gilberto Antolínez, el lector de lo invisible 331
Imaginario popular, los invencioneros de la ternura 335
El grado cero del instante;
panorama actual de lajoven poesía venezolana 339
De El Perro y la Rana 343
VI Festival Mundial de Poesía, la tierra en cada poeta 347
Araya: la sequía del sery de la luz 351
Lo que no somos, lo que no seremos 355

Los yukpa, la selva de pensar y soñar 359
El horizonte termina en José León Tapia 363
Memorial de la inocencia 367
Voces nuevas 2005-2006, todos los poemas, el poema 371
Todos los poetas, el poema 375
Una lejanía que va y viene 377
Una lengua olvidada quiere que la escuchen 393
Venezuela para decir y cantar 397
Cómo pensar lo intangible
—Aproximación a *Y todo lo demás*— 405
El Techo de la Ballena, prehistoria de una vanguardia 409
Aquel golpe de flor 415
Cómo detener en la escritura lo que hemos sido
y lo que seremos 419
Espérame, yo soy el advenir, la música también piensa 423
La revista *Zuliana*: cómo leer un lago 425
*El Salmón*, una revista aguas arriba 429
*Kuruvinda*, la memoria y su mediodía 433

**Lecturas para Impacientes** 437
Marcel Proust *Un amor de Swann* 438
Edgar Allan Poe *Narraciones Extraordinarias* 439
Moliére *Don Juan / Tartufo* 440
Goethe *Los Sufrimientos del joven Wether* 440
Antón O. Chéjov *Primeros relatos* 441
Honoré de Balzac *Eugénie Grandet* 442
Marguerite Yourcenar *Memorias de Adriano* 443
Rómulo Gallegos *Cantaclaro* 443
Joseph Conrad *El corazón de las tinieblas* 444
Alejandro Dumas *Los tres mosqueteros* (tomo I) 445
Alejandro Dumas *Los tres mosqueteros* (tomo II) 446
Miguel Ángel Asturias *Hombres de maíz* 446
Lope de Vega *Fuente Ovejuna* 447
Gabriel García Márquez *Cien años de soledad* 448

William Faulkner *Una rosa para Emily y otros cuentos* 449
Robert L. Stevenson *La isla del tesoro* 450
Fiódoro Dostoievski *El jugador* 451
Choderlos de Laclos *Las amistades peligrosas* 452
Rubén Darío *Poesía* 453
Nicolás Maquiavelo *El príncipe* 453
César Vallejo *Antología poética* 454
Gustavo Adolfo Bécquer Rimas / Leyendas
*artas desde mi celda* 455
Anónimo *Lazarillo de Tormes* 456
Su modernidad cumple hoy cinco siglos. Mark Twain
*La aventuras de Huckleberry Finn* 456
William Shakespeare *El rey Lear / Otelo* 457

Edición digital
abril de 2017
Caracas, Venezuela

"La escritura que sigue —la más de ella— ha sido menos escrita que hablada. Fue dicha —lo es aún— cada martes, durante el programa radial *La lectura de Venezuela* de la Fundación Casa Nacional de las Letras Andrés Bello en la Radio Nacional de Venezuela. Hállanse en estas páginas, entonces, la confesión sentimental que despierta entre nosotros la lectura del libro y la música de nuestros invencioneros, en una palabra 'las voces del silencio', que así llamara André Malraux al arte, entendido como delicia del ojo y el oído. La crónica, en desmedro de la crítica, ha sido privilegiada en esta escritura. Trátase de ofrendas y a ratos de meditaciones: quiere ser eso, sentimiento de fervor por la asaz variada riqueza estética que aviva el espíritu de nuestros escritores y artistas."

L.A.C.

**Luis Alberto Crespo (Carora, Lara, 1941). Poeta, ensayista y traductor. Licenciado en Comunicación Social por la UCV, realizó cursos de especialización en la Escuela de Altos Estudios de París. Fue director de la revista *Imagen*. Ha recibido reconocimientos a su obra literaria, como el Premio Monte Ávila, Mención Poesía, el Premio Municipal de Literatura del Distrito Federal (1988) y el Premio Nacional de Periodismo Cultural, y a su trabajo como comunicador social. En la actualidad, es presidente de la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello. Entre sus obras podemos citar: *Si el verano es dilatado* (1968); *Novenario* (1973); *Resolana* (1980); *Sentimentales* (1990); *Como una orilla. Antología poética* (1968-1990) (1991); *Solamente* (1997); *Lado* (1999); *Ninguno como la espina* (2000); *Al filo de la palabra* (1997); *El país ausente* (2004).**

9 789801 437475

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

1817 · 2017 ZAMORA UNIÓN CÍVICO MILITAR